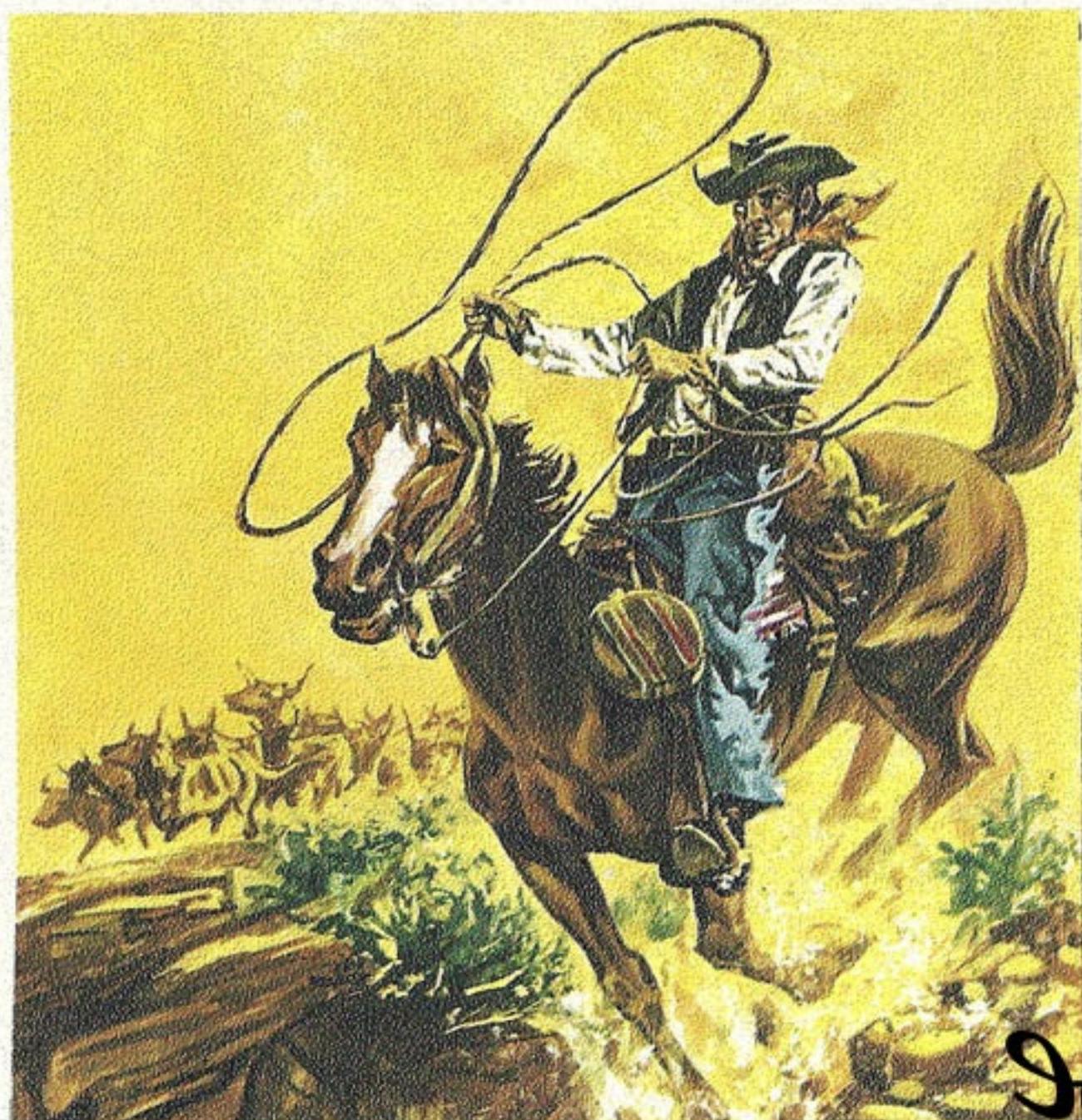


# ZANE GREY

## El conductor de manadas



se

Las vicisitudes de unos vaqueros que han de conducir, en lucha constante con los cuatreros y los pieles rojas, más de cinco mil cabezas de ganado a través de una vasta región del Oeste americano, dan ocasión a Zane Grey para escribir una de sus novelas más vivas e interesantes. El autor, nacido en Zanesville (Ohio), fue protagonista de muchas aventuras de este género y vio transcurrir gran parte de su vida en aquellos grandiosos paisajes, donde un pueblo joven y valeroso hilvanaba los primeros episodios de su historia. Zane Grey es el poeta del desierto, cuya vida, bellamente fuerte y dura, conoce y siente como ningún otro novelista.



Zane Grey

# El conductor de manadas

ePub r1.0

Big Bang 08.02.15

Título original: *The Trail Driver*  
Zane Grey, 1935  
Traducción: Editorial Juventud

Editor digital: Big Bang  
Primer editor: Titivillus (r1.0)  
ePub base r1.2



# I

Aquel caluroso día estival de junio la tejana ciudad de San Antonio zumbaba como una adormilada colmena de abejas. El año 1871 parecía destinado a ser el más señalado en la conducción de manadas hacia el Norte, desde que Jesse Chisholm había inaugurado este movimiento en 1868. Durante la guerra civil, las reses se habían multiplicado por cientos de miles en las extensas llanuras de Texas. Faltaban mercados. Los ranchos eran escasos y sus habitantes muy pobres. Chisholm concibió la idea atrevida de conducir una manada hacia el Norte en busca de mercado. A pesar de la distancia interminable, los padecimientos y los peligros, su aventura terminó con éxito. Esto cambió la historia de Texas.

Hacia la primavera de 1871, el sendero de Chisholm había llegado a ser un factor decisivo en el restablecimiento económico de Texas. Las pezuñas de las reses tejanas de cuernos largos y los cascotes de los mestezos españoles habían trillado un sendero de una milla de ancho a través de las onduladas estepas del Estado de la Estrella Solitaria.

Adam Brite había hecho ya un viaje ese año. Habiendo partido en marzo con dos mil quinientas cabezas de ganado y siete conductores, había vencido a los indios y a las riadas en su más provechosa expedición. Había partido demasiado temprano para que unos y otras le molestaran. Las desventuras de los conductores del sendero que le siguieron aquel año no bastaron a mitigar su ardor, deseoso de hacer un segundo viaje. Acaso pudiera hacer cuatro en este año propicio. Comprando ganado a diestro y siniestro y pagándolo al contado, tenía en perspectiva una manada de cuatro mil quinientas reses. Éste sería el mayor número de cornilargos jamás reunido, y, menos, conducido hacia el Norte. Y el problema vital e inmediato para Brite era el de los conductores.

Cinco hombres se hallaban en camino de Rancho Uvalde a San Antonio con una manada, y sus servicios habían sido adquiridos junto con el ganado. Brite no quería emprender negocio tan importante sin contar al menos con diez de los más rudos jinetes y mejores tiradores de las llanuras. A este fin había dedicado laboriosamente el único día que, a la vuelta, pasó en San Antonio. En Dodge, sus siete jinetes se habían desvanecido como por magia en el humo y el polvo de aquel puesto, que era el más violento de la frontera. Pero Brite había tenido la fortuna de adquirir como mayoral uno de los jinetes más capaces de Chisholm.

Brite aguardó, ansioso y esperanzado, la llegada de este hombre. Su amigo de toda la vida, el ganadero coronel Eb Blanchard, le había recomendado a Texas Joe Shipman, prometiéndole buscarlo y traérselo. Declinaba la tarde. Filas de jinetes polvorientos partían hacia la llanura; el vestíbulo del hotel Álamo iba quedando libre de sus ganaderos de botas, espuelas y cinto; dentro, en el salón, amainaba un tanto la gritería. Mejicanos de ojos endrinos y trajes chillones marchaban calle abajo. Brite estaba a punto de marcharse, cansado de esperar, cuando entró el coronel Blanchard

con un joven que se hubiera destacado a simple vista aun entre una hueste de tejanos de ojos claros y rostros impasibles.

—Aquí nos tienes, Adam —dijo Blanchard, jovialmente, guiando hacia el otro al apuesto jinete—. Tex, te presento a mi antiguo socio Adam Brite, el ganadero más cabal en este Estado... Adam, éste es Joe Shipman. Hace muchos años que trabaja conmigo y ha hecho dos viajes a lo largo del sendero. Un poco bebido en este momento, pero eso no importa. Yo respondo de Tex.

—Bien venido, Shipman —replicó Brite brevemente, tendiéndole la mano. El jinete era alto, de anchos hombros, estrecho de caderas, flexible y erguido. Sus rasgos audaces eran agradables. Tenía el pelo leonado, ojos de ámbar claro, mirada singularmente recta y una sonrisa fría y perezosa en los labios. Representaba unos veinticuatro años de edad.

—¿Cómo está usted, Mr. Brite? —repuso el jinete—. Siento venir borracho. Pero es que me topé con un viejo compañero, Less Holden, y... el diablo lo lleve. Me obligó a echar la despedida, y lo que echó fue un barril de aguardiente a mi garganta.

Brite conocía a los tejanos. No necesitaba mirar dos veces a este hombre para hacerlo con simpatía, para admitirlo a su servicio aun sin la recomendación del coronel Blanchard.

—Yo los dejo solos para que arreglen el asunto —continuó Blanchard—. Puede quedarse con Tex desde ahora mismo. Creo que no le pesará.

—Muy bien, coronel. Agradecido —contestó Brite—. Vamos, Shipman; tomemos asiento... Tenga un cigarro... ¿Qué sueldo quiere usted por hacer de mayoral en mi próximo viaje?

—Bueno..., ¿cuánto pagará usted? —preguntó Shipman; y era fácil advertir que el precio no le importaba mucho.

—Cuarenta mensuales, teniendo en cuenta que llevaremos cuatro mil quinientas cabezas...

— ¡Rayos!... ¿Y cuántos jinetes, patrón?

—Por lo menos, diez; quince, si los encontramos.

—Con diez no es posible hacerlo. Este verano habrá una refriega de mil diablos a lo largo de ese sendero.

—¿Acepta usted el puesto?

—Pues creo que sí —dijo despacio el jinete—. Había jurado no volver más. Tres veces he subido hasta allí. Un comanche me clavó una flecha en este hombro, y llevo todavía plomo en una cadera.

—Ya me he fijado que cojea usted un poco. ¿Le duele al montar?

— ¡Pst...! Pero no me quejo por eso, ni me impide hacer el trabajo.

—Entendido... ¿Conoce algunos jinetes que quieran ir con usted?

—Puedo traer a mi compañero Less Holden —contestó Shipman, radiante—. Mejor jinete que él no ha clavado jamás espuelas a un caballo. Pero Less es un hombre muy violento.

—Eso no importa. Tráigalo, y búsquese media docena más. Consígase también un cocinero. Yo saldré a comprar un carro nuevo. El anterior se hizo añicos. Fue una pérdida de tiempo. De paso, compraré provisiones y demás.

—¿Cuándo piensa ponerse en camino, patrón?

—Tan pronto como llegue el equipo de Uvalde. Le espero hoy. Debemos partir pasado mañana.

—¡Diablo! Tengo una chica por aquí, y no acabo de dar con ella. En fin, ésta es una vida de perros... Me figuro que para tan gran manada necesita usted un equipo de primera.

—Los conductores más bravos de la llanura.

—Eso no será fácil. Los conductores son tan escasos como los dientes de gallina. Tenga en cuenta, patrón, que hay cincuenta mil reses preparadas para salir este mes.

—Tanta más razón para que nos adelantemos a ellos.

—Si fuera yo, dejaría ir media docena de manadas por delante.

—Shipman, esta primavera el agua y la hierba sólo son buenas en algunos puntos.

—Está bien, patrón. Haré lo que pueda —replicó el conductor levantándose.

—Venga a comunicarme el resultado aquí después de cenar —concluyó Brite, y observó como el tejano se alejaba pausadamente. Su cojera no se notaba mucho ni restaba belleza a su porte sorprendente. Brite pensó que le hubiera gustado llamarle hijo. Al fin y al cabo, él era un viejo y solitario ganadero. Y más de una vez había sentido una extraña melancolía, casi un presentimiento acerca de esta conducción de reses. Había venido a ser un negocio peligroso. Tormentas, riadas, frío, sequía, tronadas y lo extremadamente fuerte del trabajo, hacían ya bastante dura la existencia. Y últimamente los *comanches* y los *kiowas* se habían puesto en pie de guerra. Siempre habían existido depredaciones indígenas en Texas, pero nunca con la gravedad de ahora. Brite juzgó que los responsables eran los cazadores de búfalos. Llegaría el día en que los indios se levantarían para impedir que se continuara la matanza de aquellos animales. Y cuando sonara esa hora, cazadores, conductores de reses y colonos se verían forzados a unirse en una guerra contra los pieles rojas. Los tejanos jóvenes e impetuosos rechazaban con desdén esta idea; pero todos los viejos como Brite sabían que era cierto.

Éste tuvo que abrirse paso con el hombro para entrar en el almacén de Hitwell. Hacía tres meses, había comprado provisiones aquí, teniendo la casa para él solo. Upa abigarrada horda de gañanes, soldados, ganaderos, jinetes, indios y ociosos llenaban ahora el vasto local. Finalmente, Brite pudo acercarse al dueño y le habló al oído:

—Sam, ¿qué significa todo esto?

—Pues ya ves —replicó Hitwell frotándose las manos —; un verdadero alud. Si el viejo Jesse Chisholm hubiera previsto esto, se habría dedicado al comercio de abastos.

—Creo que tendrás que duplicar el pedido que te hice en marzo y añadir un tercio más.

—¿Cuándo sales, Adam?

—Pasado mañana.

—Lo tendrás todo listo. Provisiones frescas, acabadas de llegar de Nueva Orleans.

—¿Se puede comprar una galera?

—Todas están vendidas, Adam. No me queda ninguna clase de carro.

—¿No puedes conseguirme una para mí?

—Bueno, trataré de hacerlo, Adam, pero las probabilidades son escasas.

— ¡Caramba! Será mejor que vaya yo a ver si rastreo una.

Visitó otras tiendas sin resultado positivo. Hacía rato que se había puesto el sol cuando regresó al hotel. Cenó y salió luego a buscar a Shipman. Con la noche había refrescado el tiempo y era agradable tomar la brisa sentado en el portal. Enfrente, al otro lado de la calle, había una taberna que evidentemente rivalizaba con la tienda de abastos en cuanto a lo numeroso de su clientela. Un jugador alto se recostaba contra la puerta. Llevaba una larga americana negra, un chaleco floreado y un ancho sombrero negro. Conductores de manadas, calzados con botas y espuelas, entraban y salían, ruidosos y alegres con sus revólveres al cinto. Pasaban jinetes de un lado a otro frente a las ventanas iluminadas.

Unos pasos suaves acompañados del cascabeleo de las espuelas sonaron detrás de Brite llamando su atención.

—Vaya, jefe; puedo decir que tuve suerte —dijo pausadamente la voz de Shipman.

Brite se volvió hacia el conductor de manadas, que venía acompañado de un jovencito de rostro llameante. Tenía ojos de fuego azul y un aire de desventaja despreocupación.

—Hola, Shipman. Me alegro que hayan tenido suerte. Yo no he llegado a tanto. No he podido comprar un carro, bueno ni malo.

Jefe, le presento a mi compañero Less Holden... Less, dale la mano a míster Brite.

—¿De dónde viene usted? —preguntó Brite después de la introducción, inclinando los ojos hacia el mozalbete.

—De Dallas. He nacido allí.

—No necesitaba decirme usted que es tejano. ¿Para quién ha trabajado antes de ahora?

—Para Dave Slaughter. Durante tres años. Pero no he recorrido nunca el sendero.

—Holden, si usted ha trabajado para Dave Slaughter, servirá para mí... Shipman, ¿en qué otra cosa has tenido suerte?

—Jefe, he dado con un chico llamado Whittaker. No podría hallar otro mejor. Y he hablado con otro de Pensilvania. Novato, es verdad, pero cortezudo. Dice que sabe montar. Creo que hará bien en admitirlo, patrón. Santone está llena de conductores, pero están comprometidos.

—Sí, por supuesto —dijo Brite—. Parece que nos retrasaremos por falta de equipo. Y luego, esta falta de carro me ha metido en un brete.

—Less y yo iremos por ahí a buscar uno de segunda mano.

—No te olvides tampoco del cocinero... ¡Eh! ¿Me ha llamado alguien?

—Desde luego; aquel muchacho que acaba de apearse del caballo replicó Shipman señalando con el dedo.

Al volverse, Brite fijó la vista en un mesteño y un jinete que habían llegado frente al hotel. El jinete se hallaba soltando la brida, y evidentemente se había dirigido a uno de los presentes.

— ¿Brite? Sin duda andará por ahí.

—Aquí estoy —gritó Brite adelantándose a la acera seguido de los dos conductores de manadas. El jinete era joven, moreno como un mejicano, sucio y harapiento, y venía oliendo a polvo.

—¿Es usted Mr. Adam Brite? —preguntó al ver llegar al ganadero.

—Sí. Yo soy Brite. ¿Es usted uno de los vaqueros que vienen con la manada de Uvalde?

—El mismo, patrón. Y me alegro de poder comunicarle que hemos llegado sin perder un novillo.

— ¿Cómo se llama usted?

—Ackerman, señor.

—Le presento a mi mayoral Shipman y su compañero Holden.

—¡Hola, Deduce! —pronunció Shipman tendiéndole la mano.

— ¡El diablo me lleve si no es Texas Joe! —exclamó el jinete con una mueca de contento.

Se estrecharon calurosamente la mano.

— ¿Dónde dejas la manada, Deuce? —preguntó Shipman después del saludo.

—A unas cinco millas de aquí, allá en el fondo del barranco. No hay mucha hierba, pero sí agua en abundancia. Ganado bueno, y gordo como palomos. Hemos venido poco a poco.

— ¿Tienes un carromato?

—Desde luego, y un buen cocinero. Un negro, pero es como si fuera blanco. ¡Y cómo cocina!

—Míster Brite. Esto suena a buena nueva —dijo Shipman volviéndose hacia su jefe—. ¿Cuántas reses tiene usted aquí?

—Tengo dos mil cabezas en los pastos a la salida de la ciudad. Podemos empujarlas al sendero en un instante y marchar lentamente mientras Ackerman nos da alcance.

—En efecto, patrón; pero necesitamos conductores —protestó el mayoral.

—Somos ocho en total, contando conmigo. Con otros dos hombres capaces, me arriesgaré.

—Pues los encontraremos en alguna parte. Pero oiga. ¿Y las provisiones?

—Están pedidas a Hitwell... Vamos a ver, Ackerman. Envíe aquí su carro mañana por la mañana, y después de cargar provisiones mándelo al sendero.

—¿No puedes quedarte en la ciudad y ver lo que hay por aquí, Deuce? —preguntó Shipman mirando afectuosamente al fatigado y empolvado jinete.

—Ojalá. Pero dos de los vaqueros están aquí, y yo tengo que regresar en seguida. —Con esto, montó en el potro y despidiéndose de ellos salió al trote.

—Bueno, jefe; vamos a escardar Santone a ver si encontramos un par de conductores. Y mañana por la mañana estaré aquí para ayudar a cargar el carro.

—Está bien. Te encontraré en los pastos. Buenas noches.

Brite volvió al vestíbulo del hotel, para encontrarse con un hombre que conocía perfectamente, pero que por el momento no recordaba. Era un tejano de rubio cabello, expresión fría, labios firmes y ojos penetrantes, que le reconoció en seguida.

—¿Qué hay, Brite? ¿No me conoce usted? —pronunció despacio.

—Desde luego que le conozco. Pero en este momento no me hago cargo... —replicó Brite retirando lentamente la mano que le había tendido a medias.

—Yo me encargaré entonces de recordárselo. Empieza con pan y...

—¡Diablo, sí! Ya recuerdo. Pan Handle Smith —exclamó Brite, y esta vez le tendió francamente la mano. El otro se la estrechó y el agarro de acero de aquel miembro suave y desenguantado hizo estremecer a Brite hasta la médula—. ¿Cómo has caído por aquí?

—Acabo de llegar. Vengo del río y pronto partiré hacia el Norte.

—Vaya, Pan Handle. Tú andas siempre de la Ceca a la Meca. Espero que no será el mismo...

—Claro que lo es, Brite. No hallo paz. Me metí en un garito allá abajo, y me trasquilaron. Me hicieron trampa. Me incliné y sorprendí al tramposo en la operación. Tuve que pedirle cuentas, a él y a su compinche. Habían estado trabajando en los campamentos de búfalos. No me conocían. Los muy imbéciles se tiraron a mí. Tuve que abrirme paso a tiros, por lo que dejé el dinero. He galopado sin descanso, y acabo de llegar. Tengo hambre, Brite; y no me queda un céntimo.

—Vaya. Me alegro que hayas venido a mí —replicó Brite ofreciéndole un billete. Simultáneamente, cruzó su mente una idea. Y trató de sacudirse la impresión que le había producido la historia que le contó Smith—. Así que fugitivo, ¿eh?

—Pudieran ocasionarme algunas molestias aquí, mientras no se olvide la camorra.

—Oye, Pan Handle; si mal no recuerdo, tú solías conducir reses.

—Recuerda usted bien —replicó Smith con una mirada distante en los ojos y una sonrisa anhelante.

—¿Te gustaría ayudarme a conducir un hato grande hacia el Norte, hasta Dodge?

—Brite, lo haré con mucho gusto. No quiero salario. En Dodge hallaré algo que hacer —contestó el otro en tono cortante.

—Admitido. Desde luego, con sueldo. ¿Qué instrumentos traes contigo?

—Pocos. Un buen caballo. Pero necesita descanso. Una silla, una manta y un rifle. Todo el resto de mi fortuna en la tierra lo llevo a la espalda.

—Y a la cintura también, según veo —dijo Brite mirando a aquella figura gris, fatigada del viaje, y a los cabos de sus revólveres que sobresalían significativamente de las fundas—. Ve a comer algo, Smith. Tienes mal semblante. Y vuelve a reunirse aquí conmigo dentro de una hora. Necesitarás proveerte bien de municiones. Y cambiar de trapos.

—No puedo decirle cuánto se lo agradezco, Brite —replicó Smith alejándose.

Brite le contempló hasta perderlo de vista. Hasta entonces, no se dio cuenta de lo que había hecho. ¡Tomar a su servicio como conductor de ganado a uno de los más famosos pistoleros de Texas! El caso era que estaba protegiendo a un delincuente fugitivo. El simple hecho le impresionó un poco. Pero volviéndolo a pensar, le dio risa. Estaban en la Texas de la frontera. Y cada comunidad tenía su bandolero, del cual se sentía singularmente orgullosa, Wess Hardin, Buck Duane, King Fisher y una multitud de estrellas menores eran tan representativos de Texas como Crockett, Travis y Bowie. Por otro lado, había hombres notables por más terribles hazañas de gatillo que se pasaban al otro lado de la valla. Eran ladrones, bandidos, forajidos, *sheriffs* más inclinados a matar que a detener, vaqueros camorristas, jugadores que hacían fuego para ocultar sus trampas. Pan Handle Smith había sido declarado fuera de la ley, pero en realidad, se habían cometido más injusticias contra él de las que él había cometido. Brite terminó por persuadirse de que había tenido suerte en contratar al bandolero para su segunda expedición hacia el Norte. Algo presagiaba una tremenda ordalía. ¡Cuatro mil quinientos cornilargos! Era demasiado tarde para deshacer esta empresa temeraria. La llevaría a cabo. Sin embargo, como viejo tejano que era, experimentaba una fría tensión en su piel al pensar en las contingencias. Muchos conductores habían sucumbido antes de llegar al fin del largo sendero.

## II

El primer campamento en que Brite hizo alto estaba en Pecan Swale, a unas doce millas de San Antonio. La hierba era escasa hasta que los conductores de manadas llegaban al fondo de este terreno pantanoso.

La gigantesca manada se había movido con más rapidez de lo que era usual, llegando al Swale antes de la puesta del sol.

Shipman con la galera y Ackerman con el segundo hato, bajaron juntos.

—¿Viene alguna manada cerca de nosotros? —preguntó Brite desde su lecho en tierra, a la sombra. Estaba cansado. Resistente por naturaleza, necesitaba varios días para amoldarse al camino y a la silla.

—Ninguna, jefe. Henderson viene después de nosotros con dos hatos. Pero no estará listo hasta dentro de varios días. Las manadas vendrán luego en tropel —contestó el jinete.

—Al pelo, Shipman, será mejor que tomes ahora el mando.

—Entonces descansaremos hasta después de la cena. Éste parece un lugar muy bueno para pastar el ganado.

El lugar era de lo más satisfactorio, y sería difícil de abandonar, al menos para los conductores que habían recorrido ya el sendero. Un arbolado de nogales y pacanas cubría, junto con un tupido bosque de zarzamoras, el extremo superior del valle tapizándolo de verde y amarillo. Debajo, un vadoso y lento arroyuelo serpenteaba entre sus márgenes pobladas de saúcos. La hierba crecía lozana por toda la ribera y trepaba por los suaves declives del valle. Nubes de polvo se levantaban aquí y allá, donde caracoleaban los mesteños. Los conductores arrojaban al suelo sillas, mantas y bridas, y se dejaban caer sobre su equipo. Volaban guantes, zahones, sombreros y botas. Los vaqueros se disponían a estar alegres, a cambiar impresiones, a llevar provisiones al cocinero, que se entretenía silbando. Le llamaban Alabama Moze, y era un negro simpático de edad indefinida. Su galera era un trasto enorme, con flejes para lona y un artilugio de tablas en la parte posterior. Moze se hallaba bajando una ancha puerta que servía de mesa. Alcanzó un hacha y partió en busca de leña para el fuego. Este artículo parecía escaso, salvo por los verdes árboles que se erguían en el valle.

Desde su lugar de descanso, Brite examinaba el conjunto de sus hombres, incluyendo el cocinero. Shipman no había conseguido reunir más conductores. Brite consideró que había hecho bien en tomar a Pan Handle Smith. Este valentón seguía ahora al cocinero al arbolado. Libre de chaqueta y de zahones, hacía una gran figura. Hasta en la frontera de Texas, donde abundaban los tipos sorprendentes, Smith llamaba la atención a simple vista. Joe Shipman le miraba con insistencia. Pero nadie hacía observaciones acerca de Smith.

Bender, el novato de Pensilvania, parecía un joven tosco, bondadoso y amigable, aunque un tanto tímido ante estos tejanos de rostros inmóviles y ojos penetrantes.

Tenía rasgos bastos y una expresión de estolidez que venía muy bien con sus anchas espaldas. Su pelo era del color de la estopa y parecía estropajo. Tenía ojos francos y de mirar anhelante. Whittaker era un joven jinete de veintidós años, de rostro colorado y ojos soñolientos, que se señalaba por la perfección de su aspecto físico.

El quinteto de Uvalde era lo que más interesaba a Brite. En una tierra donde los jóvenes indómitos, joviales y traviosos eran la regla más que la excepción, este conjunto no hubiera llamado en modo alguno la atención entre una multitud de vaqueros. Pero Brite amaba a Texas y a los tejanos, y al examinar a estos hombres recibió la impresión de que se salían del tipo medio del conductor del sendero. Ninguno de ellos había llegado a los veinte años. El oscuro y delgado Deuce Ackerman, de piernas arqueadas, parecía tener una vigorosa personalidad. El joven que respondía por el nombre de San Sabe tenía sangre india o mejicana, y su figura enjuta llevaba el sello del vaquero. El nombre de Rolly Little (pequeño y rechoncho) venía bien al que lo llevaba. Tenía pelo amarillo, cara pecosa y chispeantes ojos castaños, penetrantes como puñales. Ben Chandler era un joven típicamente tejano largo, membrudo, suelto de movimientos, pelo color de arena y ojos de luz clara y azul. El último de los cinco, Roy Hallett, sólo parecía un miembro del grupo: un joven sereno, sombrío y negativo.

Los preparativos para la cena marchaban con prontitud. Brite advirtió que Pan Handle ayudaba al negro en algo más que en juntar combustible. Los vaqueros lo advirtieron también, con sorpresa en sus miradas. En el sendero, no era usual que un jinete participara en las labores de un negro. Evidentemente, Pan Handle Smith se hacía sus propias leyes. Aumentó el interés hacia él, pero no pareció probable que ninguno inquiriera acerca de sus motivos.

Texas Joe dejó el campamento para trepar al cerro desde el cual se veía todo el valle. Evidentemente, se sentía satisfecho de la vista. Brite opinaba que el ganado no se derramaría. Sin embargo, no acostumbraba perderlo de vista ni un momento. Smith parecía que se hallaba explorando el terreno hacia el Norte. A su regreso al campamento, anunció:

—Unos jinetes del sendero se dirigen hacia Santone, y otro viene solo del otro lado del país.

—Shipman —dijo Brite —, puedes estar seguro de que nos toparemos con más jinetes en este viaje de los que quisiéramos.

—Ah, sí. Me lo figuro.

—¿Quiere decir jinetes pintados, patrón? —inquirió Ackerman.

—No precisamente, si tenemos suerte. Tuve que dar de comer a una partida de *comanches* la vez pasada; pero no hicieron estorbo. Los jinetes que más me preocupan son los nómadas y los salteadores del sendero.

—¿No cree usted que nuestro equipo puede dar que hacer a unos cuantos, jefe? —dijo Shipman despacio.

—Así lo espero. Pero nunca se sabe lo que vale un equipo hasta que se le pone a

prueba.

—¿Qué clase de prueba, Mr. Brite? —preguntó el novato Bender, con gran curiosidad.

—La que nos depare la jornada, muchacho.

—Hoy no ha ocurrido nada, y el viaje ha sido largo. Me figuro que esos peligros del sendero se exageran un poco.

De súbito, uno de los vaqueros de Ackerman gritó con voz estentórea: «¡Jo, jo!». Esto hubiera iniciado probablemente algún juego, de no ser por la voz del cocinero que le siguió inmediatamente casi al mismo tenor:

— ¡Ea! ¡Todos a comer!

Siguió una alegre arrebatina, y luego un silencio súbito. El hambre recomienda que no se gaste el tiempo en hablar. Brite llamó a Moze y le mandó que le llevase su comida al pie del árbol. El jefe no tardó en convencerse de que este cocinero valía un tesoro.

El sol se puso en un cielo dorado y sin nubes. De vez en cuando, el mugido de una vaca subía del arroyo rompiendo el silencio. Una refrescante corriente de aire se filtró a través del bosque, haciendo crujir las hojas y llevándose el humo del campamento. Brite experimentaba una especie de satisfacción de hallarse de nuevo en el Sendero y a campo abierto. Gran parte de su vida la había pasado así.

—Moze, ¿de dónde eres tú? —preguntó Shipman levantándose.

—Soy un negro de Alabama, señor —replicó Moze con una mueca—. Así es como me llamaban, Alabama Moze.

—Bueno, mientras me des así de comer, no tienes que temer que los pieles rojas te quiten el pericráneo; yo te defenderé.

—Entonces tenga por seguro que le daré bien de comer.

—Bueno, muchachos, siento tener que deciros que hay que montar la guardia —dijo Shipman dirigiéndose al equipo—. Somos diez. Cuatro hasta medianoche, tres hasta las tres y tres hasta el día. ¿Quién viene ahora conmigo?

Todos se unieron en el deseo de elegir la primera guardia.

—Shipman —dijo Brite —, yo haré guardia también.

—¡No está mal! —dijo despacio el mayoral—. ¿Qué clase de equipo es éste? Todos quieren trabajar, ¡hasta el jefe!

—Es la primera noche fuera —dijo uno.

—Creo que me voy a poner desagradable —interrumpió Shipman resignadamente—. Bender, ensilla tu caballo. Lester, haz lo mismo. Smith, me sentiré tranquilo si tú ocupas aquel puesto.

—Me viene bien. De todos modos, no duermo nunca —replicó el pistolero levantándose con presteza.

—Deuce, yo te despertaré hacia medianoche. Elige tus dos guardas... Y diga usted, jefe; casi lo había olvidado. ¿Quién va a cuidar de los caballos? Hemos hecho una larga caminata.

Desde luego, pero no son jíbaros. Llévalos hacia los buenos pastos, junto con el ganado.

—Está bien, los juntaremos. Pero necesitamos de uno que se encargue de eso... Bueno, hasta luego. Empezamos con buena estrella.

Brite estaba de acuerdo con esta observación de su mayoral, a pesar del extraño presentimiento que vagamente le asaltaba de vez en cuando. La manada de Brite, compuesta de cuatro mil quinientas reses destinadas al sendero antes de que las hubiera comprado, llevaba buena ventaja a las que le seguían; la última partiría tres semanas después. La hierba y el agua serían abundantes, a excepción de algunos puntos. El ganado podía marchar varios días sin hierba, con tal de tener agua en abundancia. La primavera había llegado un tanto retrasada, demorando la emigración anual de los búfalos hacia el Norte. Brite calculó que en alguna parte del río. Rojo tropezarían con los búfalos.

—Moze —llamó Deuce Ackerman —, ¿quieres carne fresca?

—Tengo un cuarto de vaca —contestó Moze—. Y usted sabe, Ackerman, que yo soy un cocinero económico.

—He visto un grupo de ciervos. Esta carne nos vendría bien. Anda conmigo, Ben. Todavía nos queda media hora del día.

Los dos conductores cogieron sus rifles y desaparecieron en el bosque. Hallett comunicó a Little la impresionante noticia de que iba a tomar un baño. El valentón expresó su asombro y confusión.

—¡Pero, Roy! ¿Qué diablos te pasa? Tendremos que vadear ríos y arroyos casi a diario. ¿No es verdad, jefe?

—Desde luego que sí. Y si están fríos y crecidos tendrás toda el agua que necesitarías durante diez años.

—Voy a bañarme, de todos modos —dijo Hallett.

—Roy, yo iré también si tú me quitas las botas. Hace una semana que no saco los pies de ellas.

—Claro, hombre. Vamos.

A poco, el campamento había quedado desierto, salvo por Brite y el cocinero, que seguía silbando mientras el jefe trataba de desenrollar su lona y extender la manta. Una buena cama era lo que más anhelaba y lo que rara vez tenía un conductor de manadas. O al menos, no podía tenderse en ella por mucho tiempo. Una vez tendido, Brite cargó la pipa; los últimos tiempos del día ardían en el Oeste, y contra aquella fulguración de oro se levantaba, silueta oscura y montaraz, un jinete solitario. Una segunda ojeada bastó a Brite para convencerse de que no era un indio. A continuación, el jinete dirigió el caballo hacia la tierra baja del Swale y desapareció entre los árboles. Brite esperaba que este extraño jinete irrumpiera en su campamento. Los forasteros, muchos de ellos por desgracia indeseables, eran frecuentes a lo largo del sendero de Chisholm. El jinete surgió del bosque, habiendo cruzado sin duda el arroyo mucho más arriba, y ascendió en dirección a la galera.

Antes de que se detuviera, respondió a un presagio bastante frecuente en él: el de que habría numerosos encuentros a lo largo del sendero. El presente era un acontecimiento.

—Hola, cocinero. ¿Tendrías la amabilidad de darme un plato de comida, antes de tirarlo? —demandó el jinete con voz resonante y juvenil.

—Hombre, no faltaba más. Pero te digo que cuanto cocina este niño, no se tira nunca. Apéate y entra.

Brite observó que el caballo no era un mestecño, sino de una raza mejor y más grande que los resistentes caballitos españoles. Era, además, un magnífico animal, fino de miembros, macizo de pecho, con cabeza de caballo de carreras. Su jinete parecía casi un niño, el cual, al deslizarse pausadamente de la silla, mostró ser pequeño de estatura, aunque fuerte y redondo de miembros. Se sentó en el suelo, las piernas cruzadas, con la cacerola que le dio Moze en las rodillas. Brite marchó hacia él con la esperanza de asegurarse acaso otro conductor.

—Salud, vaquero. ¿Anda usted solo? —preguntó afablemente.

—Sí, señor —respondió el joven alzando la vista y volviendo a bajarla rápidamente. El acto dio, no obstante, tiempo para que Brite viera un rostro agradable, curtido al oro oscuro, y unos ojos grandes, castaños y profundos que tenían una expresión furtiva, si no temerosa.

—¿De dónde es usted?

—De ningún lado, me figuro...

—Vaquero errante, ¿no? Es interesante para mí. Voy escaso de jinetes. ¿Quiere trabajar? Me llamo Brite y llevo una manada de cuatro mil quinientas cabezas hacia el Norte, hasta Dodge. ¿Ha hecho alguna vez conducción de manadas?

—No, señor. Pero he pastoreado ganado toda mi vida.

—¡Ajá! Pero no puede haber sido muchos años, muchacho. ¿Qué edad tienes, más o menos?

—Dieciséis. Pero siento como si tuviera cien.

—¿Dónde está tu casa?

—No tengo casa.

—¿No? ¡Cómo!... ¿Dónde viven tus parientes?

—No los tengo, Mr. Brite... Mi padre y mi madre fueron muertos por los indios cuando yo era muy niño.

—¡Lástima hijo! A muchos niños de Tejas les ha ocurrido lo mismo. ¿Qué has hecho desde entonces?

—Trotar de rancho en rancho. No puedo sostener un empleo mucho tiempo.

—¿Por qué no? Eres un chico bien parecido.

—Será que no resisto bastante en la silla cuando hay que montar firme... Y existen otras causas.

—¿Podrías pastorear caballos?

—Eso sí. ¿Me dará usted trabajo?

—No sé por qué no. Termina de cenar, muchacho. Luego, ven a hablar conmigo.

Durante ese tiempo, Brite no dejó de mirar al chico, pasando de la curiosidad a la simpatía y de ésta al interés. Desde la primera vez, el chico no volvió a levantar la mirada. Su raído sombrero negro tenía agujeros, y por uno de ellos salía un mechón de pelo dorado. Tenía manos morenas y bien formadas, más bien pequeñas, pero fuertes y flexibles. El extremo de una funda de revólver sobresalía de su chaqueta, a la izquierda. Llevaba traje enterizo, altas botas mejicanas y grandes espuelas, todo raído y gastado por largo uso.

Brite regresó a su cómodo lecho al pie de la pacana. Desde allí advirtió que el caballo llevaba un atado de lona detrás de la montura. El viejo ganadero se quedó pensando en las extrañas y trágicas experiencias con que se tropezaba al penetrar en esta ancha y salvaje región del Estado de Texas. ¡Cuántos y cuántos hijos de Texas eran como este jovencito! La vasta llanura imponía un duro y sangriento tributo a sus exploradores.

Era ya de noche cuando el chico se presentó ante el ganadero.

—Me llamo Bayne... Reddie Bayne —anunció casi con timidez.

—Reddie... rojo... Pelirrojo, ¿eh?

—No del todo. No me pusieron este nombre por mi pelo. Reddie es mi nombre verdadero.

—Bueno, no importa. Cualquier apodo es bueno en Texas. ¿Has oído hablar de Livercating Kennedy, Dirtyface Jones o Pan Handle Smith?

—Del último sí he oído hablar, desde luego.

—Pues pronto vas a verlo. Viene conmigo en esta jornada. ¿Vas a aceptar mi oferta?

—Acepto el trabajo, sí, señor. Gracias.

—¿Qué sueldo quieres ganar?

—Míster Brite, trabajaré por la comida.

—No. No puedo aceptarte así. El viaje es rudo y penoso, sendero arriba. ¿Hace treinta dólares por mes?

—Es más de lo que he ganado nunca. ¿Cuándo empezamos?

—Mañana por la mañana estarás a tiempo, muchacho. Shipman y sus hombres han juntado los caballos para pasar la noche.

—¿Cuántos caballos hay en su remuda?

—Cerca de doscientos. Más de los que necesitamos, desde luego, pero todos están domados y no darán mucho que hacer. Cuando llegemos a Dodge, venderé ganado, caballos, galera, todo.

—He oído hablar tanto acerca de este sendero de Chisholm... He cruzado el país desde Bendera, deseando dar con una de estas manadas.

—Pues ya lo has conseguido, Reddie; y espero que no te arrepentirás.

—¡Hoy es un gran día para mí...! Voy a desensillar el caballo.

Bayne llevó el potro al pie de una pacana, y, quitándole montura, brida y carga, lo

soltó. El chico volvió entonces a sentarse junto al jefe.

—¿Cuántos hombres van en su equipo, míster Brite?

—Doce y pico, contigo.

—Buen equipo. ¿Tejano?

—Por supuesto. Tejano de pies a cabeza. Pero nuevo a mí servicio. Me parece que va a resultar de primera. Texas Joe Shipman es mi mayoral. Ha recorrido tres veces el sendero, y es, por eso, un veterano. He tenido suerte. El resto se compone de gente variada, salvo cinco muchachos de Uvalde. ¡Gente bragada, si la hay! Va un novato de Pensilvania, llamado Bender. Y Less Holden, compañero de Shipman. Y otro de la Carolina llamado Whittaker. Si es tan bueno como parece, no puede ser mejor. Y, en fin, Pan Handle Smith. Es un pistolero, Bayne; un hombre fuera de la ley. Pero, como algunos de su clase, es hombre que vale.

—Diez. Contando con nosotros dos y el cocinero sumamos trece. Ése es mal número, míster Brite.

—Trece. Es verdad.

—Quizá sea mejor que yo siga mi camino. No quiero traerle mala suerte.

—No, muchacho; tú traerás buena suerte.

—¡Ojalá sea así! Les he dado mala suerte a tantos equipos... —añadió el jovencito con un suspiro.

A Brite le sorprendió lo extraño de la respuesta, pero al fin no hizo más que acrecentar su curiosidad. Deuce Ackerman y Chandler irrumpieron entonces de la oscuridad, coincidiendo con la vuelta de Little y Hallett.

—Jefe, he visto un magnífico caballo negro ahí delante. No es un *pony*. Un gran caballo de pura sangre. No lo había visto en nuestra remuda —declaró Ackerman.

—Aquí tiene usted a su dueño, Reddie Bayne. Acaba de llegar, y se ha unido a nosotros... Bayne, cuatro miembros del equipo de Uvalde.

—Bien venidos —dijo el jinete con regocijo.

—Bien venido sea usted también, vaquero —dijo Ackerman adelantándose para observarlo—. No le veo, pero me alegro mucho de poder saludarle. Chicos, Reddie Bayne parece un apodo tejano.

Los vaqueros de Uvalde emitieron frases de saludo. Alguno echó un haz de leña menuda al fuego, que llameó jubilosamente. Pero Bayne no se acercó a él.

—Jefe, ¿ha oído usted mis disparos? —preguntó Ackerman.

—No. ¿Has disparado?

—¡Ya lo creo! Un ciervo se me puso a tiro, pero había poca luz y fallé el blanco. Tengo que abatir a uno por la mañana.

—Deuce, si me hubieras dejado el rifle a mí tendríamos carne de ciervo, como hay Dios —declaró Ben.

—¿De veras? Te apuesto cualquier cosa a ver quién tira mejor.

—No quisiera robar tu dinero, pero...

—¡Chist! Que vienen jinetes —interrumpió Ackerman en un agudo susurro.

Brite oyó rumor de cascos a distancia, bajo el arbolado. Los caballos descendían por el camino.

—No pueden ser de nuestro equipo —interrumpió Ackerman acechando hacia la oscuridad—. Compañeros, convendrá estar preparados, por lo que pueda suceder.

En el círculo exterior de la luz del fuego asomaron formas oscuras de caballos y jinetes. Se detuvieron.

—¿Quién va? —gritó Ackerman con su voz juvenil, que tenía un timbre de acero.

—Amigos —fue la respuesta, seca y áspera.

—Adelante, pues; que les veamos la cara.

En este momento, una mano pequeña y dura atenazó el brazo de Brite. Al volverse, vio a Reddie Bayne de rodillas a su lado. El chico se había quitado el sombrero, y su rostro quedó al descubierto. Estaba pálido, y sus grandes ojos castaños llameaban.

—¡Wallen! Vienen persiguiéndome —susurró Bayne roncamente—. No le dejen...

Brite cogió al chico y le dio una leve sacudida.

—¡Calla! No te muevas.

Los jinetes se acercaron a la hoguera, pero no lo suficiente para que pudiera vérselos claramente. El jefe resultó ser un hombre fornido, de complexión oscura, con aire un tanto repulsivo y violento. Brite había visto entrar muchos hombres como aquél en los campamentos de Texas.

—Conductores de manadas, ¿eh? —inquirió aquél reparando, con ojos llameantes, en los hombres que rodeaban el fuego.

—¿Nos había tomado por indios *comanches*? —replicó Deuce brevemente.

—¿Quién es el jefe?

—Brite, de Santone. Tenemos cuatro mil reses y veinte guías. ¿No quiere saber nada más?

—Supongo que habrán tomado un nuevo jinete últimamente, ¿no?

—¿Y qué si lo hicimos...?

Brite se levantó y marchó a grandes pasos a la luz de la hoguera.

—¿Quién es usted, y qué es lo que busca en este lugar?

—Me llamo Wallen. Soy de Braseda. Seguimos la pista de un chico..., de un tipo llamado Reddie Bayne.

—Reddie Bayne. ¿Así, que ése es el nombre del jinete? ¿Y por qué le siguen la pista?

—Eso es cuenta mía. ¿Está él aquí?

—No, no está aquí.

—Pero entonces habrá estado aquí, ¿eh, Brite?

—Desde luego. Ha cenado con nosotros. Luego partió cruzando hacia Santone. A esta hora habrá llegado allá. ¿Qué dices tú, Deuce?

—Montaba un caballo muy veloz —replicó Ackerman como con indiferencia.

—¿Existe algún campamento de aquí a Santone? —continuó el jinete.

—Cuando nosotros pasamos, no. Ahora, tal vez.

—Brite, si usted no tiene inconveniente, pasaremos la noche aquí —dijo Wallen maliciosamente.

—Lo siento, forastero. Uno de mis principios es el de no ser demasiado hospitalario a lo largo del sendero —dijo Brite, despacio—. El serlo me ha costado demasiado caro.

—Me da usted con la puerta en las narices, ¿eh? —inquirió Wallen rudamente.

—No hay ofensa. Es mi norma. Nada más.

—Ya. Una norma demasiado pobre para un tejano.

—Así es —convino Brite fríamente.

El jinete dio la vuelta, maldiciendo por lo bajo, y acompañado por su silencioso camarada partió a trote hacia la tiniebla. Brite aguardó hasta cerciorarse de que habían tomado el camino; luego regresó al punto donde había dejado el chico. Bayne estaba sentado contra el árbol. A la débil luz, Brite vio el brillo de un revólver en su mano.

—Vaya, Bayne, los he desviado fuera de aquí. Espero haberte hecho una buena jugada.

—Mejor no podía ser. Le doy las gracias... Míster Brite —replicó el chico en voz baja.

Deuce Ackerman había seguido a Brite hasta el pie del árbol.

—Jefe, ese Wallen no me ha gustado. Se me figura que le he visto antes en alguna parte.

—¿Quién es Wallen, hijo?

—Un ranchero para el cual he trabajado yo allá, cerca de Braseda.

—¿Qué es lo que tiene contra ti?

No respondió. Ackerman se inclinó para observar al chico.

—¿Qué ha sido, Reddie? ¿Qué te has sacudido el yugo? Yo no te culpo por eso. Y, ahora, vaquero, habla si quieres; si no, permanece mudo. Para nosotros es igual.

—Gracias. No soy cuatrero..., ni ladrón..., ni nada malo. Fue simplemente que... ¡Oh, no puedo decírselo! —replicó el chico, emocionado.

—Ah, ya. Entonces habrá sido por alguna chica.

—Sí... Por una chica ha sido —contestó Bayne.

—Ya sé lo que es eso, vaquero. Pero supongo que ese hombre no será su padre. Porque, en tal caso, ella correría el riesgo de quedar huérfana.

Ackerman regresó al lado del fuego gritando: —Venid, muchachos. Hay que aprovechar el sueño para el viaje.

—Bayne —dijo Brite en tono afectuoso —; me alegro de que no haya sido nada malo.

Uno de los vaqueros atizó el fuego, que se avivó en llamas. A su luz, el viejo ganadero pudo ver más claramente el rostro del joven Bayne. La expresión dura y

amarga de su rostro parecía suavizarse. Su figurilla abandonada y triste impresionó a Brite.

—Yo... se lo diré más adelante..., si es que no me despide usted —susurró el pequeño, y corrió a esconderse en la sombra.

Brite buscó sus mantas y se acostó pensando en la confesión del jovencito... ¡Por una chica! Algo así le había ocurrido a él hacía mucho, y a ello debía sus años de soledad. El jovencito huérfano iba ganando su afecto. El viejo sendero era un camino áspero y sangriento, pero a lo largo de él era posible toda clase de encuentros.

### III

Brite abrió los ojos ante un amanecer gris. Un disparo de rifle le había despertado. Moze cantaba acerca de negros en campos de algodón, de lo cual podía deducirse que los indios no habían atacado el campamento. Brite se arrastró fuera de sus mantas, rígido y dolorido, para calzarse las botas y ponerse el chaleco, simple operación que le dejaba vestido para la faena. Enrolló su cama. Luego, tomando una toalla, cruzó el campamento hacia el arroyo. Texas Joe se estaba lavando. Otros tres se hallaban recostados, sus rostros serenos, juveniles y duros expuestos a la luz gris de la mañana.

—Jefe, no hay nada peor que tener que levantarse por la mañana —tal fue el lacónico saludo de Moze.

— Moze, vamos yendo para viejos.

Al borde del arroyo, Brite encontró a Reddie Bayne ocupado en sus abluciones.

—Hola, hijo. Ya veo que no se te pegan las mantas.

—Buen día, Mr. Brite —replicó él al volverse, de rodillas, con una cara mojada y brillante, de una donosura femenina. Se apresuró entonces a ponerse la chaqueta y a cubrir sus rizos de oro con el raído sombrero; luego se secó la cara y las manos con su pañuelo.

—Iré a buscar mi caballo antes del desayuno.

El agua estaba fría y transparente. Brite bebió y se lavó con el placer de un conductor de manadas que sabía valuar este privilegio. En la mayor parte de los sitios el agua era fangosa, maloliente, tibia o inexistente. Al regresar a lo largo de la ribera oyó el mugido del ganado. Era ya día pleno. El cielo oriental aparecía rojizo. Los pájaros cantaban en el arbolado. Los conejos se escurrían furtivamente al interior de la maleza. En la margen opuesta del arroyo, los ciervos permanecían de pie con sus largas orejas levantadas. Una fragancia de humo de madera penetró en la sensible nariz del ganadero. Algo rico y pleno parecía llenar la atmósfera.

Brite regresó al campamento, a tiempo de escuchar un coloquio interesante.

—Vamos a ver, muchacho, ¿quién diablos eres tú? —preguntaba Texas Joe, naturalmente sorprendido—. No recuerdo haberte visto antes.

—Me llamo Reddie Bayne —replicó el chico—. Llegué anoche, a caballo. El jefe me dio un empleo.

—¿Ah, sí? ¿Para hacer aguada, o qué? —continuó Shipman.

—Para cuidar de los caballos —dijo Reddie Bayne.

—¡Hum! Eres casi un niño, ¿no?

—No tengo la culpa de no ser un viejo bobalicón como...

—¿Como quién? ¿Como yo? Oye, pequeño, mira que suelo levantarme belicoso por la mañana.

—Así parece —replicó Bayne secamente.

—¿Para qué llevas ese revolvón al lado izquierdo?

—Para defenderme de los malos bichos.

—Sí, ya me figuro que no será por adorno. Pero ¿por qué al lado izquierdo?

—Porque soy zurdo.

—Ah, ya comprendo. La zurda a la cadera y la bala en el blanco, ¿eh? Me figuro que le habrás hecho ya más de cuatro muescas en la culata.

Bayne no se dignó responder, pero era evidente que estaba un poco amoscado por el tono frío y sarcástico del mayoral. Al llegar, Brite vio que los ojos del chico llameaban.

—Buen día, jefe. Ya veo que ha contratado usted a otro tirador —dijo Texas Joe despacio.

—¿Quién? ¿Reddie Bayne?

—El mismo. Ningún otro. ¿Adónde irán a parar estos mocosos de Texas que se aventuran por los caminos, armados de grandes revólveres, en vez de quedarse ordeñando las vacas en su casa?

—Yo no tengo casa —cortó Bayne con energía.

—Reddie, dale la mano a mi mayoral, Texas Joe Shipman —dijo Brite.

—¿Cómo está usted, Mr. Shipman? —replicó Bayne, resentido, subrayando el prefijo, sin tenderle la mano.

—Bien venido, cara de niña. Y ahora examinaremos tu caballo y tu equipo, ¿te parece? Ve a buscarlo.

A Bayne le saltaron los colores a la cara, y desapareció, rápido, en el arbolado. Brite aprovechó entonces la ocasión para referir a Shipman el incidente gracias al cual Bayne había entrado a formar parte de la partida.

—¡Bueno, el diablo me lleve si...! ¡Pobre chico! ¿Wallen...? Me pregunto dónde he oído ese nombre. Es un nombre raro. Apostaría mis espuelas a que no es grano limpio. Es uno de esos nombres de tipos indeseables que se le graban a uno en la chola.

—A comer, gañanes, a comer —pregonó Moze.

San Sabe irrumpió en el campamento con una retahíla de mesteños que los otros tuvieron que esquivar o coger.

—¡Botas y monturas aquí! Hal, mi novicio de Pensilvania —gritó Texas Joe al vaquero Bender, que se acercaba lentamente—. Todos a ensillar. Hoy habrá que trabajar de firme, para mezclar el hato de cornilargos bravos con la manada doméstica.

Manos tostadas y vigorosas entraron en acción, dando tirones y aletazos. Los inquietos potros quedaron ensillados y embridados como por magia. Los conductores de manadas comieron de pie. Texas Joe fue el primero en montar.

—Apretad las espuelas, muchachos —gritó con voz vibrante—. Jefe, yo formaré la punta de la manada; luego enviaré a Ackerman a comer. Adelante. Y tú, Bayne, no olvides que tu deber es ahora atender a los caballos.

A poco, Brite quedó solo con Moze. El sol asomó como una brasa sobre el horizonte oriental, y el mundo de llanuras onduladas cambió de aspecto. Los pájaros

llenaban el bosque de melodías. A lo lejos, el mugido de las terneras recién nacidas daba testimonio de la contribución que la noche había hecho a la manada. Un corcel negro apareció como una flecha bajo las pacanas. Bayne entró en el campamento y se tiró de la silla.

—Todos reunidos y listos, jefe —dijo con intenso placer—. ¡Ah, qué remuda! La mejor que he visto nunca. Yo solo me basto para dar cuenta de todos.

—Muy bien, hijo; si lo haces, te ganarás la estimación de Texas Joe —contestó Brite.

—¡Ah, ese vaquero!... Sin embargo, quisiera ganarme la de usted, Mr. Brite.

—Acércate, hijo y come.

Brite atravesó su caballo en la cima del cerro y observó cómo los conductores hacían la punta, o cabeza, de la manada e iniciaban la marcha ascendente partiendo de la hondonada.

A pesar de estar tan acostumbrado a todo lo referente al ganado, no podía menos de admitir en su interior que éste era un espectáculo magnífico. El sol acababa de levantarse, rojo y glorioso, tendiendo su maravillosa luz por la extensa llanura; el aire era fresco, vigorizante, dulce, con una promesa de calor para mediodía; bandadas de pájaros negros se levantaban como nubes sobre las reses, y desde el bosque de pacanas<sup>[1]</sup> llegaba a sus oídos la melodía de los sinsontes<sup>[2]</sup>; la vista del brillante arroyo quedaba interrumpida por una maciza fila de ganado, de una milla de ancho, que lo cruzaba levantando grandes salpicaduras; los disparos cortaban el rumor de cascos, pezuñas y mugidos, prueba de que los conductores mataban a las terneras recién nacidas que no podían seguir andando a sus madres.

Como un triángulo colosal, la manada, en forma de cuña, se movía laboriosamente saliendo del valle con la punta hacia delante. El hato de Uvalde, que trajera Ackerman, iba a la cabeza, lo cual parecía acertado, pues venía acostumbrado ya al sendero; detrás se agolpaban la segunda y tercera manada de Brite. Formaban una masa de cornilargos tan indómita como no recordaba haber visto otra igual. Sus cuernos abiertos y largos, de color gris, negro y blanco, semejabán una inmensa multitud de raíces arrancadas de la tierra, arrastradas por una gran corriente a través del valle y empujadas luego por la verde pendiente. El movimiento era procesional, rítmico, firme y total, aunque irregular en algunos puntos, y daba la impresión de una fuerza irresistible. Para Brite representaba el gran movimiento de ganado en su apogeo, la marcha de Texas hacia el imperio, la epopeya de las manadas y de sus conductores que harían época en la historia del Oeste. Jamás se había percatado hasta entonces el viejo ganadero de la tremenda significación de la brillante vista que tenía ante los ojos. Detrás, parecían ir voceando y cantando todos los robustos hijos de Texas. Era su oportunidad, después de la guerra civil que había dejado huérfanos a muchos y arruinados a todos. A Brite se le estremecía e hinchaba el corazón pensando en aquellos flexibles jinetes. Sólo él tenía idea de la verdadera naturaleza de su empresa, y a su júbilo interior sucedía un latido de angustia. Ellos no pensaban en el

mañana. Les bastaba con vivir el momento. Conducir la manada, ceñirse a su trabajo, alcanzar la meta; éste era el deber inalterable que se imponían al partir. Fue justamente entonces cuando Brite concibió su apreciación definitiva del conductor de manadas.

Al fin, la ancha base de la manada salió del lecho del arroyo, dejándolo como un húmedo campo de cultivo acabado de labrar. A continuación cruzó la remuda, ordenada en un apretado grupo. Brite reconoció a Reddie Bayne en su negro y brioso caballo. El chico estaba en su elemento con los caballos. Moze, guiando la galera, pasó camino arriba detrás de Brite y se adentró en el bosquecillo llano.

Luego, la afilada punta de la manada, con Texas Joe a la izquierda y Less Holden a la derecha, se perdió de vista más allá del cerro. Más abajo, a cada lado de la cuña, que se iba ensanchando, otros dos jinetes ejecutaban igual trabajo. El resto no guardaba una posición estable. Flanqueaban la manada y se dispersaban a lo largo de la parte posterior dondequiera que un grupo destacado de indómitos cornilargos levantaba una tronante nube de polvo. Cada jinete parecía tener su grito particular, que Brite estaba seguro de llegar a reconocer con el tiempo. Y estas voces se alzaban como campanadas, o flotaban a lo lejos, o atravesaban el valle.

Brite observaba a los conductores en su precipitada actividad, las polvaradas que se levantaban tiñéndose del flujo rosado del sol, la oleada de cornilargos que se agolpaba hacia el recuesto. Una selva de cuernos de afilada punta lanceaban el horizonte celeste. Y cuando el último tercio de la manada hubo salido del valle, y apareció sobre la ancha línea del cerro, el efecto era tal que hasta el ánimo del viejo Adam Brite se sintió sobrecogido. La mitad de aquella manada, sin contar el elemento bravío hubiera sido bastante para poner a prueba las fuerzas de los que se propusieran conducirla hasta Dodge. Brite se daba ahora cuenta de ello. Pero ya no era posible retroceder. El viejo se preguntó cuántas cabezas de ganado y cuántos conductores quedarían en el camino.

Brite tiró de las riendas y giró hacia la más alta colina que domina el valle, desde donde escrutó el sendero tendido hacia el sur. Para el conductor de manadas, lo que viniese detrás era tan importante como lo que se hallaba delante. Era un mal asunto el que la manada se mezclase con la del conductor que siguiese a continuación; significaba un trabajo adicional y pérdida de reses. Para su tranquilidad, el camino y la llanura aparecían, hacia el sur, libres de todo objeto moviente. Una niebla de polvo señalaba el lugar donde se hallaba San Antonio. Al norte, la quebrada sabana se extendía por espacio de varias leguas, moteada en la lejanía por puntos negros, parcelas de terreno y oscuras filas de árboles. Semejaba un ondulado mar de pastos rosados. Sólo el ignoto y borroso horizonte presentaba alguna amenaza.

La gran manada había ganado la cima de la pendiente y aparecía en su totalidad, formando una masa encabezada en forma de lanza que cobraba perspectiva propia. Había parecido demasiado grande para el valle; ya en la meseta parecía alargarse, derramarse en busca de espacio. La manada inició su marcha lenta, holgada, hacia el

norte, paciando y tascando, a la velocidad de unas ocho o diez millas diarias. Con buen tiempo, y sin molestias, esta pausada marcha era un placer para los conductores. La infernal paradoja de la vida de estos hombres consistía en que se iniciara la marcha en tan cómodas circunstancias y que luego tuvieran que abrirse paso entre terribles peligros y a costa de los más duros trabajos. Brite no había experimentado nunca una de aquellas extremadas aventuras de que por otros tenía conocimiento, pero aun el más ordinario de los viajes había sido bastante difícil y peligroso para él.

Brite alcanzó la galera y cabalgó a su lado algún tiempo, conversando con el jovial cocinero. Habiendo inquirido acerca del país de Río Grande y los ganaderos de Uvalde, Brite pasó a interesarse en el quinteto de jinetes que habían traído el hato del sur. Moze era locuaz, y pronto hubo divulgado cuánto sabía acerca de Deuce Ackerman y sus camaradas.

—Sí, señor; son los hombres más duros y capaces que he visto nunca —concluyó Moze—. He cocinado para el equipo de *U-V* de dos a tres años. Kurnel Miller dirigió primero ese equipo, que luego vendió a Jones. Y Jones se deshizo de él de buena gana, palabra. Los cinco festejaban los días de cobro a tiros por las ciudades, hacían el amor a *miss Molly*, la hermana de Kurnel, y otras cosas que al pobre señor le hacían la vida imposible.

—¡Bah! Sería como todos los hombres cuando se trata de una chica muy guapa.

—No, señor; hay una diferencia, porque estos hombres eran como hermanos gemelos, y *miss Molly* no podía escoger uno entre ellos. Los quería a todos; así que Mars Jones tuvo que vendérselos a usted junto con el ganado.

—Bueno Moze; a lo largo del viejo sendero corre siempre el riesgo de tropezar con cualquier cosa —repuso Brite riendo—; pero es de esperar que no hallaremos ninguna chica hasta llegar a Dodge.

—Jefe, dicen que ésa es hoy una ciudad de todos los diablos.

—¡Ja! ¡Ja! Ya verás, Moze, ya verás... Ya estamos alcanzando la manada. De aquí en adelante será más lenta la marcha.

A poco, Brite había dado alcance a la parte posterior de la manada que cubría, en forma irregular, una milla de ancho. Cuatro jinetes aparecían a la vista. Hallett el primero, que se sentaba cruzado de piernas en la silla mientras su caballo marchaba tascando la hierba.

—¿Qué tal marchan las cosas, hoy?

—Desde que salimos a la meseta, a pedir de boca, jefe —fue la respuesta—. Hay algunas reses cerriles y corcovantes en el segundo hato. Texas Joe mató dos toros que no pudimos hacer salir del valle.

—Mala suerte matar el ganado —repuso Brite seriamente.

—Llevamos pocos brazos y tenemos que llegar allá a toda costa, aunque se me figura que no será nunca.

—¡No digas eso...! ¿Dónde va Reddie Bayne con la remuda?

—Como a la mitad de la manada, me figuro. Aquel que va al frente es Rolly. Le

ha ayudado al chico a conducir la remuda.

—Ya. ¿Y qué tal se porta Reddie?

—Admirablemente, jefe. Pero son demasiados caballos para un chico. Me figuro que se bastaría para conducirlos, si no fuera por esos demonios de cuernos-musgosos.

Brite pasó delante. Rolly Little era el próximo jinete en fila, y aparecía trajinando con unos novillos refractarios. Algunas vacas mugían y tiraban hacia atrás, sin duda queriendo volver a sus crías.

—¡Ea, jefe! Estos malditos no quieren dar un paso.

—Ten paciencia, Little; pero procura no azotarlos —gritó Brite.

Los caballos pacían a lo largo, en un ancho espacio disperso, a unos cien metros detrás de la manada.

Reddie Bayne se hallaba ahora inclinado sobre el cuello de su caballo negro, dejándolo pacer. Brite se fue trotando hacia él.

—¿Cómo vamos, Reddie?

—Hola, Mr. Brite.

—Ahora iré contigo, para ayudarte. ¿Todo marcha bien?

—Sí, señor. Me voy dando la gran vida —dijo el chico con gran regocijo. En su rostro se reflejaba la verdad de aquella afirmación entusiasta. ¡Qué singularmente bien parecido! Representaba menos edad de la que había confesado. Sus mejillas no eran llenas, en modo alguno; pero tenían un brillo rosado que resplandecía a través de su piel curtida. A pleno sol, su rostro presentaba un corte claro, fresco y gracioso. Acaso sus labios fuesen demasiado rojos y curvados para un joven de su edad. Pero los ojos eran su rasgo más señalado: intensos, de mirada llameante y purpúrea, muestra de una fuerte y vital personalidad.

—Me alegro. Anoche estaba un poco preocupado acerca de ti —repuso el ganadero, consciente de su satisfacción—. ¿Te han tratado bien mis vaqueros?

—Sí, señor, muy bien. Me siento más tranquilo. Son las mejores personas con que he trabajado nunca... Todos, salvo Texas Joe.

—¡Ah, vamos! Pero ¿qué es lo que ha hecho Joe?

—Eso... Bueno... Parece que no le he caído bien —repuso el chico, apresuradamente, contrastando su tono con el anterior—. Siempre me ocurre así, míster Brite, dondequiera que vaya. Siempre he de caer mal a alguno, que es generalmente el rancharo, el jefe de manadas o el mayoral, y acaban por despedirme.

—Pero ¿por qué, Reddie? ¿Estás seguro de portarte razonablemente? Texas es una excelente persona.

—¿De verdad? No lo había notado... Me... me... esta mañana me insultó.

—¿Ah, sí? Bueno, muchacho, eso no es nada. Es mi conductor jefe, y su responsabilidad es grande. ¿Por qué te insultó?

—Por nada. Yo puedo conducir estos caballos tan bien como él. Es simplemente que le estoy cayendo mal.

—Reddie, puede que sea por hacerte rabiar. Eres el benjamín del equipo, y no

dudo que te harán pasar malos ratos.

—¡Oh Mr. Brite! Eso no me hace daño, mientras no sea para mal. Y yo quiero conservar el empleo. Me gusta, y estoy seguro de que puedo desempeñarlo como cualquiera.

—Si eso es lo que te preocupa, tranquilízate, Reddie. Conservarás tu empleo; yo te lo garantizo.

—Muchas gracias. Y ahora, Mr. Brite, puesto que es usted tan bueno..., creo que debo confesar...

—Escucha, pequeño —le interrumpió Brite—. No necesitas hacer más confesiones. Yo confío en que tú serás bueno, y eso basta.

—Pero yo... no soy bueno —repuso el joven valientemente, volviendo el rostro. Cabalgaban ahora a pocos metros de la remuda, detrás de ella.

—¿Que no eres bueno...? ¡Tonterías! —repuso Brite en tono cortante. Había visto temblar sus labios, y esto le impresionó.

—Me dice el corazón que debo confiárselo a usted antes de...

—¿Antes de qué? —inquirió Brite con curiosidad.

—Antes de que me descubran.

—Tú me estás confundiendo, muchacho. Pero anda, di; puedes confiar en mí. Me figuro que estás haciendo una montaña de lo que no es sino un grano de arena. Así que vamos a ver de qué se trata.

—Míster Brite, yo no soy lo que parezco.

—¿No? Bueno, puesto que eres un chico bien parecido, me entristece oírte eso. ¿Por qué no?

—Porque soy una chica.

Brite se volvió tan súbitamente que su caballo dio un salto. Creyó que no había entendido correctamente lo que acababa de oír. Pero Bayne había vuelto el rostro y bajado la frente.

—¿Qué? —exclamó Brite fuera de sí.

Bayne le miró entonces de frente, quitándose el sombrero. Brite vio que unos ojos oscuros, violáceos, le miraban confusos y anhelantes.

—Que soy una chica —confesó Reddie apresuradamente—. He tratado de guardar mi secreto dondequiera que he trabajado. Pero siempre me han descubierto. Entonces he sufrido más aún. Así que, le estoy diciendo a usted la verdad... y... confío en que cuando me descubran... usted... usted será tal vez mi amigo.

—¡El demonio me confunda! —exclamó Brite—. ¡Una chica! Desde luego, ahora me doy cuenta... ¡Pobre Reddie! Puedes estar segura de que yo sabré guardar el secreto, y de que seré tu amigo también si se descubre.

—Confiaba en que lo haría, Mr. Brite —repuso Reddie volviendo a ponerse el sombrero. Cuando el sol ya no daba en sus grandes ojos, en su rostro encendido y especialmente en sus rebeldes bucles de oro, recobró su disfraz—. Hay algo en usted que me recuerda a mi papá.

—Es muy consolador oírte hablar así, muchacha. Yo no he tenido nunca ningún hijo, hembra ni varón, y Dios sabe que lo he echado de menos... ¿Quieres contarme tu historia?

—Sí, cualquier día. Es triste y larga de contar.

—Reddie, ¿cuánto tiempo has venido haciéndote pasar por varón y haciendo de jinete?

—Más de tres años. Tenía que ganarme la vida. Y como mujer, se hacía difícil. Lo he intentado todo, pero me repugnaba servir de criada. Y cuando fui crecida, se hizo peor. Grandes y chicos me trataban bien casi siempre, como usted sabe que hacen los tejanos. Pero siempre había alguno que... me quería. Y éstos no me daban paz ni tranquilidad. Así, que tenía que marcharme. Entonces se me ocurrió que haciendo de varón sería más fácil. Esto era un alivio. Pero siempre llegaban a descubrirme. Y ahora tengo un miedo horroroso de que ese lince de Texas Joe tenga ya sospechas.

—No, no..., Reddie; estoy seguro de que no.

—¡Pero si me llama cara de niña! —dijo Reddie en tono dramático.

—Eso es tan sólo porque tú eres así..., tan bien parecida. ¡Cosas de la tierra! Si Texas tuviera realmente sospechas, se portaría de otro modo. Y lo mismo los demás. Se pondrían tan mansos como corderos... Vamos a ver, Reddie, ¿no sería mejor decírselo a todos?

—¡Oh, por Dios santo! No, no, por favor, Mr. Brite... De verdad, jamás llegaríamos a Dodge.

Brite saludó esta apelación con una honda risa de pecho. Luego recordó lo que había dicho Moze acerca de los vaqueros de Uvalde.

—Acaso tengas razón... Reddie, ahora me figuro que aquel valentón de Wallen sabe que tú eres una chica.

—Claro que lo sabe. Ahí está el mal.

—¿Enamorado de ti?

—¿Él?... No. Wallen es demasiado bajo para amar a nadie, ni aun a los de su sangre, si es que los ha tenido. Es oriundo del país de Big Bend, y he oído decir que no es bien querido en Braseda. Alega que me ha comprado con un hato de ganado. ¡Cómo un negro esclavo! Yo trabajaba para John Clay y ése me dejó ir en el trato. Wallen hizo aquel trato porque había descubierto que yo era una chica. Así, que me escapé y él me siguió la pista.

—Reddie, yo le aconsejaría que no siguiera tu pista por este camino.

—¿Me salvaría usted? —preguntó la chica con dulzura.

—Supongo que sí; pero Texas Joe o Pan Handle echarían por tierra a ese valentón antes de que yo pudiera pestañear —declaró el ganadero con un humor siniestro.

La chica se volvió hacia él con el rostro agitado.

—Míster Brite, usted me hace tener esperanza de que mi sueño se realizará algún día.

—¿Y de qué modo, Reddie?

—He soñado que algún ranchero... algún verdadero tejano..., me adoptaría, y que así podría llevar otra vez vestidos de mujer y tener un hogar..., y...

Su voz se quebró de emoción.

—¡Vaya, vaya! Cosas más raras han ocurrido en el mundo, Reddie —repuso Brite, presa de una extraña agitación. En este momento se hubiera comprometido a cualquier cosa, pero su estado de ánimo fue interrumpido por el estampido de unos disparos lejanos.

—Parece que hay refriega por allá, Mr. Brite —gritó Reddie señalando una enorme nube de polvo al extremo occidental de la manada—. Vaya usted a ver. Yo cuidaré de los caballos.

Clavando las espuelas a su caballo, Brite partió a galope en la dirección indicada. Hallett y Little se habían perdido de vista, velados tal vez por el polvo. Un sordo rumor de cascos llenaba sus oídos. Un gran cuerpo de la manada aparecía intacto, si bien se advertía una arremolinada confusión de ganado hacia la izquierda, al borde de la columna de humo. Brite giró en torno al ala izquierda, para ver que una corriente de cornilargos se salía de la manada en ángulo recto. Aquel estado de excitación se advertía casi en la longitud de una milla, y traía al oído señales de una estampida. Con tan pocos conductores, el peligro consistía en que el cuerpo principal de la manada se lanzara en dirección opuesta. Sin embargo, salvo en algunos puntos, se portaban razonablemente. Brite observó entonces que los conductores delanteros habían curvado ya la corriente de nuevo hacia el norte. Se sintió aliviado, y moderó la marcha para ocupar su lugar detrás del más expuesto sector de la manada. Todo a lo largo de la línea, el ganado se movía con excesiva rapidez. Una ráfaga de inquietud había atravesado la masa. Era como una ola. Gradualmente, fueron recobrando su holgado movimiento y todo pareció volver a la normalidad. Little pasó a galope y dijo algo a voces que Brite no pudo distinguir.

La manada procedió entonces en su lento y ordenado movimiento procesional. Pasaron las horas. El ardiente sol comenzó a oblicuar hacia el oeste y avanzaba de prisa, como todos los detalles de la conducción, el descanso, el trote, el paso, la incesante agitación del ganado, el rumor de cascos, el mugido de las vacas, el persistente olor a polvo, estiércol y cuerpos recalentados, siempre bajo un cielo solemne, hacia las purpúreas y señeras colinas del norte.

Al cabo de otra hora, la enorme manada había rodeado un pequeño lago en el centro de una inmensa cuenca de terrenos de pasto. Los árboles brillaban por su ausencia. Previsoramente, Moze había cargado leña para el fuego; de lo contrario, hubiera tenido que quemar restos de búfalos. Brite tuvo que trotar por espacio de una milla a lo largo del flanco izquierdo antes de llegar a la galera y al campamento. Éstos se hallaban a la cabeza del lago, en una suave prominencia desde la cual se dominaba toda la tierra baja. El pasto de grama era lozano, aunque no abundante. Esta noche habría que mantener agrupado el ganado.

Reddie Bayne llegó balanceándose en su hermoso caballo negro, que siempre era

regalo para los ojos de un jinete. Reddie frenó para mantenerse al paso de Brite.

—Aquí estamos, jefe. Un largo día pasado, y de nuevo a acampar. ¡Oh, Mr. Brite, me siento casi feliz! — declaró Reddie.

—Ciertamente que esto tiene algo de dulce y agradable. Aprovéchalo lo mejor que puedas, Reddie, que Dios sabe lo que será mañana.

—¡Oh! ¡Ahí está ese Texas Joe! —exclamó Reddie cuando se acercaban al campo—. Parece muy ufano ahora. Supongo que se sentirá muy orgulloso, por haber tornado aquellos fugitivos al camino... Jefe, ¿qué voy a hacer yo cuando él... cuando vuelva a molestarme?

—Reddie, no tengas temor —aconsejó Brite en voz baja, seriamente—. Contéstale. Muéstrate agresiva. Y si puedes soltarle un par de tacos, tanto mejor.

—Bien sabe Dios que he oído bastantes —repuso Reddie.

Entraron en el campamento. Texas Joe se había quitado el sombrero, chaleco, chaparreras y cinto, con revólver y todo. A Brite se le ocurrió que aquel joven gigante de pelo leonado y ojos ambarinos era el hombre indicado para destrozar el corazón de cualquier chica imaginativa y amante de la libertad.

—Vaya, jefe, ya está usted entre nosotros —pronunció despacio, sonriendo con gracia—. Es la primera vez que le veo desde esta mañana. Creía que se había vuelto a Santone... Ha sido una buena jornada. Quince millas, y el ganado llegará aquí en buenas condiciones.

—Texas, he pasado un susto allá atrás —repuso Brite apeándose del caballo.

—No ha sido nada, jefe; no ha sido nada. Quisiera informarle, sin embargo, de que Pan Handle Smith se ha portado como si hubiera recorrido el sendero con Jesse Chisholm, y lo hubiese hecho repetidamente desde entonces.

—Gracias, Joe. No me merezco tanto —intervino el proscrito, que estaba sacudiéndose el polvo y la suciedad del viaje.

Lester Holden era el único presente después de ellos y se sentó en una piedra, cargando su revólver.

—Le hice cuatro disparos a aquel bicho de cuernos-musgosos color de pizarra, pero las balas pasaron sobre su cabeza.

—No tiréis a los animales, muchachos, por rebeldes que sean. Guardad las balas para los *comanches*.

—¡Ah! He ahí nuestro Reddie —dijo Texas Joe con un diablo danzándole en cada ojo—. ¿Cuántos caballos has perdido, pequeño?

—No los he contado —repuso Reddie con sarcasmo.

—Pues yo los contaré; si no hay 189 cabales, vas a tener que cabalgar un poco más.

—Ah, ya. Entonces, tendré que hacerlo, porque usted no podrá contar arriba de diez.

—Oye, ¿sabes que pareces muy petulante esta tarde? Me parece que te voy a poner a hacer guardia de noche.

—Bueno. Eso me gusta. Pero sólo el tiempo que me toque, Mr. Texas Jack.

—Muy bien. No olvides el míster, pero me llamo Joe no Jack.

—Para mí es igual —contestó Reddie, que se hallaba cepillando el polvo de su caballo.

—Fijaos cómo el chico cuida su caballo —dijo Shipman—. No es extraño que el animal sea hermoso. Ahora se me ocurre que tendré que montarlo yo mañana.

—¡Sí, y un jamón! —repuso Reddie.

—¡Mira el diablillo éste! Se creía que yo hablaba en serio. Sólo un ladrón de caballos toma el de un compañero, ¿sabes?

—Sí, Mr. Shipman. Pero todavía no le conozco a usted muy bien.

—Ya me conocerás, y antes de ir muy lejos; te lo prometo.

Brite reflexionó que, en cierto modo, estos dos jóvenes se irritaban mutuamente. Reddie era una excelente pareja para Texas Joe en cuanto a replicar prontamente, pero tenía siempre cuidado de mantener el rostro medio vuelto o la frente inclinada.

—Me figuro que todos nos conoceremos unos a otros antes de llegar a Dodge.

—Sí, ya. Y esa pulla va dirigida a mí —contestó Texas Joe—. ¡Ya sabrás lo que es bueno!

—¿No me ha estado usted tirando puyazos también a mí? —repuso Reddie vivamente.

—Oye, hijito, yo soy el conductor jefe de las manadas de Brite, y tú eres aquí una especie de marmitón.

—Yo no soy nada de eso. Soy el conductor de caballos del equipo.

—¿Sí, eh? No serías capaz siquiera de conducir un puñado de lechoncitos amarrados. No hay que adelantarse. Te has engreído demasiado pronto. Bien mansito estabas esta mañana...

—Váyase usted al diablo, Texas Jack —gritó Reddie con exasperante petulancia.

—¿Qué es lo que dices tú? —exclamó Texas Joe pasando de bromas a veras.

—Digo que es usted un tipo odioso, presumido y maligno, con su cuerpo de jirafa y su aire valentón — declaró Reddie con voz muy clara.

—¡Ah! ¿Y qué más? —inquirió Texas, serenándose de pronto y en tono diabólico. Y dando un salto felino, le arrebató el revólver y lo arrojó lejos. Reddie, que se hallaba de rodillas, vuelta de espaldas, sintió el acto y dio un grito breve y extraño. Texas Joe le echó entonces una mano vigorosa al cuello de la blusa y la levantó en peso. Luego se dejó caer en el suelo, tirando de ella hacia sus rodillas.

—Jefe, ¿ha oído usted con qué falta de respeto habla este mocoso? —dijo Texas Joe con calma—. No habrá más remedio que aplicarle un correctivo.

## IV

Lo asombroso para Brite era el como Reddie permanecía inmóvil sobre las rodillas del vaquero, tensa como una duela doblada. Sin duda, la pobre se había quedado petrificada de horror y ansiedad. Brite intentó soltar de golpe alguna frase que detuviera a Texas en su acción. Pero la vista del rostro de aquel valiente con su expresión de malvado regocijo, paralizó su voz.

—Pan Handle —inquirió Texas —; ¿eres tú partidario de que se debe castigar a los chicos rebeldes?

—Seguramente, como principio general —opinó Smith —Pero no veo que Reddie haya hecho más que enseñar la oreja.

—En efecto. Pero si no le atajamos a tiempo nos va a impedir conducir el ganado, con sus modales y sus palabras.

—Dale un par de coscorrónes, Tex —dijo Lester —Reddie no es mal chico, a mi ver; pero está muy mal criado.

Texas levantó una ancha, curtida y poderosa mano.

—¡Shipman..., no... no se atreva a pegarme! —gritó Reddie con voz sofocada.

Pero la mano cayó con un sonoro chasquido, levantando el polvo de los pantalones de Reddie. Sus pies y su cabeza se alzaron de sobresalto, por la fuerza del golpe. La chica emitió un agudo grito de rabia y dolor; luego empezó a forcejear como un gato montés cogido al lazo. Pero Texas Joe descargó otros tres golpes antes de que su víctima se soltara por un movimiento de rodilla y se levantara de un salto. Si Brite había estado antes petrificado, se hallaba ahora electrizado. Reddie personificaba una furia que era bella y estremecedora a la vez. A Brite se le figuró que cualquier persona que no fueran aquellos vaqueros rústicos comprendería que Reddie Bayne era una chica ofendida.

—¡Salvaje! ¡Mala bestia! —gritó Reddie, al tiempo que hacía un rápido movimiento en busca del revólver. Pero éste había desaparecido; Lester lo había recogido discretamente.

—Calma, calma, muchacho. Nada de jugar con las armas. Todo esto es de broma —dijo Lester.

—¡Un cuerno, broma! —Y rápida como un relámpago saltó para dar a su ofensor, congestionado por la risa, un tremendo puntapié en la canilla. Esto era harina de otro costal.

—¡*Aggh-gh-gh!* —bramó Texas Joe cogiéndose la pierna y retorciéndose de dolor—. ¡Ay, Dios mío! ¡Mi pierna!

Reddie preparó el pie para descargar un segundo golpe, pero fue moderando el impulso hasta quedarse firme sobre las dos piernas.

—¡Ah! ¿De modo que también usted siente?

—¿Que si siento? Esto es morirse —gruñó Texas Joe —Chico, esta pierna está como si la atravesaran a balazos.

—Si se atreve usted a tocarme de nuevo, le atravesaré a balazos el resto del cuerpo.

—¿No sabes recibir una broma?... ¡Si todo era por jugar! El jinete más joven tiene que aguantar siempre las bromas de los demás.

—Oiga usted, Texas Joe; si ésa es una muestra de sus bromas, yo me pasaré sin ellas el resto del viaje.

—Pero tú no eres mejor que los demás —protestó Texas Joe, en tono ofendido—. Pregúntale al jefe. No has hecho bien en enfadarte de ese modo.

Reddie apeló silenciosamente al viejo ganadero.

—Los dos tenéis razón —declaró Brite, queriendo conciliarlos—. Tex, tú le golpeaste demasiado fuerte para ser una broma. Reddie no es un hombre tan fornido ni vigoroso para resistir esos golpes.

—Sí, ya me di cuenta. Demasiado blando al tacto para ser jinete... Bueno, muchacho, ¿quieres darme la mano, y hacer las paces? Creo que yo he llevado la peor parte. Siento aún como dieciséis dolores de muelas en esta pierna.

—Me moriría antes de darle a usted la mano —contestó Reddie. Y cogiendo rápidamente su sombrero y el revólver que Lester le dio de mala gana, desapareció como volando.

—¡Vaya una pieza! —dijo Texas Joe de mal genio—. ¿Quién diría que ese mocoso tuviera tan mala sangre? Ya me he hecho otro enemigo.

—Tex, la verdad es que te has portado muy rudamente —le respondió Brite.

—¿Rudamente? Pues también yo he recibido mi parte de la rudeza —refunfuñó Texas, y levantándose se marchó cojeando a su trabajo.

A poco, llamaba Moze para la cena, después de la cual montaron en caballos frescos a relevar la guardia. Deuce Ackerman comunicó que el ganado se hallaba agitado por la presencia de una manada de lobos. Brite fue a ocupar su guardia llevando un rifle consigo. Pasó junto al caballo negro de Bayne. La remuda se había agrupado a cierta distancia del hato. Todavía hacía calor, a pesar de que el sol de fuego se había ocultado ya detrás de los cerros. Brite asumió su puesto entre el ganado y los caballos, y se acomodó a un trabajo que nunca le había gustado.

Los cornilargos no se habían sosegado para pasar la noche. Un rumor sordo y prolongado daba testimonio de cierta impaciencia al otro extremo de la manada. Brite hizo un largo recorrido, con el rifle atravesado en el pomo del arzón, aguzando la mirada para descubrir a los lobos. Vio coyotes, liebres americanas, y, a lo lejos, en los pastos, unos cuantos ciervos dispersos. Antes de que cerrara la noche, Reddie Bayne apareció con la remuda, orientando los caballos hacia el Este, en dirección a una abrigada caleta que había como a una milla de donde estaba Brite. El crepúsculo descendió sobre ellos, mientras en el horizonte occidental se iba desvaneciendo el sonrojo de los rayos del sol.

Antes de que las tinieblas lo cubrieran todo, Reddie se presentó a Brite montada en su caballo.

—Jefe, los caballos están bien. Supongo que permaneceré por aquí, cerca de su puesto. Todos tenemos órdenes, de continuar en guardia hasta que nos avisen.

—Tal vez se esté fraguando alguna cosa. Tal vez no. ¿Quién sabe?

—Me figuro que lo que se esté fraguando será en la cabeza de ese hombre.

—¿Qué hombre, Reddie?

—Usted sabe... ¿No ha sido abominable lo que me ha hecho a mí, Mr. Brite?

—Sí, ha sido un poco rudo —convino Brite. Tex actuó con tanta rapidez que no me dio tiempo a intervenir...

—Desde luego que no se ha portado usted muy caballerosamente —continuó Reddie, en tono vacilante—. Ahora tengo mis dudas acerca de usted.

—Como sabía que tú eres una chica, me dejó casi paralizado.

—Seguramente que eso le paralizaría también a él —repuso Reddie sombríamente—. Jefe, yo podría arreglar cuentas con Texas diciéndole que había ofendido a una dama.

—¡Rayos y truenos! Seguro que sí. Pero no lo hagas. Reddie. Pudiera abandonar el equipo.

—Me dolería que él descubriera que yo... soy una chica —repuso Reddie, pensativa.

—Confiemos en que ninguno lo descubrirá.

—Míster Brite, jamás me perdonaría yo misma si le trajera a usted mala suerte.

—No me la traerás, Reddie.

—Escuche —susurró ella súbitamente.

Un melódico canto sobrenatural descendió, en el aire tibio de la oscuridad. Brite reconoció el canto español de un vaquero.

—Es San Sabe que canta a la manada, Reddie.

—¡Oh, qué delicioso! Canta maravillosamente.

De otro punto partió entonces un singular canto vaquero, y, cuando éste hubo cesado, una voz suave y melosa vibró sobre el rebaño. Cesó el rumor de pezuñas, y sólo el interminable mugido de una vaca rompía el silencio. San Sabe comenzó de nuevo su acostumbrado canto de amor; y entonces, todo en derredor de la manada, se levantaron, como ecos, numerosas voces melancólicas en estribillo. Era la magia con que los conductores de manadas sosegaban los impacientes cornilargos.

Se alzó la luna, vertiendo su luz de plata en toda la cuenca y prestando a la hora una especie de encantamiento. Reddie pasaba de un lado a otro, tarareando un canto del Sur, perdida en la belleza y la serenidad de la noche. De un cerro partió entonces el largo, desolado y escalofriante lamento de un lobo de la sabana. Esto era como un espantoso aviso que devolvía el pensamiento a la realidad de que la muerte acechaba poco más allá.

Los vaqueros fumaban y cantaban, el ganado dormía o descansaba, el balsámico viento de la noche agitaba la hierba, los patos silvestres aleteaban sobre el lago. Las estrellas palidecían ante la luna llena.

Texas Joe apareció al trote.

—Jefe, váyanse a dormir, usted y Reddie. Dos horas de descanso, y luego otras dos de guardia para cinco hombres. Todavía no estoy seguro de que no haya novedad.

Reddie no cesaba de entonar su dulce cantinela.

—Pero, Tex, no puede ser ya medianoche —exclamó Brite.

—No puede, pero lo es; no le quepa duda. Váyase con su... Reddie, tienes una voz demasiado dulce para un muchacho. Verdaderamente me traes intrigado.

—¿Ha oído usted, jefe? —susurró Reddie, furiosamente, agarrándose al brazo de Brite—. Ese hombre tiene sospechas.

—Déjalo... ¡El diablo le lleve! Si al fin te descubre, tanto peor...

—¿Para él o para mí?

—Para él, seguramente.

—¿Qué quiere decir con eso de tanto peor, jefe? —Le estaría bien que se enamorase de ti de tal modo que...

—¡Jesús, Jesús! —exclamó Reddie con voz abatida y espantada. Y espoleando su caballo se desvaneció en la tiniebla.

—¡Vaya! —se dijo Brite, asombrado, Era evidente que había dicho algo impertinente—. Le sentó mal la idea. ¿No se habrá fugado ahora?

Brite marchó lentamente al campamento. Hallett y Ackerman estaban ya junto al fuego, bebiendo café. San Sabe apareció a caballo, con el resto de su melodía en los labios. El caballo de Reddie estaba parado a poca distancia, a la luz de la luna, y algo, postrado y oscuro, aparecía junto a un macizo de arbustos. Brite fue en busca de sus mantas.

Al otro día por la mañana, cuando Brite se presentó para tomar el desayuno, Whittaker y Pan Handle eran los únicos conductores en el campamento. Comían apresuradamente.

—La manada va en movimiento, jefe —anunció Smith —Nos han llamado.

Brite contestó a sus saludos, mientras prestaba oído al lejano rumor de pezuñas y cascos. Era temprano, pues todavía no había salido el sol. Un cielo claro, limpio de nubes, y un aire suave daban testimonio de la promesa del tiempo.

—¿Dónde anda Reddie?

—Allá, con los caballos. Cuando oyó vocear a Joe, dejó de comer como una liebre espantada. Ha pedido caballos de remuda.

—Debe de pasar algo —murmuró Brite—. Bien ya va siendo hora.

—No me gusta mucho esta conducción de reses —dijo Whittaker despacio—. Demasiado lenta. Me he enrolado para ver acción.

—¡No te apures, hijo! Vas a ver más acción de la que desees —declaró Brite sombríamente.

—Aquí viene Red con los caballos —anunció Pan Handle—. Jefe, me agrada ese chico. Es un rapaz callado y amable. Monta como un verdadero vaquero y conoce bien los caballos.

—¡Ea, hombres! Coged vuestros *ponies* —chilló Reddie, y partió a galope perdiéndose de vista.

Que cada uno se valiera por sí mismo. Por fortuna, los conductores lograron apresar sus caballos rebeldes y briosos acorralándolos por medio de una soga. Brite frenó el suyo, que era un pequeño bayo trapajoso, y regresó a terminar su almuerzo. A poco, los otros habían partido.

—Moze, ¿por qué se ha puesto tan pronto en marcha la manada?

—No lo sé, patrón. El ganado es un elemento pestífero. Ni aun el más enterado sabe jamás qué idea puede darle.

—Exacto... Avía, sin lavar, Moze. Y ponte en marcha sin demora.

—En seguida, señor.

Brite montó en su pequeño bayo. Como todos los demás, tenía que montar el caballo que Reddie pudiese ofrecerle oportunamente, y en este caso comprendió que la suerte no le había favorecido. El bayo mostraba inclinación a tirarlo por encima de las orejas; pero espoleándolo a través de la sabana, Brite logró corregirle este defecto. Un rojo disco de sol asomaba sobre el horizonte oriental. El día había comenzado. Bandadas de pájaros negros se levantaban del agua y volaban en dirección del ganado. Una distante nube de polvo se movía, a poca altura, hacia el norte. Brite alcanzó aquel punto, hallando que el ganado moderaba su marcha y se dilataba la manada. Bayne mantenía en orden la remuda a la derecha, una milla más atrás.

Ackerman se sentaba en su mesteño, aguardando por Brite, al cual sin duda había visto venir en la misma dirección.

—Jefe, ¿ha pasado usted junto a un toro muerto, allá atrás? —preguntó.

—No; no lo he visto.

—Yo he tenido que matarlo.

—¿Por qué?

—Alguien lo había inutilizado. Una pierna rota de una bala de fusil de aguja.

—¿Cómo es posible? No llevamos aquí ninguna de esas armas que se usan para los búfalos.

—A mí también me parece extraño. Debe de haber sido justamente antes del amanecer.

—¿Lo sabe Texas Joe?

—No puedo decírselo. Me figuro que no. Estaba libre de guardia. Entró al amanecer, como yo. Pero uno de los compañeros debe de haber oído el disparo.

—Ah, ya. En torno al lago hay un bosque muy denso. Puede que hubiese un campamento en algún lugar. Alguno que quería comer carne, tal vez.

Brite marchó a ocupar su puesto en un ancho espacio abierto detrás de la manada; una vez allí hizo ir al paso a su caballo y descansó, escrutando el horizonte hacia el sur. Las horas transcurrieron agradablemente para él. A media tarde, la larga, interminable cadena de colinas, casi imperceptible hasta haberla traspuesto, quedaba atrás de la manada, y al frente el terreno formaba pendiente hacia el lecho de un

arroyo. Anchos y blancos bancos de arena ceñían la serpeante cinta de agua. Al otro lado, en la lejana orilla, bosques de árboles y lozanos campos de pasto llanos invitaban a acampar y al descanso nocturno. Cuatro conductores dieron paso de uno a otro a las órdenes del mayoral, que se transmitían sucesivamente hacia atrás, gritando: «Cruza por arriba adelante. Empujad a los rezagados».

Brite vio que la cabeza de la gran manada torcía hacia el oeste a lo largo de la orilla. Siete jinetes se reunieron en aquel lado. El ganado quería beber; después de beber, atravesaría la corriente. El peligro residía evidentemente en que los rezagados se salieran de la margen arenosa para internarse en lugares difíciles. Los disparos daban muestra de los métodos violentos empleados en la conducción del ganado. Brite no recordaba exactamente por dónde cruzaba el sendero, pero calculó que sería por algún lugar a lo largo de aquella línea. Smith agitó un pañuelo rojo desde lo alto de una eminencia que se hacía en la orilla. Era el único que montaba en el lado occidental de la manada. Luego desapareció, y el ganado pareció rodar en una agitada corriente por el recuesto. La masa posterior de cornilargos se agolpaba contra los que iban delante, y el chocar de cuerpos crecía incesantemente junto con el mugido de las vacas. Brite advirtió que él era más necesario hacia el flanco derecho, para ayudar a mantener en fila a los que tenían tendencia a extraviarse, y para evitar que los morosos diesen la vuelta. Cuando el frente rojo y blanco de la manada empezó a vadear chapoteando, el peligro de que la retaguardia retrocediese se hizo mayor, y el trabajo de los jinetes pasó, de faena difícil, a riesgo trabajoso. Siete jinetes se distribuían en aquel lado la tarea. Reddie Bayne puso en fila la remuda a la izquierda; luego fue a reunirse con los conductores a la derecha. Brite le gritó que no se pusiera frente a aquellos feos animales conocidos por cuernos-usgosos. Algunos de éstos embestían, pateaban como mulas y agitaban perversamente la testuz. Cuando, al fin, el extremo posterior de la manada se adentró, en su forma irregular, en la vadosa corriente, dejó un número de reses atascadas en la arena movediza. Éstos pertenecían en su mayoría a aquella especie de ganado ingobernable que se salvaba a impulsos; otros se hundían; todos mugían desesperadamente.

Texas Joe apareció galopando río abajo.

—Reddie, ¿qué demonio significa eso de abandonar la remuda? —gritó, con los ojos llameantes de cólera—. ¡Fuera de aquí!

Reddie atravesó el río a galope. Joe envió entonces a Whittaker, Bender y Smith al otro lado.

—Jefe, usted no hace falta aquí —dijo en conclusión—. Puede seguir.

—Déjalos quedar, Tex. Sólo hay veintiuna cabezas —repuso Brite.

—¡Nada de eso! —exclamó el mayoral soltando el lazo—. No dejaremos ninguno... Aquí, muchachos, y echadles los lazos. Manteneos fuera del fango, y arrastradlos contra la corriente.

Tras lo cual, Shipman se apartó de la orilla haciendo girar el lazo sobre su cabeza. Su caballo se hundió hasta las cernejas, pero continuó avanzando. Texas tiró un lazo

largo y alcanzó un toro que tenía sólo la cabeza fuera del fango. Luego, dando voces y espoleando su caballo comenzó a extraer al cornilargo. Los otros siguieron el ejemplo, produciéndose a continuación una escena de penosa y alborotada actividad. La cuerda enlazaba una vaca o un novillo, y los jinetes clavaban las espuelas a sus caballos. Parte del ganado se extraía fácilmente. Otros surgían lentamente, y sólo a costa de un tremendo esfuerzo por parte del caballo y del jinete. Texas no pudo mover al enorme toro, y Brite le gritó diciendo que lo dejara. El caballo del mayoral se hundió entonces en el légamo hasta los ijares. Rápido como un relámpago, Texas saltó de la montura, soltó la cincha y dejó libre la silla. Embarazado de este modo, la soga atada todavía al arzón y la cabeza del toro, Texas se hundió también en el cieno. Su caballo se salvó por sí mismo, pero Texas tuvo que pedir auxilio, Ackerman y San Sabe acudieron a prestárselo.

—Suéltalo —gritó Ackerman tirando un lazo abierto a Texas Joe.

—San, baja y tira tu lazo a ese maldito toro —ordenó Texas, y cogiendo la cuerda de Ackerman la ató al pomo de su arzón. Se hallaba hundido hasta la mitad del muslo en la arena movediza, y evidentemente expuesto a desaparecer.

—Ya estoy firme, Deuce —gritó San Sabe haciendo girar su caballo—. Ahora, tira de ellos.

Los caballos se precipitaron; silbaron las cuerdas. Texas fue extraído de costado pero adherido a la cuerda que empuñaba. Los jinetes libraron al toro del fango que lo aprisionaba y comenzaron a arrastrarlo contra la corriente. Luego se dejó llevar y, haciendo pie, comenzó a gatear como una gigantesca tortuga de lodo. Un tercer jinete acudió a enlazar el toro, y entonces, las tres sogas adheridas a él, fue literalmente arrastrado fuera de la arena movediza. Texas maldijo al viejo bruto de los cuernos-musgosos como si fuera un ser humano.

Brite disfrutaba con esta escena, y sólo una vez creyó necesario echar una mano; luego le rechazaron. Estos jóvenes jinetes montaban y voceaban como indios *comanches*, fieros y llameantes los ojos, dando a veces gritos estridentes. Sus votos y su genio ceñudo convenía a sus acciones: todo era duro, primitivo y como fatal en ellos.

La última vaca, más infortunada, parecía demasiado lejos y profundamente hundida para ser extraída. Pero estos hombres insistieron. Hicieron cuanto era posible, menos marcharse y vadear la corriente. Los lazos eran demasiado cortos. Sólo uno prendió en un cuerno, y se escurrió.

—Ya se ha ido, muchachos. Se está ahogando. Vamos, dejadla de una vez.

—¡Oh! Hay que rematarla, para que no sufra más —dijo uno de ellos.

Sonaron disparos. Una bala pasó rozando el testuz del animal.

—¡Ea! —dijo Texas sacando su revólver —; creía que los vaqueros del Uvalde tenían mejor puntería.— Tomó puntería. Su postura era significativa. Al sonar el disparo, uno de los desorbitados ojos de la vaca desapareció; dejó caer la cabeza y se hundió hasta que sólo la punta de un largo cuerno quedaba a la vista.

—¡Ah, vaya puntería! —dijo, riendo, Deuce Ackerman al enfundar su revólver.

—Tex —dijo Holden —, sólo deseo que tus balas den así en el blanco cuando algún piel roja esté a punto de quitarme el pericráneo.

Texas no añadió comentario alguno. Arrastrando su montura fuera del fango, sacudió la manta, y la echó sobre su caballo. A continuación fue la silla, chorreando agua y arena. A poco, Texas estaba otra vez a caballo, y seguía a sus vaqueros a través del arroyo. Brite marchó detrás, procurando no precipitarse y dejar que el caballo eligiera el camino. Sabía por experiencia lo que es la arena movediza.

Guiaban las veinte reses rescatadas a través de la hollada barra de arena y se internaron en el arbolado. Pasada la fila de árboles, la gran manada se había detenido a pacer en la verdosa planicie, satisfecha ahora de su suerte.

—Aquí mismo está bien —dijo Texas, abrumado de cansancio—. Deuce, mira a ver si ves a Moze. Puede que necesite dirección y que le ayuden a pasar... ¡Caray! Estoy más cansado que después de un día de faena. Y mojado... Y con las botas llenas de arena... Menos mal que son nuevas y buenas... Oye, Red, tírame de ellas. Éste es un buen chico.

—Escuche, ¿quién era su negro esclavo antes de ahora? —preguntó Reddie fríamente.

—¡Y a ti qué te importa, demonio...! —Luego cambió súbitamente—. Oye, te he pedido un favor. Tengo las manos desolladas.

—Está bien —asintió Reddie rápidamente, y le sacó las botas con gracia y destreza.

Deuce Ackerman estaba a mujeriegas en su caballo, acechando hacia el río a través de la franja de árboles.

—Tex, ¿has visto aquel toro inutilizado esta mañana? —preguntó.

—No. ¿Cómo, inutilizado?

—Sí. Por un tiro de fusil de los que se usan para cazar búfalos. Tenía una pierna rota. Yo lo rematé.

—¡Fusil de búfalos! ¿Quién lleva esa arma?

—Nadie.

—Deuce, ¿estás seguro? —preguntó Texas, súbitamente interesado.

—Desde luego. Conozco los fusiles de aguja, y los agujeros que abren.

—¿Qué es lo que crees tú?... ¡Ea, jefe! ¿Oye usted lo que dice?

—Sí. Me lo dijo ya esta mañana —replicó Brite.

Pan Handle Smith se puso con una rodilla en el suelo y otra en el aire, según la costumbre de los vaqueros, y miró atentamente a Ackerman.

—Alguien que no pertenece a nuestro equipo disparó contra aquel novillo esta mañana hacia el amanecer —continuó el jinete.

—Texas, yo he oído el disparo —intervino Smith—. Su detonación me despertó.

—Ah, entonces habría un campamento cerca de nosotros. Creía sentir olor a humo cuando atravesábamos el valle.

—Seguramente. Yo he visto humo hacia el oeste. Formaba una pequeña franja contra el poniente amarillo.

—Gente acampada que necesitaba carne, me figuro —dijo Brite, sugiriendo aquello que quería creer.

—¡Quiá! —repuso Deuce, después de reflexionar Aquél era un toro viejo y duro. Y había sido herido desde lejos. Alguien disparó contra la manada en masa, pero no por la carne.

—Entonces ¿por qué? —demandó Texas vivamente.

A esto nadie contestó. Brite sabía que los tres jinetes pensaban lo mismo que él, y que quería expresar sus sospechas.

—Allí viene Moze —continuó Ackerman—. Vamos, Reddie. Tú tienes un buen caballo. Le ayudaremos a pasar.

Los dos partieron bajo el arbolado a lo largo del arroyo Moze había detenido la galera en la orilla opuesta, desde donde buscaba, evidentemente, un lugar seguro para cruzar la corriente.

Texas miraba sucesivamente a Brite y a Pan Handle, y el frío y curioso brillo de su mirada ambarina sugería algo inquietante.

—¿Creen ustedes que nos siguen la pista? —preguntó.

—Todo es posible —repuso Brite.

—Y si lo hacen, ¿qué? —inquirió Smith—. Somos doce hombres. Harían una jugada tonta.

—Smith, esto tiene mala cara. Tex ha recorrido otras veces el sendero. Él sabe como yo que los ladrones de ganado pueden venir persiguiéndonos. Mi manada es demasiado grande. Y mi equipo demasiado pequeño.

—Ladrones de ganado, ¿eh? Me doy cuenta.

—Nunca he tenido ningún tropiezo —siguió diciendo Brite—. La verdad es que he tenido una suerte loca. Pero he oído contar las que han pasado otros dueños de manadas. Existen pérdidas frecuentes de ganado. En su mayoría son debidas a esos salteadores que, poco a poco, van reuniendo reses hasta formar un hato suficientemente grande para conducirlo hasta Dodge por su cuenta. Existen también conductores envidiosos que pagan a los salteadores del sendero para que siembren el pánico en la manada que marcha inmediatamente delante de ellos. Es un asunto de lo más indecente.

—Ya, pero es también un asunto de gatillos —declaró Texas con los ojos encendidos—. Jefe, esta noche haremos una exploración hacia atrás, o bien aguardaremos a ver si...

—Aguardaremos —interrumpió Brite—. Si es que nos siguen, pronto lo sabremos. En caso contrario, no hay por qué... Preguntad a Moze si ha visto venir algunos jinetes sendero arriba.

De noche, Brite fue despertado sin saber por qué. Las tres estrellas elegidas como referencia se inclinaban hacia el oeste, de lo cual dedujo que era tarde. Reinaba también una gran quietud. ¡Ni un sonido de la manada! ¡Ni una tonada de los solitarios vaqueros de la guardia! Los insectos habían reducido su melancólica elegía a un débil espectro de su fuerza anterior. La hoguera estaba casi apagada. Al norte, sin duda al borde de la manada, se oía el penetrante lamento de los coyotes.

De pronto, un vibrante estallido rompió el silencio. Brite se incorporó con los ojos muy abiertos.

—Cuarenta y cinco —se dijo, y volvió la vista en derredor tratando de ver lo que le rodeaba en la tiniebla. Tres conductores dormían pesadamente. Entonces sonaron, más altos, otros disparos, y por la detonación reconoció Brite los fusiles empleados contra los búfalos. Uno de los vaqueros se levantó silenciosamente como un espectro. ¡Texas Joe! El mayoral volvió el oído hacia el sur. El estallido de un calibre 45 fue entonces interpretado como una orden imperativa por parte de Shipman.

—¡Arriba muchachos! Coged los rifles, y ¡al combate!

Dos de los vaqueros se movieron al unísono. Se incorporaron, abrieron los ojos, echaron mano a los rifles y se levantaron para seguir a Texas, que se había internado ya en la sombra a grandes pasos. El tercer jinete despertó lentamente, medio atontado. Era Hal Bender.

—¡Arriba, Bender! —gritó Brite levantándose también.

—¿Qué ocurre, jefe? —preguntó el novato, espantado, poniéndose las botas.

—No lo sé todavía. Se han oído disparos hacia allá. Coge tus armas.

—¡Ah!... ¿Qué es eso?

Un sordo rumor de cascos que se levantaba del sur como una ola llegó a oídos de Brite.

—Caballos. Los salteadores persiguen, sin duda, a la remuda —declaró Brite acelerando la marcha. El cañón de su rifle tropezó con una rama. Tuvo que ir más despacio, so pena de exponerse a estrellarse contra un árbol en la oscuridad. Bender jadeaba a poca distancia detrás de él. Dos veces se detuvo Brite a escuchar, orientándose siempre por el sonido. Al fin salieron del arbolado a campo abierto: un espacio llano y gris bajo la palidez estelar. Unas voces agudas le atraieron hacia la izquierda. Empezó entonces una carrera, cuidando de no tropezar con la hierba, con el rifle preparado, mirando fijamente hacia delante.

—¿Quién va? —dijo una voz raspante que partía de la penumbra. Era la voz de Texas Joe.

—Brite. ¿Dónde estás?

—Aquí. Tenga cuidado con un hoyo.

Brite y Bender se reunieron pronto con un grupo de cuatro, uno de los cuales estaba a caballo. Este jinete estaba hablando:

—...yo no sé nada, salvo lo que he oído. Caballos desmandados. Luego, tiros. Dos disparos de fusil de aguja, y después uno del 45.

—Ya. ¿En qué dirección, San?

El vaquero tendió su brazo hacia el sur.

—Estad atentos todos —ordenó Texas Joe, y se echó a tierra, aplicando el oído al suelo.

El silencio era intenso y vibrante. Nada lo interrumpía. Texas se levantó.

—Hay caballos en movimiento por alguna parte. Desasosegados solamente. Han dejado de correr... Ahora, de nuevo, poned atención.

Texas hizo una bocina con las manos en torno a la boca. Una sibilante inhalación de aire dio muestras de su intención. De pronto, voceó:

—¡Ea, Reddie!

Su vigorosa voz hendió el silencio y rodó como una ola sobre la llanura con un timbre extraño y salvaje. Inmediatamente vino la débil pero inequívoca respuesta del sur.

—¡Ea! Suena como si...

—¡Ssssh! Escuchad con atención —interrumpió Texas. Otra respuesta partió en la dirección contraria, a la que siguió un lejano grito al oeste. Finalmente, una voz más cercana completó la situación de la manada.

—Desplegad, muchachos, y galopad en esta dirección —ordenó Texas—. Deteneos, cada cien metros, a ver si veis los caballos. Me figuro que habrá refriega.

San Sabe partió a la cabeza en su caballo y pronto se perdió de vista. Brite se dirigió a la derecha, obedeciendo órdenes. Se había detenido ya unas doce veces cuando oyó el primer sonido; luego sintió rumor de caballos invisibles. Después de esto marchó sofocado, lleno de ansiedad. Texas Joe había respondido con menos tranquilidad de la acostumbrada a esta interrupción de medianoche. Unos agudos relinchos de caballo hicieron virar a Brite hacia la izquierda. A poco, una compacta masa negra se destacó en el fondo gris.

—¿Dónde diablos estás, Reddie? —llamó Shipman.

—Aquí estoy; ya llego —fue la respuesta, en una voz penetrante que Brite había aprendido a reconocer. Luego se acercó al grupo, que esperaba, en el momento en que el gran caballo negro de Reddie Bayne asomaba sobre la llanura gris.

—¿Qué haces aquí a esta hora? —preguntó Texas Joe en tono perentorio.

—No he ido al campamento —replicó Bayne.

—¡Ajá! ¿Y por qué no has obedecido las órdenes?

—Me entraron sospechas, Shipman. Así que me quedé con los caballos. He oído voces y visto luces. Entonces, agrupé la remuda y la conduje hacia el campamento, lejos de la manada. A poco, sentí golpeteo de cascos. Luego apareció una sarta de jinetes a galope. Yo hice fuego contra el cabecilla y le di a su caballo. Pero continuó adelante. Él y sus jinetes se agolparon hacia mi remuda. Cuando empezaron a hacer fuego, me di cuenta de a lo que venían. Separaron algunos de mis caballos y se los

llevaron. Yo hice fuego contra ellos y contestaron a mis tiros... Eso es todo, me figuro.

—¡Salteadores!... Deuce tenía razón —declaró Texas Joe.

—Apretemos las espuelas, y vamos a darles caza —sugirió Holden.

Brite no lo creyó conveniente, pero se calló.

—¿Cuántos eran, Reddie? —preguntó Texas.

—No pude contarlos. Pero no eran muchos.

—Aguardaremos hasta el día, de todos modos... Reddie, ve al campamento y duerme. Falta poco para el amanecer.

—Si usted no se opone, prefiero quedarme por aquí —repuso Bayne.

—Bueno, puede que sea mejor... Desplegad, muchachos y rodead la remuda a distancia. Si sentís venir jinetes, gritad.

El silencio se tendió de nuevo sobre la sabana. Los jinetes se desvanecieron uno a uno. Brite patrullaba un recorrido que al fin le condujo al encuentro de Texas Joe.

—¿Qué te parece todo esto, Joe?

—Me parece que era de esperar. Vamos a tener una dura faena. Demasiadas reses para tan pocos conductores.

—Así lo creo yo —añadió el jefe, pensativo—. Pero oye, Shipman. Si llegamos a Dodge con la mitad de la manada, todavía haré un buen negocio. Y ten la seguridad de que no me olvidaré de mis jinetes.

—Jefe, a mí no me preocupa la cantidad de reses que perdamos. Pero no abandonaré un solo cornilargo sin disputarlo de firme. En cuanto al robo de caballos, esto me indigna... Diga, Brite, ¿no le ha sorprendido que ese chico, Bayne, se quedara aquí solo? ¡El diablo le lleve! A veces me irrita, pero no puedo menos de cobrarle simpatía.

—Lo mismo me pasa a mí... Texas, quisiera que trataras a Reddie un poco mejor.

—Sí; ya lo he notado. Pero no puedo tener favoritos en el equipo. Los demás acabarían por odiarme a muerte antes de llegar a Dodge... Y... eso es lo que no ocurrirá jamás, Brite.

—Hay celos, ¿eh? —preguntó el jefe sombríamente.

—Pudiera haberlos... Bueno, el Este comienza a clarear. Me pregunto qué nos traerá este día.

Brite volvió afanosamente a su guardia, y observó como las estrellas palidecían, y se borraban, a medida que el Este se iluminaba con un gris lejano y mágico, y los caballos, el ganado y la tierra cobraban forma.

Luego vio que Texas le hacía seña de que volviese al campamento. La manada se había levantado y comenzaba su lento movimiento hacia el Norte. Y de nuevo el día era bella promesa. Al entrar en el campamento, Brite vio a San Sabe, Bender y Ackerman de pie, con tazas en la mano, en torno a Alabama Moze.

Luego entró Texas a pie, sus ojos de lince a medio abrir, los labios apretados.

—Deuce, ve tú a hacer la punta y sigue adelante —dijo brevemente—. Envía a

Pan Handle acá con los otros.

—¿Vais a trabar refriega?

—Seguramente. Reddie viene con algunos caballos. Vamos a seguirles el rastro hacia el Sur... Jefe, hemos perdido más de veinticinco caballos.

—La pérdida no es grande, si no va más allá.

—No. Pero para ser un tejano viejo, está usted bien predispuesto acerca de esos cuatreros o salteadores.

—Tex, me figuro que uno de estos días se saldrá de sus casillas —dijo Deuce riendo.

Reddie apareció a galope detrás de media docena de mesteños trapajosos. Los jinetes se desplegaron agitando brazos y cuerdas para acorralarlos en un rincón. A poco, sólo quedaban Brite, Texas Joe, Reddie y el negro en el campamento. Texas parecía hambriento y taciturno. Tenía prisa. Reddie recibió su taza y cacerola de manos de Moze y se acomodó en un asiento improvisado, donde se puso a comer con buen apetito.

El sol brotó, rojo, de un horizonte de púrpura; la llanura entera cobró entonces un tinte rosado. Hasta los pájaros anunciaban esta transformación. Brite hizo una pausa para recibir el fresco esplendor de la mañana. Los altos pastos de grama lucían con un brillo de plata y las flores se levantaban con sus hermosos y pálidos rostros hacia el Este.

De súbito, Texas Joe se levantó jurando por lo bajo. Su cabeza enjuta se estiró como la de un halcón en dirección al Sur.

—¿Qué es lo que escuchas, Texas? —preguntó Brite vivamente.

—Caballos.

Brite pudo verificar en seguida el hecho.

—¿Y qué? —continuó el jefe.

—Oh, nada. Sólo que relacionándolo con lo que ocurrió esta mañana, da que temer.

Inmediatamente apareció un grupo de jinetes en el extremo lejano del arbolado. Brite contó hasta siete, figuras oscuras todos ellos, a trote ligero. Texas los observó detenidamente; luego se volvió hacia Brite.

—Jefe, esa pandilla nos ha estado espiando —dijo con llamas en los ojos—. Han calculado bien el tiempo. Nuestros jinetes acaban de partir, y la guardia no aparece.

De súbito, Reddie Bayne se levantó dejando caer su cacerola.

—¡Wallen y su equipo! —gritó Reddie, alarmada.

—¿Estás seguro de ello, muchacho? —preguntó Texas sombríamente.

—Sí, seguro. Le conozco... Apuesto que fueron los que asaltaron mi remuda... Y ahora vienen por mí.

—Bueno, retírate, ten cuidado con lo que dices... Brite, prepare su Winchester. Déjeme hablar a mí... Aquí nos haría falta su Pan Handle Smith.

El oscuro y compacto grupo de jinetes cerraron rápidamente la abertura y se

acercaron en semicírculo justamente enfrente del centro del campamento. Brite no necesitó esta vez indagar acerca de su carácter. Reconoció al tostado Wallen, cuyos grandes ojos audaces barrían el campamento y la llanura inmediata. El más destacado de los otros jinetes era un individuo todavía más sorprendente que Wallen: un hombre como de cincuenta años, con una cara semejante a un árido mogote de roca y ojos como grietas violentas. Brite había visto a este hombre en alguna parte. Los otros cinco eran dignos de sus jefes: todos vaqueros jóvenes, entecos y desgredados.

—Vaya; aquí está nuestro Reddie Bayne —dijo Wallen, ásperamente, señalando a Reddie con una mano vigorosa.

—El mismo, Wallen; de cuerpo entero —dijo su teniente en tono seco y duro.

Wallen volvió entonces los ojos hacia Brite.

—¿Así que me ha mentado usted, Brite? ¿No?

—Si lo he hecho, me atengo a mi mentira —repuso Brite montando en cólera.

Texas Joe se adelantó, tirando hacia un lado, saliéndose de la línea de la galera, con una intención de la que ningún tejano podía dudar.

—Wallen, veo que algunos de sus hombres llevan fusiles de agujas en las monturas —dijo con hiriente sarcasmo.

—¿Y qué? Andamos a la caza de búfalos.

—Sí, ya. Eso dice usted.

—Quiero hablar con Brite, y no con usted, vaquero —dijo el otro en tono agresivo.

—Habla usted con Texas Joe —intervino Brite en tono mordaz.

—Brite, entréguenos ese chico que usted ha secuestrado: Reddie Bayne —dijo el cabecilla de los visitantes.

—Wallen, no estoy acostumbrado a discutir con hombres como usted —intervino Texas incisivamente. Brite tuvo la impresión de que su mayoral trataba de dar tiempo a que llegara Pan Handle y los otros al campamento. Brite echó una furtiva ojeada por encima de la rosada pradera. ¡Ni un jinete a la vista! Esto era grave, porque sin duda habría refriega dentro de pocos minutos.

—¿Quién demonios es usted? —gritó Wallen roncamente.

—Yo conozco a este hombre —dijo el compañero de Wallen—. Es Texas Shipman.

—Eso nada significa para mí.

—Entonces, habla tú, compañero —repuso el otro, con una voz dura y fría, que significaba mucho para Brite. Este teniente era el más peligroso de todos.

—Desde luego, Ross Hite; no necesito de ti para decir lo que tenga que decir —respondió Wallen.

¡Ross Hite! Brite se impresionó al oír aquel nombre, bien conocido de los conductores de manadas. Hite había recorrido la gama de todas las ocupaciones conocidas a la redonda.

—Habla, pues, o que el diablo hable por ti. Pero hazlo brevemente —dijo Texas

en tono brusco—. ¿Qué es lo que quieres?

—Venimos detrás con nuestro ganado —repuso Wallen llanamente—. Vosotros vais demasiado despacio y entorpecéis nuestra marcha... Y quiero que se me entregue ese jinete llamado Reddie Bayne. Me ha tocado en un trato que hice con Jones en Braseda.

—¡Ajá! ¿Así que Reddie Bayne te debe sus servicios?

—Seguramente.

—¿Y qué dices tú, Reddie?

Reddie se adelantó de un salto.

—Es un infame embustero, Texas —dijo Reddie, irritado, con pasión—. Me he escapado de tres ranchos para huir de él.

—Cállate tú, o te va a salir peor repuso Wallen con voz estridente.

—Poco a poco, Wallen —advirtió Texas—. Éste es un país libre. El tiempo de los esclavos, blancos o negros, ha terminado.

—Reddie, confiesa por qué Wallen te persigue —dijo Brite astutamente. Su sangre tejana no se oponía a esta evasiva. Además, de lo alto de un cerro descendía un oscuro jinete a galope. ¡Pan Handle!

—¡Oh... Tex! —exclamó Reddie acremente—. Me persigue porque... yo... no soy lo que usted piensa.

Texas sintió como un escalofrío, pero no dejó por un momento de vigilar al jinete que tenía enfrente.

El rostro de Wallen se tomó lívido.

—¿Y qué eres entonces, Reddie? —preguntó Texas con voz llana y fría.

—Yo... yo soy una chica, Texas... Por eso me persigue —repuso Reddie secamente.

—¡Atención! —gritó Ross Hite con voz aguda.

Wallen echó mano a la cadera. Texas pareció borrarse ante la tirante mirada de Brite. Se vio un fogonazo y, tras el estallido, Wallen se irguió en súbita rigidez. Su rostro oscuro cambió de expresión pasando de una terrible cólera a una horrenda palidez y, descolgándose de la silla cayó flojamente al suelo. Su caballo huyó, espantado. El otro caballo se encabritó resoplando.

—¡Fuera de aquí o...! —gritó Texas encañonándolos Brite, respáldeme con su rifle. ¡Reddie, aquí!

Brite apenas necesitó aquella orden terminante, pues su rifle estaba listo antes de que Texas hubiese terminado. De igual modo, Reddie saltó hacia delante, valerosa y amenazante.

Todos los jinetes, salvo Ross Hite, habían vuelto grupas instantáneamente. Varios se alejaban con sus caballos a paso lento. Hite no dio muestras de temor en su rostro cetrino, pasando la mirada de Texas al postrado Wallen y luego, hacia atrás, a campo traviesa. Brite oyó el golpear de cascos veloces, y más atrás, los gritos de los vaqueros.

—Brite, ¿quiere usted que nos llevemos a Wallen? —preguntó Hite.

—No, gracias; nosotros le atenderemos —repuso Brite con sarcasmo.

En ese momento un caballo pasó junto a la galera y, habiendo sido frenado, se detuvo bruscamente, levantando una nube de polvo y grava al hacerlo. Pan Handle Smith saltó en el centro del grupo, al tiempo que un revólver aparecía como por magia en cada una de sus manos. Brite sintió entonces alivio.

—¿De qué se trata? —preguntó Smith fríamente.

Ross Hite miró fijamente a Smith; luego rió con aspereza.

—Brite, como conductor de manadas, va usted bien preparado. Texas Shipman, y ahora Pan Handle Smith...

—¡Fuera de aquí! —ordenó Texas.

—Señores, esto ha sido cosa de Wallen, no mía —repuso Hite, y haciendo volver a sus compañeros, que pronto partieron a galope. A poco habían traspuesto el extremo del arbolado por donde habían venido.

Sólo entonces se movió Texas Joe. Miró rápidamente al muerto; luego giró, con el rostro pálido y los ojos llameantes.

—Ven acá, Reddie Bayne —gritó, y en dos zancadas se puso ante ella—. ¿Has dicho que eres una chica?

—Sí, Texas Joe, yo..., yo soy una chica —repuso Reddie, y se quitó el sombrero para demostrarlo. Su rostro parecía de ceniza y sus ojos castaños estaban dilatados por un terror que se iba desvaneciendo.

Texas la cogió por la blusa con la mano izquierda, y la levantó hasta ponerla en la punta de los pies, mirándola de cerca con sus ojos penetrantes. Su pelo alborotado parecía la melena de un león. Pero su cólera fría se iba evaporando. El asombro se sobreponía a la pasión.

—Tú... tú... todo este tiempo... ¿Una chica? —exclamó roncamente.

—Sí, Texas Joe; todo este tiempo —murmuró ella, cediendo a la presión de aquella mano de hierro—. No he querido engañarles... Se lo he dicho al jefe... Quería decírselo a usted, pero él no lo permitió... Lo... lo siento.

## V

Texas Joe parecía irse comprimiendo. Soltó tan súbitamente a Reddie, que ella se dobló y estuvo a punto de caer, con la mano en el cuello de su blusa.

—¡Mala peste te dé! —jadeó Texas, mientras su pálido rostro se tornaba rojo—. Haciéndote pasar por un chico... ante todos... y dejando que yo te pegara, y...

—¡Dejar que usted me pegara! —le cortó Reddie con el rostro más encendido que el suyo—. Bruto de los diablos. ¿Qué iba a hacer si no pude evitarlo?

—¡Y todos estos reniegos en el campamento, y este lenguaje indecente ante una mujer...! ¡Santo Dios! ¡Ha hecho usted algo terrible, *miss* Reddie Bayne!

—Me lo figuro; pero han sido esos malditos hombres como él los que me han impulsado a hacerlo — declaró Reddie, con pasión, señalando con mano temblorosa el cadáver de Wallen.

Con esto, Texas Joe pareció darse cuenta del lado trágico de lo que había ocurrido. Separándose bruscamente de la chica, enfundó su revólver y echó una sombría y extraña mirada al muerto.

—Que lo registre uno de vosotros —dijo con voz fría y cortante—. Luego, arrastradlo hacia allá y echadlo al río... Vamos ahora a ver qué hay por ahí. Salgamos de esto.

—¿Adónde vas, Texas? —dijo Brite, al tiempo que partía el otro.

—Coja mi caballo —gritó Reddie, al mayoral.

Pero Texas Joe no prestó atención a ninguno de ellos. A poco, había desaparecido entre la maleza. Se aflojó entonces la tensión en que estaban los que rodeaban el fuego del campamento Reddie se dejó caer, sentada, como si le fallaran las piernas.

—He visto matar a otros hombres, pero... nunca por mí —murmuró—. Me siento como... una asesina.

—Tonterías, Reddie —dijo Brite bruscamente—. Yo mismo le hubiera tirado, de no haberlo hecho Texas... Pan Handle, ¿has visto que uno de los jinetes de Wallen montaba un caballo mío?

—No, jefe, no. Pero yo no tenía ojos sino para Ross Hite.

—Pues es la verdad. Cuando compré aquel ható de ganado, me fijé en un pequeño bayo de cara blanca. No se me despintan los caballos cuando los he mirado una vez. El equipo de Wallen nos robó parte de la remuda de esta mañana.

—Jefe, yo no conozco a Wallen; pero puedo decir que venía en mala compañía —dijo Pan Handle.

—Ah, ¿conoces a Ross Hite? —continuó Brite.

—Un tanto. Era un comprador de ganado en Abilene. Pero efectuó algunos negocios turbios, y tuvo que poner los pies en polvorosa. Me sorprende, sin embargo, hallarle robando unos cuantos caballos. Supongo que eso lo harían de paso. Acaso prepare algo gordo en este sendero de Chisholm.

—¡Hum! Puede que Hite se halle a la cabeza de este nuevo juego —declaró el

jefe seriamente—. Los conductores de ganado pierden a veces la mitad de sus manadas a manos de los salteadores. He oído que uno perdió hasta la última res.

—Texas Joe debió de hacerle a Hite lo mismo que a Wallen. Bite nos va a dar quehacer en el camino — dijo Smith en tono sombrío.

En el entretanto, Ackerman, Whittaker y San Sabe habían sacado el cadáver del campamento.

Regresaron entonces con su revólver, cinto, espuelas, un enorme reloj de plata y una pesada cartera.

—Jefe, abra eso —dijo Ackerman entregándole la cartera—. Iba bien equipado el tío.

Brite halló la grasienta cartera llena de billetes.

—Ah, debe de haber robado un Banco —declaró el jefe, asombrado—. Aquí hay cientos de dólares. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

—¿Qué cree usted? —preguntó Deuce Ackerman con sarcasmo—. ¿Quiere usted que vaya a buscar el equipo de Wallen y entregue el dinero a sus compañeros?

—No. Sólo estaba pensando... Lo guardaré, y lo repartiré entre vosotros al fin del viaje. Será una buena propina.

Los conductores acogieron entusiásticamente esta decisión. Brite guardó el dinero en el saco de su montura y, puso los otros artículos de Wallen en la galera.

—¿Habéis visto dónde hirió Texas Joe a Wallen? — preguntó Pan Handle Smith con curiosidad.

—Desde luego. Justamente en el centro del bolsillo izquierdo del chaleco. La bala atravesó su bolsa de tabaco.

—Tiro bastante certero, para haber sido dado tan rápidamente —continuó Smith, pensativo—. Ese Texas Joe tiene una puntería que da gusto.

Brite conocía este peculiar interés del proscrito hacia la pericia de los demás. Repuso que el ganadero que le había recomendado a Shipman había mencionado aquella cualidad.

—A comer pronto, muchachos —continuó Brite—. Tenemos que estar preparados.

Todos, menos Reddie Bayne, respondieron a esta sugerencia con presteza. Reddie estaba sentada con la cara oculta entre las manos, sus bucles rojos al aire. Hacía una hermosa y patética figurita, que Brite observó no pasaba inadvertida para los cautelosos vaqueros. Deuce Ackerman la miró varias veces, hasta que por fin se sobrepuso a su perplejidad.

—Vamos, Reddie, no lo tomes tan a pecho —dijo obsequiosamente—. Si nosotros podemos soportarlo, también tú. Ahora sabemos que eres una chica, y si puedes pasar por alto nuestro... nuestro...

Deuce se interrumpió aquí, manifiestamente incapaz de hallar frases con que expresar su vergüenza por las palabras y el comportamiento que había empleado ante una mujer. Reddie respondió a esto instantáneamente, levantándose y yendo hacia la

galera, su pálida mejilla teñida por el rubor.

—Gracias, Deuce —repuso ella sobreponiéndose valientemente a su confesión—. Pero no tenéis que apenaros por eso... Texas fue el único que lastimó mis sentimientos... Me alegro de no tener que montar bajo falsa bandera en lo sucesivo.

Whittaker le sonrió:

—A mí no me duele decirte ahora que yo estaba enterado de todo, desde el principio —dijo despacio.

—¿Quéeee? —repuso Reddie, alarmada.

—Reddie, no hagas caso, es un maldito embustero —intervino Deuce, violentamente—. Whit, tú no puedes hacer eso con ella. ¿Verdad, Sabe?

Pero San Sabe no salió por ninguno de los dos; prefirió seguir callado. Moze volvió sus grandes ojos de buey hacia Reddie.

—Usted nos ha engañado a todos, *miss* Reddie; de eso no hay duda —dijo meneando la cabeza—. ¡Así, que es usted una chica! Vaya, yo me alegro de que vaya una dama en nuestro equipo.

—¿Se da por supuesto que nosotros vamos a seguir tuteándote, Reddie? —preguntó secamente Pan Handle, fijando en ella sus penetrantes ojos.

—Claro..., desde luego.

Pronto habían terminado su rápido almuerzo, ensillaron, y partieron a ejecutar su faena diaria. Yendo hacia el río, Brite descubrió el sitio donde los vaqueros habían arrojado el cuerpo de Wallen. No se habían tomado siquiera el trabajo de echarle un puñado de la suave tierra de la orilla encima. Acaso creyesen que la banda de Wallen regresaría, y al propio Brite le pareció probable. Éste era el primer suceso trágico ocurrido en su equipo desde que el viejo conducía manadas. Parecía un mal augurio para este viaje. Pero él no podía esperar que la suerte le favoreciera siempre excepcionalmente. En sus oídos zumbaban las historias de malos tropiezos ocurridos a conductores de manadas. Brite fortificó su ánimo. Esa mañana se sentía un cambio sutil en la emoción y el sabor de la conducción de ganado. Tendió la vista por sobre la extensión rosada y purpúrea de la llanura con una expresión de dureza, sensible a algo más que al encanto de la Naturaleza.

La manada iba bien dirigida, se movía, visiblemente, a varias millas de distancia. Reddie y Pan Handle habían partido hacia el Este tras la remuda, alcanzándola. Brite montó hacia la cima de la loma más alta que había a su alcance, e hizo su reconocimiento matinal. La atmósfera era clara. Lejos, hacia el Sur, a unas veinte millas, una línea negra y baja rayaba la llanura gris. Búfalos o ganado: Brite no pudo decidir. Pensó que ojalá fueran búfalos. Más allá, la extensión purpúrea se hinchaba en olas, y al Oeste, las sombras esqueléticas de las colinas penetraban la bruma. Los ciervos, las liebres y los coyotes parecían multiplicarse aquella mañana.

Finalmente, Brite partió al trote detrás de los jinetes que habían dado alcance a la manada. Uno de ellos guiaba un caballo ensillado, pero sin jinete, destinado sin duda a Texas Joe, que iba a pie. Hacía varias horas que Brite no veía el pelo a su mayoral;

pero cuando al fin le vio, iba de nuevo a caballo.

Las millas fueron pasando lentamente hacia atrás, y cuando Shipman hizo alto para acampar, el sol hundía ya su disco, teñido de un rojo oscuro, sobre el horizonte occidental. El recorrido de aquel día sumaba unas quince millas, tirada bastante larga para una manada que iba paciando sobre la marcha. A media tarde habían cruzado un arroyo, lo cual resultaba bueno para el ganado, pues éste era un campamento árido. La hierba, lozana, y los restos de búfalos abundantes. Moze detuvo la galera al abrigo de un macizo de roca, que era el único relieve de la llanura. Brite terminó sus tareas, y luego recogió restos de búfalos para el fuego. Hasta que el manto del crepúsculo hubo cubierto la sabana, sus ojos no dejaron de mirar hacia el Sur.

Texas Joe no entró en el campamento hasta que el equipo nocturno se había ido a montar la guardia. Se mostró silencioso y taciturno, con aquel aire de lejanía que Brite había advertido en otros hombres que habían quitado recientemente una vida humana. Texas comió solo, arrodillado junto al fuego. Brite le observó varias veces así arrodillado, con la taza en la mano, inmóvil, el pensamiento lejos de allí. Rolly Little, Ben Chandler y Roy Hallett dieron muestra de conocer el hecho maravilloso de que el equipo de Brite incluyese ahora una jovencita, que no sólo era muy guapa, sino romántica y sugestiva. Eran ya un trío distinto. Excitados, alegres, decididamente ajustados a los buenos modales, a Brite le divertía contemplarlos. Ni una sola vez les oyó Brite mencionar la muerte de Wallen. Aquello parecía olvidado. Rolly fue el único de los tres que tuvo el valor de hablar directamente a Reddie. Ben la miraba furtivamente, mientras Roy hablaba en voz alta, casi jactanciosamente, singular transformación en este muchacho.

El cambio más señalado y agradable pareció operarse, sin embargo, en Reddie Bayne. Por primera vez se portaba con naturalidad; ya no salía ni entraba como a hurtadillas y apresuradamente en el campamento, con su viejo sombrero calado hasta los ojos. Ni siquiera lo llevaba puesto, y bastaba una mirada a su linda cabeza para cerciorarse de que había alisado sus rizos dorados. ¿Dónde había hecho aquello?, se preguntó Brite. Después de la cena; ayudó a Moze en sus labores, aparentemente sin prestar atención al ruidoso trío que rodeaba el fuego, bien que un fino observador hubiera descubierto que no perdía una palabra. Más de una vez dejó escapar una mirada furtiva en dirección al lugar por donde Texas Joe había desaparecido. A continuación, sacó su rollo de lona de dormir de la galera, y estaba a punto de echársela al hombro cuando los tres vaqueros se agolparon a la vez hacia ella. Rolly fue el más rápido.

—¿Dónde quieres que te la tienda, Re... *miss* Reddie? —preguntó.

—Gracias. Pero déjamela a mí —repuso Reddie llanamente—. Escucha, yo he venido tendiendo mi lona todas las noches hasta ahora, ¿verdad? ¿Por qué no he de hacerlo también hoy?

—Bueno, usted sabe, *miss* Reddie, usted..., nosotros... Ahora no es lo mismo.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no?

—¿Usted sabe? La situación aquí... Nosotros lo hemos estado hablando. A usted le basta con guiar la remuda. Nada de seguir ensillando, desenrollando lonas, recogiendo leña, acarreando agua ni otras cosas por el estilo. Nosotros haremos eso por usted.

—Eres muy bueno, Rolly. Pero aguarda hasta que yo me canse, por favor. ¿Lo harás?

Con lo cual, levantó su rollo de lona y marchó significativamente con él hacia el lugar donde Brite habían desenrollado el suyo. Cuando ella hubo hecho lo mismo, fue a sentarse junto al jefe.

—Tengo dolor de estómago —le dijo confidencialmente—. Y este extraño malestar me llega aquí —añadió poniendo la mano en el seno y oprimiendo la parte superior.

—Comprendo, Reddie. Lo que ocurrió esta mañana... Bueno, yo lo estoy echando en olvido. ¡No hay por qué pensar más en eso!

—¡Ah! He pensado tanto que me arde la cabeza —declaró Reddie—. Mr. Brite, estos vaqueros están ahora un poco raros. ¿Ha notado que desde que se descubrió...?

—Creo que sí. Desde luego que tiene que parecerles raro —repuso Brite—. No es corriente que vaya una chica con los conductores de manadas. Y seguramente que va a ocurrir algo más que esta extrañeza.

—Mucho me lo temo. ¿Qué piensa usted?

—Pienso que eres una chica muy linda, y que eso va a traer complicaciones.

—¡Santo Dios!... Así lo creo. Pero, Mr. Brite, ellos son buenos chicos. Yo... les tengo simpatía. No tengo miedo. Lograré dormir. Éste es el equipo de hombres más agradables con que he trabajado hasta ahora.

—Vaya, Reddie; ése es un cumplimiento hacia todos nosotros. Gracias por ello. Apuesto a que a los muchachos les gustaría oírlo. Se lo diré.

—No puedo borrarle de la cabeza lo que pasó esta mañana —susurró ella—. ¿No fue terrible lo que hizo?

—¿Quién? ¿Wallen?

—¡Wallen! No..., ése no hizo más que... Me refiero a Texas Joe... Parecía una fiera. Apenas me había recobrado de la sorpresa cuando le hizo fuego. En un abrir y cerrar ojos. En el momento que confesé que era una chica... y que Wallen me perseguía... ¡Oh! ¡Le mató! He rogado a Dios que algún jinete hiciese eso mismo. Pero cuando estuvo hecho, me sentí enferma. Se me coaguló la sangre... Y sin embargo, fue peor aún cuando Texas me cogió por el cuello y casi me levantó en peso... «¡Así que tú eras una chica todo este tiempo, todo este tiempo!», me gritó. No lo olvidaré jamás.

—Sí, Reddie, sí; lo olvidarás —repuso Brite con voz suavizante—. Tex me dejó frío también a mí. ¡Caramba! ¡Con qué rapidez derribó a esa mala hierba...! Hasta a Pan Handle le llamó la atención... Olvídalo, Reddie. Me figuro que tendremos muchos otros tropiezos en este viaje.

—Pero Mr. Brite —balbució ella —, yo tengo la idea de que Texas Joe pensó que Wallen había..., que yo era una... una... una tunanta.

—¡Reddie! Estoy seguro de que no ha pensado nada de eso —repuso Brite prontamente.

—Sí, lo ha pensado. ¡Lo noté en su mirada! Estuve a punto de caer al suelo... Mr. Brite, yo... yo no podría seguir en su equipo si él creyera que yo soy una mala chica.

—Lo que le ocurrió a Tex fue que se sobrecogió por la sorpresa. Lo mismo que yo y que todos nosotros. Reddie, esto no ocurre todos los días..., que una preciosa muchacha caiga en nuestro equipo como venida del cielo. Ya ves, Tex te ha echado juramentos, y te azotó aquella vez, tocándote familiarmente con sus manos, sin tener la menor idea de que fueses sino lo que aparentabas. Está tan avergonzado que no se atreve a mirarte.

—Es usted muy amable en decir esto, míster Brite —continuó Reddie—. Quisiera poder creerle. Pero no puedo. Y no puedo tampoco preguntarle a él. Eso es lo peor.

—¿Preguntarle qué?

—Si cree que yo soy mala.

—Me figuro que Tex se sentiría herido al descubrir que tú crees que él sea capaz de tener malos pensamientos acerca de ti. Pero pregúntale. Así se acabarán las dudas.

—Pero si no puedo, míster Brite. No puedo indignarme contra él, no importa lo que piense de mí. ¡Porque él ha matado a un hombre por mí! Porque él me ha salvado de algo peor que un infierno... y de verter mi propia sangre.

—Reddie, tú estás muy nerviosa —replicó Brite, emocionado, al ver su rostro convulso y pálido y sus ojos ardorosos—. Vete a dormir. Por la mañana te sentirás mejor.

—¡A dormir! ¿Y quién asegura que ese Hite no se colará en el campamento, acuchillándolos a todos ustedes y huyendo conmigo?

Esta pregunta sorprendente forzó a Brite a reconocer el hecho de que no había mucho con que oponerse a tal catástrofe. Se necesitaban demasiados hombres en la guardia. Esto dejaba reducida casi a la impotencia la fuerza del campamento.

—Reddie, eso es exagerar un poco las cosas —dijo Brite.

—Se ha hecho algo semejante cerca de Braseda. Lo he oído contar.

—Yo tengo el sueño ligero, Reddie. Ni aun los *comanches* lograrían sorprenderme.

Reddie sacudió su rizada cabeza como si no quedara convencida.

—Es bastante doloroso el ser una chica en la ciudad —dijo—. Aquí en el sendero es un infierno.

—No lo sabe nadie más que el equipo de Wallen. Y éstos no volverán a medirse con nosotros. Ve a acostarte, Reddie, y duerme.

Brite se acostó, y se quedó despierto, pensando. Esta joven extraviada de las sabanas

había destemplado cierta cuerda en la vida de los conductores de manadas. Era un inconveniente, un riesgo, llevarla con ellos. Pero Brite no podía admitir la idea de abandonarla. El hecho de que Reddie fuera un jinete fuerte, experto y resistente, tan capaz de conducir caballos como si fuera un hombre, no alteraba los factores. Era una mujer, y una mujer cada vez más atractiva. Era imposible evitar que los jinetes no se dieran cuenta de este hecho seductor; de un modo característico los jóvenes tejanos en particular y todos los jóvenes en general. Se enamorarían de ella. Se pelearían por ella. Sin embargo, supongamos que lo hicieran: Brite no se rendiría al desaliento. Se negaba a admitir que la juventud, la belleza, el romanticismo pudieran privarle de la eficacia de un grupo de conductores de manadas. Por otro lado, ellos se pondrían a la altura de las circunstancias. Aquel espíritu indomable y atrevido ardería en ellos con más calor y los haría tanto más invencibles. No; Reddie Bayne no era un inconveniente, sino una fuerza en esta empresa. Brite se sintió satisfecho de esta premisa, y cuando llegó a la conclusión, comprendió que la huerfanita había ocupado en su corazón un lugar que hasta entonces estuviera vacío.

Los acontecimientos del día no habían sido favorables a un sueño reposado. Brite permaneció despierto hasta que cambió la guardia a medianoche. Reddie Bayne estaba también despierta.

—Jefe —dijo ella—. Voy a echar un vistazo a mi remuda.

—Vamos. Yo iré contigo.

Ackerman trajo los caballos de relevo e informó que no había novedad y que la manada se había sosegado. La luna, en su último cuarto, estaba a poca altura sobre el horizonte. Unos relámpagos que cruzaron detrás de las sombras y unas nubes alargadas al oeste anunciaban calor y tormenta.

De camino, se toparon con Texas Joe; pasó a su lado a galope, saludándoles áspidamente.

—¡No se separen uno del otro, cuidado!

Brite oyó que Reddie murmuraba algo para sí. ¡Con qué ojos miraba a aquel jinete oscuro que galopaba a través del llano iluminado por la luna! Hallaron los caballos en sosiego; sólo unos cuantos triscaban la hierba. Ésta se levantaba a la altura de la rodilla. A lo lejos, un gran parche cuadrado y negro interrumpía la superficie plateada de la sabana; era la manada de cornilargos. La voz de San Sabe cantaba un triste estribillo vaquero. Los demás guardas permanecían en silencio. Brite y Reddie trotaron dos veces en torno a la manada; finalmente, paseando sus caballos, tornaron hacia el campamento. Reddie parecía inclinada a guardar silencio. Varias veces intentó Brite trabar conversación, sin lograr extraer más que monosílabos a la joven. Se fueron a dormir, y Brite durmió hasta la salida del sol.

Aquel día no ofreció ningún acontecimiento. Shipman recorrió por lo menos doce millas. Brite observó que su mayoral se volvía con frecuencia hacia el Sur, mirando

larga y atentamente. Pero no ocurrió nada, y la noche fue también tranquila.

Al día siguiente vio una disminuida ansiedad en el equipo. Ross Hite no les había pasado durante el día; de esto estaban seguros. Una benigna tronada les alcanzó al siguiente, y los cuernos húmedos y brillantes del ganado y el olor húmedo de la tierra sedienta eran agradables.

El río Coon, la ciénaga de Búfalo, la planicie de Hackberry, las praderas y, noche tras noche, pasadas en campamentos anónimos, llevaron a los conductores a mediados de junio. Los búfalos empezaron a surgir en líneas irregulares al comienzo de las praderas, al Oeste. Algunos jinetes hostiles pasaron a distancia. Brite comenzó a pensar que la buena suerte protegía a su manada, y se olvidó de lo pasado.

Entre tanto, con excepción del lejano Texas Joe y de Pan Handle, el equipo había venido a ser una familia feliz. Reddie Bayne había ejercido hasta entonces una influencia favorable. La rivalidad que se despertaba en su favor, con ánimo de servirla en cuanto ella permitiera, no carecía de espíritu amistoso, a pesar de su intensidad. La sonrisa brotaba con frecuencia de su bello rostro. Mejoraba visiblemente con tan agradables relaciones. Y llegó un día en que Brite decidió que la adoptaría por hija, si uno de estos vaqueros no lograba hacerla su esposa. A pesar de la estrecha vigilancia que Brite mantenía sobre ella, no descubrió que ninguno le hiciera seriamente la corte. Ninguno de ellos tenía jamás ocasión de hallarla sola. ¿Ocurría así por accidente, o bien era que Reddie tenía la habilidad de preparar las cosas de aquel modo?

No obstante, en lo que tocaba a Texas Joe, parecía haber fuego en rescoldo. Él la miraba de lejos con ojos muy atentos. Y Reddie, cuando se figuraba que no la observaban, dejaba escapar su mirada soñadora en dirección a Texas Joe. Como mayoral, él tenía la responsabilidad de la manada, y ésta, noche y día, era su obsesión. Pero de todos modos, seguía perceptiblemente los pasos de sus jinetes. Joe rara vez se dirigía a Reddie; jamás volvió a darle una orden. A veces le decía a Brite que le mandara hacer esto o lo otro con la remuda. En el campamento, evitaba en lo posible encontrarse con ella. Parecía un jinete cansado, melancólico y reconcentrado.

Brite observó el efecto de esta esquividad sobre Reddie. Ella había recobrado su naturalidad, y la indiferencia del mayoral picaba su amor propio. Reddie no perdía nunca ocasión de demostrar su impaciencia acerca del mayoral cuando hablaba con Brite. El orgullo y la vanidad habían despertado con la rivalidad de los vaqueros. A pesar de su astroso traje masculino, ya no podía ser tomada sino por lo que era. Parecía inminente algún acto culminante. Brite tenía su elegido, como pretendiente de Reddie; pero les tenía afecto a todos. Habían respondido calurosamente a su influjo. Si ella mostrara alguna preferencia, acaso se desataran los celos. Pero hasta ahora, todos eran sus hermanos, y ella se sentía feliz, salvo cuando Texas Joe proyectaba su poderosa personalidad y su inquietante presencia sobre el escenario.

Un día, al caer de la noche, todos los jinetes, salvo tres, se hallaban en el campamento establecido junto al río Blanco, y Texas Joe era de los presentes. Había

sido un día fácil hasta la hora de cruzar el ancho río, cuando ciertos errores, cometidos particularmente con la remuda, habían enojado al mayoral. Transmitió a Reddie una de sus órdenes circulares por medio de Ackerman. Habían terminado de cenar, y Joe estaba a punto de llamar la guardia nocturna. De súbito, Reddie se volvió resentidamente hacia Joe.

—Deuce, no oigo lo que dices —dijo ella con voz penetrante—. Si Mr. Shipman tiene alguna orden que darme, que me la dé a mí.

Ackerman no tardó en traducir esto a sus propias palabras, en bien de Joe y de todos. Pero, en verdad, no hubiera sido necesario.

—Yo doy las órdenes como a mí me parece, *miss Bayne* —dijo Texas.

—Desde luego. Pero si usted tiene algo que mandarme a mí, dígalo directamente, y no por medio de otra persona.

—Bueno, pues la despediré a usted cuando llegemos a Fort Worth —continuó Joe fríamente.

—¡Despedirme! —exclamó Reddie, asombrada y furiosa.

—Como usted lo oye, señorita.

—Entonces tendrá que despedir a todo su maldito equipo —declaró Reddie, acalorada—. ¡Habría que ver! Sin haber cometido una sola falta... Decídselo vosotros, muchachos. Deuce, Roy, Whit, Rolly..., decídselo.

Se hicieron observaciones amables e indiferentes, tendentes a avalar la veracidad de la declaración de Reddie.

—¡Vaya! ¡Qué pandilla más indecente! —exclamó Joe con disgusto—. Less Holden, mi compañero, ¿también tú estás de acuerdo con ella?

—Desde luego, Tex —repuso Lester con una carcajada—. Sin Reddie no hubiéramos podido conducir el ganado.

—¡También tú! —exclamó Texas, profundamente mortificado y confundido.

—Oiga, ¿qué clase de mayoral es usted que da órdenes a su conductor de caballos por medio de una tercera persona? —saltó Reddie despectivamente—. Yo estoy en este equipo. Gano sueldo. No puede usted pasarme por alto.

—¿No, eh? —gritó Texas, con rabia incontenible. Era evidente que no. Y más evidente todavía que algo inexplicable y furioso se operaba en él.

—No. No puede usted... de aquí en adelante —continuó Reddie rompiendo su reserva—. Al menos sin insultarme, Texas Jack Shipman.

—Deje de llamarme Texas Jack —gritó el conductor.

—Pronto le llamaré algo peor. Y le diré ahora mismo que de todos los vaqueros engreídos y tiesos que he conocido usted es el más endiablado. Es usted demasiado orgulloso para hablar con un pobre ser inferior como yo. Así, que me da órdenes por medio del jefe, o de uno de los vaqueros, o aun del propio Moze. Y yo quiero que se pongan las cosas en su lugar, Tex Shipman.

—Jefe, ¿tengo que aguantar todo esto? —apeló Joe volviéndose, avergonzado, hacia Brite.

—Bueno, Tex, me figuro que no; pero yo, en tu lugar, lo aguantaría y listo —aconsejó Brite en tono conciliador.

Apoyada así por su jefe, Reddie dio rienda suelta a las complicadas emociones que le oprimían. Saltando como un gato, se acercó a Texas Joe y alzó la vista hacia él, los ojos llameantes, agitado el seno por la respiración.

—Puede usted decirme ahora aquí, a la vista de todos, por qué motivo me trata usted como si fuera un trapo —demandó ella secamente.

—Se equivoca usted de nuevo, *miss* Bayne —dijo Texas lentamente—. Se halaga usted a sí misma. No he pensado en usted en absoluto; eso es todo.

Esto les pareció a todos una solemne mentira. A todos salvo a la joven pálida a quien iba dirigida.

—Tex, Shipman, usted ha matado un hombre por mí, pero acaso no haya sido por mí en particular. ¿Hubiera hecho usted aquello por cualquier mujer..., buena o mala?

—¡Cómo! Seguramente que sí.

—Y usted tenía sus dudas acerca de mí en aquella ocasión, ¿no es cierto, vaquero?

—Sí, tal vez sí... Y todavía las tengo —continuó Texas vacilando. Tenía dudas acerca de sí mismo, y la situación debía de ser amarga para él.

—¡Ya me lo suponía! —dijo Reddie rápidamente, enrojeciendo intensamente—. Vengan, pues, esas dudas, si no es un cobarde... En primer lugar, usted cree que yo soy una mala chica, ¿no es así?

—Bueno, si tiene tanto interés, le diré que no creo que sea usted precisamente muy buena.

—¡Oh! —exclamó ella con voz punzante. Luego soltó la mano derecha y le dio en la cara, repitiendo la bofetada con la izquierda.

—¡Escuche! Usted ha comprendido mal —gritó Texas, súbitamente horrorizado de la interpretación que ella había dado a su maligna respuesta; y retrocedió ante la llameante acometida de la joven. Pero era demasiado tarde. Reddie se sentía excesivamente violenta y ofendida para comprender lo que era claro para Brite, y sin duda para los vaqueros, que escuchaban con la boca abierta.

—Debería matarle por eso —murmuró Reddie —, y por Dios que lo haría si no fuera por Mr. Brite. ¡Oh, ya sabía yo que me tenía usted por una tunanta!... Aquel Wallen había... El diablo le lleve a usted, Shipman. ¡No sabe usted reconocer una chica decente cuando se encuentra con ella! Hacía falta decírselo. Y yo se lo digo... Wallen era un canalla. Y no fue el único que me obligó a abandonar un empleo. Todo porque yo quería ser decente... ¡Y yo soy decente, y tan buena como su propia hermana, o la hermana de cualquiera, Tex Shipman! ¡Pensar que tenga que decírselo a usted! Debería hacerlo con un revólver o con un látigo.

De pronto, se interrumpió y comenzó a sollozar.

—Y ahora, puede usted irse al infierno, Tex Shipman, con sus órdenes y con... lo que piense de mí. No tiene ya más valor para mí que un trapo.

## VI

Reddie se precipitó hacia la creciente oscuridad como si intentara abandonar para siempre el campamento. Brite decidió que no la dejaría ir muy lejos, pero antes de seguirla se fijó en el grupo que rodeaba el fuego. Texas Joe miraba con los ojos muy abiertos en dirección al lugar por donde partiera Reddie. Los otros habían comenzado a afearle su actitud en tonos poco amistosos, cuando Pan Handle los silenció con un gesto.

—Tex, esto ofrece el peligro de deshacer nuestro equipo —dijo poniendo una mano en el hombro del vaquero—. No puede quedar así. Todos nosotros sabemos que tú no has creído que Reddie no sea buena. Pero ella no lo sabe. Arregla eso pronto.

Brite se apresuró a seguir a Reddie y, alcanzándola justamente fuera del campamento, la detuvo con mano suave.

—Niña, no debes lanzarte así a la carrera.

—Oh, me lanzaría aunque fuera de cabeza al río —gritó ella, afligida—. ¡Era yo tan... tan feliz!

—Todo se arreglará —repuso el ganadero echándole suavemente el brazo a la cintura y llevándola a un asiento al pie de una roca. Reddie no era insensible a la simpatía, y se desplomó contra su hombro.

—Dígame que usted no... no lo cree —le rogó ella.

—¿Que no creo qué, muchacha?

—Lo que Texas piensa... de mí.

—No, Reddie. Ni yo ni ninguno de los muchachos. Y me figuro que ni el propio Texas... Ahí viene él, Reddie.

Ella se tornó rígida en sus brazos, y pareció contener el aliento. Texas se adelantó hacia ellos, con la cabeza al descubierto en la oscuridad. Sólo se veían sus ojos, que brillaban con una luz oscura.

—Reddie Bayne, escuche usted —comenzó severamente—. Si no fuese usted tan endiabladamente inflamable, no me hubiera humillado de ese modo ante mis jinetes. Yo...

—¿Qué le he humillado a usted? —le interrumpió ella.

—Sí, a mí... Le juro por lo más sagrado que yo no he pensado ni por un momento que no fuese usted tan honrada y... tan buena como cualquier chica. He querido decir que es usted un diablillo extraño e inflamable, un espíritu de contradicción y un genio maligno. Pero nada más. ¿Sabe? Siento haberla enfadado tanto, y quiero disculparme.

—Llega usted con seis días de retraso, Texas Jack —prorrumpió ella en son de reto—. Y... y se puede usted ir al infierno, como quiera que sea.

Y le echó una lenta y extraña ojeada, sin apartar la cabeza del hombro de Brite.

—Bueno, entonces no iré solo; porque al infierno es adonde está llamado a ir todo este equipo —repuso él fríamente, y se alejó a paso largo.

Reddie se alzó para mirar al vaquero por sobre el hombro del jefe. No se daba

cuenta de cómo permanecía adherida a Brite. Pero él sentía sus fuertes manecitas agarradas a su chaleco. Ella se dejó caer entonces a su posición anterior, el seno y la cabeza contra él, casi a punto de desplomarse.

—¡Ya!... Buena la he hecho —murmuró como para sí—. Debí de portarme con... como si no fuera conmigo... Pero me... Le aborrezco, le...

Brite sacó su deducción acerca de cómo Reddie aborrecía a Texas Joe. Igualmente vio ahora, con más claridad que antes, cuáles eran los sentimientos que él mismo había llegado a abrigar acerca de ella. Éste era el momento de decirlo.

—Niña, la gente es susceptible de tener los mismos sentimientos en el sendero de Chisholm que cuando se hallan al abrigo de sus casas. Sentimientos tal vez más fuertes, mejores y más profundos. Como quiera que sea, deseo hacerte una pregunta. Yo estoy solo en el mundo. No tengo parientes cercanos. Y me gustaría que tú fueras mi hija. ¿Qué dices a esto?

—¡Ah, eso sería la realización de mi sueño! —exclamó ella, embelesada—. No desearía más que hacerme merecedora de conseguirlo.

—Deja que yo sea el juez en este caso —repuso él sintiéndose feliz—. Tengo un rancho en las afueras de Santone. Y tú puedes convertirlo en tu hogar. Lo único que pido es que me tengas un poco de afecto.

—Yo le quiero mucho, Mr. Brite —susurró ella generosamente, abrazándolo—. ¡Ay! Es eso demasiado bueno para ser cierto.

—¿Me aceptas, pues, como padre adoptivo?

—No sé cómo agradecer a Dios este favor —murmuró ella.

—Queda convenido. Y me figuro que también yo tendré que agradecerse.

—¡Qué bueno y amable es usted! ¡Oh! Este equipo es distinto a los demás. Me pregunto qué dirá él cuando lo descubra.

—¿Quién?

—El vaquero.

—Bien. Eso lo dejarás ahora de mi cuenta. Pero, Reddie, vamos a mantenerlo en secreto hasta llegar a Dodge.

Brite se hallaba tendiendo su lecho cuando sintió algo suave y frío en su mejilla. ¡Lluvia! Había estado tan preocupado que no advirtió ningún cambio en las condiciones atmosféricas. Las estrellas habían palidecido. Todo el Norte aparecía encapotado y sombrío. Las tormentas eran el azote de los conductores de manadas. Texas se destacaba por estas perturbaciones, que iban desde el del Norte mejicano al ciclón de Panhandle.

—Reddie, vamos a tener lluvia —gritó él—. Recoge tu lecho y tiéndelo bajo la galera.

Pero Reddie estaba en la región de los sueños. Brite cogió su manta y, acercándose al lugar donde yacía Reddie, la tendió sobre su lecho. Brite experimentaba una nueva sensación: una cálida ola de gozo ante la conciencia de su nueva responsabilidad.

Habiendo oído voces, marchó hacia la galera. Los vaqueros estaban tendiendo sus lonas bajo el vehículo. El viento había arreciado y soplaba una lluvia fina y fresca contra el rostro de Brite.

—Moze, ¿dónde demonios te has metido? —llamó Joe.

—Estaba debajo de la galera, Mr. Joe; pero ya me he salido —contestó Moze.

—Pues sal más a lo lejos y recoge toda la leña seca que encuentres y métela en el carro.

—Sí, señor; ahora mismo.

—¿Dónde tienes el hacha? Yo haré leña. Jefe, podríamos usar ese encerado de repuesto, en caso de tormenta. Moze tiene uno sobre la galera. ¡Ay, Dios mío! Detesto la lluvia y el frío... ¿No será mejor que despierte a Reddie y la mande venir aquí?

—La he tapado con mi cobertor —repuso Brite alegrándose de la solicitud que notó en la voz de Shipman—. Si no llueve más fuerte, estará bien.

Texas salió murmurando para sus adentros. El sonido del hacha dio pronto señal de su ocupación. Moze se afanaba amontonando leña en la lona que con tal propósito había sido tendida bajo la galera. Los vaqueros se hallaban descansando.

—Déjalos dormir, Moze —sugirió Brite—. Abriremos el encerado de repuesto. Puedes poner la leña debajo de él hasta mañana por la mañana... Coge; amarra un extremo de la lona a las anillas de la galera, y fija el otro en el suelo.

—Con eso salva usted la vida a este niño negro, míster Brite.

Texas apareció balanceándose por el peso de un haz de leña que depositó en el suelo con gran consideración, tratando de no hacer ruido.

—Jefe —dijo —, si el viento arrecia con la lluvia, la manada se echará a la deriva. Y sería terrible que derivara hacia el Sur. Vamos de malas.

—Es más bien un Noroeste, Tex —repuso Brite levantando la mano.

—El Noroeste es casi peor, salvo que el Norte dura tres días. Acaso no sea cosa de mucho cuidado. Dentro de un par de horas lo sabremos. Las que voy a invertir en el sueño.

Tendieron sus mantas al abrigo del encerado. Texas cayó dormido al instante, merced a la magia de su juventud. A poco, Moze roncaba como un aserradero. Brite no tenía sueño. El calor de sus mantas le hizo comprender cuán frío se había tornado el viento. Permaneció acostado, descansando, con el oído despierto. El viento gemía persistentemente, con un sonido fantástico, y se agolpaba en frías ráfagas por debajo del vehículo, haciendo flamear la lona y alejándose tristemente. Los coyotes ladraban en torno al campamento. A lo lejos, perdida en el vacío negro y ventiscoso, la gran manada se estremecía con desasosiego en sus lechos. Los viejos cuernos-musgosos mugirían. Y los que permanecían de guardia les cantarían sus estribillos. ¡Qué tremendo y singular era este movimiento, la conducción de ganado hacia el Norte! Allí tendido, Brite parecía darse cuenta de la magnitud que habría de alcanzar este negocio, cómo salvaría al Estado de Texas y prepararía el camino de un imperio. Sin duda, el viejo Jesse Chisholm había sido el primer pionero que había tenido esta

visión. Estos vaqueros que, por cientos, se echaban al sendero —o al menos aquellos que sobrevivieran a los peligros y penalidades —verían el día en que sus prósperos ranchos debiesen toda su riqueza a estas heroicas empresas primerizas.

Estas reflexiones pudieran, en cuanto a Brite, traducirse en sueños; pero tarde o temprano habían de ser interrumpidas por el rumor de cascos y una voz vibrante:

—¡Todos arriba! El ganado a la deriva.

Cuando Brite se incorporó, Texas Joe estaba de rodillas, enrollando su cama.

—¿Qué hora es, Deuce? —gritó.

—Más de medianoche. No veo la hora en el reloj. Hace un frío que pela.

—¿Mucha lluvia?

—Todavía no. Mezclada con cellisca.

—¡Cellisca en junio! No recuerdo tal cosa en Texas.

—Tex, necesitamos linternas. Está oscuro como un sepulcro.

—Moze, ¿estás despierto?

—Sí, señor. Creo que sí.

—¿Están cargadas las linternas? ¿Y dónde puedo encontrarlas?

—Sí, jefe; están preparadas... por la parte de adentro de las ruedas delanteras, donde las guardo todas las noches.

Brite cogió su pesada chaqueta, que le había servido de almohada, y mientras se la ponía aconsejó a los vaqueros que se vistiesen con sus ropas más gruesas.

—¡Reddie Bayne! —gritó Texas.

No hubo respuesta. Joe gritó de nuevo, con enfado innecesario, pensó Brite. Y de nuevo contestó el silencio.

—Debe de estar muerta. Reddie nunca ha tenido el sueño pesado, que yo sepa.

—Se oye rumor de caballos —dijo Deuce.

Brite siguió pronto a los otros, partiendo del abrigo hacia la luz amarilla de las linternas. El jefe estaba a punto de ir a despertar a Reddie cuando un golpeteo de cascos brotó seguido de un negro y rasgado tropel de caballos que entraban en el campamento.

—¡Aquí está ella! ¡Santo Dios! —gritó Ackerman.

De la ventosa lóbreguez surgió entonces, a los ojos de Brite, la figura de Reddie, que venía a pie trayendo un grupo de caballos del ronzal. Su larga manta brillaba, con reflejos húmedos, a la luz de las linternas.

—¿Dónde has encontrado los caballos? —inquirió Texas.

—Los tenía amarrados cerca de aquí.

—Ah, ya. ¿Así que tú ves de noche, como los gatos?

—Sí, señor —repuso Reddie con mansedumbre.

—Vaya. Me duele reconocerlo, pero la verdad es que lo haces mejor que cuantos conductores de caballos he conocido —concluyó Texas ásperamente.

—Gracias, Jack —repuso Reddie dulcemente. Embridaron y ensillaron los caballos. Texas montó y, pidiendo una linterna, partió, con el viento a la grupa.

—Deuce, coge tú la linterna —gritó—. Moze, no te muevas de aquí hasta que volvamos. Enciende el fuego, y prepara bebidas calientes, porque seguramente las vamos a necesitar.

Brite y los demás siguieron a continuación, alcanzándole pronto. Los caballos se mostraron renuentes y se ceñían unos a otros. Texas levantó su linterna.

—Ése es el caballo de Reddie, ¿no? —preguntó secamente.

—Sí; aquí estoy —contestó Reddie.

—Vuelve al campamento. Este trabajo no es para una niña como tú.

—Jack, vete a donde haya calor. Yo puedo soportar el frío.

—No sigas llamándome Jack —replicó él con enfado—. Si no, te voy a tirar de las orejas. Y te ordeno que te quedes en el campamento.

—Pero, Texas, yo tendría miedo en el campamento sin vosotros —repuso seriamente.

—Bueno, al fin y al cabo, puede que tengas razón... Deuce, ¿hacia dónde diablos vamos?

—¡Que me muera si lo sé! Me costó mil trabajos hallar el campamento. Tardé media hora.

—¿Está muy lejos la manada?

—A unas dos millas, me figuro.

—Tira hacia la derecha, Deuce. Y sigue mientras veas mi linterna. Los demás marchad a media distancia... ¡Rayos, qué engorroso es esto!

El viento batía duramente sus espaldas, llevando una lluvia menuda mezclada de cellisca, que se sentía distintamente al golpear la hierba. La noche era negra como la tinta. Y la linterna de Texas brillaba caprichosamente sobre la irrealidad espectral de caballos y jinetes. Cuando habían cubierto una distancia de dos o tres millas, Texas y Deuce comenzaron a gritar, para localizar los guardas que estaban con la manada. Nadie respondió a sus llamadas. Avanzaron un par de millas más; la línea empezó entonces a trazar un círculo, con Texas en un extremo y Deuce en el otro. La situación se ponía seria. Si la manada comenzaba a derivar, los pocos jinetes que la guardaban no la podrían contener, y se corría el riesgo de que se desbandaran, o que se apartaran muchas millas de la ruta. Los cuernos-musgosos eran tan flexibles y resistentes como caballos cuando les daba por irse.

—Adelante, muchachos —ordenó Texas al fin—. He oído algo. Tal vez haya sido un coyote. Pero saldré a ver; quiero cerciorarme.

Saltando del caballo, se apartó a largo paso, balanceando la linterna en la mano. Luego dio un grito estentóreo. Brite escuchó, pero no oyó nada. Después de un breve silencio, Texas dio la voz.

—Sí; estaba en lo cierto. Obtuve una respuesta. Corrió de nuevo hacia su caballo y, montando, torció un tanto a la izquierda.

—Supongo que podré seguir mucho tiempo esta dirección. Pero haremos alto, y gritaremos hasta localizarlos.

Por este método, Texas Joe dio al fin con los guardas y con la manada. Pero los guardas estaban en el lejano flanco de la manada, que derivaba a impulso del viento. Texas gritó a Brite y a Reddie, diciéndoles que le siguieran a él, y a los demás que siguieran a Deuce, que rodearía la manada desde su punto extremo. La luz que partía de la linterna de Texas cayó repetidamente sobre reses extraviadas, que iban, evidentemente, muy a la zaga del cuerpo principal.

—Vaya, los rezagados sirven para algo —dijo Texas—. Y eso es una tormenta.

Las voces de respuesta se hicieron más altas y más frecuentes. En poco tiempo, Texas guió a los que le seguían en semicírculo hasta la cabeza de la manada, donde hallaron a Pan Handle y Rolly Little.

—¿Cómo vamos, Pan? —gritó Texas.

—Van a la deriva, Tex; pero no mucho—fue la respuesta.

—¿Dónde están los otros?

—A veces cerca; a veces lejos. Ahora les oigo, y luego dejo de oírles.

—¡Oh demonio! ¡Maldito sea! —exclamó Texas—. En fila, muchachos. Jefe, esto le será duro de tragar. Comprará ganado a treinta pesos la cabeza. Reddie, aquí es donde vamos a hacer un hombre de ti.

Los conductores se pusieron cara al viento y a la manada, que se movía en su dirección. Una mugrienta masa de ganado formaba un cuadro frente a la linterna de Texas. Las reses tenían mal aspecto, y probablemente hubieran podido ser detenidas de no impedirlo las que se agolpaban detrás de ellas. Unos cien metros más atrás, la luz, los gritos y los cantos de los conductores surtían poco efecto. Así, que no había esperanza de detenerlas. Lo mejor que podía hacerse era retardar su avance, para prevenir una posible desbandada, cediendo ante ellas.

Por fortuna se movían en grupo apretado, hecho que se puso de manifiesto cuando la linterna de Deuce apareció a media milla de distancia. Entre estas dos linternas formaban fila todos los demás jinetes, que gritaban y cantaban. Tenían que depender absolutamente de la vista de sus caballos, pues sólo cerca de las linternas podían ver algo. Sin embargo, podían oír, y con frecuencia localizaban la línea delantera de este modo. A intervalos, Deuce atravesaba el frente con la linterna en la mano, y Texas se cruzaba con él yendo en dirección contraria. Así mantenían algo que se asemejaba a una línea recta.

Era un trabajo lento, tedioso, desalentador, no desprovisto de peligro, y de lo más penoso y fatigante. El viento soplaba más fuerte y más frío; la cellisca cortaba como minúsculas hojas. Brite había sido siempre sensible al frío. Llegó la hora de que sus gruesos guantes y chaqueta de abrigo parecían no prestarle protección contra la tormenta. A duras penas podía soportar de frente la cellisca, pero tenía que hacerlo o exponerse a ser atropellado por el ganado. Necesariamente, la acción de su caballo tenía que ser lenta; raras veces lo llevaba sino al paso, y esto no conducía a activar la circulación de la sangre. Reddie Bayne iba con él, tan cerca que podían localizarse uno al otro sin gritar. Cuando Texas o Deuce pasaban con las linternas, establecían de

nuevo sus posiciones.

—Continuad así, muchachos —gritó Texas gozosamente—. Las cosas no van a peor; seguramente tendremos suerte.

Brite sabía que si la tormenta arreciaba, él y sin duda otros conductores, Bender y Reddie seguramente, se encontrarían en una situación desesperada. El viento frío y cortante se hizo más duro de soportar, pero evidentemente no aumentaba en volumen. Brite batía a menudo sus manos enguantadas, haciendo lo mismo, sucesivamente, con sus orejas, abrigadas bajo el cuello de la chaqueta.

—Animo, Reddie; está a punto de romper el día —gritó Ackerman la última vez que pasó junto a ella.

—Más vale así; de lo contrario seré yo la que se rompa —repuso Reddie.

Brite apartó sus ojos, enturbiados por las lágrimas, de la manada. Las tinieblas se habían tornado débilmente grises en aquella dirección. Se volvió con frecuencia para observar aquella transformación. ¡Con qué lentitud se hacía la luz! Los minutos se arrastraban con una pausa desesperante. Pero la aurora apareció casi imperceptiblemente, hasta que todo el vacío negro se tomó gris, y el gris se hizo pálido iluminando la oscura extensión de la llanura y el sombrío muro de astas retorcidas, piernas y cabezas. Brite pudo distinguir pronto la figura de Reddie en su caballo, y luego uno a uno, los demás jinetes. Las linternas se habían apagado, y los conductores, ayudados por la luz del día, progresaron notablemente en su tarea. Podían correr a trote, y a veces a galope, pasando de uno a otro de los puntos apremiantes. Los caballos, y los jinetes, se beneficiaron con este ejercicio.

La línea delantera fue cediendo lentamente. Los cuernos-musgosos se detenían tratando de pacer un poco, tan sólo para ser empujados de nuevo por la ola que se precipitaba detrás de ellos.

Brite adquirió la certeza de que si la cellisca no se hubiera convertido en lluvia y el viento no hubiese amainado un poco, la manada habría tenido que ser abandonada hasta que los jinetes pudieran desentumecerse y traer caballos de relevo.

El día apareció al fin con toda su fuerza, revelando una llanura triste y una manada perezosa bajo un cielo velado por nubes que navegaban a poca altura, así como unos jinetes encorvados y empapados sobre monturas húmedas. Era imperativo hacer retroceder la manada. Perder un día, podía significar la pérdida de cientos y aun de miles de reses. Texas condujo a sus cansados jinetes a un ejercicio increíble, concentrándolos en un extremo; y a fuerza de cabalgar duramente, sustituyendo las voces por disparos, hizo doblar aquel extremo; el resto siguió como las ovejas siguen a un cabecilla. Ganado y jinetes tornaron entonces cara al Norte. La renuente manada se movía afanosamente, pero a paso tardo. Bajas las cabezas, fatigados y hambrientos, los cuernos-musgosos cubrían el terreno como babosas. Los caballos, excepto el negro de Reddie Bayne, estaban agotados y serían inútiles durante el resto del viaje.

Como a media tarde, Brite reconoció los mojones del sendero cerca del

campamento. Vio que la remuda estaba aparentemente intacta, sin que le hubiera afectado la tormenta. Texas Joe y Ackerman dejaron el hato agrupado en un cuadrado de rica hierba, y destacando algunos caballos, los guiaron al campamento.

Brite fue el segundo en entrar. Pan Handle, macilento y deshecho, vino a continuación, y al fin, Bender hundido en la silla. Fue preciso ayudarlo a desmontar. Brite no estaba tan helado, pero no recordaba haberse visto nunca en tal aprieto.

—Vaya, por fin ha llegado usted —le dijo Texas con voz baja y ronca. Estaba de pie, humeando junto al fuego. Moze servía bebidas calientes. Brite se preguntó qué hubiera ocurrido si no hubiesen podido disponer de fuego y del vivificante *whisky*.

Reddie Bayne era el único miembro del equipo que no le llegaba el agua al cuerpo. La larga manta de lona la había salvado, y aunque descolorida y tiritante, había salido, evidentemente, mejor parada que algunos de ellos.

—Café; *whisky* no —susurró ella secamente, al olor de la taza que Moze le ofrecía.

—Reddie, ya estás ahí —observó Deuce con admiración.

—¿Dónde?

—Quiero decir aquí. He estado muy preocupado por ti.

—Vaya —rezongó Texas —, empiezo a creer que es un hombre, a pesar de todo. —Y Reddie celebró la gracia uniendo su risa a las de los demás.

—Compañeros, la manada deriva un poco hacia el sur —observó Texas con ansiedad —; pero confío en que podremos contenerla aquí. Sabe, ven conmigo. Deuce, envía dos hombres dentro de una hora y volveremos a comer. Después, la guardia regular; acamparemos aquí esta noche.

—Me pregunto si hoy se nos habrá adelantado alguna manada —sugirió Brite hablando con dificultad. — Supongo que los que vienen detrás habrán perdido tanto tiempo como nosotros, jefe... Y ahora que recuerdo, no olviden de darle una buena dosis a Bender, y ponerle en el lecho.

Texas hizo alto al pasar junto a Reddie que se hallaba cerca del fuego y preguntó:

—Oye, monada, ¿quieres que te dé alguna orden?

—¡Monada!... ¿A quién se dirige usted, Mr. Jack? —replicó Reddie.

Él fijó sus penetrantes ojos de halcón en su rostro encarnado.

—No sigas llamándome Jack.

—Está bien... Jack.

—Detesto ese nombre. Me recuerda una chica que solía llamarme así. Era casi tan arrogante como tú, Reddie Bayne.

—Lo que pasa es que ya no me acuerdo de llamarle Joe... Si es que se puede llegar a esa familiaridad.

—Verdaderamente... ¿Familiaridad? Tú llamas a los otros por sus nombres de pila. Hasta te he oído llamarle papaíto al jefe.

—Es verdad... Pero no creí que lo oyese nadie —repuso Red sonrojándose.

—Bueno, si no puedes llegar a esa terrible familiaridad de llamarme Joe o Tex,

llámame Mr. Shipman — replicó Texas con sarcasmo.

—¡No! Me gusta más Jack —dijo Reddie con una expresión de travesura en sus ojos, pero sin mirarle.

—Escucha. Esto pondrá fin a la disputa —dijo él, animado, y con un timbre de voz semejante al que había empleado al dirigirse a Wallen—. Yo no puedo ya volver a azotarte como te mereces. No ando buscando más pelea. Pero te aseguro que antes de que termine este viaje vas a poner una cosa u otra después del Jack.

—¡Una cosa u otra! ¿Qué? —exclamó Reddie con gran curiosidad.

—Bueno, pudiera ser: ¡Jack querido!, por ejemplo —repuso Texas; y partió rápidamente.

Los vaqueros hablaban en voz alta y con regocijo. Reddie parecía desconcertada por primera vez. No era el calor del fuego lo que añadía carmesí a sus mejillas. Brite captó un destello de sus ojos antes de que la joven bajara la vista y tenían una expresión de sorpresa y asombro. Pero su cabeza desgredada no permaneció mucho tiempo inclinada; se alzó de golpe, echando los rizos hacia atrás, con un gesto de coquetería femenina que no se compaginaba con el basto, raído y enfangado traje de muchacho que llevaba.

—¡Jamás en esta verde tierra!

La noche fue larga e incómoda, tanto en el campamento como en los puestos de guardia. Pero con la mañana fue mejorando y aclarándose la atmósfera; y cuando estuvo hecha la punta de la manada se vio una promesa de sol. La hierba húmeda y los frecuentes charcos de agua convirtieron en más agradable el día, hecho que aprovechó Shipman haciendo un largo recorrido hasta el oscurecer. ¡Aquella noche no hubo tertulia en torno al fuego!

Dos jornadas más, realizadas sin novedad, condujeron el equipo hasta Austin, el primer establecimiento del sendero. Brite hizo alto para ir a visitar un rancharo que vivía a dos o tres millas del pueblo, y recibió inquietantes noticias acerca de las condiciones que reinaban al norte. ¡El término medio de los desastres se había multiplicado! En particular, se sabía que el río Colorado, que pasa cerca de Austin, estaba a punto de desbordarse, y sería necesario esperar para vadearlo o subir por su orilla y pasar a nado la manada. Cuando Brite transmitió esta información a Texas Joe, recibió una contestación que fue de su agrado.

—Desde luego, no podemos esperar en ese pueblo.

Austin, como otros establecimientos del sendero de Chisholm, estaba sujeto a fluctuaciones de población, y a veces el conductor de manadas haría bien en no mostrarse sociable. En segundo lugar, los vaqueros se daban con frecuencia a la bebida en estos lugares, factor de incertidumbre que daba mucho que pensar.

Texas se apartó del lugar, pasando lejos de él, con intención de acometer el río cinco millas al oeste, donde el rancharo amigo de Brite dijo que había una vertiente gradual adecuada para enfilear la manada a través de ella. Brite entró solo en Austin. Cenó en una posada donde se había detenido otras veces, y marchó luego calle abajo

a visitar la tienda de Miller. En la oscuridad, punteada por unas pocas luces vacilantes, se hacía difícil saber si Austin estaba o no habitada. Parecía sosegada y solitaria. Miller, un *missouriano* desgarbado, saludó cordialmente a Brite, como era de esperar que hiciera con un cliente.

—¡Deja que te vea! —dijo—. ¿Queda muy lejos la manada?

—A un día de marcha, más o menos —repuso Brite—. Dentro de una semana acudirán como oleadas de búfalos.

—Ese cálculo coincide con el de Ross Hite.

—Hite. ¿Está aquí? —preguntó Brite con tono casual.

—Sí. Entró hace unos días —repuso Miller—. Trajo un puñado de mesteños que anda vendiendo por ahí.

—¿Cuántos hombres trae en su equipo?

—No sé. Cuando llegó sólo traía un par de hombres consigo, desconocidos para mí. ¿No le has visto pasar en el camino?

—Nos ha pasado un equipo. Creo que se componía de siete u ocho hombres. Alguien dijo que era el de Wallen.

—¿Wallen? No le conozco. Bueno, cuantos más vengan, mejor para mí. Yo no soy curioso, ni me meto en particularidades. ¡Ja! ¡Ja!

Brite dejó un pedido de provisiones, tabaco para los jinetes y varios artículos para Moze; y mientras se lo preparaban salió a la calle y entró en la taberna de Snell. Era un local grande, en forma de granero, lleno de luz amarilla, humo azul, olor a ron y ruido. Había estado allí en cada uno de sus viajes al Norte, y todas aquellas veces juntas no sumaban el número de parroquianos presentes en esta ocasión. El juego estaba en plena actividad, y a una de las rústicas mesas se sentaba Ross Hite con otros jugadores, todos embebidos en el juego. Brite miró con atención, a ver si reconocía a algunos de los otros. No le cabía duda, sin embargo, de que todo el equipo de Wallen se hallaba allí. Los vaqueros, a lo que Brite alcanzaba, brillaban por su ausencia. La mayoría eran hombres maduros y toscos; la minoría, mejicanos y algunos negros. Brite se dejó caer hacia un rincón donde quedaba a la sombra, y podía divisar a todos los jugadores y una esquina del bar. Sólo tenía curiosidad, y pensó que acaso pudiera sorprender alguna conversación al azar. Por regla general, los rancheros no se pasaban las noches en los garitos. Sin embargo, Brite creyó que conocía bastante al ganadero inveterado para identificar unos cuantos en aquel lugar. Apenas llevaba allí más de media hora, cuando recibió el disgusto de ver entrar a Roy Hallett y Ben Chandler, que trataban de abrirse paso hacia el bar. Acaso Shipman les hubiese dado permiso; pero lo más probable era que habían entrado sin él, y esperaban regresar sin ser descubiertos. Esto se compaginaba con el carácter del vaquero.

Chandler tenía el rostro encendido y, evidentemente, iba de buen humor; Hallett, en cambio, parecía más sombrío que de ordinario. La bebida, en vez de cambiarle, exaltaba sus características peculiares. Pero no era un borracho. Tuvo que arrancar a Chandler del bar casi a la fuerza. Éste trataba de sacar el mejor partido posible de su

oportunidad. Era evidente, sin embargo, que Hallett tenía otros propósitos. Al menos, no mostraba aquella tendencia usual en el vaquero a beber sin tasa. Brite sacó la conclusión de que Hallett tenía algún designio en su mente. Se sentaron a una mesa desocupada, donde Hallett comenzó a hablar seriamente y en voz baja a su compañero. Era algo que a Ben no le agradaba escuchar. Más de una vez trató de levantarse con expresión de buen humor, pero no logró evadirse. Luego, empezó a fruncir el ceño. Hallett trataba sin duda de persuadirlo a hacer algo. Pudiera ser cuestión de bebida, o de juego, o de quedarse toda la noche en la población, pero Brite no se inclinó a ninguna de estas hipótesis. De pronto, Ben alzó claramente la voz:

—No. ¡El diablo me lleve si voy a hacer eso!

Su expresión era tan dura y tan irritado su tono, que Brite creyó conveniente interrumpir el coloquio. En ese momento vio que Ross Hite dirigía a Hallett una mirada significativa, dominante y audaz, aunque no impertinente. Brite se enderezó de golpe, conmovido y transfigurado. ¿Qué era esto?

Dos de los jugadores dejaron sus sillas movidos por una significativa palabra de Hite, y se acercaron al bar. Después de esto, el cabecilla se dirigió a Hallett.

—¿Quieres acercarte a echar una partida? A dos dólares como límite.

—No tengo inconveniente —replicó Hallett—. Anda, Ben; vamos a desplumarlos.

—Yo vuelvo al campamento —declaró Ben levantándose.

Hallett le echó mano y acercando su rostro colorado al de Ben, susurró algo inaudible, pero que no por eso era menos efectivo para Brite. Chandler reaccionó con tal fiereza, que condujo, después de un breve forcejeo para desasirse, a una arremetida y un vapuleo. Hallett cayó cuan largo era, y Chandler se agachó con la mano en el revólver. Pero su precaución pareció innecesaria. Hallett no había perdido el sentido, aunque se recobraba lentamente. Chandler no dejaba de mirarle, sino para volver la vista hacia el boquiabierto Hite; luego se volvió rápidamente y salió a la calle. Hite habló en voz baja a uno de sus asociados, un hombre de cuello robusto y cara pesada que se levantó y se precipitó fuera detrás de Chandler.

Hallett se levantó y se unió a Hite en su mesa de juego, llevando la mano a la cara. Miró con expresión maligna hacia la puerta, como si esperara ver entrar de nuevo a Chandler. Hite barajó las cartas y habló a Hallett en voz baja. No era la primera vez que conversaban. Hite dio cartas en derredor, como si el juego siguiera su curso. Pero el vigilante Brite advirtió que esto era sólo una tapadera. El juego terminó luego; Hite y Hallett se acercaron al bar, bebieron y abandonaron la taberna.

Brite quedó perplejo. El diablo trabajaba bajo cuerda. Quería salir corriendo y prevenir a Chandler de que le perseguían. Por otro lado, no le hubiera gustado encontrarse con Hite y Hallett. La incertidumbre le encadenó por unos momentos; luego, comprendiendo que debía irse de aquel lugar, descolgó su sombrero y salió. La calle estaba oscura y vacía. Las escasas luces acentuaban las tinieblas. Bajando hacia

la tienda a recoger su compra, vio a Hite y Hallett en el momento que cruzaban el haz de luz que brotaba de la entrada. Brite se replegó en la sombra, fuera del camino. Los dos hombres pasaron hablando en voz baja. Brite no distinguió las palabras; sin embargo, su tono era sutil, calculador.

Cuando hubieron entrado de nuevo en la taberna, Brite fue a buscar su caballo al punto de amarre. No se sintió seguro hasta que se vio montado en medio del camino, en dirección al sendero, río arriba. En vano buscó atentamente a Chandler con la vista. Una vez creyó oír sonido de cascos. A poco, estaba en campo abierto, bajo la luz estelar. Tenía mucho sobre qué reflexionar durante el camino hacia el campamento.

## VII

El camino que partía de Austin terminaba en el río; desde aquí corría un sendero a lo largo de la orilla hacia el Oeste. El viejo Colorado iba lleno, y a esa hora ofrecía una vista magnífica, iluminado en su gran anchura por las estrellas, discurriendo con un rumor sordo y tétrico. Brite no había encontrado nunca, en sus varias expediciones, una riada como la presente. Había que pasar la manada al otro lado, si ello era humanamente posible. El conductor de manadas prefería arrostrar cualquier peligro antes que exponerse a la aglomeración de varias manadas. Se perdía aún más ganado en esta confusión que en las grandes desbandadas. Sin embargo, había ejemplos de vaqueros que habían perdido manadas enteras en aquellas huidas de terror pánico.

Brite no tenía esperanza de encontrar a Ben Chandler. Si aquel vaquero había logrado montar en su caballo, a esta hora estaría cerca del campamento; pero tenía la inquietante convicción de que Chandler llegaría tarde, si es que lograba llegar. En cuanto a Hallett, lo probable era que si se presentaba en el campamento sería al amanecer. Brite ardía en deseos de participar a Shipman esta información y conocer su actitud. Hallett era capaz, cuando menos, de la más extremada deslealtad. Y ante esto, su acción parecía sospechosa.

Brite continuó su marcha lentamente por terrenos quebrados, y al trote sobre los llanos. Al cabo de una hora, comenzó a prestar atención a la caída del terreno. El campamento debía de estar en alguna parte, a menos de una milla de distancia. No tenía idea de dónde podía ser, pero era difícil no dar con la manada. Y así resultó. Localizó el ganado por el mugido de las vacas. Estaba fuera del alcance de la vista, sumido en la sombra gris, a cierta distancia del río. Un poco más adelante, la errante mirada de Brite captó la llama vacilante del fuego del campamento. Dirigió su caballo hacia él y a poco reconoció la silueta de la galera.

Nada se movía. Varios jinetes dormían tranquilamente cerca del vehículo. Pensándolo de nuevo, decidió no despertar a ninguno. Si él estaba dormido cuando cambiase la guardia, todavía sería a tiempo por la mañana. Desensilló, y dejó ir su caballo. Luego, habiendo hallado su lecho, se acostó y se quedó dormido.

Brite despertó con sobresalto. Parecía que no había permanecido acostado más de un momento. Se había hecho de día. Oyó el sonido de un hacha. Pero esto difícilmente le habría despertado. Volviéndose cara al campamento, se incorporó.

Hallett estaba a horcajadas en su caballo; su aspecto hosco daba muestras de haber pasado mala noche. Pan Handle y Deuce Ackerman se hallaban de pie junto al fuego, cara a los otros. Brite vio entonces que Texas Joe miraba al jinete con los ojos penetrantes. Evidentemente, se habían cambiado ya palabras.

—¿Y dónde rayos has estado? —preguntó Joe.

—Fui anoche a la ciudad. No pensaba quedarme toda la noche, pero lo hice

—repuso Hallett fríamente.

—No me has preguntado a mí si podías hacerlo.

—No. Pero lo hice.

—Sí, ya lo veo. Pero es muy fácil que te cueste el empleo —dijo Texas, despacio.

—Shipman, no creas que le tengo mucho apego a este empleo.

Ackerman hizo un gesto apasionado y se adelantó.

—Roy, ¿qué se te ha metido en el cuerpo últimamente? —preguntó:

—Nada, salvo un poco de *whisky*. Estoy harto de este trabajo, Deuce. Demasiados bueyes para tan pocos conductores.

—¿Por qué demonios no lo has dicho? Yo soy responsable por ti. Yo te he contratado para este viaje.

—Bueno, pues ya no tienes esa responsabilidad —repuso Hallett rudamente.

—¡Dios de Dios! Tenía el presentimiento de que tú...

—Calla tú, Deuce —intervino Texas brevemente—. No te hago a ti responsable por Hallett. Y yo hablaré con él.

—Habla, pues, y que el diablo te lleve. ¿Sabes que el viento se te ha subido bastante a la cabeza, Shipman? —replicó Hallett con sarcasmo, encendiendo un cigarrillo.

—Seguramente. Y me parece que ese viento va a soplar contra ti, si continúas soltando la lengua de ese modo. Parece que quieres abandonar el trabajo.

—Lo doy ya por abandonado.

—Bueno, estás libre. Y ahora déjame decirte una cosa. Es una acción cochina la que estás haciendo a Mr. Brite. Vamos escasos de brazos. Y tu comportamiento tiene un aspecto extraño.

—¿Sí, eh? Deberías saber que Texas es el lugar de los hechos extraños.

—Sí, y de los vaqueros traidores; me avergüenza decirlo —continuó Shipman mirando con fiera intensidad al jinete.

Hallett respondió a esto significativamente. Brite siguió con los ojos penetrantes la envolvente mirada que el jinete echó a Texas Joe. Éste acababa de desprenderse de sus mantas. Tenía una bota puesta y la otra en la mano; no se había abrochado el cinto del revólver. Hallett descabalgó y dejó su montura a campo libre. Su cara se iba ensombreciendo y sus ojos brillaban como carbones opacos.

—Existe más de un vaquero traidor en este equipo —declaró Hallett—. Y yo te voy a decir algo que te va a secar la garganta. Fue Ben Chandler el que me indujo a ir a la ciudad anoche. Tenía un asunto extraño entre manos. Pero yo no lo sabía entonces. Fui sólo por el gusto de ir. Y me quedé para evitar que Ben traicionara al equipo. Y no pude lograrlo.

—¡Ah, vamos! —exclamó Texas, poco convencido, pero, conteniéndose aún.

En el entretanto, Brite se había puesto las botas y se levantó entonces con intención de introducir unas cuantas palabras pertinentes en la discusión. Pero no llegó muy allá. Ben Chandler irrumpió entre ellos llevando un pañuelo ensangrentado

atado a la cabeza.

—¡Tex, él es... un embustero! —anunció.

—¿De dónde vienes? —preguntó Texas, asombrado.

—Mi lecho está ahí arriba entre la maleza, Tex. Acabo de levantarme, y acerté a oír esta confabulación.

—¡Pues voto a tal que llegas a buena hora!

El aspecto y la actitud de Hallett sufrieron un cambio radical. Al principio mostró completo asombro e incredulidad. Esto cedió luego paso a emociones más profundas, cólera repentina, odio y temor.

—¿Así, que has vuelto, eh? —preguntó despectivamente—. Apuesto a que no recuerdas que anoche estuviste borracho.

—Yo no he estado borracho, Hallett.

—Ya. Supongo que dirás que tuviste una pelea.

—No. Alguien ha enviado una bala rozando mi cabeza, es verdad. Yo seguí camino hacia el campamento, como ves; y ahora, por Dios, que voy a poner en claro lo que he hecho y lo que sé.

—Shipman, este hombre estaba tan borracho anoche, que no recuerda haber entrado a tiros en casa de Snell.

—Eso dices tú, Hallett. Pero Ben te ha llamado embustero. Si yo conozco a los tejanos, eso no se dice aquí en vano.

Brite se adelantó de detrás del grupo.

—Tex, yo estuve anoche en casa de Snell. He visto a Hallett y Chandler en aquel lugar. Ben no estaba borracho.

Durante el momento de silencio que siguió la cara de Hallett se fue tornando lívida. Se replegó un poco, como para saltar, y con una mano en cada cadera se ladeó lentamente hacia su caballo. Su máscara había desaparecido. Su propósito era escapar. Pero tenía una expresión venenosa.

—Shipman, si dices una palabra más, te abraso —dijo con voz raspante, una expresión asesina en sus ojos.

Texas tragó saliva, pero permaneció en un silencio frío.

—¡Bah, tú no abrasarías a nadie! —gritó Ben Chandler con pasión—. Tú eres un fanfarrón y un embustero. Tú no puedes usar esa guapería conmigo, Hallett.

—¡Cállate tú..., imbécil! —continuó el jinete retrocediendo hacia su caballo.

—Ben, no digas nada más —aconsejó Brite reconociendo lo que a Shipman le parecía tan sencillo.

—Pero, Mr. Brite, yo me avergüenzo de lo que he hecho —protestó Ben, el rostro llameante—. Yo quiero confesarlo, y llamarle a este embustero en su cara lo que se merece ante todos vosotros.

—¡Un momento! —intervino la fría y cortante exclamación de Pan Handle Smith.

—Prestadme un revólver —prorrumpió Chandler.

—Que nadie se mueva —ordenó Hallett, en tono sombrío. Evidentemente, creyó

que tenía la situación en la mano.

—Hallett, voy a ponerte al descubierto aquí mismo —gritó Chandler con voz estridente—. No consentiré que caiga sobre mí tu jugada indecente.

—Calla la boca, Chandler —siseó Hallett.

—No callaré. Van a saber todos qué clase de negocios te traes tú con Ross Hite. Voy a...

—¡Aguarda, pues! —al soltar estas palabras, Hallett echó mano a sus revólveres. Éstos salieron de sus fundas y dejaron ver sus destellos en el aire al punto que estallaba un disparo detrás de Brite. El fuego y el humo chamuscaron su mejilla. La intensa acción de Hallett cesó como paralizada por un rayo. Su sien y ojo izquierdos aparecieron cubiertos de sangre. Se desplomó como si sus pies se hubieran plegado bajo su tronco, el rostro hundido en el polvo, deslizando las manos hacia delante, flojas y sin nervios, para soltar las armas.

—Jefe, yo no puedo permanecer con los brazos cruzados viendo a sus buenos muchachos en peligro — dijo Smith con una voz fría, lenta y vibrante que rompió el tirante silencio.

—¡Santo Dios! —prorrumpió Ackerman, agitado —Está listo. Yo le miraba de reojo.

—Pan Handle, había olvidado que estabas aquí —declaró Brite, conmovido y aliviado—. Ha estado bien hecho... Yo vi a Hallett con Ross Hite ayer noche.

—Ben, suelta ahora esa historia —ordenó Texas Joe—. Faltó poco para que te quedaras callado para siempre.

—Tex, tú no estuviste tampoco muy lejos de ello. Lo leí en sus ojos —dijo Smith secamente.

—¡Ah! Tal vez no lo haya visto yo —repuso Texas roncamente—. Pan, te debo ésta... ¡Y así aprenderé a no separarme nunca de mi revólver!

—Vamos, Ben; cuenta lo que sabes —intervino Brite. Chandler se dejó caer sobre un bulto de ropa y hundió la frente en las manos.

—Jefe, no hay mucho que decir —repuso con voz apagada—. Hallett se puso a dar vueltas alrededor de mí. Me persuadió para que fuera con él, diciendo que tenía que arreglar un asunto con Hite. Hace unos días, por la noche, Hite se puso al habla con Hallett cuando éste montaba guardia. Le ofreció quinientos dólares para que dejara una parte del ganado al descubierto, a fin de que él y su equipo pudieran separar un buen puñado de reses... Al principio, yo... yo convine en ello. Confieso mi traición. Pero aquella vileza me roía las entrañas noche y día, y cuando llegó la hora... perdí los ánimos. No podía llevarla a cabo... Eso es todo, señor.

—¡Santo Dios! ¡Pensar que Ben nos iba a traicionar de ese modo! —exclamó Deuce Ackerman estrujándose las manos—. Yo no conocía bien a Hallett. Pero tú, Ben... ¡Cómo! Si hemos trabajado juntos, dormido juntos durante tantos años.

—Ya está hecho. Se lo he dicho a todos. No trato de disculparme..., salvo que Roy tenía siempre bebida para mí.

—Ben, en ese caso te perdono —dijo Brite sinceramente—. Y quiera Dios que no vuelvas a caer en esa tentación.

—Gracias, Mr. Brite. Le prometo que... no lo haré —repuso Chandler con voz cortada.

—Ben, ¿qué supones tú que diría Reddie Bayne de todo esto? —preguntó Texas Joe con retintín—. Ella te tenía a ti más apego que a los demás.

—No tengo idea, Tex. Pero yo mismo se lo diré.

—Ahí viene ella con la remuda —añadió Deuce.

Me pregunto por qué Reddie traerá todos esos caballos —dijo Texas.

—Tapemos al muerto —dijo Ackerman.

—No, vaquero; conviene que te des cuenta. Deja que la damita trague la hiel. ¿No le tenía cierto afecto a Hallett?

—No, Tex; tú debes darte cuenta.

Nada más se dijo directamente. Reddie llevó la remuda unos cien metros fuera del campamento y se adelantó en su caballo negro, que lucía hermoso con su paso oscilante. Reddie hizo saltar a los vaqueros antes de frenarlo.

—Míster Brite... Texas... Pan Handle —dijo sofocada—. Traigo malas noticias. Nichols, con su camada de dos mil cabezas y pico, viene pisándonos los calcañares. Y detrás de él, a poca distancia, viene Horton a cargo de una gran manada para Dave Slaughter.

—¡Maldición! —exclamó Brite levantando los brazos.

Texas Joe usó un lenguaje igualmente expresivo, pero no muy adecuado para los oídos de una jovencita. Luego se puso la bota, lo cual le dio bastante quehacer.

—Los dos han enviado un mensajero a decirnos que crucemos pronto el río, pues de lo contrario se nos echarán encima —continuó Reddie, con las mejillas encendidas—. ¡Oh! ¡Cómo va el río! Estaba oscuro cuando yo partí... Míster Brite, no es posible pasar a nado ese mar.

—Reddie, acaso no sea posible. Pero debemos intentarlo —repuso Brite.

—¡Oh! —gritó Reddie súbitamente, viendo al ensangrentado Hallett tendido en el suelo—. ¿Qué... qué ha ocurrido? ¿No es ése Roy?

—Sí, muchacha; así parece.

—Oh... ¡Está muerto!

—Así es.

—¿Quién? —preguntó ella, presa de una sana indignación.

—Reddie, yo soy ese mal hombre —dijo Pan despacio.

—¡Tú..., tú..., sanguinario *gunman*! ¿Por qué has matado a ese pobre muchacho?

Pan Handle volvió la espalda; Texas bajó la cabeza; Brite observaba y permanecía callado. Ben alzó entonces la vista.

—¡Cómo, Ben! ¿Estás herido también?

—Sólo un arañazo, Reddie. Verás. Ha ocurrido como sigue —comenzó; y explicó valientemente su participación en la tragedia, acusando duramente a Hallett, pero sin

excluirse a sí mismo.

¡Ben Chandler! —exclamó ella con voz conmovida. Luego, a medida que las ideas se iban aclarando en su cabeza, comenzó a mirar sucesivamente a Texas, Brite y el cadáver de Hallett, volviendo sus ojos llameantes a Ben, la enormidad de cuya falta parecía aumentar prodigiosamente.

—¡Convenir en traicionar a nuestro jefe! —prorrumpió ella con profundo desprecio—. ¡Robar a la mano que te da pan! ¡Dios mío! ¡Ésa es una verdadera infamia!

—Pero, Reddie, hay que dar al diablo lo que es del diablo —interrumpió Texas en tono cortante—. Ben se dejó llevar. Le tenía apego a Hallett. Y su debilidad era la bebida. Y a pesar de todo él no ha..., él no pudo llevarlo a cabo.

—Eso importa poco —gritó Reddie, la crueldad personificada—. Jamás le perdonaría, aunque viviera mil años... ¡Cómo! Este indecente y vil vaquero quería que yo le diera un beso..., ¡hace solamente dos noches!

—Bueno, en ese caso, sería importante saber si Ben lo consiguió —dijo Texas lentamente.

—No, puedes tener la seguridad de que no —replicó Reddie, con el rostro encendido—. Si lo hubiera conseguido, me tiraría al río en este instante.

—Reddie, yo he pasado por alto esa falta de Ben —interrumpió Brite.

¡—Ajá! Bueno, lo único que digo es que eso es demasiada blandura para unos hombres como ustedes — repuso Reddie con pasión—. Yo no lo pasaré jamás por alto. Y no le volveré a hablar en los días de mi vida, ni haré guardia cerca de él.

—Venid a comer, antes que se enfríe —llamó Moze.

Texas Joe observaba el río. Tenía más de doscientos metros de ancho en aquel punto, y formaba una corriente rápida y fangosa que se precipitaba en remolinos arrastrando troncos y ramas de toda especie. La velocidad del agua era cosa de tener en cuenta: si arrastraba al ganado más abajo de cierto punto, ocurriría casi seguramente un desastre. Porque a dos millas de allí, en el lado opuesto, se alzaba de la orilla una pendiente vertical que se extendía por todo lo que alcanzaba la vista.

—Jefe, juro que no sé lo que va a pasar —dijo Texas—. Pero no podemos retroceder ahora. Los muchachos han recibido órdenes, y la manada está ya a la vista.

—Lo intentaremos, para bien o para mal repuso Brite, ceñudo, emocionado por la aventura.

—¡Ea, Reddie! —gritó Texas agitando la mano—. Vamos.

Reddie respondió con un grito agudo, y giró para arrear la remuda. Los caballos se adelantaron en grupo apretado, impacientes y atemorizados, pero no alocados. Pan Handle ocupaba su puesto en la parte inferior del río, mientras Texas montaba en el lado opuesto. Reddie condujo a sus mesteños a galope cuesta abajo. Algunos se desviaban en una u otra dirección, siendo atajados por Texas y Pan Handle.

Momentos después, los delanteros habían sido enderezados, y con agudos resoplidos se arrojaron al agua. Los demás siguieron en buen orden. Texas se adentró

con ellos, a caballo, hasta que el agua se hizo perceptiblemente profunda. Gritaba con toda la fuerza de sus pulmones. Pan Handle se lanzó a la cabeza de los mesteños, guiando la partida. Reddie, con sus gritos estridentes, los empujaba hacia el río, y cuando su caballo negro se adentró en el agua, los delanteros iban a nado.

—¡Venga, muchacha! —voceó Texas agitando su sombrero—. Sigue contra la corriente y déjalos ir.

Cuando Texas regresó a la orilla, el ancho extremo posterior de la remuda se había adentrado bastante en el río —y los delanteros iban a punto de acometer la rápida corriente.

—Tex, debimos ir con ella —dijo Pan Handle sería mente.

—No hay temor, lleva un magnífico caballo —repuso Brite, esperanzado.

Texas Joe no expuso sus temores ni esperanzas, pero fijó con intensidad sus ojos de halcón en aquella movida y maravillosa escena. Brite había contado últimamente un total de 179 mesteños en la remuda. Los valerosos caballitos españoles no tenían miedo al agua. Resoplando y encabritándose, el denso grupo de potros se lanzó a nado, seguido de cerca por la intrépida muchacha, que agitaba su sombrero gritando con todas sus fuerzas. ¡Y cómo brillaban al sol sus cabellos dorados! Una vez que el caballo negro se hubo lanzado a la parte profunda, Brite desechó el temor. El caballo nadaba como un pato. Reddie lo mantuvo contra la corriente al extremo izquierdo de la fila flotante. Árboles y troncos nadaban entre los mesteños, entorpeciendo su avance. De vez en cuando, un caballo tomaba impulso para pasar por encima del estorbo, fallaba, se hundía, resurgía para continuar adelante. Los que entraban en la corriente eran arrastrados río abajo, abandonando rápidamente a los que aún permanecían en el agua mansa. Pero continuaban nadando, y tenían un largo trecho de deriva antes de llegar a la empinada margen que se levantaba más abajo. A poco, la remuda había entrado en la corriente, y entonces el espectáculo le pareció a Brite espléndido y movido. Si su corazón no se hubiera inclinado a esta chica huérfana mucho antes de que ella arrostrara valientemente el peligro de la riada desdeñando la ayuda, lo hubiera hecho ahora. La larga franja negra de cabezas enjutas se desintegraba, se estiraba y se curvaba río abajo, en un bello y turbulento movimiento.

Una milla más abajo, donde Brite y sus jinetes vigilaban casi sin respirar, los delanteros pasaron a la parte vadosa del río y la larga sarta se curvó fielmente hacia aquel punto. Uno a uno, de dos en dos, de tres en tres, y luego en grupos, los mesteños fueron dando pie en la arena, surgiendo a la superficie y dejando sus mojadas espaldillas al descubierto, para lanzarse a impulsos y chapuzones hacia la orilla. Pronto se fue ensanchando la línea en forma de cuña, a medida que los potros pasaban la rápida corriente; a los pocos minutos, el último caballo había salido vadeando del río. ¡Y Reddie montaba a horcajadas aquel caballo!

—¡Alabado sea Dios! —respiró Texas—. Ha sido magnífico.

—En efecto; daba gusto verlos —convino Pan Handle.

—Bueno, nuestros temores eran infundados —añadió Brite.

—Jefe, tenemos que detenerla. Es diferente volver en esta dirección. No tiene bastante holgura la corriente —exclamó Pan Handle ansiosamente.

—Pues, claro, tú tienes razón —; exclamó Texas, y sacando el revólver hizo dos disparos al aire. Luego agitó su sombrero y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Atrás, atrás!

Reddie oyó, pues agitó la mano en respuesta, y continuó avanzando. Un momento después su caballo entraba a nado cara a la rápida corriente con sus grandes y turbias olas. Texas descargó los cartuchos que le quedaban en el revólver, apuntando de modo que las balas dieran en el agua, no lejos de Reddie.

Luego bramó como un gigante:

—¡Da la vuelta! Reddie, no es lo mismo... ¡El diablo te lleve! ¡Obedece mis órdenes!

Reddie contestó con un grito alto y agudo que el viento trajo en forma de una respuesta dulce y agreste.

—Demasiado tarde, Tex. Ya está en la corriente.

—Ése es todo un caballo, Brite. Déjala venir —intervino Pan Handle.

Texas Joe se convirtió en una estatua ecuestre de bronce. Las grandes y turbias olas se rizaban sobre el cuello y la cabeza del negro y se alzaban hasta los hombros de la joven, arrastrándoles río abajo con violencia. Pero cien metros más adelante, el poderoso caballo abandonaba las altas olas y entraba en la menos vigorosa y arremolinada corriente. Brite vio que la chica lo frenaba para dejar pasar un tronco, y luego lo viraba río abajo para evitar una masa de follaje verde. Caballo y jinete sabían lo que hacían. De nuevo dio pecho a la corriente con vigor, y se lanzó a través, pero no podría volver al punto de donde había partido la remuda. Esto preocupaba a Brite. ¡A tan corta distancia de dónde empezaba la escarpada orilla! Pan Handle marchaba ya río abajo para ayudarla a salir. Pero el caballo avanzaba más rápidamente de lo que los espectadores se figuraban. De un golpe, levantó la cabeza, sus paletillas surgieron del agua, y de un vigoroso impulso pasó de la parte profunda a la vadosa. Lo había hecho con espacio de sobra. Reddie salió trotando a la orilla.

Aquí, Texas se descolgó de su caballo, y en el colmo de la rabia o de la exasperación, tiró su sombrero al suelo y comenzó a dar pasos de un lado a otro, renegando como un vaquero borracho.

Brite comprendió que su mayoral se había rendido al alivio de una contenida y agónica ansiedad.

—Vuelve acá, Pan —gritaba Reddie alegremente—. Ha sido una diversión. ¿Qué pensáis de mi caballo?

—El caballo es magnífico. Pero tú has corrido un grave riesgo sin necesidad.

Reddie espoleó a su caballo y a poco lo detuvo ante Texas y Brite. Era algo digno de ver. Pálida, con una excitación contenida, sus grandes ojos oscuros y audaces muy abiertos, se quedó a caballo esperando que cayera la sentencia. Estaba mojada hasta el cuello, chorreando. Su blusa no ocultaba ya el agitado contorno de su seno.

—Siento haberles dado un susto, señores —dijo un poco atemorizada—. Pero ustedes me necesitan aquí, y yo tenía que venir.

—Reddie Bayne, yo te he gritado —comenzó Texas severamente.

—Desde luego. Ya le había oído.

—Te ordené que volvieras hacia atrás. ¿Lo oíste?

—¡Vaya si lo he oído! ¡Ni siquiera que estuviera muerta!

—¿Entonces no me tienes respeto como conductor jefe de esta manada?

—No habría vuelto hacia atrás aunque me lo mandara el propio Mr. Brite —replicó ella vivamente. Pero su rostro había palidecido, y sus ojos se dilataban.

—¿Me has desobedecido de nuevo? —dijo Texas con voz tonante.

—Sí, lo he hecho...

—Y no sólo eso. Nos has dado un susto mortal, tan sólo por hacerte la interesante. Eres una niña malcriada. Pero tú no puedes seguir dando mal ejemplo en este equipo.

—¿No, eh? —repuso Reddie débilmente.

—Escucha, Reddie Bayne. El que el jefe te traiga en la palma de la mano, el que seas la chica más linda imaginable y el que yo esté perdidamente enamorado de ti, nada quiere decir. Tú llevas los pantalones del conductor de manadas, cobras sueldo como tal, y como tal tienes que portarte.

Texas se adelantó hacia su caballo y, levantando una mano nerviosa y morena, cogió a la chica por la blusa y, alzándola, la arrancó de la silla.

—¡Oh, oh! —gritó Reddie, con voz ahogada—. ¿Cómo te atreves...? ¡Déjame! Texas, ¿qué... es lo que vas a...?

—Yo no puedo hacerte a ti lo que haría a un hombre, ni azotarte como hice en otra ocasión —dijo Texas deliberadamente—. Pero voy a sacudirte hasta que despiertes y veas la luz del día.

Luego, la cogió por los hombros y comenzó a hacer buena su amenaza. Reddie no ofrecía la menor resistencia. Era como un ser aturdido, mudo y desvalido. Brite dedujo que la revelación amorosa de Texas tenía más que ver con este abatimiento que ninguna amenaza de castigo corporal. Ella alzó la mirada, con una expresión en los ojos que Texas debió de hallar difícil de resistir. Pero ella perdió pronto la vista, pues él la sacudió hasta que la chica semejaba una imagen de cera bajo una fuerza vibrante y temerosa. Cuando por fin la soltó, a fuerza de cansancio, la joven se desplomó en la arena, todavía temblando.

—Ahí tiene usted..., *miss* Bayne —dijo él, jadeante.

—¿Qué es lo que tengo..., Texas Jack? —dijo ella con impertinencia, balbuciendo.

—Dios lo sabe —prorrumpió él desamparadamente; y comenzó a tirarse del pelo.

—¡Aquí viene la manada! —sonó la vibrante voz de Pan Handle.

## VIII

Los viejos toros de cuernos-musgosos, enormes y fieros, con sus robustas astas en alto, marcharon a la cabeza de aquella masa de ganado en forma de lanza hasta el borde del largo declive. Densamente agrupados, irresistibles en su lento avance, se desarrollaban como una masa de tocones llevados por una corriente.

—Hasta ahora vamos con suerte —gritó Texas, con júbilo—. ¡Ya está hecha la punta! Si acometen el río así en forma de cuña, el cruce del mar Rojo por Moisés quedará reducido, en comparación, a una nonada.

—Órdenes, Texas, órdenes —repuso Brite con impaciencia—. No tardarán en echarse sobre nosotros.

—No tengo órdenes que dar, salvo que continúen por la orilla río arriba... Por el amor de Dios, no vaya por la parte de abajo del ganado. Los muchachos han sido advertidos... Ben, tú monta en la galera. Volveremos para pasarla a flote.

—¡Así me lleve el diablo! —gritó Ben, irrisoriamente, y corrió a coger un caballo que ensillar. Brite hizo lo mismo, y cuando se hallaba en su tarea oyó que Texas renegaba contra Chandler por no obedecer sus órdenes. Una vez en la silla, vio que la magnífica manada, formando un pintoresco y moviente triángulo de bestias vivientes, había pasado el cerro, y la vanguardia estaba a corta distancia. Los jinetes, a ambos lados de la cuña, galopaban furiosamente de ida y vuelta, voceando, haciendo disparos, agitando los sombreros. Pero sus ruidos llegaban debilitados a través de la baraúnda de berridos.

—Reddie —llamó Texas seriamente, volviendo su rostro severo, de labios tirantes, ojos de halcón, hacia la joven —, esto es nuevo para ti. Tu caballo es un pato, ya lo sé, pero eso no te salvará si entras mal. ¿Quieres permanecer cerca de mí, a fin de que pueda corregirte si partes por donde no es debido?

—¡Claro que sí! —repuso Reddie con sorprendente complacencia.

—Jefe, usted sígales de cerca —concluyó Texas brevemente—. Pan, tú retrocede a medio camino. Sobre todo, no adentrarse en la manada... ¡Vamos, Reddie!

Las riadas no imponían al viejo toro de cuernos-musgosos. A la cabeza de su manada, ágil como una ternera, este animal corría declive abajo rugiendo como un búfalo. Todo sonido quedó ahogado por las pisadas atronadoras de la manada cuando ésta comenzó a ceder a la pendiente y se precipitó en confusión. La tierra se estremecía bajo aquella masa. ¡Cerca de cinco mil cabezas de ganado en una masa triangular, precipitadas como búfalos en desbandada cuesta abajo! A Brite se le erizaron los pelos. Ninguna audacia, ninguna destreza, ninguna racha de buena suerte podía impedir aquí alguna especie de catástrofe.

Texas metió su caballo en el río a la cabeza de los cuernos-musgosos, agitando el lazo sobre su cabeza y el rostro rojo de gritar. Pero Brite no le oía. El caballo negro de Reddie laminaba el agua turbia del río al ser guiado detrás de Texas. Entonces, la gran cuña se precipitó al agua como un alud, con un tremendo estampido. Cientos de

vacas y novillos se habían encabritado, para montar la grupa de los que les precedían, y la siguiente masa los empujaba a todos en un intrincado y crujiente alud. Pero los que iban delante, una vez en el agua, se desplegaron en busca de espacio. Aquí reside el peligro de los conductores, y la terrible necesidad de conservar la forma puntiaguda de la manada en cuanto sea posible. Esta tarea le pareció a Brite enteramente fácil.

Por encima de lomos y astas, Brite percibió a Ben Chandler por el lado inferior de la manada, cerca de los delanteros, con desprecio u olvido del peligro. Deseoso de reparar su fatal error, el miedo no existía para él. La ensangrentada y vendada cabeza de Ben desapareció luego, para Brite, en la amarilla y agitada niebla de la rociada. La insistente mirada del jefe no logró descubrir ya más al temerario jinete. Ackerman y San Sabe, ambos en la parte inferior de la manada, se iban quedando lentamente atrás con intención de situarse a la parte posterior tan pronto como pasaran las últimas reses. Rolly Little, Holden y Whittaker pasaron en orden junto a Brite, los ojos encendidos por la excitación.

Cuando Brite lanzó de nuevo su galopante mirada hacia adelante, se halló a tiempo de ver cómo el viejo cuerno musgoso se lanzaba a la parte profunda del río. El animal desapareció bajo el agua, resurgió como un pato a la superficie y se adentró a nado en la corriente. La aguda punta de la manada se agolpó entonces como rebaño de ovejas detrás de él. Texas se alejó de la orilla, a distancia, río arriba, y Reddie fue todavía más lejos. El ancho extremo posterior de la manada pasó entonces, con ímpetu arrollador, frente a la posición que, mudo y vigilante, ocupaba Brite. Le había llegado el momento de unirse a los conductores. Espoleado y conducido de frente, su animoso mesteño, fiero y brioso, hubiera ido a cualquier parte. Brite echó una última mirada a la corriente, donde un millar de cabezas de cuernos abiertos se precipitaban hacia abajo por en medio del río. Saltó entonces de la orilla al agua, a nivel del extremo posterior de la manada por la parte superior. El trueno no tendría comparación con el volumen del sonido. Era una extraña, hirviente, silbante y crujiente baraúnda. Pero ésta parecía ir disminuyendo a medida que el ganado, cientos tras cientos, entraba en la parte profunda del río. Texas, y luego Reddie, se perdieron de vista. La gran manada se curvó bruscamente. A continuación, desapareció Ackerman a la vuelta del ángulo, seguido de Holden. Sólo quedaba ya Whittaker a la vista y éste era barrido río abajo. Brite percibió entonces a Bender detrás de la manada; era el más próximo al jefe, y parecía terriblemente atemorizado.

El ancho extremo posterior de la manada se precipitó de la orilla en un remolino de agua turbulenta y cuerpos retorcidos. Luego, todo ruido cesó como por arte de magia. Sólo quedaba el sibilante barboteo de la corriente contra el caballo de Brite. El animal entró fácilmente en el agua profunda y Brite comprendió al instante que llevaba un caballo nadador. ¡Qué maravillosos caballitos aquellos mesteños españoles de sangre árabe!

La escena había cambiado inmensamente. ¡Ya ni una blanca chorretada! ¡Una

milla de cabezas negras y cornudas, como enjambre de abejas brillantes, arrastradas río abajo! El terror, la furia del asalto a la riada había desaparecido. Quedaba sólo la brillantez, la acción, la belleza del movimiento. Brite no había visto en su vida nada comparable; y eso que una vez había visto un millón de búfalos cruzando el río Brazos. Pero aquéllos no hacían sino cubrir el río como una nube. Aquí, la ancha avenida era el elemento dominante. El sol esparcía su brillo sobre una interminable curva de relucientes y húmedas cabezas y cuernos; el cielo se inclinaba, azul, sobre el río amarillo; los verdes árboles de la orilla opuesta hacían señas y parecían agruparse imperceptiblemente.

El mesteño de Brite entró entonces en la rápida corriente central del río. Aquí se levantaban unas olas suaves que rodaban sobre el caballo y mojaban al jinete hasta los hombros. Y éste advirtió que era llevado río abajo, sin ganar apenas espacio a la corriente. La larga cabeza de la curva aparecía lejana hacia la orilla opuesta.

A la derecha de Brite, los tres jinetes tendían a alejar sus caballos de la manada, o al menos así se lo figuró él. Brite vio entonces que San Sabe se volvía río arriba. Una masa de ramas flotantes se desprendían de la cresta de una altura. ¡Qué execrable suerte la de tropezar con una fuerte oleada de ramas arrastradas por la corriente en medio del río en el momento más crítico! Brite frenó su mesteño para evitar el alud, empujando con manos y pies los troncos y las ramas. Un árbol entero, verde y frondoso, rodeado por una densa masa de troncos, fue arrastrado justamente al centro de la flotante manada. Los conductores no pudieron evitarlo. Sólo podían salvarse a sí mismos, la cual, para dos de ellos, no resultó nada fácil.

La rápida y flotante isla de desechos dividió a la manada, volvió a la parte posterior río abajo y pareció anunciar cierto desastre. Brite advirtió la ancha vereda abierta entre las dos mitades, una de las cuales cuarteaba hacia la orilla norte, mientras la otra nadaba con la corriente. Si ésta continuaba río abajo, estaba perdido.

Brite estuvo a punto de ser enredado en una maleza flotante que no había visto, porque su atención estaba fija en la seccionada mitad de su manada. Gracias a su inteligente mesteño, no se vio engolfado. Después de esto, miró por sí y por su caballo. Durante este tiempo, seguían deslizándose río abajo, sin dejar de avanzar hacia la orilla. Mirando hacia atrás, Brite se sorprendió de ver la galera, como un punto en el horizonte, a una milla de distancia hacia el nacimiento del río. Al frente, hacia la parte inferior, a una distancia algo menor, comenzaba el afilado borde de la orilla escarpada que Texas había advertido a todos que no debían pasar. Alzándose en los estribos, Brite descubrió la cabeza de la manada, más allá de la corriente, no lejos de la orilla. ¡Ya! Un caballo y su jinete entraban de nuevo en agua vadosa. Debía de ser Texas.

Un remolino alcanzó al mesteño y le hizo dar varias vueltas. Brite estuvo a punto de deslizarse de la silla para librarse de la trampa, pero el caballo se desprendió de la traidora revesa y, terriblemente atemorizado, redobló sus esfuerzos. El siguiente descubrimiento de Brite fue la vanguardia del ganado que salía vadeando a la ancha

franja de la orilla, más abajo. Dos de los jinetes estaban ya en tierra. Complacido por esta vista, Brite se volvió para ver qué había sido de la mitad de la manada que se hallaba en peligro. Las reses giraban de nuevo hacia el centro del río. Esto le causó asombro, hasta que oyó el «bum-bum» de un arma de fuego. El temerario Chandler debía de estar al otro lado, conduciendo de nuevo el ganado a la corriente.

El gigante círculo de cabezas y astas se adentró en la rápida corriente, que las barrió río abajo, pasada la vadeante vanguardia, para deslizarse seguramente junto a aquel escarpado borde de la orilla, pasado el cual sólo podía esperarle la muerte. Brite podía soportar la pérdida de ganado. Pero el sacrificio de un jinete le dolía profundamente. Jamás había perdido uno hasta entonces. Pero todavía abrigaba esperanzas. En alguna parte a la vuelta de la curvatura, podía haber, en una u otra margen, un lugar por el cual Chandler pudiera salir.

En aquel momento, Brite vio que otro jinete, uno de los tres que iban delante de él, salía del agua y atravesaba la barra a galope para remontar la orilla y partir rápidamente a lo largo de su borde, la cola y la crin del caballo agitadas por el viento. No reconoció ni el caballo de Pan Handle ni el de Texas, de modo que el jinete debía de ser Ackerman, que corría a prestar auxilio a Chandler.

Cuando Brite remontó, finalmente, la barra, sólo quedaban unos pocos cientos de reses detrás, y más abajo, ya que todas habían dado pie. Tres jinetes estaban esperando. Texas y Reddie se habían esfumado. Bender, Pan Handle y San Sabe se movían detrás del ganado, vueltas las caras río abajo, sin duda observando las reses que habían sido separadas por la corriente.

A continuación, Brite se reunió con los seis jinetes en la barra, y se encontró ciertamente con un desalentado grupo de vaqueros. Pan Handle era el único que no tenía un semblante tétrico.

—Míster Brite, hemos tenido mala suerte —dijo—. La manada se partió por el medio y la mitad posterior se fue río abajo llevándose a Chandler consigo. Y aún podemos dar gracias porque no hayan ido otros con él.

—¡Al diablo el ganado! —exclamó Brite, sofocado—. ¿Alguna esperanza para Chandler?

—Seguramente. Existe la arriesgada posibilidad de que logre salir por alguna parte. Pero no daría dos dólares por el ganado. Ackerman va delante, manteniéndose con él. Texas le sigue con Reddie.

—¿Qué haremos?

—Acampar aquí, en el arbolado, a la orilla. Hay hierba en abundancia; el ganado no se moverá esta noche.

—Hay que pasar la galera. Y no tengo gran confianza en que pueda salvarse.

—Jefe, ese vehículo está hecho para flotar —dijo San Sabe—. Tiene un doble fondo de tablas gruesas. No se preocupe por nuestras provisiones de boca.

Comenzaron a subir el declive arenoso, hasta llegar a un espacio llano que era ideal para acampar. Los caballos jadeaban a consecuencia del prolongado ejercicio.

—Desmontad, muchachos, y fuera las sillas —dijo Brite acompañando las palabras con la acción—. Y que uno encienda el fuego para que podamos secarnos.

Un poco después, cuando Brite se hallaba de pie, en mangas de camisa, junto al fuego, entraron en el campo Texas y Reddie.

—No podemos arriesgar buena moneda a lo perdido —dijo filosóficamente—. Me figuro que Ben se ha ido para siempre, y sólo existe una probabilidad contra mil para ese puñado de reses. Tenemos que velar por lo que queda y pasar a Moze a este lado... Reddie, tu caballo no está cansado aún. No lo he visto decaer un momento. Pero tú no pesas más que un saltamontes. Deja que lo monte San Sabe, para que me ayude a pasar la galera.

—Desde luego. Pero me gustaría ir yo —repuso ella con ansiedad.

—¡Santo Dios! ¿No estás todavía cansada de este río? —preguntó Texas con incredulidad.

—Hasta que la, manada se dividió, lo iba pasando muy bien... ¡Pobre Ben! Si se ha perdido, jamás me perdonaré a mí misma. Yo estaba..., me volví loca y dije demasiado.

—En efecto, dijiste más de lo que debías —pronunció Texas, despacio—. Si a mí me hubieras dicho otro tanto, me habría echado de cabeza al río.

—No... no digas eso... Pudiera ser mi culpa —gimió Reddie, casi llorando.

—No, muchacha. Te lo he dicho en broma. Ben no ha querido sino reparar la falta que ha cometido con nosotros. Y desde luego, está en paz conmigo.

—¡Oh, quiera Dios que logre salvarse! —continuó Reddie bajando del caballo.

San Sabe le quitó la silla y puso la suya al negro. Luego siguió a Texas, que iba ya lejos a lo largo de la orilla, en demanda del recodo del río, desde donde intentaba cruzarlo. El grupo que quedaba de pie, secándose a la llama, formaba un sombrío conjunto. Reddie parecía enferma y desventurada. Su mirada se extraviaba río abajo, donde la turbia corriente se perdía de vista.

Texas y San Sabe dieron un susto a sus camaradas cuando hasta sus cabezas desaparecieron bajo las olas, pero al fin resultó que habían cruzado felizmente. En el entretanto, Moze había conducido la galera hasta la orilla para encontrarse con ellos. Era demasiado lejos para que Brite pudiera ver con distinción, pero sabía que los jinetes atarían sus sogas al vehículo, apurando y prestando ayuda a la pareja de tiro. A los pocos minutos se habían puesto en movimiento y entraban en el agua. La galera abría surcos de levantadas laderas con su avance. Brite tenía sus dudas acerca de esta aventura, y cuando galera y caballos pasaron de la barra a la profundidad, para ser arrastrados río abajo por la corriente, pensó que era un anticipo de mayor desgracia. El vehículo flotaba tan alto, que parte de la tablazón y toda la lona aparecía sobre el agua. Navegaba como una embarcación, acercándose gradualmente a la orilla, pasando de la corriente al remanso y, finalmente, a la barra del río. Sus temores resultaron infundados. Sin embargo, Moze, a pesar de ser negro, traía la papada un poco amarilla. Las bromas usuales de los vaqueros no parecían ahora dispuestas a

salir, omisión que Moze advirtió inmediatamente.

—Me parece que tendréis que poner las camas a secar —dijo haciendo girar sus grandes ojos—. Las he colocado debajo de las provisiones.

—¡Oh mi tabaco! —lamentó Deuce.

—Negro, te voy a pasterizar —añadió Whittaker severamente—. Tenía mi única camisa de recambio en la cama.

—¿Qué cosa es pasterizar? —preguntó Moze comenzando a descargar los bultos—. Todos tienen unas caras que da miedo.

—Moze, hemos perdido la mitad del ganado, y a Ben Chandler con él —repuso Brite.

—¡Dios de los cielos! Ya me figuré que pasaría algo cuando vi este río.

Aquí terminaron las bromas, así como toda conversación. Era ya cerca de mediodía, hecho asombroso para Brite. Si hubiera sido posible que el ganado continuara marchando algunas horas más, él lo habría ordenado. Pero el ganado, así como los caballos, estaban agotados.

La manada que seguía a la de Brite acamparía aquella noche en la orilla sur y cruzaría el río por la mañana. Venía demasiado cerca para no despertar cuidados. Pero el ganadero no veía de qué modo podría evitarse. De pronto, los silenciosos conductores se estremecieron al ver aparecer a Deuce Ackerman sobre la orilla. Su disposición y el paso de su caballo daban señal de lo que había ocurrido. Deuce entró en el campamento con el rostro macilento, enfangado de pies a cabeza, y estuvo a punto de desplomarse de la silla.

—Acércate al fuego, Deuce. Yo me ocuparé de la montura —dijo Little solícitamente.

—Míster Brite, tengo que informar que Shandler se ha ahogado —dijo.

—Eso suponíamos —repuso Brite con resignación.

—Dadme algo de beber, si queréis oír la historia. —Pero Ackerman tardó en empezar su narración. Finalmente, comenzó —: Pues bien, yo marché a lo largo de la orilla, río abajo, hasta dar vista al ganado. Y allí estaba ese idiota de Chandler tratando de mantenerse a lo largo de los delanteros, haciendo vibrar la cuerda ante sí. No había renunciado al propósito de enderezar aquel hato de cornilargos hacía esta orilla. Yo grité hasta romperme los pulmones, pero él no me oía. Sin embargo, al poco rato me vio. Yo le hice seña de que se saliera del río, pero no me hizo caso. Continuó adelante, el ganado también, y yo lo mismo. Habría avanzado un par de millas cuando me puse a su nivel. Y continuamos así cerca de una milla. Advertí entonces, a lo lejos, una ancha ruptura en la orilla de este lado. No es posible que Chandler no la viera también. Y él agitaba la cuerda contra los delanteros, como un demonio salido del infierno, fustigándolos más y más hacia la orilla. Y el diablo me hunda si no alcanzó a empujarlos hacia la orilla justamente cuando la corriente los había llevado al borde de esta cascada. El río era poco profundo en aquella parte. Y una vez que los delanteros dieron pie en el fondo se pusieron a salvo. ¡Ah! ¡Cómo se

precipitaron fuera de esa barra!

—¿Quieres decir que Ben condujo el ganado a tierra? —preguntó Texas con incredulidad.

—¡Cómo lo oyes! Pero su caballo estaba muy adentro, y a causa de que el ganado le cerraba el paso no pudo salir de la parte profunda. Así que fue arrastrado río abajo, pasado el precipicio. Yo me lancé a galope con todas mis fuerzas, gritándole que persistiera. Por entonces estaba en el cuello de su caballo. De no ser por la corriente, ese animalito se hubiera hundido. Apenas podía hacer un movimiento para nadar. Yo vi donde el agua se precipita pegada a la orilla, y partí en demanda de aquel lugar. Ben pasó bien cerca de aquel sitio, y salté de mi caballo con la cuerda. Del primer golpe, alcancé a Ben con el lazo, pero era demasiado pequeño. No agarró, y él no pudo cogerlo. Yo seguí corriendo y tirando el lazo, pero en vano. La orilla era terriblemente escarpada y llena de estorbos. Entonces me desprendí de una sección, y poco faltó para que cayera yo mismo en la cascada. Comprendiendo que aquello no conduciría a nada, corrí de frente durante un buen trecho, esperando a que Ben pasara por un lugar adecuado... Pero cuando estaban justamente a punto de ponerse al alcance de mi cuerda, se hundió el caballito. Ben hizo un débil esfuerzo por mantenerse a flote. Me vio. Abrió la boca para gritar... ¡Tan sólo era un gorgoteo! Su boca se llenó, y el agua pasó sobre su cara ensangrentada. ¡Oh Dios! Apareció de nuevo, primero una mano, luego su espalda, al fin, de nuevo su cabeza y... y nada más.

—Con Ross Hite o sin él... Ben ha pagado bien su desliz —murmuró para sí.

Reddie rompió a llorar y se alejó corriendo de la hoguera. Texas se arrodilló para echar leña sobre las brasas.

—Ackerman, eso ha sido algo terrible —declaró Brite, profundamente conmovido.

—Casi tan grave para mí como para Ben —dijo el vaquero sordamente—. Jamás olvidaré sus ojos. Al final quería salvarse. Lo he notado. Cuando me vio llegar, no le importaba un comino. Todo lo que deseaba era enderezar la punta del hato hacia la orilla. Y lo consiguió. Jamás he visto nada igual.

Texas se levantó, sombrío y ceñudo.

—Voy a buscar mi caballo, y bajaré a ver si localizo ese hato. ¿A qué distancia, Deuce, más o menos?

—No sé. Tal vez a cuatro millas.

Shipman partió a paso tardo, a pesar de la llamada de Brite diciéndole que descansara un poco más. Tal vez quisiese estar solo, disposición a que más de un conductor de manadas solía sentirse inclinado. Reddie se había ocultado sin duda en el verde arbolado. Como mujer, tomaría más a pecho esta tragedia, creyéndose en parte culpable.

—Entonces, a juzgar por lo que he oído en Dodge y Abilene, estamos pasando por una prueba de lo que es verdaderamente la conducción de manadas —dijo Pan

Handle—. Es un juego, y llevamos malas cartas.

—La culpa es mía —dijo Brite con sinceridad—. Fue mi avaricia. La mitad de esta manada hubiera sido bastante.

—Jamás sabe uno cómo vendrán las cosas —declaró Whittaker con su original modo de hablar despacio.

Moze les llamó a comer, a lo cual respondieron con avidez, si no con prisa. Reddie Bayne no acudió. Y Brite decidió dejarla algún tiempo más, hasta que se hubiesen marchado los conductores. Pero aun después de comer permanecieron en el campamento, todavía aplanados por la desgracia, aguardando sin duda a que regresara Texas con órdenes que darles.

—Debería estar de vuelta —dijo Deuce en son de queja—. ¿No será mejor que vaya yo a ver si le encuentro?

—Probablemente no le encontrarás, Deuce.

Expusieron sus conjeturas en cuanto a los probables movimientos de la separada mitad de la manada, convenciéndose gradualmente de que todo marchaba bien. El fuego secó las ropas de Brite y le dio modorra. Acostado en la arena, bajo un árbol, pasó del descanso a un sueño ligero. Al despertar, le entristeció ver que el sol se inclinaba hacia el Oeste. Pan Handle, Reddie Bayne, Roy Little y Texas estaban en el campamento, formando un cuarteto de rostros petrificados. Los otros habían partido.

—¡Oh Tex! ¿Has vuelto? —preguntó Brite incorporándose con los miembros entumecidos.

—Sí, jefe. He vuelto —repuso el vaquero con voz fatigada.

—¿A qué distancia está el hato seccionado?

—Bueno, contando la media hora que llevo aquí, calculo que a unas diez millas hacia el Norte.

—¿Qué...?

—Como lo oye, y a una marcha infernal.

Brite presintió alguna otra tragedia, y se esforzó por continuar fríamente.

—¿Cómo ha sido eso?

—Jefe, me hace daño tener que decírselo —continuó Texas, afligido—. Reddie, tápate las orejas con las manos. ¡Tengo que contarle...! La más... mala suerte que haya podido caerle a un equipo jamás será nada comparada con la que nos ha caído a nosotros. Lo veo todo rojo. Estoy más desesperado que un coyote cogido en una trampa. Tengo que beber hasta caer al suelo o matar...

—¡Pero, demonio, eso no es decir nada! —interrumpió Brite con impaciencia.

—Díselo tú, Pan.

—Míster Brite, es una cosa inaudita, pero yo no estoy de acuerdo con Texas en cuanto a que sea tan mala como él cree —obedeció Pan Handle—. Texas salió a buscar ese hato separado y no le vio por ninguna parte. Así, que subió a un cerro alto, y pronto percibió su ganado. Iba a buen paso, hacia el Norte, al frente de unos diez conductores.

—¡Ross Hite! —tronó Brite, con súbita cólera, poniéndose en pie.

—Eso mismo ha supuesto Tex. Y con esta convicción regresó a darnos la noticia. Aquí discutimos el asunto. Tex estaba furibundo. Quería tomar caballos frescos y partir a tirotear la banda de Hite. Y todos los demás, excepto yo, eran de su parecer. Yo me opuse, y cuanto más lo pienso, más me afirmo en esta actitud.

—De acuerdo contigo, Pan Handle —intervino Brite en seguida—. Nos han tomado ventaja. Si vamos a la caza de Hite, ganemos o perdamos, alguno tendrá que caer. Y sería dejar lo que queda de mi manada para que se mezclase con las que vienen atrás. ¡No! Más vale pájaro en mano...

—Efectivamente —convino Pan Handle con satisfacción—. Ahora, si queréis seguir mi razonamiento, veréis lo que yo veo. Ross Hite no puede ir tan de prisa que nos aventaje más de un día. Dejadle ir. Sigámosle de cerca, con un día aproximadamente de diferencia. Él conduce por nosotros nuestro ganado. Pero es el más imbécil de los imbéciles. No hay mercado para el ganado hasta Dodge. Él tomará aquel ramal del camino de Chisholm, porque es mucho más lejos, que va a Abilene. Y la noche, anterior al día en que calculemos que hará su entrada en la ciudad, yo cogeré un caballo veloz, me saldré del sendero y me plantaré allá para verme con él.

—Jefe, es una gran idea, salvo que Pan quiere ir solo a ese encuentro, y yo no lo consentiré —intervino Texas.

—¿A verte con Hite? —dijo Brite, como un eco.

—Eso es lo que digo —concluyó Pan Handle concisamente.

—Bueno, Pan, mirándolo bien, eso sería jugar un tanto con cartas desiguales —repuso Brite, pensativo. Comprendía perfectamente. Pan Handle Smith quería intentar este mano a mano. Es el modo que tiene el verdadero *gunman* de buscar lo dramático, aprovechar la ventaja de la sorpresa y no comprometer a ningún otro en el riesgo.

—Jefe, después de pensarlo, yo estoy de acuerdo con Pan —dijo Texas—. Pero ésa es la última oportunidad de recobrar nuestro ganado. Tan seguro como que existe el sol es que va a ocurrir algo más. Tenemos una docena más de ríos que cruzar, y pieles rojas a que hacer frente, y búfalos. ¡Búfalos a millones! Ese Hite no es conductor de manadas. Su equipo se compone de una banda de cuatreros, la mayoría con canas en la cabeza. No pueden conducir ganado. Hite está rematadamente loco. Supone que sacará en limpio unos treinta mil dólares. Y eso le hará mantenerse en el sendero con la manada. ¡No tiene más probabilidad de sacar ese dinero que una bola de nieve de no derretirse en el infierno!

## IX

La noche cayó, suave y cálida, con una insinuación de estío en su balsámica dulzura; las estrellas brillaban, blancas, a través del follaje de los árboles; el río murmuraba y gorgoteaba a lo largo de la orilla, sin la amenazadora apariencia que presentara durante el día; las ranas croaban su música solitaria. Y todo el vasto espacio llano estaba encerrado en silencio y en un sueño ligero y tranquilo. Pero aun entonces los ladrones y la muerte se hallaban en actividad.

Brite trataba de llamar al sueño. Pero el sueño no venía. Reddie había hecho su cama cerca de él, a la sombra del duro arbolado. De pronto, una forma alta y oscura pasó entre Brite y la pálida luz estelar. Texas Joe rondaba el campamento, como siempre, en plena noche, tal vez a punto de llamar el relevo de guardas. Pero esta vez pasó sigilosamente cerca de Brite y se detuvo junto a Reddie, donde se arrodilló a los pocos minutos.

Siguió un momento de silencio; luego murmuró Reddie soñolientamente:

—¿Eh?... ¿Quién es?

—¡Chist! No tan alto. Vas a despertar al jefe... Soy Tex.

—¡Otra vez tú! Santo Dios, ¿no podrás siquiera dejarme dormir? —repuso Reddie, disgustada, en un susurro.

—Te he sentido llorar, y quise venir entonces. Pero aguardé a que se durmieran los demás.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quisiera hablarte un instante. Nunca tengo ocasión de hacerlo durante el día. Y desde que encontré a Ben sentado junto a tu cama aquella noche, no tuve valor de dirigirme a ti.

—No me había dado cuenta de eso —murmuró Reddie con un débil sarcasmo—. Bueno, si tienes que hablarme, apártate un poco. Casi te has sentado sobre mí.

—Ben estaba también muy enamorado de ti, ¿no es cierto?

—Texas, yo no sé si él lo estaba también, como tú dices, pero me figuro que sí. Al menos me lo juró. Yo no confío en vaqueros.

—Eso he notado. Reddie, no todos son malos... ¿Le querías tú a él?

—No, desde luego que no.

—¡Pero dejaste que te besara!

—Yo no he hecho nada de eso. La noche que tú le sorprendiste, no fue culpa mía. Lo hizo por la fuerza. Pero no llegó a besarme en la boca.

—¡Oh! Yo creí otra cosa. Lo siento.

Siguió un largo silencio. Brite tenía deseos de toser, de volverse en el lecho o de hacer algo para advertir a la joven pareja que estaba despierto. Sin embargo, su deseo de no hacerlo era todavía más fuerte. El río pasaba murmurando, las ranas croaban, susurraban las hojas. Algo grande, vivo y maravilloso parecía cundir por la noche.

—¿Era eso cuanto tenías que decirme? —dijo Reddie, en resumen.

—No. Tengo siempre mucho que decirte. Y no puedo decírtelo —murmuró Texas tristemente—. Siento mucho lo que le ocurrió a Ben. No era buena persona, Reddie. Lo sabía desde hacía algún tiempo. Pero murió, ciertamente, como un hombre.

—No me hagas llorar otra vez.

—Dime, ¿te pidió Ben que te casaras con él?

—¡No, gracias al Cielo! —exclamó Reddie con una risita, un tanto confusa.

—La cosa no es para reír. ¿No lo ha hecho ninguno de este equipo?

—No, Texas, al menos que yo lo haya oído —repuso Reddie riendo entre dientes.

—¡Es raro!

—No tiene nada de raro. ¿Y si lo hubieran hecho?

—Algún día te lo volveré a preguntar.

—Texas, tú estás mal de la cabeza.

—Puedes asegurar que sí. Pero es la primera vez..., por culpa de una chica.

—¡Adulador! ¿Qué te has figurado de mí?

—Te digo la verdad, Reddie. Desde que tengo uso de razón, he estado demasiado ocupado recorriendo llanos y burlando matasietes para enamorarme de una chica.

—Ya. Me atrevería a apostar a que anduviste siempre mezclado con mujeres malas; Mr. Brite dice que Dodge está llena de ellas.

—Reddie, si alguna vez lo hice fue porque estaba demasiado borracho para darme cuenta. Pero no creo haberlo hecho nunca, porque alguien me lo hubiera dicho.

—Me gustaría creerte, Texas.

—Puedes creerme. No diría mentira a ninguna chica; mucho menos a ti.

—Pero tú me has mentido al jurar que sabías que yo era mujer. Lo has estado jurando todo el tiempo.

—Reddie, no te decía mentira.

—Sí la decías. Pero querías fingir que habías sido más listo que los demás. No me vengas con cuentos, Texas.

—Bueno, pues te lo diré, si juras perdonarme.

—¡Perdonarte! Oye, vaquero, estás hablando de un modo extraño.

—Me siento extraño yo mismo. Pero creo que debo confesar...

—Texas Jack, no confieses nada que me haga odiarte.

—A ver si te olvidas de ese mote. Te lo he advertido... Reddie, hace tiempo que sé que tú eres una chica. Lo sabía antes de matar a Wallen. ¿Crees tú que le hubiera matado tan pronto... si no lo hubiese sabido?

—¡El diablo te lleve! Me das miedo... ¿Cómo pudiste saberlo?

—Reddie, ¿recuerdas aquel valle dónde acampamos, junto al arroyo? El más bello lugar donde hemos acampado hasta ahora. Sauces, pacanas, zarzamoras y flores colgando sobre el agua clara del arroyo... Era cerca de la puesta del sol. Yo había estado abajo, y torné un atajo hacia el campamento. El bosque era terriblemente denso. Sentí un aleteo cerca del arroyo, y me asomé cautelosamente a mirar a través de la maleza.

—Tú... tú... ¡Tex Shipman! —exclamó ella en voz baja y ahogada.

—Sí. Te he visto bañándote... Vi solamente... el busto... No te avergüences de ese modo, Reddie... Sólo una mirada, y retrocedí en seguida, y me quedé allí como si me hubieran dado un tiro. Luego me retiré... Desde entonces, no he vuelto a ser el mismo hombre.

—No..., ya me lo figuro... ¿Pero por qué me lo has dicho? No eres un caballero. ¡Y ahora te detesto!

—¡Qué le voy a hacer! Pero no te creo, Reddie. No tiene sentido; no tienes razón para odiarme. Por el amor de Dios, ¿y por qué?

—¡Has sido tan malvado conmigo!

—¡Malvado! Oye, ¿no ves que tenía que engañar a los demás? Tenía que evitar que tú y todo nuestro equipo descubriera que yo me había vuelto rematadamente loco por ti. Por eso te molestaba.

—Tex Shipman, ¿cuando tú me zurraste, sabías ya que yo era una chica?

—¡Que si lo sabía! Claro...

—¡Ya está! Jamás te volveré a mirar a la cara.

—Pero, Reddie, ¿no tiene un hombre derecho a ser honrado?

—No... no cuando sabe demasiado.

—Tenía que decírtelo antes de pedirte que te casaras conmigo. Y lo estoy haciendo ahora.

—¿Haciendo qué? —preguntó ella, exaltada, con tembloroso susurro.

—Pidiéndote que te cases conmigo.

—¡Ah! Verdaderamente. Tú crees que yo soy un pobre animalito extraviado de la llanura. Sin hogar, sin parientes ni amigos. Una simple paria.

—Tú viniste a nosotros como un chicuelo abandonado, si mal no recuerdo. Me figuro que habrás tenido una vida muy dura. No me explico cómo has podido seguir siendo tan buena chica, a pesar de todo.

—Sí, es casi inexplicable, Texas. Pero lo he hecho, a Dios gracias. Y ahora soy el ser más feliz del mundo.

—¡Reddie! El que yo... te haya pedido que... fueses mi esposa... ¿tiene algo que ver con esa felicidad?

—Bueno, es una satisfacción, Tex —repuso ella modestamente—. Tú no sabes, vaquero, cuán altas son tus aspiraciones. Yo era una pilluela, pero ahora soy una heredera.

—¿Qué? Tú eres una chiquilla alocada.

—¡Texas, soy la hija adoptiva de Mr. Brite! —informó ella orgullosamente.

—¡Oh!... ¿De verdad, Reddie?

—Más verdad que el sol. No sé cómo ha venido a ocurrir esto. No me importa. Sólo sé que soy feliz..., ¡por la primera vez en mi vida!

—¡Me dejas pasmado! Pero me alegro en el alma. Es casi lo mejor que pudiera ocurrirte. El jefe es un excelente caballero del Sur. Un verdadero tejano. Tiene un

gran rancho cerca de Santone. Tendrás un hogar. Serás rica algún día. Tendrás cuantos caballos se le pudieran antojar a una mujer... ¡Y galanes también, Reddie!

—¿Galanes? ¡Oh! ¡Tiene gracia! ¡Yo, Reddie Bayne, enfundada en un «mono» y durmiendo aquí en descampado!

—Sí. Y eso querrá decir que Tex Shipman y toda su ralea de vaqueros se pueden ir al diablo. Pero ninguno de esos galanes te querrá jamás con tanta fuerza como Tex Shipman.

—Jamás corazón rendido conquistó bella dama, Texas Jack —dijo ella con tono maligno.

Siguió entonces una lucha sorda y súbita, con convulsivo forcejeo, y el estallido de un beso.

—¡Oh!... No... tú... tú...

—Te lo he dicho —susurró él apasionadamente—. Te lo advertí... Y ahora lo cumpliré. Te he jurado que si no dejabas de llamarme Texas Jack, te haría llamarme Jack querido. Y lo voy a conseguir, te lo aseguro.

—No lo conseguirás —relampagueó ella, acalorada. Pero estaba atemorizada.

—Sí lo conseguiré.

—Si tratas de hacer eso de nuevo... gritaré.

—¡Veremos si lo haces! De todos modos, voy a exponerme.

—Texas, que me lastimas, bruto... No me aprietes de ese modo... Tus manos... ¡Ah!

—¡Ahí tienes! Ahora di Jack querido... o te besaré de nuevo.

—No... no... No lo haré... no...

Pasó un intervalo tirante, cortado por débiles sonidos agudos.

—Me has obligado a darte dos... ¡Santo Dios! Estoy perdido... Jamás había sabido lo que era un beso... Ahora puedes negarte a decir Jack querido cuanto tiempo quieras.

Evidentemente, a juzgar por la conmoción, ella se defendió fieramente durante un momento; luego respiró y se rindió.

—Por favor, Tex... Éste no es modo de tratar a una chica... ¡Oh, oh!

—Soy capaz de seguir haciéndolo durante toda la noche —dijo Texas en un intenso y punzante susurro—. ¿Vas a decir Jack querido?

—¡Pero, hombre, si eso no querría decir nada! —exclamó ella con fiereza.

—Muy bien y la besó repetidas veces. Brite sintió los ligeros, sibilantes y temblorosos contactos de labios, y vivía con ellos el amoroso romance.

—Bueno, sí, sí... lo diré —consintió ella con voz cortada—. ¡Déjame... respirar!

—¡No, hasta que lo digas! Pronto, si no...

—¡Diablo!... ¡Jack... que-ri-do!

—Gracias, Reddie. ¡Y toma, por haber cedido! La próxima vez me lo pedirás tú a mí.

Le soltó y se quedó sentado, respirando fuertemente.

—Siento haberte ofendido. Y sin embargo, también me alegro —dijo él, ya en voz alta—. Porque ahora, *miss* Reddie Bayne Brite, está usted fuera del alcance de un pobre conductor de manadas. Te he besado y me has llamado querido. Eso me durará toda la vida.

Se levantó. Su figura alta y oscura cruzó el pálido fulgor estelar bajo los árboles.

—¡Pero yo no hice eso por mi voluntad... Texas Jack! —concluyó ella en un susurro ininteligible para Brite. Evidentemente, lo fue también para Texas, al par que profundamente provocativo, pues él partió como una ráfaga, perdiéndose en la oscuridad.

Después que él se hubo marchado, Reddie quedó suspirando, dando vueltas en el lecho con desasosiego y murmurando para sí. Luego se sosegó. Brite advirtió cuando se quedó de nuevo dormida. El murmullo del río, el lamento de los coyotes y el canto de los insectos comenzaron de nuevo sin interrupción. Brite permaneció acostado, pensando, divertido y emocionado, en el eterno femenino que tan fácilmente había fructificado en Reddie Bayne. Podía ser una pilluela, acostumbrada al traje masculino, por varios años de uso, y a la tosca y dura vida de los llanos, pero tenía un corazón de mujer, una sutileza y una reserva femeninas. Brite no podía decir ahora si ella estaba o no enamorada de Shipman. De una cosa estaba seguro, sin embargo, y era de que Reddie haría de Texas el más desdichado de los vaqueros antes de capitular.

Al fin, Brite se quedó dormido. La llamada al desayuno le despertó. San Sabe, Whit y Less Holden estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas, comiendo. Reddie se había ido y su cama, que había sido recogida, estaba arrimada contra el cubo de la rueda delantera de la galera. La mañana era agradable, pero los vaqueros parecían ajenos a este hecho. Cuando Brite se hallaba comiendo, entró Reddie, montada a pelo, con caballos de relevo.

—¿A qué distancia está el sendero de este lugar? —inquirió Brite recordando que la manada había atravesado el río más arriba de la ciudad.

—Deuce dijo que a unas cuatro millas más abajo —repuso Less Holden—. El hecho es que cruza por donde Ben hizo salir el ganado. Y oiga usted, *míster* Brite, es interesante saber que Deuce se olvidó de contarnos lo del bote.

—¿El bote? —dijo Brite como un eco.

—Sí. Vio un bote que cruzaba el río junto a la ciudad. Él y Tex calculan que los que nos robaron el ganado pasaron en aquel bote, llevando a nado los caballos.

Brite sintió ansia de ponerse de nuevo en marcha. Se había resignado a perder la mitad de su manada; no obstante, el tema se iba enconando en él y sin duda iría en aumento, para terminar en una derrota más amarga. Una cosa era tomar una sabia y razonable decisión después de ser robado, y otra ponerla en práctica.

Los vaqueros obedecerían las órdenes, pero jamás aceptarían aquella pérdida. Texas Joe y Pan Handle eran hombres a los cuales no era prudente robar.

A la salida del sol los conductores estaban nuevamente en el sendero, con el

ganado a una marcha de dos millas por hora. Moze les había dado alcance, y se detuvo para dejar comer a sus caballos.

Pasó aquel día sin que ninguno de los conductores le viera el pelo a la mitad de la manada que había sido conducida delante.

—O yo no conozco los rastros del ganado, o ese equipo ha perdido tiempo, en vez de ganarlo, con respecto a nosotros, la noche pasada —dijo Texas—. No saben conducir una manada. Es curioso, muchachos. Ya sabéis que casi todos nuestros cerriles de cuernos-musgosos venían en esa mitad posterior. Y Ross Hite ha tenido la mala suerte de llevarlos en el hato robado. Pan ha visto claro el asunto. Ese maldito ladrón de ganado hará el trabajo por nosotros, y le pagaremos acribillándolo a balazos.

El campamento había perdido su jovialidad. Otro espíritu prevalecía ahora. Los conductores reaccionaban visiblemente a la traición cometida por dos de los suyos, a la muerte del traidor, a la ordalía de la riada y al destino de Chandler. La pérdida de la mitad de su manada los había hecho torvos y ceñudos. Con excepción de Texas Joe, que había cambiado completamente durante la noche, todos trataban de prestar ayuda a Reddie siempre que era posible, pero la broma, el preludio del cortejo se habían desvanecido. Texas apenas dirigía la palabra a Reddie ni a nadie. Instintivamente, todos empezaban a ahorrar energías, como si lo ocurrido fuera nada comparado con lo que ocurriría.

Pero la cima Redonda, el arroyo Boscoso, la colina del Grano, el arroyo Noland, el río Coon y el río Bosque fueron quedando atrás sin que hubiera sino algunos tropiezos de menor importancia. Un día, desde lo alto de una prominencia que les había llevado un día en subirla, San Sabe descubrió la robada mitad de la manada de Brite, no más que a un día de distancia. Ahora sabían de seguro que Ross Hite conducía aquel ganado. En Belton, una pequeña ranchería situada en el arroyo Noland, Hite había dejado bastantes huellas para que no lo identificaran.

Las lluvias habían sido escasas y espaciadas, pero suficientes para mantener frescos los arroyos y evitar que se secaran los charcos. Con gran ansiedad, se habían acercado al gran río Brazos. Aquí esperaba Brite otra riada, con las consiguientes dificultades de cruzarla; pero quedó, felizmente, decepcionado. El Brazos había estado crecido recientemente, pero ahora no ofrecía obstáculos. Acamparon en la orilla norte, donde entraba un delgado afluente, y por primera vez después de varios días encontraron caza en abundancia. Los patos y los venados eran tan mansos que apenas se apartaban del camino de los caballos y de los hombres. Los patos jóvenes eran ahora como pollos, y hacían un plato de lo más delicioso.

Brite calculó que al paso que iban cubrirían la distancia en noventa días. Más de la tercera parte de aquel tiempo iba ya pasado. Pero había perdido la noción de la fecha. Al cabo de cuatro días más se hallaban a medio camino entre Brazos y Fort Worth; y se hacía notar que los conductores comenzaban a responder a la ausencia del mal que se había interpuesto en su camino.

¡Al fin, Fort Worth! A juzgar por la importancia que tenía para los conductores de manadas, bien pudiera ser una metrópoli. Pero tenía sólo unos pocos edificios, una tienda, una taberna y no muchos habitantes.

Texas Joe acomodó la manada en las afueras del pueblo, totalmente ajeno al hecho de que la otra mitad de la manada de Brite no se hallaba muy lejos esta noche. Esta noticia la trajo San Sabe al campamento; San Sabe, que era el único de los cuatro vaqueros suficientemente sobrio para decir algo con claridad. Era algo antes de medianoche. Por la mañana, Texas Joe despertó a estos recalitrantes para lo que Brite vaticinó sería un duro castigo.

—Compañeros, anoche me habéis jugado una mala pasada —dijo Texas sobriamente, sin muestras de rencor. —Os habéis emborrachado. Si no lo hubieseis hecho, y hubierais vuelto pronto aquí con esa noticia acerca de nuestro ganado... ¿Cómo? Hubiéramos partido sigilosamente hacia allí mientras el equipo de Hite estaba en la ciudad, y regresaríamos con el hato robado. Esta mañana he descubierto que Hite partió a primera hora de la noche con el ganado. Había oído nuestra llegada.

Todos los vaqueros, uno de los cuales era Less Holden, se mostraron avergonzados y consternados por su falta.

—Bueno, es ya demasiado tarde para aprovechar esa oportunidad —continuó Texas—. Pero yo os pido que ésa sea la última vez, hasta que llegemos a Dodge. Allí podremos emborracharnos hasta reventar. También a mí me hubiera gustado beber. Quisiera olvidar lo mismo que vosotros. Cuando crucemos el río Colorado las vamos a pasar negras. Esas infernales tronadas enloquecen al ganado. Y luego, los búfalos. Seguramente nos encontraremos con ellos. Así que, aunque logremos escapar a los *comanches*, vamos a tener bastantes calamidades.

—Tex, no probaremos una gota más hasta terminar el viaje —anunció Ackerman—. Te lo prometo. Al primero que no cumpla con esto, le romperé la cabeza.

—Muy bien, Deuce. No podría pedir más —repuso Texas, satisfecho.

Antes de que los conductores levantaran el campamento aquella mañana, pasó una compañía de soldados, y un sargento hizo alto para cambiar unas palabras con Brite. Este soldado traía informes inquietantes. El destacamento iba al mando del teniente Coleman del Cuarto de Caballería, e iba de paso para Fort Richardson, donde los *comanches* habían hecho poco antes una matanza de colonos. Los *comanches* y los *kiowas* se hallaban de nuevo en plan de guerra, asolando el vasto territorio comprendido entre los ríos Brazos y Colorado. Al sur de este último se hallarían frecuentes manadas de búfalos, y al norte del mismo, según Coleman, cubrían la tierra hasta el río Canadiense. Cazadores de pieles y de carne, cuatreros y ladrones de ganado seguían también a los búfalos.

—El teniente Coleman le aconseja que se quede en el fuerte algún tiempo —concluyó el sargento—. Sólo va una manada delante de la suya, y ese equipo no quiere escuchar la razón.

—¿El equipo de Ross Hite?

—No me enteré del nombre. Es un tejano alto, de color arenoso, con el rostro lleno de profundos costurones, y ojos pequeños.

—Ése es Hite —confirmó Pan Handle.

—Pues ése va de cabeza al peligro. Haría usted bien en detenerse algún tiempo.

—Imposible, sargento —repuso Brite—. Vienen dos grandes manadas a poca distancia detrás de nosotros. A uno y dos días. Y luego, de seis días para arriba, una cadena interminable. Doscientas mil cabezas de ganado pasarán por aquí este verano.

—¡Qué barbaridad! ¿Es posible? Bueno, muchas de ellas no llegarán jamás a Kansas... Adiós, y buena suerte.

—Lo mismo le digo —gritó Texas, y luego se volvió hacia su equipo con los ojos llenos de fiera—. Todos habéis oído; así, que no hay nada que decir. Vamos a pasar por una granizada de balas. Jefe, será mejor cargar con cuantos víveres y municiones sea posible. No hay más almacenes hasta llegar al de Doan, y ése no tiene nunca nada.

El equipo de Brite siguió su marcha, preparado para lo peor. Y de nuevo tuvieron días en que no ocurrió nada notable. En Bolívar, un campamento de búfalos, el sendero de Chisholm se bifurcaba; la rama derecha seguía recta hacia el norte hasta Abilene, y la izquierda doblaba radicalmente hacia el noroeste. La rama de Abilene era la más larga y la menos peligrosa; la de Dodge, la más corta, escabrosa y sembrada de peligros, pero terminaba en el más provechoso mercado de caballos y ganado.

—Brite, ¿cree usted que será capaz de descubrir por cuál de las dos ramas ha tirado Hite? Un par de tragos lo harán. Este equipo pudiera resultar tan malo como el de Hite. Todos los cuatreros y ladrones de reses se llaman a sí mismos cazadores de pieles.

—Ve, Tex. Yo te prestaré mi frasco —repuso el jefe.

—Está bien. Ven conmigo, Pan Handle —dijo Texas.

—Déjame ir a mí también —intervino Reddie.

—¡Vamos! ¿Por qué quieres venir tú?

—Quisiera ver a alguien. Estoy cansada de todas estas caras de mal humor.

—¡Ajá! ¿Quieres ver otros hombres? No está mal. Pero el equipo de Brite no quiere dejar de verte a ti, ya que te ha venido mirando hasta ahora.

La tarde no estaba aún por el final cuando seleccionaron el campamento al borde de un riachuelo que entraba en Bolívar, a poca distancia hacia el Este. Había un hermoso y vasto campo de terreno bajo y húmedo donde podía pacer el ganado sin necesidad de una guardia rigurosa. Era uno de los dos sitios mejores que habían hallado hasta entonces. El arroyo estaba bordeado de árboles que ocultaban el campamento a la ranchería. Brite le propuso a Reddie que fueran juntos a pescar. Con

lo cual, Brite sacó cordeles y anzuelos de su saco, y cortando ramas se puso a formar los aparejos mientras Moze recibía instrucciones de procurar los cebos, buscando gusanos o saltamontes.

Siguió entonces una hora feliz y provechosa para Brite. Reddie era novata en el arte de pescar, pero llena de un loco entusiasmo y extremadamente graciosa. El momento culminante de esta pequeña aventura vino cuando Reddie enganchó un pescado siluro que no sólo no podía levantar, sino que la iba llevando río abajo agarrada a la resistente pértiga que le servía de caña. Reddie era suficientemente aguerrida para no soltar, pero gritaba con todas sus fuerzas pidiendo auxilio. Brite tenía por principio no ayudar jamás a un pescador; en este caso, sin embargo, quebrantó la regla y ayudó a la chica a sostener el enorme pez hasta que éste se hubo agotado. Sacáronle del agua, y añadiéndolo a su ya respetable ristra tornaron triunfantes al campamento. Moze se mostró encantado.

—Da gusto verlos. Ni el negro les ganaría pescando. Puede que haga bien el cambio de comida.

Antes de que la cena estuviera lista, Texas Joe y Pan Handle regresaron al campamento, lo que a Brite causó gran alivio.

—Jefe, Hite tiró por el sendero de Dodge ayer hacia mediodía —dijo Texas alegremente—. Nos lleva una bonita ventaja, pero según los cazadores de búfalos, pronto se verá atascado.

—Vaya, la noticia no parece mala —repuso Brite con duda—. ¿Qué quieres decir por atascado?

—Quiero decir que si otra cosa no le detiene, los búfalos lo harán con seguridad.

—Entonces, nos lo harán también a nosotros.

—Con tal de recobrar nuestro ganado, será lo de menos. Esa jugada de Hite me ha puesto los nervios de punta.

—Un poco de descanso no nos vendría mal —siguió diciendo Brite.

—Ésta será la última vez que descansemos tranquilamente en campamento, me figuro —opinó Texas. Luego vio a Moze limpiando el pescado—. ¡Córcholis! ¿De dónde los has sacado?

—Miss Reddie y el jefe los han sacado de ese riachuelo.

—¿Has pescado tú alguno? —preguntó Texas a Reddie.

—Desde luego. Cogí tres, y el grande.

—¡No! Tú no has sacado ése del río.

—Tuve que pedir ayuda. Lo sacamos entre los dos. ¡Ja! Tuvo gracia. Ese diablo de siluro por poco me lleva consigo. Yo me puse a dar gritos por míster Brite, pero él no hacía más que reír, y no acudió hasta que me vio patinando hacia el río.

—¡Vaya! ¿Te gusta pescar?

—¿Que si me gusta? Me encanta. Nadie me había llevado nunca a pescar. ¡Y lo que he perdido! Pero aprenderé, si no me muero.

Texas Joe movió tristemente la cabeza pensando en lo que parecía un hecho fatal,

inevitable.

—¿Quién ha oído nunca que a una chica le guste pescar? ¡Vaya ocurrencia! Reddie Bayne, tú eres justamente la anulación natural de Tex Shipman. Una de las cosas que yo amo en este terrible Texas es sentarme a la sombra, a la orilla de un arroyo y pescar, escuchando el canto de los pájaros y contemplando los pececillos y... y...

—¡Santo Dios! Mr. Brite, nuestro Texas Jack es un poeta —prorrumpió Reddie, en tono jubiloso.

Por un momento cesaron las hostilidades entre Reddie y Texas. Se miraron mutuamente con expresión absorta.

—Tex, yo creí que tú la habías obligado a que cesara de llamarte Texas Jack —dijo Brite arrastrando las palabras y echando a Reddie una mirada picaresca. Ella se sonrojó por primera vez desde hacía muchos días.

—También yo lo creía. Bueno, ya veré de conseguirlo —repuso Texas dejando bien plantado en el ánimo de Reddie el sentido de sus palabras. Con lo cual cesó la tregua.

Hacia el final de la cena, dos forasteros se acercaron en la sombra. Texas se adelantó a saludarlos, librando así a Brite de su inquietud. Los visitantes resultaron ser cazadores de pieles estacionados en Bolívar.

—Hemos estado observando su ganado —anunció el más alto, sin duda un tejano—. Y queremos informarles de que el ganado de Hite lleva dos de las marcas del de ustedes.

—Eso no es nuevo para nosotros. Pero el que usted nos lo diga es otra cosa. Muy agradecidos. El hecho ocurrió de este modo —intervino Texas; y relató a los cazadores los pormenores del cruce del Colorado y la pérdida de la mitad de la manada.

—Entonces, ¿no necesita que le diga nada más acerca de Ross Hite? —preguntó el cazador de cueros en tono seco.

—No. Nada más.

—Está bien. Ahora escuche lo que Pete y yo hemos venido a proponerle. Nosotros queremos trasladar nuestro equipo más al Norte, a cierto lugar entre el Pequeño Wichita y el Rojo, donde tenemos entendido que hay un millón de búfalos. Y nos gustaría ir con ustedes hasta allá.

Texas se volvió para interrogar a su jefe con una mirada penetrante.

—Señores, eso depende de Shipman —dijo Brite—. Desde luego que podríamos dar empleo a más gente, si es que nos encontramos en alguna dificultad.

—Bueno, en principio, yo tendría mucho gusto en admitirlos —dijo Texas con franqueza —, pero nosotros no les conocemos. ¿Quién nos asegura que no están ustedes de acuerdo con Hite o que no traen algún propósito particular?

—Nadie, desde luego. Ustedes no pueden tener esa seguridad. Pero ustedes tienen armas —dijo riendo el cazador.

—En efecto. Y ustedes pudieran encontrarse con ellas... Señores, yo les diré lo que voy a hacer.

Texas se puso a echar leña al fuego, con soltura y tranquilidad, a fin de que la llama abriera un claro en las sombras que se iban acumulando. De pie a su resplandor, los dos visitantes aparecían ahora con mayor relieve.

—Reddie, ven acá —llamó Texas.

La joven no tardó en obedecer. Se había retirado a la oscuridad.

—¿Qué quieres? —repuso ella adelantándose.

—Reddie, estos dos hombres quieren ir en nuestra compañía hasta el Pequeño Wichita. Si tú fueras conductor jefe de esta manada, ¿qué dirías?

—¡No! No me pongas problemas difíciles —replicó ella, pero se aproximó más, con solicitud, presintiendo la importancia del acontecimiento. Y ciertamente, jamás dos forasteros fueron estudiados con más aguda y sagaz atención que la que Reddie prestó a éstos.

—Buenas noches, damita; ¿conoce usted bien a los tejanos para leer en su interior cuando los tiene delante? —preguntó uno con zumba.

El más pequeño de los dos se quitó el sombrero para inclinarse con una cortesía muy del sur, dejando al descubierto un rostro rojizo y afable.

—Buenas noches, señorita. Si de usted depende, estoy seguro de que entraremos —dijo él con franqueza.

—Texas, yo he visto a hombres buenos y malos, pero jamás a uno al que pudiera apreciar tan pronto. Si yo fuera mayoral, me alegraría de llevar a estos hombres conmigo.

—Lo mismo pensaba yo —dijo Texas, despacio—. Sólo quería conocer tu opinión.

—¿Qué tienen en su equipo? —preguntó Brite.

—Dos carros y ocho caballos, algunas pieles y provisiones de boca. Y una caja de municiones de fusil de aguja.

—Lo último no vendrá mal... Pero creo haber oído decir a mi mayoral que son seis hombres en el equipo.

—Exacto. Pero Pete y yo queremos separarnos de los otros, y partir sin más explicaciones.

—Está bien. Quedan admitidos. Estén aquí al romper el día... Y diga —concluyó Brite —, ¿cuáles son sus gracias?

—Mi compañero responde por Smiling Pete, y yo por Hash Williams. Muy agradecidos por admitirnos en su compañía. Buenas noches y hasta mañana.

Cuando hubieron partido, empezaron los comentarios y las hipótesis entre los vaqueros. Pan Handle puso fin a la discusión diciendo que no tendría miedo a dormir aquella noche sin sus revólveres. La guardia cambió temprano, dejando a Reddie, Brite y Texas en el campamento, la primera vez que se daba esta combinación.

Por una vez, Texas permaneció en el campamento junto al fuego y parecía más

que tratable. Él y Brite consultaron la proximidad del equipo de Hite, y la seguridad de que tendría que ocurrir un choque antes de llegar al Canadiense. Sin embargo, cuando la conversación derivó hacia las últimas depredaciones de los indios, Reddie se rebeló con energía.

—¿No pueden hablar de otra cosa? —preguntó—. Siempre me ha horrorizado la suposición de que un día pudieran quitarme el pericráneo, como hacen los indios.

—Chiquilla, tus rizos dorados seguramente atraerían la mirada de un mozo comanche —dijo Texas lentamente—. Pero a ti no te quitarían el pericráneo con la cabellera. A ti te harían prisionera para convertirte en señora de la tribu.

—Entonces, tendrían una señora muerta —dijo Reddie estremeciéndose.

—Y cambiando de conversación, cuando lleguemos a Dodge, tenemos que celebrar una fiesta. ¿No le parece, Brite?

—Lo apruebo desde ahora. ¿Qué clase de fiesta, Tex?

—Muera yo si lo sé. Pero tendrá que efectuarse pronto, antes de que usted nos pague nuestro salario.

Porque después no tardaremos en ponernos borrachos como cubas.

—¿Por qué tienes que beber? —preguntó Reddie.

—¡Qué sé yo! A menudo me pregunto eso a mí mismo. No es que me atraiga mucho el licor. Pero después de una larga temporada en la llanura, y especialmente uno de estos terribles viajes con las manadas, supongo que es un alivio beber hasta reventar.

—Si tuvieras una mujer, ¿te pondrías a emborracharte tan indecentemente? —preguntó Reddie.

—¡U... una mujer! —profirió Texas, desconcertado—. Reddie Bayne, ya te he dicho que jamás me he mezclado con esa clase de mujeres, ni sobrio ni borracho.

—No he querido decir esas mujeres pintadas de los *dancings* de que me ha hablado Mr. Brite... Quiero decir una... una buena mujer.

—Ah, ya. ¿Por ejemplo? —continuó Texas, interesado, al tiempo que escarbaba el fuego con un trozo de rama.

—Por ejemplo, una... como yo.

—¡Santo Dios!... Realmente, no había podido imaginarme que una chica tan maravillosa como tú me hiciera caso a mí.

—¿No puedes responder a una pregunta, aunque sólo sea por bien del argumento?

—Bueno, sí. Si yo tuviera una buena esposa, puedes apostar la vida a que no le amargaría la suya emborrachándome.

Siguió un silencio. Brite fumaba lleno de contento. Tenía la sensación de que los dos apenas se daban cuenta de su presencia. Cierta fermento natural operaba en el interior de los dos. Tarde o temprano se echarían en brazos uno de otro, probabilidad que contaba con la sincera aprobación de Brite. Y con todo, le embargaba la idea de que, puesto que Reddie había rechazado a Texas una vez, si algún día llegaba a quererle tendría que rebelarse contra sí misma.

—Gracias, Tex —repuso Reddie finalmente—. Ya me suponía que tú no eras de esa clase.

Texas se dio cuenta —y se notó en su semblante— de que esta huerfanita de los llanos le había pagado un alto tributo. Pero lo único que dijo fue:

—¡Vaya! ¿Es que Reddie Bayne ha dicho algo favorable acerca de mí?

—Tex, sólo faltan tres horas para nuestra guardia —dijo Brite.

—Tiene razón. Yo voy a echarme aquí mismo —con lo cual Texas desenrolló su cama cerca del fuego, se echó encima las mantas dejando al descubierto las botas con sus espuelas, y se quedó dormido casi instantáneamente.

Reddie le contempló largo rato; luego sacudió su rizada cabeza y dijo:

—No hay nada que hacerle... Papá, puede usted hacer mi cama, y enrollarme en ella si quiere.

—Haré lo primero, por descontado —repuso Brite con presteza, y procedió a tender sus lechos al pie de unos árboles junto al campamento.

—Tan lejos no, papá —objetó Reddie—. Yo puedo llevar pantalones y un revólver a la cintura; pero por dentro me voy sintiendo floja y extraña. Empiezo a tener miedo.

—También yo, querida —confesó Brite—. Yo mismo experimento ciertos sentimientos peregrinos.

—La gran suerte es que tenemos a Texas y Pan Handle con nosotros —repuso Reddie, y acercando tanto su lecho al de Brite que casi podía tocarle con la mano, le dio las buenas noches.

La mañana siguiente, dos horas antes de la partida, una terrible tolvanera azotó la manada sembrando el espanto entre las reses. Por fortuna, soplabla hacia el Norte. Los conductores no tuvieron más que galopar a lo largo de cada flanco y mantenerlas agrupadas. Corrieron unas diez millas, o más, en una aplanadora nube de polvo y truenos antes de volver al paso normal. Era la primera estampida que sufría Brite en este viaje, y resultó desfavorable, ya que despertó en la manada una predisposición a espantarse de nuevo.

Texas Joe continuó a caballo hasta que la galera y los dos cazadores de cueros les dieron alcance, que fue ya bien entrada la tarde.

Aquella noche, junto al fuego del campamento, los conductores cambiaron impresiones. San Sabe había visto columnas de humo surgiendo de las colinas del Oeste; Ackerman y Little dieron cuenta de haber visto búfalos a distancia; Brite creyó haber advertido cierta inquietud por parte de los animales de caza hallados al paso; Reddie había percibido un puñado de caballos bravos; Pan Handle aseguró haber descubierto un campamento en el fondo de un valle frondoso.

Texas no tenía aparentemente nada que comunicar, hasta que dijo Reddie con acritud:

—Y vamos a ver, ojos de halcón, ¿para qué vas tú al frente de este equipo si no te enteras de nada?

—No iba a decirlo. Me duele hacerlo... Hoy he visto dos grupos de pieles rojas.

—¡No! —dijeron todos a coro, levantándose de golpe.

—Como os lo digo. Las dos veces cuando me adelanté al frente, para dar vista a las cimas de las colinas. El país se va haciendo más áspero hacia el Oeste. Estamos llegando a las montañas de Wichita. Tuve que aguzar la vista, pero he visto dos bandas de indios, a dos millas de distancia una de otra. Aparecieron en las cumbres de las colinas. Pudieran pertenecer al mismo grupo. Nos estaban mirando a nosotros, y se ocultaron en seguida.

—¡*Comanches*! —exclamó Reddie, aterrorizada.

—No lo sé, muchacha. Pero ¿qué más da? *Comanches, kiowas, apaches, cheyennes, arapahoes*: todos son lo mismo.

—No, Tex. Prefiero encontrarme con todos los demás y escapar de los *comanches*.

—Eso no es nada, compañeros —dijo Pan Handle fríamente—. De aquí en adelante probablemente veremos pieles rojas todos los días. Nos harán visitas y, queramos o no, tendremos una refriega con algún grupo antes de terminar el viaje.

Smiling Pete y Hash Williams habían escuchado en silencio, como correspondía a personas agregadas tarde al equipo. Cualesquiera que fuesen los recelos que Brite hubiese tenido acerca de ellos, desaparecían rápidamente. Sin embargo, cuando se les preguntaba, respondían prontamente añadiendo su parecer a la discusión. Ambos habían visto jinetes indios tan de cerca, que llegaron a reconocerlos como *comanches*.

—Supongo que vosotros habréis visto alguna batalla de indios —inquirió Brite.

—En efecto, alguna hemos visto. Pero no tantas esta primavera como la pasada. Nuestro campamento sólo ha sido atacado una vez durante esta expedición.

Un consejo posterior reveló el hecho de que estos cazadores eran una estimable contribución al equipo de Brite. Aconsejaron que la remuda fuese mantenida cerca del campamento y fuertemente vigilada. Los *comanches* tenían inclinación a asaltar los caballos de los conductores de manadas. Rara vez se ocupaban del ganado, salvo para matar un novillo cuando necesitaban carne.

Aquella noche, cada jinete durmió solamente un par de horas. La manada fue aguzada al amanecer. Este día, el terreno se fue haciendo más áspero y agreste, y la marcha, consiguientemente, más lenta. Dieron en aparecer búfalos en cada valle y hondura; los lobos y los coyotes trotaban sobre los cerros en rebaños enormes. Su presencia en número considerable daba muestra de la manada de búfalos. Aquella noche, estas bestias de los llanos atronaron el espacio con sus aullidos y lamentos. Los coyotes se aventuraban audazmente hasta el campamento, y a veces se sentaban sobre sus ancas, cercando la hoguera, y aullaban hasta que se les ahuyentaba. Pero la noche

transcurrió sin otra novedad desagradable.

## X

Cada día de viaje se iba cargando de una creciente ansiedad. Rastros de caballos indios, vestigios de campamentos en las cuencas de los arroyos, señales de humo en las crestas de las colinas, y flacos mesteños montaraces montados por jinetes medio desnudos que se desvanecían como espectros a lo lejos; esto mantuvo vigilante y preocupado al contingente de Brite durante todo el camino hasta llegar al Pequeño Wichita.

Ordinariamente era un río pequeño, fácil de vadear para el ganado. Pero ahora era un violento torrente, imposible de pasar hasta que terminara la crecida. Esto podía tardar un día o más. Una breve consulta determinó la decisión de buscar un terreno bajo y protegido donde hubiese pasto para el ganado y árboles que defendieran a los conductores en caso de ataque.

Los conductores de la manada que les precedía —probablemente la que había sido robada por Ross Hite —no podían haber cruzado y sin duda habían ido río arriba con el mismo propósito. Texas Joe había tomado su decisión. Los búfalos, aunque en grupos dispersos, aparecían por todas partes en la cuenca del río y a lo largo de los recuestos herbosos. Arriba, en la llanura, probablemente cubrirían la tierra.

Texas envió a San Sabe río abajo a hacer un reconocimiento, y él procedió en sentido opuesto con el mismo propósito, dejando a los demás el encargo de atender al ganado.

Era hacia mediodía y en el valle reinaba una temperatura húmeda y calurosa. El ganado descansó, después de varios días de penosa marcha. Los jinetes no tenían más que permanecer en sus caballos vigilando agudamente. Casi toda la atención era dirigida a los bordes cubiertos de matojos de las pendientes. Texas se había apartado cosa de media milla del sendero cuando hizo alto en un lugar de lo más placentero, bueno para el ganado, aunque no tanto para sus conductores, ya que estarían al alcance de las balas de rifle disparadas desde las colinas. Los tres vehículos fueron arrastrados al interior del más apretado grupo de árboles. Parecía un punto de refugio, hasta que pasara la riada. Smiling Pete y Hash Williams, los cazadores de cueros, treparon, al abrigo del arbolado, a la cima de las colinas para desde allí explorar el terreno a la redonda. Los conductores de manadas permanecieron con sus rifles atravesados en las sillas. Brite tenía dos, el más ligero de los cuales prestó a Reddie. Armados hasta los dientes, decididos y vigilantes, los jinetes aguardaban los acontecimientos.

Reddie comunicó a Brite que había sentido el galope de un caballo. Brite hizo señal al jinete más próximo, y escuchó con atención. En efecto, el joven oído de Reddie estaba en lo cierto. A poco, Brite oyó el rítmico golpeteo de cascos sobre un camino endurecido. Procedía de río abajo, y por tanto debía de ser San Sabe. Brite oyó también gritos procedentes de la cuesta. Éstos resultaron ser de los cazadores de cueros. Evidentemente, Pan Handle y Ackerman habían oído, pues se pusieron en

movimiento para acercarse a otros jinetes. Luego galoparon en grupo hacia un punto fuera del arbolado, donde estaban estacionados Brite y Reddie.

—Es San Sabe —gritó Reddie señalando con la mano—. ¡Ved cómo corre!

—Apuesto a que los indios vienen detrás de él añadió Brite—. Tenemos que ponernos a cubierto.

Pronto les rodearon Pan Handle y los otros. San Sabe llegó un momento después.

—¡Indios! —gritó, con voz ronca, frenando su caballo. —Pero no vienen detrás de mí. No me han visto. ¿No habéis oído los tiros?

Ninguno de los que estaban con Brite los había oído.

—Es allá abajo, cerca del recodo del río, más lejos de lo que yo calculaba... Yo iba río abajo cuando sentí gritos y luego disparos. Así, que escondí mi caballo en el bosque y me adelanté sigilosamente a pie. Llegué a un lugar por donde acababan de pasar caballos, orilla arriba, procedentes del río. La arena, mojada. Eran las huellas de potros indios. Seguí las huellas hasta que les vi en un espacio abierto. Oí más tiros y voces salvajes. El arbolado se hacía bastante espeso. Doblando hacia la ladera del monte, seguí a cubierto hasta que descubrí de qué se trataba. Unos colonos habían acampado en un lugar umbroso, esperando sin duda para cruzar el río. Lo menos he visto tres vehículos, y algunos hombres detrás de ellos, disparando desde abajo. Y he visto flechas de indios, que volaban como golondrinas y se clavaban en las galeras. Entonces volví en busca de mi caballo y torné a galope.

—Brite, tendremos que ir a prestarles ayuda —intervino Pan Handle en tono sombrío.

—Seguramente. Aquí vienen los cazadores. Veamos su opinión acerca de lo que más conviene hacer, mientras esperamos a Tex.

Los cazadores llegaron corriendo bajo los árboles, y al llegar junto a los conductores confirmaron la historia de San Sabe con unas cuantas palabras bruscas. Después de lo cual Brite repitió brevemente lo que había dicho San Sabe.

—¿Cuántos caballos de pieles rojas? —preguntó Hash Williams, en un tono de hombre práctico.

—No más de veinte. Acaso menos.

—¿Muy lejos?

—A una media milla por debajo del recodo.

—Apéate, vaquero, y trázanos un mapa aquí, en la arena.

San Sabe comprendió con presteza, y arrodillándose cogió una astilla y comenzó a trazar líneas. En un instante todos los jinetes se habían bajado y se inclinaban a mirar con un intenso interés. Brite sintió venir un caballo sendero abajo.

—Debe de ser Tex, que regresa.

—Aquí está el recodo del río —dijo San Sabe—. Las huellas de los caballos indios están por aquí, a media milla, aproximadamente, más abajo. De todos modos, para asegurarnos, hay un gran árbol seco y blanqueado. Podemos arriesgarnos hasta allí a caballo... Aquí está el punto raso donde los pieles rojas se internaron en el

bosque. Está casi a nivel de un gran risco semejante a una cabeza de águila en el borde. Las galeras no están a más de un cuarto de milla más abajo. Es un espacio llano, rodeado de un precioso arbolado, con recuestos densamente poblados por tres lados. Los indios están a cubierto, más abajo.

—Muchachos, dadnos un par de caballos a Pete y a mí. No os ocupéis de poner monturas.

—¿Sobre qué es esta confabulación? —preguntó una voz fría.

Texas Joe acababa de desmontar detrás de ellos, con la brida en una mano y el rifle en la otra. San Sabe le expuso los hechos en pocas palabras. Luego habló Hash Williams:

—Shipman, supongo que pensarás ir pronto en su ayuda.

—¡Claro...! ¿Tenéis algún plan? Vosotros estáis habituados a los pieles rojas.

—Nos dividiremos tan pronto como dejemos los caballos. Vamos. Pudiéramos llegar demasiado tarde.

San Sabe marchó a la cabeza, a medio galope, río abajo, seguido de todos los conductores, excepto Texas, que esperó un momento a que los cazadores montaran a pelo. Uno de los mesteños tendía a tirar el jinete por sobre la cabeza, pero un rápido latigazo que le dio Texas corrigió su actitud. El trío alcanzó pronto a los otros, y entonces San Sabe espoleó su caballo lanzándolo a galope. Brite no olvidó a Reddie en medio de tal agitación. Ella estaba pálida, pero era presa de la emoción de la aventura más bien que del peligro. Brite no hubiera pensado en dejarla con Moze en el campamento. La cabalgata dobló el recodo del río avanzando en forma de sarta, con Brite y Bender al final. Pronto se detuvo San Sabe, el cual, saltando de su caballo, se adentró en el arbolado de la derecha. Brite y Bender llegaron en el momento en que Reddie seguía a Texas, a pie, bosque adentro. Ataron sus caballos en la espesura, al pie del declive. Pronto oyeron cerca los resonantes disparos de los fusiles de aguja y los extraños y salvajes gritos de los indios.

—*Comanches* —dijo Williams ceñudamente.

A continuación, San Sabe abrió las ramas.

—He aquí sus caballos.

—Menos de veinte. Bueno, muchachos, éstos son nuestros —repuso Hash Williams mirando con sus ojos oscuros hacia los inquietos y trabajosos mesteños, la cuenca del río más allá, el declive densamente arbolado y finalmente el rugoso borde de la colina con su prominente risco que se erguía como un centinela. El lugar era restringido. A Brite le pareció que la pendiente se curvaba más abajo para formar un escarpado que descendía a plomo hasta el río.

—Shipman, quédate aquí con Pete, y elige cinco hombres para que me acompañen —dijo Williams rápidamente.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Texas volviendo sus ojos de halcón en derredor, y mirando de nuevo al cazador.

—Si puedo tomar posición por encima de esos diablos rojos, son nuestros

—repuso Williams—. La mayoría sólo tendrá arcos y flechas. Se arrastrarán bajo el arbolado, y a poca altura a lo largo del declive... Me sorprende que no haya más tirando. Ojalá no lleguemos demasiado tarde... Cuando nosotros los hayamos localizado y empecemos la descarga, seguramente correrán a buscar sus caballos. Vosotros estaréis aquí escondidos.

—Ah, ya. Me parece bien. Ya veo por donde podemos arrastrarnos, a cincuenta pies de los mesteños indios, y estar bien escondidos... Andando. Llévate a San Sabe, Ackerman, Whittaker y Little.

—Muchachos, arrojad las espuelas y las chaparreras y seguidme.

Al cabo de un momento los cinco hombres habían desaparecido, sin que se oyera ya más que las suaves pisadas y el rumor de la marcha. Texas volvió agudamente la vista en derredor, sobre el paso donde habían sido dejados los mesteños.

—Venid y no hagáis ruido —murmuró; y se deslizó bajo el matorral. Le siguió Holden, y luego Smiling Pete, Bender y Pan Handle; al fin, iba Brite, con Reddie sobre sus talones. Ocasionales gritos agudos y la respuesta de un fusil de aguja aumentaban la excitación. Texas guió a sus compañeros a un terreno algo más alto, al pie del declive y al borde del raso, donde los trozos de roca y la espesura ofrecían un refugio ideal.

—Henos aquí —susurró Texas a sus agitados compañeros—. No podríamos estar mejor. Vamos a darles una bonita batida. Desplegad a lo largo de este borde, y situaos de modo que lo veáis todo de frente. Cuando los veáis, aguardad la señal. Eso es todo. Cuidado con hacer el menor ruido.

En el crujiente silencio que siguió, Brite se ocupó de buscar un lugar donde apenas sería posible que los disparos alcanzaran a Reddie. La colocó entre Texas y él, detrás de una larga roca baja sobre la cual las ramas formaban una trinchera. Pan Handle se arrodilló más allá de Texas, con un revólver en cada mano. Era el único de la partida que no llevaba rifle. Smiling Pete hacía retroceder a Bender, el cual daba muestras de gran perturbación. Holden se arrastró hacia una posición todavía más ventajosa.

—Todos situados. Ahora dejadles que vengan —susurró Texas—. Dios quiera que los otros lleguen a tiempo. Se oyen muy pocos disparos.

—No ha empezado todavía, o está a punto de terminar —repuso Pan Handle—. Pero no hubiéramos podido hacer más. Tex, aquí está Reddie; hay que pensar en ella.

—El diablo me lleve si no me había olvidado de nuestra Reddie... Ea, chiquilla, ¿estás bien?

—¿Yo? Claro que sí.

—¿Miedo?

—Tal vez. Siento algo raro. Pero puedes tener la seguridad de que estaré aquí cuando concluya.

—¿Crees que podrás hacer lo que te manden, por una vez en la vida?

—Sí. Obedeceré.

—Bien... Ahora, todo el mundo agachado, y atención.

Brite había pasado por varias escaramuzas contra los indios, pero en ninguna de ellas había estado en juego la vida de una mujer. Tuvo que persuadirse de que Reddie Bayne corría escaso peligro. Acaso hubiese alguna mujer con aquellos colonos, y seguramente se hallaban en el riesgo más terrible.

Los mesteños indios triscaban los renuevos al borde del raso. ¡Qué zarrapastroso y salvaje este puñado de animales! No tenían sino cabestros, que estiraban, al espantarse, cada vez que sonaba un disparo. La mayoría de ellos estaban de frente a la espesura donde los conductores aguardaban emboscados. Habían olido la presencia de los blancos. Alargaban los hocicos, levantaban las orejas y se quedaban venteando.

—Compañeros, siento olor a humo, y no de pólvora, precisamente —dijo de pronto Texas en voz baja—. Pete, ¿qué supones tú de eso?

—Fuego de campamento, tal vez.

De súbito, varias descargas de fusil rompieron el silencio de mediodía. Los disparos se sucedieron rápidamente y en proporciones cada vez más nutridas; luego decayeron sonando inconstantemente. Brite vio que Texas sacudía la cabeza. A continuación vino una serie de gritos espeluznantes, el horrendo grito de guerra de los *comanches*. Brite había oído hablar de esto —uno de los hechos famosos de la frontera —, pero nunca oyó hasta ahora el grito de los *comanches*.

—¡Diablos! Han atacado a las galeras —prorrumpió Pete roncamente—. Williams no debe de haberlos localizado.

—Ahora puede hacerlo —repuso Texas.

Reddie seguía echada, con la cabeza y los hombros, levantados, descansando sobre los codos. Entre los codos descansaba la caja de su rifle. Estaba ahora blanca como el papel, y sus ojos abiertos, oscuros, acechaban con gran atención.

—Parece que va mal para ellos, Reddie —susurró Brite.

—¿Quiere decir nuestros hombres?

—No. Para los que han sido acorralados allí, quienesquiera que sean.

—¡Oh! ¡Qué gritos más horrendos!

—¡No suenan más tiros de fusil! —dijo Pete—. Supongo que hemos llegado sólo al final de la matanza. ¡Otro punto que se anotan los *comanches*! Pero ya llegará nuestra hora. Williams y su gente estarán pronto sobre ese grupo.

—¡Ja, ja! ¡Oíd eso!... ¡Dios! Ojalá que hayan llegado a tiempo... Ahora, compañeros, atención. No puede tardar mucho. Los *comanches* vendrán al instante, trayendo a rastras sus heridos. No se detendrán a recoger sus muertos, en vista de la ráfaga.

Los disparos cesaron tan súbitamente como habían comenzado. Roncas voces de hombres blancos ocuparon el lugar de los gritos de guerra de los *comanches*. Un débil crujir de ramas secas llegó a oídos de Brite.

—¡Oh... papá! Los siento correr —susurró Reddie.

—Ahí vienen, compañeros —dijo el cazador en voz baja y dura—. Esperad

ahora; cuidado, esperad a que aparezcan a descubierto.

Rápido resonar de pasos, rumor de hojas, estallidos de ramas: todo confirmaba la impresión de Reddie y del cazador. Brite amartilló su rifle y dijo por lo bajo a Reddie:

—Apunta bien, Reddie. Aquí nos hace falta tu ayuda.

—¡Voy a... matar uno! —dijo la joven con voz cortada, los ojos encendidos, amartillando el rifle, poniéndose rodilla en tierra, y empujando el cañón por sobre la roca.

—Reddie, después de disparar agáchate —advirtió Texas, que parecía ver con la nuca—. ¡Pan, mira! Ahí vienen como endemoniados.

—Ya veo. Allá en el arbolado. Traen heridos. No disparéis hasta que estén todos fuera.

Brite apretó el rifle en la mano y dirigió su atención hacia la distante ladera del raso y las formas oscuras bajo los árboles. Los delanteros saltaban de un árbol a otro, escondiéndose, mirando hacia atrás. Demonios entecos y bronceados: ¡qué aspecto más salvaje tenían! Cuatro o cinco salieron de golpe a campo raso; luego desaparecieron nuevamente. Muy cerca de los emboscados sonaron entonces pasos rápidos, suaves como los de las panteras. Brite percibió a un salvaje desnudo que se adelantaba volviendo la cabeza por encima del hombro, agitando su largo cabello negro al compás de sus rápidos movimientos. Reddie contuvo el aliento, prueba de que también lo había visto. Luego, más abajo del borde del arbolado, surgieron hacia los mesteños, volviendo la mirada hacia atrás. Se dirigieron al sol otros indios. Dos llevaban rifles; los más empuñaban arcos, pero Brite no vio ninguna flecha, haciendo señas a otros para que les siguieran, emitiendo sonidos bajos, guturales. Un momento después, cuando varios indios habían montado en sus caballos, cuatro o cinco parejas brotaron de la espesura arrastrando y sosteniendo a sus camaradas heridos.

Un guerrero dejó escapar un grito estridente. Sin duda había visto o sentido algo de los emboscados. Un segundo después, Reddie había hecho fuego contra el comanche más próximo que venía a medio camino a través del campo raso, volviendo el rostro hacia atrás. El indio dio un grito mortal de agonía y retrocedió vacilando, paso a paso, su oscuro rostro como una espantosa máscara de muerte, hasta desplomarse. Los emboscados comenzaron entonces a disparar simultáneamente, emitiendo gritos feroces. Los disparos se fundieron en un rugido. Brite abatió al comanche a que había apuntado; luego se apresuró buscando entre los indios que caían, se levantaban, saltaban y se zambullían, otro a quien disparar. Con el rabillo del ojo vio a Pan Handle levantar un revólver, disparar, repetir lo mismo con el otro y así alternativamente. Era rápido, pero certero. Cada una de sus balas daba, sin duda, en el blanco. Los heridos y aterrorizados mesteños rompieron los cabestros y se dispersaron en todas direcciones. El fuego se fue haciendo menos nutrido; luego cesó, siguiendo a continuación un temeroso silencio.

—Creo que todo se ha acabado —dijo Texas Joe con una risita fría—. Nos los hemos cargado pronto. Están todos en el suelo, y la mayoría muertos.

—El primer indio que gritó se nos escapó —repuso Pete—. Yo fallé el tiro, y no le he vuelto a ver. Verdaderamente, los hemos acabado en poco tiempo. Yo sé que sólo le di a uno. En este equipo debe de haber algunas punterías mortales.

—Yo conozco por lo menos una.

—Vamos allá, señores; hay que rematar a los heridos —dijo el cazador, y se levantó para salir de la emboscada. Texas y Pan Handle marcharon detrás, como sin duda habían hecho Holden y Bender. Brite contuvo con la mano a la chica, que parecía pronta a lanzarse detrás de los otros.

—Quédate aquí, muchacha —dijo él—. Para nosotros ha terminado. Habrá un revoltijo desagradable allá abajo.

—¡Oh! —exclamó Reddie respirando con dificultad. Echó el rifle hacia delante y se dejó caer de bruces sobre la roca, agitándose como una hoja al viento.

—Reddie, te has portado tan bien que me has hecho sentirme orgulloso de ti —dijo Brite dándole un golpecito en el hombro—. No desmayes ahora.

—¡Escuche!... ¡Oh, es terrible!

Los conductores machacaban los cráneos de los *comanches* heridos, acompañando cada golpe de culata con un grito infernal. Brite no miró en aquella dirección. Oyó voces de saludo, que partían de los alrededores de los vehículos, y eran contestados por los hombres que iban con Texas.

—Vamos, Reddie; salgamos al aire libre —sugirió Brite tirando de ella—. Pero no nos acerquemos a ese matadero.

Ella cogió su rifle y le siguió al campo raso. Una cortina de humo derivaba a lo lejos, descubriendo a la primera víctima de la emboscada, el romanche que había salido, hacia atrás, de la espesura, para ser derribado por el disparo de Reddie.

Texas Joe volvió a paso largo hacia ellos, destocado, el pelo desgredado, y se detuvo junto al postrado comanche.

—Jefe, usted no ha matado a este indio —aseguró.

—Te aseguro que sí.

—Miente. Usted tenía un fusil de aguja. Fue Reddie quien lo hizo... ¡Diablo! ¡Le atravesó por la mitad!—. Ascendió hasta donde estaban ellos, con dura y violenta expresión en el rostro y sus ambarinos ojos fijos en Reddie.

—Vaya, no te descuidaste en abrir fuego.

—Texas... No... no podía esperar más. Tenía que matar a aquel indio —dijo ella con voz cortada.

—Bien, *miss* Bayne; permítame felicitarla por haber demostrado ser digna de tener por padre un verdadero pionero de Texas.

—Me... me siento como asesina. Pero no me arrepiento. ¡Qué expresiones más crueles tenían! Como lobos famélicos.

—Jefe, si yo me meto a rancharo algún día, me gustaría tener una esposa de la raza de Reddie —concluyó Texas, con un tonillo satírico en la alabanza.

—Tex, ahí viene Williams con nuestros compañeros —gritó uno.

—Hash, sólo se nos ha escapado uno —voceó Smiling Pete—. Les abatimos pronto y de una vez.

—¡Muy bien! Pero nosotros llegamos demasiado tarde... ¡Qué horror! —exclamó el cazador con voz aguda—. Venid acá con nosotros.

Texas Joe y los otros marcharon en tropel detrás de Williams, que se había vuelto para seguir a los conductores que iban con él. Brite y Reddie se quedaron atrás. La franja de arbolado se fue rarificando hasta dejar pasar el sol al interior de un parquecillo donde se había establecido un campamento. Tres galeras habían sido alineadas para cerrar un espacio triangular. Las ruedas habían sido fortificadas, en forma de barricada, con fardos y lechos de campaña. De ellas asomaban, con una significación ominosa, flechas indias. En primer término yacía, de bruces, un hombre blanco. Una punta de flecha salía de su espalda. Su pericráneo había sido a medias arrancado.

—Pete, nosotros nos deslizamos hacia arriba tan rápidamente como nos fue posible —explicó Williams—. Pero era demasiado tarde. Creo que llegamos sólo en el último momento.

Brite ordenó a Reddie que se quedara atrás, mientras él seguía a los cazadores. Había visto escenas espeluznantes otras veces, pero no dejaba de producirle una sacudida el renovar aquellas experiencias. Williams sacó dos muertos de debajo de las galeras, y un tercero que todavía tenía vida. Evidentemente, había sido herido de bala, pues no se le veía ninguna flecha en el cuerpo. Abrieron su camisa y descubrieron una herida grave hacia el hombro, lo suficientemente alta como para no interesar el pulmón. La bala le había pasado de parte a parte.

—Me figuro que este hombre vivirá —dijo Williams prácticamente—. Que uno de vosotros ate un pañuelo sobre esta herida, dándole la vuelta por debajo del brazo... Buscad por todas partes, compañeros. Ésta ha sido una larga refriega. Ved como la sangre se ha secado ya en ese hombre.

—Yo he visto una mujer, justamente cuando nos soltamos contra ellos —dijo Ackerman, sudoroso y mugriento, moviendo los músculos de la cara—. Dos pieles rojas le estaban dando caza. Yo herí a uno de ellos. Le he visto caer y arrastrarse. El otro le llevó entonces a la espesura.

—Aquí hay una mujer muerta —gritó Texas detrás del tercer vagón. Sus compañeros corrieron a verificar el hecho. Brite se estremeció al ver una mujer con las ropas medio desgarradas, el pericráneo cortado, colgando, ensangrentada, con medio cuerpo fuera del vehículo.

—Ésa no es la que he visto yo —gritó Ackerman—. Os lo juro. Aquélla iba corriendo. Tenía el pelo claro. Llevaba una saya listada a cuadros.

—Desplegaos algunos por ahí y buscad —ordenó Texas Joe.

—Tres hombres y una mujer muertos; este otro que vive todavía —dijo Williams haciendo el recuento—. Hacen cinco. Con la mujer que vuestro vaquero dice que ha visto suman seis. Debe de haber más. Porque cuando nosotros nos lanzamos contra

los diablos rojos, era natural que si alguno de los blancos podía hacerlo echase a correr.

Deuce Ackerman comenzó a correr por el monte, en un estado frenético, gritando: «Salga usted, mujer, dondequiera que esté. Venimos a salvarla».

Pero ni en las galeras, ni en la maleza ni en el arbolado hallaron recompensa alguna de su búsqueda. Deuce partió hacia la orilla del río, que no estaba lejos, y la cubría un bosque de sauces. Allí llamó de nuevo. De repente, dio un grito salvaje y saltó a la orilla, perdiéndose de vista. Texas Joe y otros vaqueros corrieron en aquella dirección. Antes de que llegaran a la orilla apareció Deuce sosteniendo a medias a una chica de pelo claro. Todos volaron entonces al encuentro de Deuce, y Reddie detrás de ellos.

—Vaya, señorita, no tenga miedo —dijo Ackerman, al detenerse con la joven—. Somos amigos. Hemos matado a los indios. No le pasará nada.

La llevó hasta un tronco, donde la joven se dejó caer, reclinando la cabeza contra su hombro. Parecía tener unos dieciséis años. Sus grandes ojos azules sobrecogidos de horror miraban fijamente a los hombres. Algunas pecas brillaban en su rostro, que cubría una palidez mortal.

—¿Está usted herida, jovencita? —preguntó Williams con ansiedad.

—No... no sé... Creo... que no —contestó ella con voz desmayada.

—¿Cuántos había en su compañía?

—Seis —susurró ella.

—Hay un hombre vivo. Tiene una barba negra. Creo que vivirá.

—¡Mi padre! ¡Oh, gracias a Dios!

—¿Cómo se llama usted?

—Ann Hardy. Mi padre es... John Hardy, íbamos de paso para Fort Still, para incorporarnos allí a una caravana de galeras... Los indios nos habían atacado... durante varios días... Luego nos dejaron... Tuvimos que detenernos, a causa de la riada... Y hoy volvieron los indios.

—¿Es su madre la mujer?

—No, señor.

—Bueno, por ahora basta —concluyó Williams—. Será mejor que no perdamos más tiempo; hay que llevar a la chica y al padre al campamento. Id algunos en seguida. Llevad a la chica. Yo me quedaré con Pete y unos tres más. Haremos lo que podamos por Hardy y lo llevaremos después. Luego, si todo marcha bien, podemos regresar aquí, enterrar a los muertos y ver lo que hacemos con este equipo.

—Yo la pondré en mi caballo —dijo Ackerman Venga, *miss Hardy*... Apóyese en mí.

—Usted me ha salvado la vida —repuso ella fijando intensamente sus ojos en él—. Estaba a punto de... tirarme al río.

—Bueno es lo que bien acaba —continuó Deuce con una risita nerviosa—. Usted y su padre han tenido suerte, a pesar de todo... Vamos, tenemos una chica en nuestro

equipo... Aquí está... Reddie Bayne.

—¡Oh, pobrecita! —exclamó Reddie rodeando a la chica con el brazo—. Pero ahora está usted a salvo con nosotros. Éste es el equipo de Brite. Y hay buenos peleadores en él. Texas Jack, Pan Handle y aquí Deuce Ackerman. Malos hombres los tres, querida, pero es bueno tenerlos de nuestra parte cuando hay que vérselas con ladrones de ganado o con pieles rojas.

Deuce y Reddie llevaron a la chica sendero arriba, seguidos por Brite, Texas Joe y los otros vaqueros que no se quedaban con Williams. El sendero se extendía entre el río y el lugar donde los *comanches* habían encontrado la muerte. Texas y Holden marcharon de frente, a buscar los caballos. Deuce puso a la chica en su silla, y montó detrás de ella. Minutos después llegaban a un grupo de árboles que les era familiar. Pero Brite no lo reconoció.

—¡Oh, que el demonio me...! —vociferó Texas Joe de súbito, deteniéndose. Tan formidable reniego en estas circunstancias no podía indicar sino algún desastre.

—¿Qué te pasa, Tex?

—Abra los ojos, jefe. Aquí está el campamento y nuestra galera. Pero ¿dónde está Moze y adónde han ido nuestro ganado y nuestros caballos?

—¡Perdidos! —exclamó Reddie.

## XI

Brite se rascó la acusada barbilla. Sus dos mil y pico de reses, menos de la mitad del número con que había empezado el viaje, habían desaparecido como por arte de magia.

—No me sorprende —resopló Texas—. Jefe, cuando yo regresaba, hace poco, de la parte arriba del río, San Sabe acababa de llegar voceando: «¡Indios!». Así, que no tuve tiempo de decirle que Ross Hite estaba allá arriba con la otra mitad de la manada.

—¡Condenación! —juró Brite—. ¿Habrán tenido el valor de robar el resto? ¡En nuestros propios ojos!

—Tal vez no. Los cornilargos son unos brutos extraños. Pueden haberse desviado simplemente de la ruta; y pueden también haberse desbandado. Desde luego, río abajo no han venido.

—¿Dónde está Moze?

—¡Ea, morito de Alabama! —gritó Texas.

—Aquí estoy, jefe —dijo una voz desde el espeso grupo de árboles, bajando de las ramas—. Aquí estoy.

A continuación sintieron sus pasos sobre el césped y pronto le vieron aparecer a paso liviano en dirección a ellos.

—Moze, ¿qué se ha hecho de nuestro ganado? —preguntó Brite.

—No sé, señor. Tan pronto como se fueron ustedes vi venir unos jinetes río abajo. Y este niño corrió a subirse al árbol. En seguida los sentí cerca, y vi a ese hombre alto y flaco que llaman Hite. No hay duda de que era el mismo. Estos hombres se pusieron detrás del ganado y arrearon río arriba, a la carrera. Y dejaron nuestros caballos.

—Vaya. Ahora, jefe, se nos han acabado las dificultades —dijo Texas arrastrando las palabras—. Desmonte y tan pronto como el resto de nuestro equipo esté aquí, cambiaremos impresiones.

—Moze, tenemos un huésped: *miss Hardy* —anunció Ackerman al apearse del caballo, ayudando a bajar a la chica—. Todo su equipo, excepto su padre, ha sido muerto por los *comanches*.

—Ya puedes prepararte a encender el fuego, Moze —añadió Texas—. Estamos varados aquí quién sabe por cuanto tiempo. Calienta agua y saca vendajes limpios. Pronto tendremos aquí un herido.

—¡Jesús! Este sendero de Chisholm se está poniendo feo —exclamó Moze mostrando el blanco de sus ojos.

Deuce desplegó un lecho para la joven Hardy y, con ayuda de Reddie, la puso a descansar en la sombra. Brite tenía el mismo pensamiento que adivinaba en la mente de Reddie: que el vaquero de Uvalde había sido herido en el corazón por algo que nada tenía que ver con una bala.

La chica era más que bonita ahora que la palidez se desvanecía de su rostro y el horror de sus ojos. Era de mediana estatura, delgada, pero fuerte y de forma bien redondeada. Reddie se sentó junto a ella y le cogió la mano, mientras Deuce observaba seriamente, con gran atención.

—Cierre sus ojos y no piense —aconsejó Reddie—. Deje que nuestros compañeros se ocupen de pensar.

Brite miró atentamente a Texas, Pan Handle y los otros, y quedó convencido de que jamás se habían exprimido los sesos con tanta violencia. Por otro lado, permanecían en silencio. Brite paseaba de un lado a otro, bajo los árboles, pensando por su cuenta. Era inconcebible que Ross Hite hubiese conseguido salir adelante en esta segunda atrocidad. La lucha que había sido aplazada, debía ser ahora precipitada. ¡Grave riesgo para las dos chicas! Brite dudaba si permitirlo o no. Pero reflexionó que hombres de la estampa de Texas Joe y Pan Handle no podían ser contenidos por más tiempo. Los dos cazadores de cueros habían reforzado materialmente el equipo. Hite, embarazado ahora por todo el ganado, se hallaba en una situación difícil.

—Debían de estar borrachos cuando lo hicieron —declaró Texas súbitamente.

—¿Quién? —preguntó uno de los tres.

—Los de Hite. A no ser que tengan muchos más hombres de los que tenían cuando Wallen vino a provocarnos, lo que hacen esos granujas es simplemente un suicidio.

—Tex, ¿quieres que vaya a hacer una exploración río arriba? Desde luego, a pie y a cubierto —preguntó San Sabe.

—No. Ya se me ocurrió a mí esa idea. Pero no es buena. Estamos seguros de que Hite se llevó el ganado, y no pueden estar lejos. De todos modos, no puede cruzar el río cerca de aquí.

—Tanto mejor, ¿qué vamos a hacer?

—Lléveme el diablo si lo sé, San —repuso Texas sombríamente—. Ahora vamos cargados con dos chicas, y además un herido. Puede que a ese Hash Williams se le ocurra algo. Parece ser un veterano.

Texas se apartó unos cuantos metros para mirar río abajo.

—Ahí vienen —anunció, con satisfacción—. Ahora pronto veremos lo que hay que hacer.

Hallábase todavía a cierta distancia del campamento cuando Williams, notando sin duda la falta del ganado, se adelantó a galope.

—¿Dónde están nuestras reses? —preguntó con voz de trueno.

—Hite se las llevó mientras nosotros peleábamos con los *comanches* —contestó Texas.

—¿Todo o nada, eh? Le hubiera creído más listo.

—Williams, ¿es mejor o peor para nosotros?

—Dos veces mejor —declaró el cazador—. Lo que me pregunto es qué le ha movido a hacer eso. Me confunde un poco.

—¿Qué debemos hacer?

—Lo discutiremos —repuso Williams desmontando —Pero de antemano digo que dejemos ir a Hite con el ganado. Él no puede esquivarnos. No puede vender el ganado. No puede negociar con los indios, porque no obtendría nada de ellos. Y no podrán conducir la manada.

A continuación entraron los jinetes en el campamento, dos de los cuales soportaban al herido Hardy. Éste había recobrado el sentido, pero no podía tenerse sentado. Lo levantaron de la silla y le condujeron a un lugar cerca de su hija.

—¡Oh papaíto! Dime que no estás herido de gravedad —exclamó ella.

—Estoy... bien... Ann, según me dicen —repuso él débilmente.

—Traedle un poco de *whisky*, y hacedle una cama —ordenó Texas.

—Brite, ¿qué vamos a hacer con esas galeras? Creo que debemos tomar una de ellas y una carga de provisiones. Hemos visto dos caballos. Pudiéramos llevar a Hardy y a su chica hasta la tienda de Doan. ¿Qué le parece a usted?

—Me parece bien, desde luego. Envía dos hombres a buscar el carro y la carga. Podemos cruzar el río con las galeras tan pronto como pueda hacerlo el ganado.

—Eso será mañana. El río está bajando rápidamente. Y acamparemos aquí esta noche. Eso nos dará tiempo para enterrar a esos infelices.

—Williams, ¿no crees que Hite tenderá emboscadas en el camino pensando que somos lo bastante tontos para darle caza? —preguntó Texas.

—Seguramente lo hará. No le daremos caza. Mr. Hite robó nuestra manada demasiado pronto. Dejaremos que mire por ella, y nosotros miraremos por nosotros.

—¿Me aconsejas que vaya a explorar río arriba?

—No, eso no. Pero puede enviar a ese hombrecito. Sabe —repuso Williams—. Escucha, vaquero: ve y trepa a la colina, cuidando de que no te vean nunca. Marcha a lo largo del borde y mira a ver si puedes localizar el equipo... Y otra cosa, Shipman: no enviemos a nadie a buscar esa galera hasta que Sabe regrese con la información.

Pan Handle se sentaba aparte, limpiando sus revólveres. Brillaban al sol como de acero bruñido. El *gunman* parecía absorto en su trabajo. Su frente estaba arrugada y oscura; la línea de su mejilla, tirante y gris. Brite tenía por cierto que Smith había despachado él solo la mitad del grupo de *comanches*. Sacó de esto cierto consuelo, y reflexionó sobre el dudoso futuro de Ross Hite.

Reddie y Ackerman trataban de inducir a Ann a que bebiera algo. Texas permanecía ocioso, sentado, mirando a Reddie con sus ojos estrechos. Moze se afanaba junto al fuego. Williams y Smiling Pete vendaban la herida de Hardy. Los demás vaqueros descansaban y hablaban entre sí en voz baja. San Sabe se había desvanecido en la espesura del declive, donde no hacía más ruido que un pájaro.

Brite buscó un asiento para sí. El ejercicio y la equitación le habían rendido de cansancio. Reflexionó sobre lo que había ocurrido aquel día y dio gracias a Dios por haberle librado de una catástrofe semejante a la que le había ocurrido al equipo de Hardy. ¡Cuán frecuentes habían llegado a ser aquellas matanzas! Caravanas de

vehículos desprovistas de exploradores, de cazadores indios o de una gran fuerza de defensa caían fácilmente presa de aquellas merodeadoras bandas de salvajes. Pensó en los rumores que había oído en Fort Dodge el viaje anterior. Santana, un jefe de *kiowas*, especie de furia del infierno, se hallaba, según esos rumores, aliado a una banda de forajidos blancos cuya especialidad era buscar y asaltar las pequeñas caravanas, matar a todo bicho viviente y escapar con los vehículos, de modo que no quedara vestigio de la caravana ni se supiera nunca más de ella.

Cosas tan terribles no parecían ya increíbles. Cientos de caravanas cruzaban los llanos; miles de conductores de manadas se movían a través de las vastas extensiones de Texas. Y si unos pocos se perdían, la tragedia apenas llegaba a oídos de la mayoría. Pero Brite lo veía ahora. Si salía con vida de este viaje, y lograba lo mismo para la amable chica que había adoptado, no volvería a meterse en otra. Y no obstante, ¡qué pacífico, y aun qué pastoral, aquel escenario del valle! El río se deslizaba, amarillo como el maíz; la brisa estival agitaba la hierba y las hojas de los sauces; a lo largo de la orilla se abrían las flores y cantaban las aves; el cielo tendía arriba un dosel azul, acentuado por blancas velas de nubes. Al otro lado del río, en el alto y escarpado risco, pacía un enorme búfalo, formando una negra silueta contra el cielo, magnífico por su aspecto salvaje y símbolo viviente de aquella naturaleza dominante.

Pasaban las horas, y San Sabe no regresaba. Hacia la puesta del sol, Williams consideró oportuno que se fuesen a buscar el vehículo, los caballos y los efectos personales de Hardy antes de que anocheciera. Con este fin marchó él mismo llevando dos hombres consigo.

San Sabe saludó desde el risco justamente en el momento en que Moze llamaba a la gente para la cena. Su grito iba, evidentemente, destinado tan sólo a darles a entender que estaba sano y salvo, hecho por el cual Brite dio gracias en voz alta. El jefe no podía permitirse la pérdida de un solo jinete más. A su debido tiempo, San Sabe brotó de la espesura para acercarse al anhelante grupo de sus compañeros. Su ropa daba muestras de la dura faena efectuada en la maleza, y su cara estaba encostrada de polvo y sudor.

—He tenido que cruzar una porción de desfiladeros —explicó—. Por eso he tardado tanto. Hite lleva el ganado río arriba, hecho otra vez una sola manada. Él...

—¿A qué distancia? —interrumpió Texas.

—A unas cinco millas de aquí.

—¿Te has acercado bastante para contar su gente?

—Seguramente. Siete conductores con la manada. Y uno con los caballos. Van escasos de caballos de montura. Conté seis animales de carga.

—Marchan con ligereza. No llevan galera. San, ¿no crees tú que harán alto pronto con la manada?

—Dios lo sabe. ¿Qué le importa a Hite el ganado? Perderá el diez por ciento sin accidentes.

—Perderá más que eso —repuso Texas, pensativo—. Jefe, ¿qué le parece si tuviéramos el equipo en algún lugar cercano cuando Hite vaya a pasar el río con el ganado?

—Me parece que sería una gran cosa —contestó Brite con énfasis.

—Lo mismo pensamos todos. Haremos el plan para marchar en seguida. Pero no iremos contra la voluntad de Williams, si a él no le parece conveniente.

—Tex, yo también tengo confianza en ese cazador de búfalos.

—Todos la tenemos. Es un verdadero tejano. Me avergüenza no haberlo advertido a primera vista. Pero Texas Joe no es el mismo estos días... Acabad de cenar, muchachos, y vosotras también, chiquillas. ¡Ah! Tenemos otra belleza en la partida.

Ann oyó esto desde su asiento al pie del árbol, donde Reddie trataba de persuadirla para que comiera, y le salieron hermosos colores a la cara.

—No hagas caso de estos vaqueros, Ann —dijo Reddie, muy seria, y en voz alta para que la oyeran todos—. Es decir, cuando se ponen melosos. Ciertamente que son gente batalladora y que una se siente bien defendida con ellos. Pero no dejes que ninguno se ponga a dar vueltas alrededor de ti.

—¡Oh, Reddie!; no está bien que tú digas eso —la reprochó Deuce, ofendido.

—Bueno, Ann, para ser sincera, Deuce Ackerman, el hombre que te ha salvado la vida, es el mejor de un mal equipo. Pero ese Whittaker, con su voz y sus ojos de carnero... ten cuidado con él. Y el buen mozo... de ése no hay que fiarse nunca.

—Pero parecen haber varios buenos mozos aquí —repuso Ann con un asomo de picardía demostrativa de que sería peligrosa en circunstancias favorables.

Esta respuesta dio lugar a que los vaqueros se rieran de buena gana por primera vez desde hacía muchas horas. Eran jóvenes y fáciles de mover hacia la alegría. Brite rió con ellos. Mirando a Reddie, advirtió que ésta tenía algo oculto que decir.

—Desde luego, Ann. Nuestros muchachos son todos bien parecidos, y algunos hasta pueden llamarse hermosos. Pero he querido decir el más alto, aquel diablo de anchos hombros, labios delgados, pelo leonado y ojos de ámbar que cojea un poco al andar.

Una explosión de risa saludó esta elaborada descripción de Texas Joe. El aludido no participó de ella. Sonrojándose como una chica, se levantó para quitarse el sombrero y hacer una profunda inclinación.

—Gracias, *miss* Bayne. Ésta es la primera vez durante todo el viaje que me hace justicia. —Y luego, con otra inclinación, esta vez dirigida a Ann, añadió —: *Miss* Hardy, existen personas que pudieran informarle de que la bala de plomo que llevo en la pierna la recibí por interés de una damita casi tan linda como usted. Y el hombre que me la disparó recibió de mi parte otra en la cabeza.

Ann pareció profundamente impresionada y confusa; Reddie bajó la vista, derrotada; los jinetes se quedaron en silencio. Texas se había ofendido. Brite alivió la

situación ordenando a Moze que se diera prisa en su trabajo, y que lo tuviera todo listo para partir en cualquier momento dado.

—Que alguno vaya a buscar la pareja de tiro. Y echad hacia arriba la remuda. Tex, supongo que Williams pensará equipar el nuevo vehículo a fin de que Hardy vaya cómodo. La chica puede ir en el asiento delantero. ¿Quién se ofrece para guiar el vehículo?

—Yo —dijo rápidamente Deuce Ackerman, antes de que los otros pudieran interponer sus vociferaciones.

Aquí intervino Texas Joe, frío y autoritario, con el sombrero bien calado. Brite fue tal vez el único que vio la malignidad en sus ojos.

—Deuce, si no te molesta, yo guiaré esa galera. Como ves, no tenemos ninguna manada que azuzar.

—Pero, Tex, tú no puedes guiar una pareja de tiro —prorrumpió Deuce casi con un lamento.

—¿Que no?

—Tú me lo has dicho. Y yo he guiado carros toda mi vida, desde que tengo uso de razón. Además, yo no... estoy del todo bien... Decentado por la silla, un poco mal del estómago y...

—¡Santo Dios! ¡Deuce, tú necesitas un médico! —exclamó Texas con solicitud—. No me había dado cuenta hasta ahora de tu mal semblante. ¡Claro que puedes guiar la galera de Hardy!

Con esto, se operó una considerable transformación en Deuce. Se tornó radiante. Los otros le miraron, comenzando a darse cuenta, lentamente, de su perfidia.

—Miss Ann, ¿puede usted montar a caballo? —preguntó Texas.

—¡Cómo no! Soy un gran jinete —repuso ella seriamente—. Verdaderamente, no estoy enferma ni lastimada, míster Texas. Comienzo a recobrar me del susto.

—Vaya, me alegro. Entonces, usted puede montar a caballo conmigo. Tengo un potro que le conviene perfectamente. Un pinto de Uvalde. Un árabe de verdad.

Deuce bajó la frente. Era completamente inconsciente de la sinceridad y hondura de sus emociones. Brite descubrió en él otra reacción a esta inocente broma que Texas le estaba gastando. Reddie dejó ver señales del monstruo de los ojos verdes.

—¿Un árabe? ¡Oh, me gustaría montarlo! —repuso Ann con entusiasmo—. Pero más prefiero ir en el carro, para estar cerca de papá.

—Usted gana, señorita —replicó Texas con humor seco. Evidentemente, el bello sexo estaba más allá de su comprensión. Brite concibió la certeza de que la chica había dicho, simple y naturalmente, la verdad. Pero aquel vaquero de Texas sospechaba que aún quería ir al lado de su salvador.

Después de esto, todos se pusieron a trabajar, excepto los nuevos miembros del equipo. Ann descansaba con los ojos cerrados. Su padre permanecía inmóvil, como se le había aconsejado, sufriendo con paciencia. Brite pensó que el colono tenía grandes probabilidades de recobrase. La bala no había interesado el pulmón. El

envenenamiento de la sangre era la única complicación de temer. Esto ocurría con mucha frecuencia cuando una posta sucia atravesaba la carne. Evidentemente, Hash Williams era experto en el arte de vendar heridas de bala, y la medicina que Brite había traído a propósito era un preventivo seguro si se aplicaba a tiempo.

Acababa de ocultarse el sol cuando llegaron los vaqueros río arriba, conduciendo dos caballos de montar; detrás de ellos venía la galera con Williams y Smiling Pete en el pescante.

Texas no tardó en comunicar a los cazadores su deseo de partir río arriba a fin de estar a mano cuando Hite se pusiera a cruzar el río con el ganado.

—Texas, así piensan los hombres —contestó Williams—. Yo mismo he tenido esa idea. ¿Qué noticias ha traído San Sabe?

Cuando se le hubo transmitido brevemente la información, añadió:

—Al pelo. Envía a San Sabe y otro jinete en seguida sendero arriba. Nosotros les seguiremos tan pronto como sea posible.

Pan Handle, Texas y Smiling Pete montaron a la cabeza de aquella caravana. Reddie Bayne y Brite conducían la remuda a continuación. Después venía Ackerman, al mando de la galera de Hardy, con Ann a su lado en el asiento. A Whittaker se le había persuadido a fuerza de argumentos y un poco de mal humor para que guiara el tercer vehículo. Moze continuaba con su galera, y Hash Williams, acompañado de Less Holden y Bender, marchaba a la retaguardia. Los conductores de vehículos tenían órdenes de mantenerse juntos a la cola de la remuda. La manada había trillado toda la tierra a lo largo del valle. El suelo era arenoso, y por tanto, difícil para los caballos. Estaba tan oscuro, que los conductores hallaban dificultad en mantenerse sobre el terreno más plano.

Después de una hora de viaje, Brite advirtió que el cielo se esclarecía y palidecían las estrellas. Se había levantado la luna. Pero se hallaba detrás del gran risco, a su izquierda, y por el momento no facilitaba materialmente la marcha. Luego, el borde del risco cobró un tinte de plata, y esta línea brillante se fue dilatando lentamente hacia abajo. Llegó el momento en que la orilla lejana se esclareció, y luego el río brilló como si fuera de plata. Seguidamente, la negrura del risco fue cediendo al ascenso de la luna, hasta que todo era claro y blanqueado.

Entonces avanzaron con más prontitud. El valle se fue estrechando hasta que pareció tener escasamente un cuarto de milla de ancho entre el río y el risco. Estaba también cubierto de maleza, y con frecuencia sembrado de tocones de árboles estos no ofrecían ningún obstáculo a la caravana de Brite, pero retardarían ciertamente el paso de la manada.

Pasaron las horas. Era un viaje agradable para los conductores de manadas, salvo por la amenaza que aumentaba gradualmente a medida que se acercaban al punto culminante inevitable. Brite iba siempre con el ánimo en suspenso. La incertidumbre

tenía en ascuas a Texas Joe. Pan Handle y los cazadores eran probablemente los únicos miembros del equipo que no se sentían afectados en modo alguno.

Bastante después de medianoche, Texas Joe dio vuelta a su caballo para detener la remuda y luego los vehículos, según iban llegando.

—Hemos sentido el mugir de vacas allá delante dijo—. Y me figuro que estamos demasiado cerca para ir descuidados. ¿Qué dices tú, Williams?

—Creo que será mejor hacer alto aquí, mientras algunos de vosotros se adelantan sigilosamente a pie hasta más arriba. Yo iré con vosotros. Texas, falta poco para el día. Y tenemos que estar cerca cuando el equipo de Hite eche el ganado a cruzar el río.

—Hash, tenemos que esperar a que pase el ganado —repuso Texas con energía—. Eso nos ahorrará trabajo. Y no debemos comenzar las hostilidades hasta que el extremo posterior se halle a medio camino a través del río.

—Oh, ya. ¡Ja! ¡Ja! Y entonces aplicarles la mecha a los conductores que vayan a la cola, ¿eh?

—Miss Ann, ¿cómo sigue usted? —preguntó Texas al pasar junto a la galera de Hardy.

—Perfectamente; pero me agradaría acostarme —repuso ella.

—Deuce, ¿has hecho una cama para ella en la galera?

—Todavía no. Pero tengo un rollo de mantas a mano. Yo me cuidaré de ella —contestó Deuce en tono demasiado casual. Estaba obsesionado con su importancia.

—Bueno, hasta luego. Que queden algunos de guardia, a fin de que puedan dormir el jefe y la chica.

Reddie agrupó la remuda en el mejor lugar disponible, que era por fortuna, lo suficientemente grande y herboso para contenerla; luego desplegó su lecho, como de costumbre, junto al de Brite.

—¿Está despierto, papá?

—Sí, chiquilla. ¿Te preocupa algo?

—¡Ya lo creo! Pero sólo quería preguntarle si no cree que nos veremos pronto en un zafarrancho.

—Reddie, no veo de qué modo podremos evitarlo —repuso Brite con tristeza—. Algunos de nuestros potros han volado. Todo nuestro ganado ha desaparecido. ¡Dos jinetes muertos! Y todavía no hemos llegado al río Rojo. Entre el Rojo y el Canadiense es donde los conductores de manadas se hallan en los más graves aprietos.

—¡Oh, era lo único que me faltaba! —exclamó ella, desalentada, al tiempo que se quitaba las botas.

—¿El qué?

—Que me robaran los «estampidores», que los indios me quitaran el pericráneo o que tuviera que separarme de usted cuando comienzo a ser feliz.

—Vaya, Reddie, no te descorazonas. Mantente firme, como un verdadero tejano.

¡Acuérdate de El Álamo!

—Al diantre, Mr. Brite; los tejanos se mantuvieron firmes, ciertamente. Resistieron hasta que no quedó uno vivo.

Brite fue despertado por Texas Joe al amanecer.

—Jefe, acabo de llegar con noticias frescas. Hite está cruzando el río con la manada —susurró—. Si no quiere perder el espectáculo venga. Y estaremos de vuelta a la salida del sol.

—¡Que no despierte a Reddie! —dijo ella con tono de burla—. Gran oportunidad para privarme a mí del espectáculo, Texas Jack.

—Oye, parece que quieres que te besen de nuevo —dijo Texas, despacio, fríamente.

—Seguramente que sí. Pero no el mismo caballero (quiero decir el mismo hombre) que lo hizo la última vez.

—¡Diablo! ¿Quién ha sido el afortunado? —dijo Texas riendo, y siguió su camino.

Brite se apresuró a cumplir con la sugerencia de su mayoral; no tenía ya más que coger el rifle. Tex aguardaba en la penumbra gris con Pan Handle, San Sabe y Williams. Reddie se juntó con ellos, rifle en mano.

—Escuchad —susurró Texas—. Seguidme calladamente. Haced lo que yo haga. El asunto es desbaratar el equipo de Hite antes de que cruce el río. La mayoría de los conductores, como sabéis, irán detrás de la manada. Cuando todos se metan en el río, abriremos fuego contra ellos. Eso es todo.

Partió entonces sendero arriba a paso ligero. Los otros le siguieron en simple fila. San Sabe marchaba a la cola. Texas no se detuvo hasta que pasó un recodo del río. Entonces escuchó. El mugido del ganado se levantaba en el aire quieto y cálido. Brite calculó que estarían, cuando más, a una milla del lugar que Hite había elegido para cruzar.

El valle se había ensanchado. En la orilla opuesta del río, el borde del risco se iba rebajando gradualmente para cesar a distancia. Texas enderezó pronto la marcha al interior del arbolado. Aquí la maleza estorbaba el paso, hasta que surgieron sobre la orilla arenosa del río. Éste era aquí estrecho y vadoso, y fluía con un gorgoteo y un murmullo. A juzgar por la arena húmeda y los hierbajos, el nivel había bajado varios pies durante la noche. Por entonces era ya día claro, aunque el cielo no estaba tan claro como de costumbre. Nubes borrosas presagiaban lluvia.

Texas siguió a paso ligero manteniéndose al abrigo de los sauces y deteniéndose a escuchar cada cien pasos, más o menos. Al fin dobló hacia un rincón, para detenerse diciendo en voz baja:

—¡Chist...! ¡Mirad!

Media milla más allá, el ancho espacio ribereño presentaba un espectáculo

maravilloso. Aparecía enteramente cubierto por una gran masa moviente de ganado que se extendía a través del río, pasaba la margen opuesta y se internaba en el arbolado. La manada no había sido aguzada por conductores expertos. Brite no veía un jinete. Desde luego, estarían por el lado superior, si el agua era rápida y profunda. Todo el ganado iba vadeando, lo cual aseguraba que el cruce sería, si lento, por lo menos seguro.

—Bueno, compañeros, lo que vamos a hacer es un trabajo poco digno, propio de indios *comanches*; pero el equipo de Hite no merece que nos exponamos a recibir un arañazo. Cuidado, ahora. Miradme a mí y no al río. ¡Va a empezar en seguida!

Se adelantó hacia los sauces y se deslizó entre ellos sin mover apenas una hoja. Brite veía el agua, y sentía su suave fluir, pero no tenía una visión clara. Entre tanto, el interminable mugir del ganado se iba haciendo más cercano. Texas avanzaba cada vez más despacio. En algunos lugares los sauces se hacían casi impenetrables, y tenía que escurrirse dando un rodeo, pero siempre tendía a acercarse al río, y no en sentido contrario.

Los gritos de los conductores le hicieron detenerse. Echó rodilla en tierra e hizo seña a sus compañeros de que se acercaran. Se pararon, y se movieron a gatas hasta rodearle.

—Creo que... con cien... metros más estaremos a punto —dijo en voz baja y cortada. Respirad. Hombre sofocado no puede tirar. Aguardad aquí.

Salió a la barra de arena, donde se le veía a través de los sauces. Pronto regresó.

—Dentro de cinco minutos... comenzará la refriega —susurró. Las gotas de sudor caían de su rostro curtido—. Van cuarteando a través de la corriente. Eso pondrá a los hombres a tiro, si podemos... avanzar... un poco más.

Se levantó, con el cuerpo inclinado, y siguió deslizándose hacia delante, esta vez sin precaución aparente, probablemente porque había adquirido la certeza de que no podían ser vistos. Brite siguió a Reddie de cerca, cada vez más maravillado de ella. Cada pocos pasos volvía la cabeza, como un pájaro vigilante, para ver si él la seguía de cerca. En estos momentos sonreía. Sus ojos tenían una expresión oscura y atrevida, y sólo el perlino matiz de su mejilla indicaba que su sangre había retrocedido. Débiles sonidos sibilantes se escapaban de sus labios al respirar.

El ganado estaba ahora cerca. Hacía un ruido de pisadas y chapuzones, sobre el cual no se oía ni el mugir de las vacas ni el vocear de los conductores. Brite sentía el olor de la manada, y a través de los intersticios del follaje veía su movimiento rojo y blanco.

Los pasos de Texas se hicieron más cortos y más lentos, hasta que cesaron. Se arrodilló y todos le imitaron. Sus ojos dieron a entender a sus camaradas que la cosa iba a empezar, y por si eso no bastara, la forma en que amartilló su rifle y apuntó no dejaba lugar a dudas. Luego escuchó atentamente el rumor del ganado. Éste parecía pasar junto a su emboscada, alejándose.

—Tenemos que empezar —susurró con fiereza—. No hemos avanzado bastante y

se alejan, cuarteando, de nosotros. Desplegad y arrastraos hasta el borde.

Antes de que Brite, que había encontrado un enredo de sauces, pudiera salir al raso, los tronantes estampidos de los fusiles de aguja golpearon sus oídos. Se abalanzó hacia delante, apartó las ramas con su rifle y asomó la mirada. Reddie se deslizó a pocos pies a su derecha.

El ancho extremo posterior de la manada estaba a unos cien metros de distancia. Media docena de jinetes espoleaban y fustigaban a sus caballos en su desesperado intento de huir. Brite vio caer caballos, y un hombre que se hundía en el agua y volvía a surgir.

—Apunta bajo y tira, Reddie —gritó él severamente, entregándose al fervor del combate. Luego trató de encañonar al jinete de un caballo que se zambullía, y disparó. ¡En vano! A cada uno de sus lados, las armas bramaban hasta que sus oídos parecían a punto de estallar. El último jinete, cuyo caballo estaba herido, levantó los brazos, se desprendió de la silla y cayó al agua. No resurgió ya más.

Bocanadas de humo blanco procedentes de los conductores que se movían en retirada dieron señal de que devolvían el fuego. Las balas comenzaron a chapotear en el agua y en la arena, y a pasar silbando entre los sauces. Pero el peligro, para los hombres de Brite, parecía despreciable, debido al hecho de que los ladrones tiraban con armas cortas desde caballos metidos en el agua. Sólo una bala perdida podía dar en el blanco. La rápida corriente llegaba a los flancos de los caballos, entorpeciendo el avance a pie. No era bastante profunda para nadar. Sin embargo, los conductores se iban acercando a la orilla bajo una tormenta de balas. Esta descarga cerrada cesó casi tan súbitamente como había empezado, porque los hombres de Brite agotaron todas sus balas.

Los vociferantes y despavoridos ladrones llegaron a tierra, en número de cinco, donde se unieron a uno que había cruzado delante de ellos, y le rodearon como una jauría de lobos, sin duda echándole en cara el ser el causante de este ataque. Señalaron hacia tres caballos muertos y un hombre que flotaba boca arriba.

Habiendo vuelto a cargar el fusil, Texas los encañonó, disparándoles a distancia como vía de despedida. La bala golpeó el agua y la arena delante de ellos, haciéndoles retirarse apresuradamente hacia el arbolado.

—¡Vaya! —exclamó Texas, contento como un chiquillo—. Ha resultado mejor de lo que yo esperaba cuando llegamos aquí. ¿Qué dices tú, Hash?

—No tan bien como yo quisiera. Pero no del todo mal, sin embargo —repuso Hash Williams—. Llevan tres caballos de menos y no he visto a ninguno de sus jinetes salir a tierra.

—Hay un hombre herido en aquel grupo —afirmó Texas—. Yo mismo le di.

—Míster Brite, volveremos a conducir su manada antes de cruzar el Rojo —dijo el cazador—. De aquí en adelante daremos caza a esos ladrones como si fueran búfalos. Tendrán que dejar la manada o palmar. Eso es todo. Supongo que aquel tipo alto en el caballo bajo era Hite, a juzgar por como le gritaban.

—Cargad de nuevo todos. No hay que olvidar que estamos en país de *comanches* —aconsejó Texas—. Jefe, ¿quién es el jovencito que tiene la nariz chasmucada de pólvora?

—¿Éste? Oh, éste es Reddie Bayne —repuso Brite, deseoso ahora de un poco de humor, ya que había desaparecido la tensión—. ¿Es que cocea tu rifle?

—¿Que si cocea? Peor que una mula. Me olvidé de aguantar este maldito chisme fuertemente — contestó Reddie con disgusto y enfado.

—Volvamos al campamento para comer y disponemos en seguida a pasar el río —dijo Texas—. De aquí en adelante, poco tiempo de sueño o de descanso le va a quedar a Ross Hite.

## XII

Si fuera necesario, Texas podía infundir aliento a los que carecieran de él. Deuce Ackerman soltó un largo y salvaje alarido.

—¡Jip! ¡Jip! ¡Eso es grande! Fíjate en lo que hemos perdido, Rolly. Pero algunos teníamos que quedarnos en la reserva... Tex, continuaremos hacia delante, y entonces, ¡Dios los coja confesados!

Dentro de una hora estaban en marcha y poco después se detuvieron en el lugar donde la gente de Hite había sido puesta en fuga. Los tres caballos muertos habían sido arrastrados río abajo y se vararon donde el río era poco profundo. Williams había enviado un explorador hacia atrás, por el sendero; otro, a lo alto del risco y otro hacia el Norte. Encontraron al equipo vadeando, sin traer más noticias que la de haber visto búfalos.

—¿Y si nos tendieran una emboscada? —preguntó Texas.

—A mí me parece que Hite buscaría mejor lugar que ése —repuso Williams—. Mr. Brite, ¿quiere darle sus anteojos al joven Ackerman a fin de que pueda echar una ojeada...? Levántate en el asiento, hijo.

Después de un largo reconocimiento, Ackerman movió la cabeza decisivamente:

—Nada. Puedo ver todo lo que hay debajo los árboles y a través de la delgada capa de maleza.

—Para asegurarnos, iremos unos cuantos delante —dijo Texas—. San, Bender y Less venid conmigo... Mirad con atención, y si veis bocanadas de humo corred a proteger vuestras preciosas vidas.

Estos jinetes cruzaron en buen orden, probando la validez del juicio de Ackerman. Reddie cruzó a continuación con la remuda; después lo hizo Moze, y no sobre las ruedas de su galera. El vehículo de Hardy se atascó a un poco más de la mitad, y tuvo que recibir auxilio.

—Daos prisa, antes de que se hunda en el lodo —gritó Texas que había pasado ya—. Venga usted, *miss Ann*. Yo la llevaré a tierra. Ahí se va a mojar toda.

Era cosa de ver el rostro de Ackerman cuando Ann Hardy se inclinó gustosamente hacia fuera para ser llevada a tierra en brazos de Texas Joe. A continuación, los jinetes ataron sus cuerdas al vehículo y ayudaron a la pareja de tiro a conducirlo hasta la orilla. Williams condujo el tercer vehículo sin tropiezo a través del río. Pero el cuarto y último se atascó en el lodo hacia la mitad del camino.

Este accidente contuvo a la caravana. Era el mayor vehículo de todos, medio cargado de pieles de búfalo, y a cada nuevo esfuerzo por rescatarlo se hundía más en el lodo. Los jinetes rompieron sus cuerdas. Luego se echaron al río, con el agua hasta la cintura e hicieron toda clase de esfuerzos, sin resultado favorable.

Finalmente acudió Williams vadeando, desenganchó los caballos y los condujo a tierra.

—La galera no vale nada, de todos modos. Y los cueros no importan. Hay diez

millones sueltos sobre esta tierra.

Siguieron camino con dos parejas de tiro enganchadas a la galera de Hardy, que llevaba la carga más pesada. Y pronto salieron de la tierra baja del valle a la vasta elevación de la meseta. La manada había sido conducida casi en derechura al Este. Williams dijo que ello obedecía a la intención de ir a dar al sendero de Chisholm. Antes de mucho tiempo, quedó verificada la conjetura.

El día era bochornoso y gestaba tormenta. Rebaños de búfalos pastaban a ambos lados, acompañados por manadas de lobos y coyotes y bandadas de pájaros. Hacia mediodía Ackerman, que tenía aún el antejo de Brite en la mano, informó que la manada estaba a la vista, a menos de diez millas de distancia. Durante la tarde, la caravana fue ganando terreno, hecho que probablemente no pasó inadvertido para el equipo de Hite. A la puesta del sol, Hite detuvo la manada en plena llanura, donde no se veía un árbol ni un matojo. Un reducido espacio de terreno cenagoso, bien regado y arbolado, atrajo la atención de Texas Joe, que se dirigió al lugar y seleccionó un campamento. Unas seis millas escasamente separaban a los dos equipos.

El sol se ocultó envuelto en un resplandor rojizo, y el crepúsculo se fue acumulando sobre el Oeste, caluroso y amenazante. Sordo resonar de truenos anunciaba la tormenta, cada vez más cercana, y los relámpagos cruzaban como hojas de fuego el horizonte sombrío. El silencio, la ausencia del más leve movimiento en el aire, la gestante espera de la Naturaleza, no eran propicios para que la caravana se aventurara a campo raso. Brite informó a las chicas que las tormentas eléctricas, frecuentes en aquella latitud del Estado de Texas, eran el azote de los conductores de manadas; de hecho, más temidas que los búfalos y los pieles rojas.

—Pero ¿por qué? —preguntó Ann Hardy, con extrañeza.

—En primer lugar, se las teme simple y naturalmente; y luego enloquecen los caballos y el ganado. Fred Bell, un conductor que yo conozco, dijo que había sido alcanzado por una tormenta cerca del Canadiense, y que los rayos le mataron treinta y siete cabezas de ganado y un jinete.

Reddie no se sintió menos sobrecogida que Ann, e hizo votos de rogar a Dios que les librara de una tempestad igual.

—Yo he pasado por un par de tormentas eléctricas —intervino Texas, que se había detenido a escuchar—. Y por cientos de simples tempestades de truenos y relámpagos. Sólo dos de estos malditos diluvios de electricidad que cubren la tierra y cuanto hay en ella. He visto bolas de fuego en las puntas de los cuernos de todas las vacas. He visto correr el fuego a lo largo de la crin de un caballo y sentido su ruido. Sí, señor, las malas tormentas son un infierno para el vaquero.

Más tarde, cuando las chicas se habían alejado, Texas habló a Brite seriamente y en voz baja.

—Jefe, cualquier clase de tormenta que estalle esta noche, aunque no sea más que de relámpagos, favorecerá lo que Pan y yo tenemos pensado.

—¡Tex! ¿Qué es lo que te propones? —preguntó Brite rápidamente.

—Esta noche vamos a recobrar la manada.

—¿Tú y Pan? ¿Solos?

—Solos. Es la forma de hacerlo. Pan quería ocuparse de ello sin ayuda de nadie, y lo mismo yo; pero hemos acordado unir nuestras fuerzas. Vamos a ir juntos.

—Shipman, yo..., yo no sé si lo permitiré —continuó Brite, gravemente.

—Sí, lo hará. Me desagrada desobedecerle a usted, Míster Brite. Pero yo soy el conductor jefe. Y en cuanto a Pan Handle..., ¡caramba!, ese hombre no puede tener jefe.

—¿Qué es lo que piensas, Tex? Quiera Dios que no sea una idea descabellada. Tú y Pan no sois dos chiquillo. Y tú conoces, ciertamente, tu responsabilidad aquí. Tenemos ahora dos chicas y un herido que proteger.

—Bueno, la idea no es tan mala como le parece a usted —siguió diciendo Texas—. Pan y yo atacaremos la manada en el momento más grave de la tormenta de truenos y relámpagos. Al hacerlo, yo la circundaré por un lado y Pan Handle por el otro. Si el ganado huye con pavor, como es probable, seguiremos adelante hasta que comience a arremolinarse o se detenga. Con esto, el equipo de Hite se pondrá a trabajar. Sus jinetes se separarán, naturalmente, tratando de parar el ganado o mantenerlo agrupado. Y a la luz de un relámpago, cuando uno de ellos nos eche la vista encima, no sabrá distinguirnos del padre Adán. ¿Comprende, jefe?

—Mucho me temo que no —repuso Brite, confundido.

—Vaya, se le está endureciendo la mollera con la edad. ¿Es que todos sus sentidos se le van hacia esa chiquilla preciosa que ha adoptado, eh?

—Tex, no te burles de mí. Desde luego que los sentidos se me van hacia ella. Pero no acabo de comprender tu plan. Por ejemplo, cuando tú y Pan os pongáis a circundar la manada, yendo en direcciones opuestas, y os encontréis de nuevo, ¿cómo demonios os vais a reconocer? Los disparos a la luz del relámpago tendrían que ser tan rápidos como el relámpago mismo. ¿Cómo rayos vais a evitar el hacer fuego uno contra otro?

—Tengo que confesar que esto me aturde un poco. Después de la cena cambiaremos ideas. Puede que alguno encuentre la solución precisa. Si damos con el camino seguro, ya pueden despedirse Hite y su pandilla.

Moze dejó oír su familiar llamada de clarín.

—Oh, esto es magnífico; todos juntos aquí por primera vez —exclamó Ackerman, que se sentía eufórico. Acababa de sentar a Ann en un fardo junto a él.

—Sí, pero puede ser la última; así que sacadle el mejor partido —dijo Texas despacio, fijando sus penetrantes ojos oscuros en Reddie. Brite vio que ella contenía el aliento. Luego se hizo el silencio.

El crepúsculo se hundió en la noche, que cerró con una atmósfera húmeda y amenazante; los truenos resonaban más cerca y con mayor frecuencia. En el cielo occidental desaparecieron todas las estrellas. La luna no había salido aún.

—Echad un poco de leña al fuego y acercaos a mí —dijo Texas cuando hubo terminado la cena—. Pronto va a estallar la tormenta. Y Pan y yo tenemos un

proyecto entre manos.

—¿Qué? —prorrumpió Holden bruscamente.

—Creí que tú estabas un tanto apagado —añadió San Sabe.

—Reddie, tú participarás en esto —dijo Texas, llamando a la chica—. Y Ann también, si gusta. Por supuesto, nadie ha visto jamás salir una idea de la cabeza de una chiquilla hermosa. Pero yo estoy un tanto desesperado esta noche.

Todos rodearon al mayoral, curiosos y anhelantes, junto a la reanimada hoguera.

—Bueno, he aquí el asunto. Yo y Pan partiremos a caballo con el fin de flanquear a Hite. Tan pronto como vaya a estallar la tormenta avanzaremos hacia la manada y los guardas. Los tengo localizados. Nos proponemos circundar la manada en direcciones diferentes, y necesitamos saber con absoluta certeza cuándo nos encontraremos el uno con el otro. ¿De qué modo vamos a hacerlo?

—¿Quieres decir de qué modo os vais a reconocer al destello de los relámpagos? —preguntó Less.

—Eso mismo.

—No puede hacerse.

—Sí puede. Un relámpago dura un segundo, a veces bastante más. ¿Cuánto tiempo necesito yo ver para hacer un disparo, o para no hacerlo?

—¡Oh! ¡Oh! Ahí está el asunto.

—Dejadme ir con vosotros.

—No. En esto no entran más de dos... Y ahora, compañeros, exprimíos un poco los sesos.

—Probablemente lloverá, y la manada se moverá a la deriva, tal vez rápidamente. Y, desde luego, el equipo de Hite la rodeará, cada hombre por separado. Es una gran idea, Tex, si no disparáis uno contra otro.

—Bueno, vamos a ver —intervino otro vaquero—. Cuando os separéis, será con la seguridad de que os volveréis a encontrar pronto. Os llevará un cuarto, tal vez media hora el dar la vuelta a la gran manada, guiados por la luz de los relámpagos.

—Compañeros —pronunció Pan Handle, divertido vuestras mentes se van por el rodeo. Lo que necesitamos saber es qué cosa vamos a llevar que pueda verse rápidamente. Algo por lo cual podamos identificarnos uno a otro con seguridad. Recordad que ambos llevaremos las armas amartilladas.

Uno a uno, todo el contingente masculino fue exponiendo sus sugerencias, todas las cuales fueron sumariamente desechadas.

—Si hay tormenta, es seguro que soplará el viento, ¿no? —intervino Reddie.

—La brisa está soplando ya. Con la lluvia soplará un fuerte viento —repuso Texas.

Atad algo blanco a vuestros sombreros, dejando las puntas sueltas para que floten al viento.

—¿Blanco? —respondió Pan Handle secamente.

—¡Ya está! —añadió Texas.

—Muchachos, es una idea espléndida —intervino Brite, seriamente—. No daría lugar a error.

—¿De dónde vamos a sacar ese algo blanco? —preguntó Texas—. En este equipo sucio, sería como buscar una aguja en un montón de paja.

—Ann tiene una toalla blanca limpia —repuso Reddie. —Sí, es verdad —dijo la chica con entusiasmo—. Voy a buscarla.

Cuando el artículo fue colocado en manos de Texas, éste empezó a rasgarlo en tiras.

—Vaya, Reddie, me has salvado la vida. Tengo el mayor interés en que este diablo de Pan Handle descubra rápidamente y con certeza que yo soy Tex Shipman... ¡Ea!; anudaremos dos tiras juntas, y luego ataremos la doble pieza alrededor de los sombreros... Toma, Reddie, coge aquí.

Ella obedeció, y cuando él inclinó la cabeza, arrolló con mano torpe la larga cinta a la copa de su sombrero. A la luz de la hoguera, su rostro aparecía blanco como la toalla.

—¿Por qué tiemblas? —preguntó Texas—. Cualquiera diría que tienes un mal presentimiento y que por eso te sientes mal.

—Me sentiría... muy mal..., Tex —dijo ella con voz cortada.

—Bueno, eso es ya un gran consuelo... Apriétala más, para que no se la lleve el viento. Ya. Supongo que así estará bien. ¿Y tú, Pan Handle?

—Yo estoy condecorado también.

—Ah, casi vería eso en la oscuridad. Ahora escuchad, compañeros. A no ser que falle nuestro plan, no regresaremos esta noche. Si marcha bien, no nos separaremos de la manada. Así que despertad a Moze temprano, cargad algunas provisiones y partid tan pronto haya luz. Los vehículos pueden seguir por el camino. Nos encontraréis en alguna parte.

En completo silencio, los dos hombres montaron entonces en sus caballos, que habían sido puestos a mano, y desaparecieron en la sulfurosa y melancólica tiniebla.

—Ésta es una nueva experiencia para Hash Williams —exclamó este valiente—. Lo que esos hombres no discurran, no se le ocurriría al mismo diablo.

Esta caústica observación rompió la tensión del momento. Reddie se había quedado en pie como una estatua, mirando fijamente hacia la oscuridad por donde habían desaparecido Texas y Pan. Brite no necesitó ver sus ojos esta vez; su actitud instintiva, revelaba una muda protesta.

El viento entraba de la llanura con una larga queja, soplando a lo alto un flujo de chispas encarnadas. Bramaba el trueno. Y un resplandor de relámpago reveló un negro cúmulo de nubes que se precipitaban del Oeste.

—Será mejor pensar en protegernos y proteger nuestras camas contra la lluvia —aconsejó Brite Deuce, cuídate de que Ann y su padre estén abrigados. Moze, saca nuestro encerado. Vamos, Reddie, nosotros nos acostaremos bajo la galera; estaremos bien.

—Papá, me pregunto si mi remuda no se desbandará con la tormenta —sugirió Reddie, indecisa en cuanto a lo que debía hacer.

—Déjala. Esos caballitos son bastante aguerridos, y permanecerán juntos si quieren.

—Reddie, yo iré a echarles un vistazo antes de que estalle la tormenta —dijo San Sabe.

—Entonces tendrás que darte prisa.

—No es más que viento. Todavía no llueve.

Cuando Moze, Brite y Reddie hubieron terminado de atar y asegurar con piedras las puntas del encerado, a fin de que no se lo llevara el viento, la lluvia empezaba a caer en grandes gotas dispersas. Él y Reddie se acogieron a su refugio, y acababan de hacerlo, apresuradamente, cuando la compacta oscuridad se disolvió en un intenso fulgor blanco azulado que iluminó el campamento, los vehículos, los caballos y todo alrededor con una plateada claridad sobrenatural. Siguió entonces el estallido de un trueno que pareció hender la tierra.

La siguiente tiniebla apareció intensificada por un impenetrable y breoso negror que llenaba la atmósfera. El trueno se alejó entonces con una terrorífica y verberante resonancia.

—¿Dónde está usted, papá? —gritó Reddie.

—Aquí estoy —respondió Brite—. Escucha el rugido de la lluvia que se acerca.

—¡Oh! Voy a decir pronto mis oraciones; de lo contrario, no me oirá el Señor —exclamó Reddie.

—Buena idea, chiquilla —repuso Brite—. No tendamos las camas hasta que pase la tormenta.

Reddie contestó algo, pero en la apremiante furia del diluvio no pudo él distinguir el sentido. La lluvia y el viento envolvieron la galera, arremetiendo furiosamente contra la lona protectora. La tiniebla se abrió entonces ante una fantástica iluminación blanca, que flameó en todo su derredor, mostrando el torrente de lluvia, la tierra anegada, los caballos agrupados con las cabezas bajas. El trueno estallaba como si reventaran las montañas. De nuevo cayó el manto de tiniebla. Pero antes de que el eco verberante se alejara, un látigo de fuego dividió el denso cúmulo de nubes, soltando un resplandor sobrenatural que lo cubrió todo de un tinte verde-plateado, bajo el cual todas las cosas se tornaron irreales. Los blancos relampagueos se sucedieron con tal rapidez que a veces apenas surgía un oscuro intervalo entre ellos; y el tremendo rugido del trueno no cesaba.

Reddie se sentaba arrebujaada bajo la galera, cubierta con la larga manta impermeable. Brite veía su rostro pálido y sus ojos oscuros a la luz de los relámpagos. El temor brillaba en su expresión, pero no parecía ser por ella. Reddie tendía la mirada sobre la llanura cruzada de relámpagos con la terrible conciencia de lo que estaba ocurriendo más allá.

También esto embargaba el espíritu de Brite. Estaba reclinado sobre un codo,

junto a Reddie, y no lejos de Moze, que también había buscado abrigo bajo la galera. Reddie parecía bastante bien protegida contra el diluvio que lo invadía todo. Brite, en cambio, necesitaba la vieja lona, con la cual se cubrió. Los otros se habían arrebujado bajo los demás vehículos; se les veía formando una masa oscura por la parte de adentro de las ruedas.

Brite detestaba las tormentas de Texas, aun las más ordinarias. Tenía un temor pánico a la verdadera tormenta eléctrica, especie a la cual no parecía pertenecer la presente. Sin embargo, en este momento apenas pensaba en el hecho de que los relámpagos cruzaban frecuentemente el campamento.

Sus pensamientos se dirigían a la desigualada acción de Texas Joe y Pan Handle, que iban en sus caballos a través de la tormenta a imponer un tremendo castigo a los ladrones. Debía de ser una idea original la de adentrarse en el equipo de Hite en medio de la lluvia furiosa, el ensordecedor ruido de truenos y el centelleante fulgor del relámpago. Por el valor de acero que se requería no tenía igual entre los recuerdos de hazañas difíciles realizadas a sangre fría. Estos hombres estarían ahora empapados hasta los huesos, cegados por la lluvia penetrante y los relámpagos, a punto casi de ser arrancados de sus sillas por el viento, en peligro inminente de ser arrollados por un hato espantado y, finalmente, de ser tiroteados por los hombres que habían partido con intención de matar.

Por la extraña luz verde, Brite calculó si él podría o no tirar con puntería en tales condiciones. Los relámpagos duraban lo suficiente para una vista aguda y una mano ligera. De todos modos, a él no le hubiera gustado medir sus facultades físicas y mentales con unos perseguidos en una noche como aquélla.

Tardó una hora, o más, en pasar el centro de la tormenta; después, el viento, la lluvia y algún relámpago intermitente disminuyeron en volumen. Lo que el destino hubiese tenido deparado, había pasado ya. Brite no dudaba de su resultado mortal. Con todo, ello implicaba una excesiva confianza en sus tiradores. No tenía nada seguro en que apoyarse. Ross Hite era un experto forajido, y según los informes que tenía Brite, podía igualarse a Texas Joe. ¡Pero no a Pan Handle Smith! Pan Handle podía ser comparado con el gran matador tejano de aquella década.

Reddie se había enrollado en sus mantas y dormía, según Brite pudo descubrir al disminuyente fulgor de los relámpagos. Brite hizo su propio lecho, cansado, sumido en una calma extraña, fijo, en cierto modo, en su sentido de la victoria.

No era de día aún cuando un ruido le despertó de su sueño ligero. Sin embargo, cierta claridad grisácea revelaba ya por oriente, la llegada del alba precursora del día. Estiró la mano para estrechar la de Reddie, pero el objeto oscuro que había tomado por ella era su lecho. Moze estaba también en pie, partiendo leña. Brite se apresuró a levantarse a fin de ayudar en algo.

Hacia las cuatro galeras sonaban voces ásperas. Oscuras siluetas de hombres pasaban de un lado a otro ante aquella luz gris.

—Pete, tenemos que engrasar el carro —dijo Williams con aspereza. La voz clara

y alta de Reddie entró flotando en el aire. Tenía la remuda en movimiento. Uno a uno, los vaqueros fueron apareciendo junto al brillante fuego del campamento, fríos, entumecidos, mojados, silenciosos y lentos. Ackerman no se hallaba presente, de lo cual dedujo Brite que había ido con Reddie a buscar la remuda. La conjetura resultó exacta. Cuando los mesteños hubieron entrado, siguieron el cortante silbido de cuerdas mojadas, el golpeteo de pequeños cascos, el resonar de duros tacones y tal cual gruñido o reniego de un vaquero. Hecho esto, los jinetes se apiñaron en torno a Moze, pidiendo de comer.

Se iluminó la aurora. Ackerman llamó al vehículo de Hardy.

—*Miss Ann*, ¿está usted despierta?

—Vaya si lo estoy —fue la respuesta.

—¿Qué tal se encuentra?

—Sin novedad, Mr. Deuce, pero bastante mojada.

—¿Cómo está su padre?

—Hijo, todavía estoy vivo y coleando —contestó el propio Hardy.

—¡Me alegro! *Miss Ann*, será mejor que salga a secarse y tomar algo caliente. Pronto nos pondremos en marcha. Hash Williams marchó a paso largo hasta la hoguera, abriendo sus manos enormes.

—Ha escampado por completo. Todo indica que tendremos un gran día para caminar.

—¿Crees tú que caminaremos? —inquirió Brite.

—Me atrevería a apostar —repuso ásperamente el cazador.

—Williams, ¿te parece que nos pongamos en marcha? —preguntó Ackerman.

—Pronto. Tú conducirás el carro de Hardy lo mismo que ayer. Pete guiará nuestra galera. Yo iré con los muchachos. Vamos a ver, así seríamos seis. Puede quedarse un jinete con vosotros.

—Está bien. Rolly, tú seguirás aquí con nosotros.

Cinco minutos después, los cinco estaban montados en mesteños impacientes, formidable quinteto a la pálida luz de la mañana.

—Tirad por el sendero, y seguid adelante hasta que nos deis alcance. No temáis que nos olvidemos de vosotros.

Partieron rápidamente, en grupo apretado, hecho que puso de manifiesto a los ojos de Brite la incertidumbre de su misión y el modo en que había sido emprendida.

—Buen día, Ann —dijo Reddie saludando a la otra chica, cuando ésta apareció desgreñada y mojada, pero alegre y expresiva—. ¿Has oído la tormenta?

—Buen día... ¡Oh, fue terrible!, ¿no? ¡Y pensar en esos dos que partieron solos! No pude dormir.

—No ha sido una noche muy agradable, *miss Ann* —dijo Brite—. Acérquese al fuego. Moze, venga nuestro desayuno. No debemos perder tiempo.

Estaban en camino al hacerse día pleno, cuando el llano acababa de despertar y todas las lejanas señales del camino aparecían envueltas en la bruma. Pero el cielo era

claro, el oriente se enrojecía y el aire era fresco y suave.

Rolly Little marchó a la cabeza para explorar el camino; los vehículos siguieron, uno cerca del otro; y la remuda, al final, conducida por Brite y Reddie. Todos los caballos iban descansados. Iban al trote sobre la tierra dura, chapoteando a través de los pequeños charcos. Entre tanto, el rojo del oriente se tornaba rosa, y el rosa se abría para dar paso a un sol glorioso, ante el cual las sombras y las nieblas, los misterios de la lejanía y la oscuridad de barrancos y ciénagas se disolvían y pasaban.

Cinco millas más allá, Rolly Little se salió del sendero y parecía buscar algo. Cuando la remuda llegó a nivel de este punto Brite se apartó para hacer un ligero reconocimiento. Descubrió el lugar donde había acampado Ross Hite. Fardos, sillas y utensilios abandonados junto a un mojado lecho de cenizas, daban testimonio de que los ladrones habían partido precipitadamente. Un largo grito atravesó los oídos de Brite, sobresaltándole. Little agitaba la mano allá delante, a cierta distancia. Pero su acción parecía más bien el resultado de excitación que de alarma. Brite, lleno de emoción y curiosidad, galopó hacia él; sin embargo, antes de que llegara al sitio, Little señaló un objeto en el suelo y siguió adelante.

Brite no tardó en percibir un hombre muerto, boca arriba, los brazos extendidos, con el revólver en el suelo, espectáculo elocuente que subrayaba la ley de la llanura. Brite trazó un círculo imaginario y se salió del sendero para tropezar a poco con otro cadáver del equipo de Hite, yerto y horrible, con la mitad de la cara volada por el tiro y la abierta camisa ensangrentada. Más adelante, siguiendo el círculo, Brite vio un caballo y dos hombres muertos, todos en un grupo. Brite no cerró el círculo; saliéndose de él cortó hacia la remuda.

Reddie le echó una temerosa y chispeante mirada.

—¡Ah, parece increíble! Cuatro hombres del equipo de Hite tendidos a lo largo del sendero, en un círculo. Yo no llegué sino a la mitad de ese círculo.

Reddie tragó saliva con dificultad y se quedó callada. Siguieron adelante, ahora con los ojos fijos en la ondulada y engañadora distancia de la llanura. Los búfalos aparecían a trechos formando parches oscuros sobre el verdor, fuera del sendero. Las colinas de púrpura se alzaban como señales, y detrás de ellas descollaban, borrosas en el aire claro, las montañas de Wichita. A la derecha, la llanura se iba inclinando hasta fundirse en el horizonte. Y las que parecieron horas de ansiedad fueron pasando con el girar de las ruedas, el trote de los caballos y la labor de los conductores apremiando a la morosa remuda hacia delante.

—¡Mirad allá delante! —gritó Reddie, con voz chillona.

Smiling Pete se levantó sobre su galera, agitando su sombrero. Sus enérgicos movimientos podían ser atribuidos tanto a la alegría como a la alarma.

—¡Reddie! Pete ve a nuestros compañeros con la manada... O bien una banda de *comanches*. ¿Cuál de las dos cosas será?

## XIII

Desde lo alto de una interminable cuesta, Brite y Reddie miraron a lo lejos hacia el lugar de donde partían gritos de alegría. Varias millas hacia abajo, en el verde valle, un inmenso parche de colores se movía sobre la pradería. Era la gran manada nuevamente reunida, la punta afilada hacia el norte y el ancho extremo posterior tendido de oriente a occidente.

—¡Oh, ese vaquero! —exclamó Reddie, maravillosamente agitada. No necesitaba decir más.

Brite halló que el silencio era su mejor tributo. Los vehículos y la remuda aceleraron la marcha por la pendiente. Pronto hubo cedido el frescor de la mañana al calor del mediodía, y cuando llegaron al ondulado piso del valle, para encontrarse con los reflejos de la arena movediza, caballos y jinetes sufrieron severamente.

Pasado aquel árido lugar, una suave y regular eminencia se extendía en forma de ola hacia el horizonte, donde asomaban colinas borrosas. La hierba se hizo de nuevo abundante, y hacia el final de la tarde la manada pareció haberse detenido a la entrada de un terreno de pasto donde un fleco de sauces significaba la presencia del agua.

La caravana de Brite fue llegando a su debido tiempo. El ganado se había aglomerado en una pradera que seguramente podría darles alimento para toda la noche, pero a esta hora los animales estaban cansados, y sólo unos pocos se ocupaban de pacer.

Reddie apartó la remuda hacia un recodo del arroyo. Brite continuó de frente hasta la entrada de los pastos, donde Moze había hecho alto. Sólo dos conductores permanecían con la manada, uno a cada lado, solitarios y doblegados sobre sus sillas. Una multitud de árboles bajos y dispersos ofrecían bastantes buenas condiciones para un campamento. Todos los demás conductores habían desmontado. Brite se apeó y empezó a rondar por el arbolado con las piernas entumecidas hasta que vio a Pan Handle y Texas Joe a un lado bajo un árbol.

El corazón de Brite se contrajo cuando vio a Joe acostado con una venda ensangrentada en la cabeza.

Oyó que Pan Handle decía:

—Tex, parece que lo que haces es una villanía. No es lícito...

—En el amor y en la guerra, todo es lícito. Estoy loco por ella y me figuro que no le importo un...

—Aquí viene el jefe —interrumpió Pan Handle, en tono de advertencia. Brite había oído bastante, sin embargo, para darse cuenta del juego del astuto vaquero. Resolvió ocultar su sospecha.

—Tex, hijo mío, espero que no estarás herido de cuidado —prorrumpió, con alarma, acercándose a toda prisa.

—A punto de irme al otro lado, jefe.

—¡Santo Dios! Hombre, esto es terrible. Dejadme ver.

—Que venga Reddie pronto —repuso Texas, con voz pavorosa.

Reddie estaba desensillando su negro al otro lado del campamento. Ella oyó la llamada de Brite, pero no parecía inclinada a darse mucha prisa. Su rostro se volvió hacia ellos.

—Convendría que yo vaya a prepararla, Tex —dijo, Brite, concibiendo una idea leal en favor de la chica.

—Tráigala pronto —gritó Texas cuando Brite hubo dado la vuelta.

Brite no tardó en llegar adonde estaba Reddie, y cuando ésta se volvió le causó asombro hallarla pálida y temblando.

—¡Papá, ya lo he visto!... ¡Tex ha sido herido! —susurró sollozando—. Por el amor de Dios..., no me diga que...

—Reddie, ese maldito vaquero no tiene la menor cosa —replicó Brite—. Aparece ensangrentado. Pero tengo sospechas de que lo que intenta es atemorizarte a ti.

El rostro de Reddie cobró color, y al irse dando cuenta, el terror desapareció de sus ojos señeros.

—¿Verdaderamente, papá? —preguntó ella con voz tomada.

—Lo juraría.

Ella reflexionó un momento; luego se irguió de pronto, animosa.

—Gracias, papá. Su sospecha me ha librado de una terrible angustia.

—Niña, anda y mírale las cartas a ese tramposo vaquero.

—¡Fíjese en mí! Venga corriendo —repuso ella, y voló hacia donde yacía el mayoral. Brite marchó tras ella lo mejor que pudo, y llegó justamente a tiempo de ver a Reddie caer de rodillas con un grito de dolor.

—¡Oh, Pan..., ha sido herido! —exclamó ella en tono horrorizado.

Pan Handle confirmó esto con una sombría inclinación de cabeza. Texas yacía con la venda amarilla y ensangrentada que le cubría la frente, y llegaba justamente a taparle los ojos. A pesar del diablo que había en él, acaso no pudiera permitirse exponerlos a la mirada de Reddie.

—Sí, Reddie, estoy herido —dijo él arrastrando las palabras, en un ronco susurro—. Pero no importa. Pan y yo hemos librado la manada.

—¡Pero, Jack!... ¡Jack!... Tú no..., no... —sollozó ella con un acento tan bien fingido que debió de embelesar al amante.

—Creo que... todo... ha... terminado para mí.

—¡No, morir no!... ¡Jack! ¡Oh, Dios mío!

—Sí, muchacha. Voy a morir... Aquí en esta estepa solitaria.

—¡Jack querido! —exclamó ella, en tono plañidero, cubriéndose el rostro con las manos y balanceándose sobre él.

—¡Ah!... ¿Lo sentirás mucho? —preguntó Texas con voz tierna.

—Se me romperá el corazón... ¡Me moriré de dolor!

Texas Joe dejó ver una reacción peculiar para un hombre que está a punto de partir de este mundo en un momento tan horripilante. Reddie pareció también presa

de convulsiones.

—Dame un beso de... despedida —susurró el taimado, dispuesto a llevar el subterfugio lo más lejos posible.

De súbito, Reddie descubrió su rostro, que estaba rosado, y también convulso, pero sonriente. Arrancó la venda de la frente de Texas, dejando al descubierto una herida superficial sobre su sien en el cuero cabelludo.

—¡Ah, el tramposo! ¡Mira el tío embustero éste! —prorrumpió ella—. Tú podrás haber engañado a una porción de chicas infelices en tu vida. Pero a ésta no la engañas tú.

—¡Demontre! —exclamó Texas, con los ojos desorbitados—. ¡Eres más lista que...!

—Tan pronto te he visto me di cuenta de todo —repuso ella, burlonamente, al levantarse.

—¿Sí, eh?... Está bien, *miss Reddie* —repuso él, ceñudo, en tono de derrotado—. Pan dijo que era una villanía. Y acaso tuviese razón, pero la próxima vez no habrá engaño.

A última hora, Texas Joe era siempre no sólo un digno rival de Reddie, sino también un maestro en la estratagema. Los ojos de la chica cambiaron con espanto. Era, en efecto, fácil de advertir cuando este complejo jinete de los llanos hablaba en serio. Reddie se moderó instantáneamente, y bajando la cabeza se alejó con rapidez.

—Jefe, ¿me ha descubierto usted? —preguntó Texas volviendo sus ojos penetrantes hacia Brite.

—¡Yo! ¿Pero cómo iba a poder hacerlo? —exclamó el jefe.

—Usted es un viejo bastante listo para eso —gruñó Texas. Luego se reanimó—. ¡Rayos! Me tenía casi fuera de mí. Pan, ¿no crees tú que Reddie es la chica más maravillosa que ha existido nunca?

—No las he visto todas —dijo Pan Handle—. Pero estoy seguro de que sería difícil superar... Tex, yo creo que no le importas poco ni mucho.

—¡Oh!

—Ninguna chica haría eso viéndote ahí todo ensangrentado. Y tú eres un actor y un embustero por naturaleza. Mi impresión es que has descubierto lo que tanto deseabas descubrir.

—Bueno, algo es algo —continuó Texas incorporándose con un cambio de actitud—. Jefe, ¿ha visto usted algo por allá?

Señaló con su largo brazo, y su gesto era impresionante.

—Los ojos me duelen de ver, muchacho —respondió Brite—. No sé cómo daros las gracias a ti y a Pan. Ni qué decir. Esperaré a que me digáis cómo ha sido.

—Vaya, Pan, ¿qué dices a eso? Él es también un viejo ganadero de Tejas.

—Míster Brite, si usted hubiera observado cuidadosamente la manada, vería que llevamos mil quinientas cabezas de ganado más que cuando partimos.

—¡Qué! —exclamó Brite, asombrado.

—Como usted lo oye, jefe —añadió Texas—. Nuestra buena suerte se está igualando con la mala. El equipo de Hite llevaba una manada propia, robada, supongo, a otros conductores. Deben de habérsela procurado del lado de acá del pequeño Wichita.

—Me dejáis pasmado. ¿Qué marca lleva?

—He visto muchas X Dos Barras y algunos Círculos H. ¿Conoce usted esas marcas?

—Creo que no.

—Debe de ser una nueva marca impresa sobre otra anterior. Las reses son jíbaras como demonios. Como si no tuviéramos ya bastante trabajo... Que le diga cómo fue lo de anoche.

Texas se marchó a paso largo, murmurando solo, y se dirigió al arroyo, sin duda a lavar su venda ensangrentada, que llevaba en la mano. Brite esperó a que hablara el sombrío *gunman*, pero quedó decepcionado. Por consiguiente, Brite fingió tener cosas que hacer y se dirigió hacia el fuego del campamento, donde los vaqueros se habían congregado y hablaban en voz baja. La llegada de Reddie y Ann los silenció por completo. Si Brite esperaba que estos muchachos aparecieran gozosos, se había equivocado. Tal vez les ocultarían algo a él y a las chicas. Mr. Hardy se sostenía bastante bien, teniendo en cuenta la gravedad de su herida; pero se le había declarado una fiebre que, por otro lado, acentuaba su enfermedad. Williams dijo que si podían llevarle hasta el puesto de Doan, junto al río Rojo, tenía probabilidad de sobreponerse a la muerte. Moze llamó entonces a cenar, y la comida transcurrió más silenciosa que de costumbre.

San Sabe y Little entraron luego, después de haber sido relevados, e informaron que varias millas al este había indios con búfalos.

—Ese grupo ha marchado a nuestro paso durante todo el día —dijo Hash Williams—. Pero no es muy grande; así, que me figuro que no necesitaremos seguir en vela toda la noche. No obstante, habrá que tener el fuego apagado.

—Tengo que dormir un poco —dijo Texas Joe en son de queja—. Pan Handle es un búho. Pero yo, si no duermo, soy hombre al agua.

Justamente antes de oscurecer, Texas llamó a Brite fuera del alcance de los oídos del campamento.

—Déme un poco de tabaco, jefe. Es raro; me siento nervioso... ¿Le ha contado Pan Handle lo de anoche?

—Ni una palabra.

—¡Hum! Esos malditos. —gruñó Texas—. No hay modo de hacerlos hablar. Sin embargo, hay que admitir que Pan habló anoche, con su revólver... Jefe, fue la acción más extraña en que me he visto jamás. Si hubiéramos sabido que había diez u once hombres en vez de seis, acaso lo habríamos pensado mejor antes de partir contra ellos.

—Dime lo que quieras, Texas —repuso Brite, tranquilamente—. Me basta saber

que estáis sin novedad y que habéis recuperado la manada.

—Ah, ya... Bueno, Hite no estaba de guardia según vinimos a darnos cuenta cuando todo había terminado... La suerte nos acompañó, jefe. Nos pusimos en marcha y tomamos la situación antes de que estallara la tormenta. Así, que cuando comenzó a relampaguear no tuvimos que ir muy lejos. Conforme nos íbamos acercando a la manada, vimos partir un jinete como si el diablo le fuera dando mecha. Seguramente nos había visto. Justamente después de esto, la lluvia empezó a arremeter contra nosotros. Nos separamos, conforme al plan, y partimos en torno a la manada. El ganado se arremolinaba en un grupo, bajando las cabezas, entrechocando las astas, con creciente impaciencia. El viento, la lluvia y los relámpagos me daban por la espalda. Y esto fue una suerte. No había avanzado mucho cuando oí un disparo. El viento pasaba en rachas, así que, cuando amainaba un poco, yo podía oír. Así fue como oí gritar a uno de los guardas de Hite.

«¿Eres tú, Bill? ¿Has oído un disparo?». Le contesté que sí y seguí adelante. La noche era oscura como el carbón, excepto cuando venían los relámpagos. Yo me había acercado a este jinete cuando todo el cielo parecía en llamas. Él gritó: «¡Rayos! ¡Quién...!»». Pero no tuvo tiempo de decir más. Yo seguí adelante, como al tanteo, tropezando con el ganado. Si se espantaban, me arrollarían. No llovía. El agua caía simplemente a chorros. Yo no veía a más de veinte pasos, y no oía más que viento, lluvia y truenos. Luego vi otro guarda. Lo vi claramente. Pero el próximo relámpago fue corto, y cuando disparé lo hice a oscuras. Cuando relampagueó de nuevo, vi un caballo tumbado y el jinete poniéndose en pie. De nuevo volvió la oscuridad con la misma rapidez con que hice fuego. Y él contestó al disparo, pues vi el fogonazo y oí la detonación. Pero no dio en el blanco. Y yo tampoco. La próxima vez no pude verle, de modo que seguí adelante... Después de esto, se hacía claro como el día durante varios segundos cada vez. Pero no encontré más guardas. Mucho tiempo después de lo que esperaba, vi ondear la bandera blanca en el sombrero de Pan, y no puedo decirle lo que me alegré. Nos encontramos y cambiamos gritos; entonces, a los cornilargos les dio por correr. ¡Justamente contra nosotros! Tuvimos que apretar las espuelas para apartarnos del camino. Pero los relámpagos continuaban, y la lluvia disminuía, así que nos fue fácil dar cuenta de nosotros. Deben de haber corrido diez millas. La tormenta pasó, y ellos se detuvieron y sosegaron.

—¿Cómo recibiste ese rasguño de bala en la cabeza? —inquirió Brite.

—Fue esta mañana, un poco después del amanecer —concluyó Texas—. Nos mantuvimos en torno a la manada, vigilando y escuchando. Pero no vino nadie. Sin embargo, por la mañana, nos atacaron cuatro jinetes. Tenían solamente un rifle. Y nosotros teníamos nuestros fusiles de aguja. Así, que los contuvimos y pusimos en fuga. Antes que nada, yo recibí este raspón. Que supiésemos, nosotros no habíamos dado a ninguno. Finalmente, los vi por sobre el cerro. Pan y yo reconocimos a Ross Hite. Llevaba el rifle, y era el que me había herido. ¡Ojalá me vuelva a encontrar con él!

—¡Ojalá que no! —repuso Brite sordamente.

—Lo mismo dice Pan Handle —añadió Texas lentamente—. ¿Sabe usted, jefe, que yo creo que Pan y Ross Hite se han cruzado ya antes de ahora? Porque Pan dijo que era preferible que yo no me encontrara con Hite antes que él. Y que después de esto no tendría nada que temer de él nunca más. ¿Qué dice usted a eso?

—¡Hum! —fue la única respuesta de Brite. Su brevedad obedeció en parte a la aproximación de Reddie y Ann.

—Mejor que os vayáis a dormir, muchachas —aconsejó Texas—. Es lo mismo que voy a hacer yo.

—¿No quiere que le vendemos la cabeza? —preguntó Ann solícitamente—. Reddie dice que ha recibido usted una herida.

—En efecto. Pero ésa no ha sido en la cabeza, Ann —dijo. Texas—. Tengo aquí un arañazo. Ya no sangra.

—Texas, ¿no vas a contarnos lo de anoche? —preguntó Reddie con curiosidad—. Pan Handle parece muy extraño y helado. Le hemos dejado en seguida.

—No ha ocurrido gran cosa, Reddie —contestó Texas—. Ahuyentamos a la gente de Hite, le quitamos el ganado, y aquí estamos.

—¡Que los ahuyentasteis! —dijo Reddie con incredulidad—. ¿Crees tú que a Ann y a mí se nos engaña como a dos chiquillas?

—Bueno, si el engaño es caritativo...

—Vosotros habéis matado a algunos de los hombres de Hite —declaró Reddie con fuerza—. Yo vi algunos muertos...

—Ah, querrás decir los guardas que fueron alcanzados por los rayos anoche —continuó Texas fríamente—. ¡Una justa retribución! Sí, muchachas, el Señor estuvo anoche de nuestra parte. Es un hecho muy corriente el que un rayo mate a un conductor de manadas o a un vaquero de vez en cuando. Pero el que mate a tres o cuatro en una tormenta, y todos uno cerca del otro... eso es algo sobrenatural.

A la luz del crepúsculo, las chicas miraban al impassible vaquero con miradas diferentes: Ann, asombrada, con los ojos muy abiertos; Reddie, con un oscuro desdén.

—La verdad es, Texas Jack, que hay en ti mucho de sobrenatural —dijo ella lentamente.

Brite durmió con un ojo abierto y otro cerrado. La noche pasó al fin sin ninguna novedad en el tranquilo campamento. Los conductores de manadas partieron lentamente, y no antes de que el sol rojo asomase sobre los cerros.

Los vehículos y la remuda recibieron órdenes de marchar a corta distancia de la manada. Ojos avizores circularon aquel día por sobre el horizonte. A lo lejos, por cada lado del sendero asomaban negras franjas de búfalos contra el cielo gris. Su movimiento era imperceptible. Brite dirigió con frecuencia su antejo hacia ellos, pero más a menudo se fijó en las lomas y cumbres lejanas buscando señales de indios.

Ocho o diez millas al día era cuanto los conductores se arriesgaban a hacer con sus manadas. Y aun esto, no siempre era posible de lograr con los obstáculos de las crecientes de los ríos que había que atravesar, los búfalos que les rodeaban y la amenaza de los salvajes que, aunque ocultos, siempre estaba presente. Brite había comenzado a sentir la tirantez de la incertidumbre, pero no la había advertido en ninguno de sus hombres.

Al fin, hacia media tarde, fue casi un alivio el dar vista de hecho a una banda de indios montados en lo alto de una colina que quedaba hacia el Sur, desde el sendero. La incertidumbre cesó, al menos para Brite. Al intentarlo, se cercioró de que no podía percibir esta banda sin anteojo. Acaso las borrosas figuras aparecieran más claras para sus vigías de larga vista. Sin embargo, con el anteojo los veía bastante claramente para identificar a los indios *comanches*, y advertir que constituían una fuerza más que suficiente para causar temor.

A continuación siguió adelante apresurándose a participar a Hash Williams su descubrimiento. El cazador detuvo su vehículo, y tomando los anteojos sin decir palabra escrutó la línea del horizonte.

—Ah, ya los veo. Unos cuarenta, más o menos —dijo él renegando por lo bajo—. Me parece que son *comanches*. Si éste es Caballo Negro, estamos verdaderamente jugando con la fiera. Siga adelante y dígame a Shipman que apure la marcha hasta que lleguemos a algún lugar donde tengamos alguna ventaja si nos atacan.

Brite descubrió que Texas había visto ya a los indios.

—Me figuro que vienen con mala entraña —dijo—. Estaba pensando en lo mismo que Williams aconseja. No se lo diga a las chicas, jefe.

Cuando Brite hubo quedado nuevamente detrás de la remuda se le acercó Reddie, que sospechó que algo ocurría. Brite se lo dijo, pero advirtiéndole que no se lo participara a Ann.

—¡Diablos! ¡No sé de qué me serviría ser una heredera si los indios me cortaran el cabello con piel y todo! —exclamó intentando sonreír.

—Chiquilla, si tú murieras seguirías siendo una buena chica en el recuerdo de los que quedaran —repuso Brite.

Al fin, casi al anochecer, la manada se detuvo en un terreno llano cerca del cual pasaba un hilo de agua que descendía por una barranca. El campamento fue establecido en la orilla norte del abrigo de unas rocas. Moze recibió órdenes de encender el fuego en un nicho donde no podía ser visto. Los jinetes iban y venían silenciosos, alerta, sombríos. Cerró la noche. Los lobos aullaban. El cálido aire de verano parecía sosegar sobre el campamento como si no presagiara ningún mal. Pero las sombras en las aberturas de las rocas y cavernas abrigaban amenaza.

Tres guardas vigilaron toda la noche en torno al campamento, mientras seis permanecían con la manada. Se permitió que durmieran por turnos de dos en dos. Así pasó la noche y el gris amanecer —siempre la hora del peligro, por ser cuando atacaban los indios —y la mañana vino sin incidentes.

Pero aquel día estuvo cargado de duras pruebas para los vaqueros: terreno yermo para el ganado, camino áspero para los caballos, incesante temor por parte de los conductores acerca de las dos chicas y el hombre herido de la partida. Varias veces durante el día vieron asomar a los indios, que les vigilaban, cabalgando a nivel de su posición, al lento paso de la manada. ¡Qué siniestro le parecía esto a Brite! Los diablos rojos conocían el camino; aguardaban llegar a cierto lugar, o a que ocurriese algo, para atacar.

Los búfalos aumentaban en número a ambas partes, todavía distantes, pero cerrando gradualmente las aberturas grises en su dirección. La línea negra se extendía hacia el Norte hasta donde alcanzaba la mirada. Se hizo evidente que el equipo de Brite se adentraba más y más en la vasta manada, que se movía con soltura, paciendo de paso. La situación se hacía cada vez más desesperante. Torcer a cualquiera de los lados era imposible; detenerse o volver hacia atrás significaba el fracaso, la derrota, la pérdida. Los conductores tenían por fuerza que seguir en el sendero forzando la marcha.

El sendero de Chisholm había tomado de nuevo un sesgo radical hacia el Noroeste. Y probablemente más adelante, acaso pasado el río Rojo, atravesaría la vasta manada de búfalos. Se hizo entonces el alarmante descubrimiento de que la siguiente manada de cornilargos había surgido a la vista, y diez millas detrás de ella venía otra que trazaba una larga línea irregular contra el cielo gris. Brite preguntó a su gente por qué aquellos conductores de manadas vendrían apremiándole tan duramente. Y la respuesta fue: indios, búfalos y las doscientas mil cabezas de ganado que se habían puesto en camino, y necesitaban seguir adelante. Volverse o aminorar la marcha significaba caer en la cuneta.

Texas Joe no se detuvo hasta bien tarde, y acampó en terreno árido. Durante toda la noche, los guardas estuvieron en movimiento, cantando para mantener a las reses sosegadas. La mañana descubrió más cerca la interminable riada de búfalos. Pero los indios no aparecían a la vista. Sin embargo, de dos colinas distantes, una a cada lado del sendero, se levantaban señales de humo.

La pérdida de sueño, la incesante vigilia durante la noche y la lenta marcha durante el día agotaban a los conductores. Brite había cesado de contar los campamentos. Cada hora aparecía cargada de terribles temores. Sin embargo, al fin llegaron al río Rojo. Los búfalos cruzaban a algunas millas sobre el sendero. Pero una excitación de la prodigiosa manada la hizo quedarse atrás. Texas Joe aguzó su manada, dirigiéndola a través del río y pasando él a la cabeza, magnífico en su intrepidez.

El Rojo se hallaba a medio camino entre el plano superior y el inferior de las aguas: su más traicionera condición. Cuatro horas hicieron falta para pasar a la orilla opuesta, y más de cien cornilargos se perdieron. Hicieron falta todos los conductores para pasar los vehículos, tarea desesperada que sólo un grupo de jóvenes temerarios como aquél hubiera emprendido.

La noche les halló en el campamento, algunos exhaustos, todos fatigados, y no obstante, animados por el hecho de que el puesto de Doan estaría, como si dijéramos, al alcance de la mano a la mañana siguiente. Texas Joe cubrió las restantes diez millas hasta Doan antes del mediodía. Todos los conductores deseaban tener unas cuantas horas de asueto, libres de la manada, beber, hablar y ahogar un peligro oyendo el relato de otro. Pero cuando Brite pidió voluntarios para guardar el ganado durante unas horas, todos vocearon su deseo de quedarse.

—Bueno, yo tendré que arreglar esto —dijo Brite—. Ackerman, tú lleva a los Hardy al puesto. Tex, tú y Pan Handle vendréis conmigo... Muchachos, volveremos pronto para que podáis ir al pueblo.

El puesto de Doan daba muestras de tener más habitantes y pasajeros de lo ordinario. En torno al puesto, en el llano terreno de pastos, había multitud de caballos. Media docena de galeras aguardaban ante las casas grises, chatas y batidas por el viento y la lluvia. Una muestra, «Almacén de Doan», resaltaba con letras negras en el lado sur de la casa mayor. Este lugar, dirigido por Tom Doan, era una factoría comercial para indios y ganaderos, y se hallaba en el apogeo de su útil y peligrosa existencia.

Hombres montados, jinetes con caballos sin silla, indios ociosos y acuclillados a las puertas, observaban a los recién llegados con interés. Los viajeros eran la vida del puesto de Doan. Pero el modo con que Pan Handle y Texas Joe desmontaron a cierta distancia de estos barbudos espectadores, y el cómo se adelantaron a pie, era sin duda tan significativo para ellos como para Brite. El grupo de doce o más personas que había a la puerta se abrió para dejar paso a los dos visitantes que se acercaban lentamente. Luego entró Brite junto con la galera de Hardy. Reddie, desobediente como siempre, se había unido a ellos.

—Buenos días, Tom —dijo Brite al hombre fornido que se hallaba a la puerta.

—Buenos los tenga usted —fue la cordial respuesta—. Ah, pero si es Adam Brite. Apéese y entre.

—Tom, tú debes de acordarte de mi mayoral, Texas Joe. Y éste es Pan Handle Smith. Traemos aquí un hombre enfermo en la galera. Hardy de nombre. Ésa que viene en el pescante es su hija. Es cuanto queda de una caravana que se dirigía a California. ¿Puedes cuidar de ellos por algún tiempo, hasta que Hardy se halle en condiciones de unirse a otra caravana?

—Por supuesto que sí —contestó el afable Doan. Manos solícitas sacaran a Hardy de la galera y le llevaron al interior. Ann estaba en el pescante, su hermoso rostro delgado y macilento, sus ojos llenos de lágrimas, tal vez de alivio, tal vez de algo distinto, cuando bajó la vista hacia el descubierta vaquero.

—Hemos llegado a la hora de la separación, *miss Ann* —dijo Deuce, con voz fuerte y vibrante—. A Dios gracias, usted estará segura en este lugar. Y su padre vendrá más tarde por el mismo camino. Tengo la certeza y la esperanza de que hemos

de abrirnos paso hasta Dodge. Y déjeme hacerle una pregunta: ¿le parece bien que yo espere allá hasta que usted llegue?

—¡Oh, sí! Me... me alegraría en el alma —murmuró ella tímidamente.

—¿Y que luego siga hasta California con usted? —concluyó él atrevidamente.

—Si usted quiere —repuso ella; y por un momento el tiempo y el espacio desaparecieron de la conciencia de ambos.

—¡Ah, qué buena es usted! —exclamó él finalmente.

—Ha sido simplemente maravilloso... el haberla conocido... Adiós... Tengo que volver junto a los otros.

—Adiós —balbució ella dándole la mano. Deuce se la besó con galantería y desapareció luego a escape a través de la pradería, hacia la manada.

## XIV

Reddie saltó de su caballo junto a la galera de Hardy, en cuyo asiento Ann permanecía inmóvil como una estatua, mirando al vaquero. Ackerman se volvió una vez para levantar su sombrero en la mano. Luego agitó su pañuelo. Giró, y ya no volvió más la cabeza.

—Ann, es bastante triste eso de decirse adiós —dijo Reddie—. Entremos en el puesto, fuera de la vista de estos hombres. Me van a entrar ganas de llorar.

—¡Oh Reddie, yo... yo estoy llorando ya! —exclamó Ann al apearse, con la vista borrosa—. Ha sido tan bueno... tan amable... Oh, ¿nos volveremos a encontrar algún día?

Las dos marcharon del brazo hacia la puerta del puesto, desde donde Brite vio cómo Anne se contraía a la vista de dos indios flacos y sombríos, de ojos endrinos.

—Terminemos esto cuanto antes, Tex —dijo Brite—. Compraré las provisiones que Doan pueda servirnos. Brite entró apresuradamente en la tienda. Era un lugar pintoresco, apestado y maloliente, con sus jaeces indios de colores, su formidable arsenal, sus estantes llenos y sus mostradores cargados. Cuando Doan regresó de la trastienda, Brite escribió con un resto de lápiz los artículos que necesitaba.

—¿Qué se figura usted? Esto no es Santone ni Abilene —dijo ásperamente—. Puedo servirle harina, habas, café, tabaco y tal vez...

—Dame lo más que puedas, Tom —interrumpió Brite rápidamente—. Yo no soy un ladrón. ¿Puedes enviar el pedido al campamento?

—Seguramente, dentro de una hora.

—Está bien, pues. Y muy agradecido. ¿Ha pasado alguna otra manada?

—Últimamente no. Tiene todo el sendero para la suya. Lo cual es bastante peligroso.

Brite se daba cuenta perfectamente de ello.

—Los *comanches*, y los *kiowas* en particular, se han hecho desagradables últimamente —continuó Doan—. Caballo Negro y Santana están en pie de guerra. Déjeme darle una idea. Si ese viejo diablo comanche entra en su campamento, puede parlamentar, argumentar con él, pero a la postre déle lo que pida. Por esta razón le conviene llevar víveres de sobra y especialmente café y tabaco. Pero si el jefe *kiowa* le detiene no le dé nada, como no sea un mal consejo. Santana es peligroso para equipos débiles. Pero es un cobarde, y se le puede atemorizar. No tolere ninguna negociación con los *kiowas*. Muéstreles que va bien armado y que es capaz de hacer fuego en un abrir y cerrar de ojos.

—Muy agradecido, Doan. Recordaré tu advertencia.

—Va a ser bloqueado por los búfalos, a no ser que logre abrirse paso a través de ellos. Apostaría a que ha pasado por aquí un millón de búfalos este mes.

—¿En qué mes y día estamos?

—Ah, se ve que ha estado conduciendo manadas... Déjeme ver. Es el 16 de julio.

—¿De verdad? El tiempo pasa volando en el sendero... ¿Puedes decirme si Ross Hite y tres de sus hombres han pasado por aquí últimamente?

—Han estado varias pequeñas bandas esta semana —repuso el comerciante evasivamente—. Pasaron ligeros de carga y a buen paso... No conozco personalmente a Hite. Desde luego, he oído hablar de él. Yo no hago preguntas a mis clientes, Brite.

—Tú conoces tu negocio, Doan —repuso Brite brevemente—. Por tu bien te diré, sin embargo, que la banda de Hite nos asaltó dos veces. En una ocasión se apoderó de toda mi manada.

—¡El diablo me lleve! —exclamó Doan secamente, tirándose de la barba—. ¿Y en qué paró el asunto?

—Recuperamos el ganado, y dejamos algunos de la banda de Hite tendidos a lo largo del sendero.

Reddie apareció dando tumbos, secándose los ojos.

—Espera, Reddie. Yo iré contigo —le gritó Brite.

—¿Dónde puedo despedirme de los Hardy?

Ella señaló la puerta abierta por donde acababa de salir. Brite entró rápidamente y terminó con aquella penosa entrevista.

—Un momento, Brite —gritó Doan, conforme el ganadero se apresuraba a salir—. Yo no soy, tan escrupuloso acerca de los indios como de los hombres de mi color. Pero tengo que conservar relaciones amistosas con todas las tribus. Comercian conmigo. Voy a decirle, sin embargo, que los indios que se hallan ahí fuera son espías de alguna banda de *comanches*, y han estado esperando a que pasara el primer hato de ganado. Usted sabe que todos pasan por aquí. Consiga que los indios esperen a la próxima manada, si puede. Es una táctica prudente. Mi consejo es que debe lograr detener a esos dos *comanches*.

—¿Detenerlos?

—Seguramente. No permita que vayan a echar el ojo a su equipo y luego a informar a su jefe. Puede ser el propio Caballo Negro.

—Ésa es una idea. Se lo diré a Texas —repuso Brite, pensativo, y salió en compañía de Reddie.

—¡Vaya! —susurró ella con los ojos muy abiertos—. Nos está dando a entender que debemos matar algunos *comanches* más.

—Así parece. En cambio, no nos ha dado a entender nada acerca de Ross Hite.

Texas Joe y Pan Handle parecían hallarse en un coloquio con dos hombres; Hash Williams y Smiling Pete se entretenían con los demás blancos presentes.

—Williams, ¿te acercarás allá a dar la despedida? —preguntó Brite.

—¡Claro que sí! Por dos dólares haría el resto del viaje con usted —concluyó Williams.

—Pues yo te daré bastante más... Nos has sido grandemente útil. No sabría cómo darte las gracias.

—Pete quiere cazar búfalos, y eso nos obliga a quedarnos aquí —concluyó Williams.

Brite montó a caballo.

—Tex, nos vamos. Ven aquí.

Texas marchó hacia ellos, dándole a Reddie un suave empujón; conforme ella montaba, se aproximó a Brite.

—Texas —murmuró Brite inclinándose—. Según dice Doan, esos dos *comanches* que están ahí son espías de una banda de salteadores. El tendero ha sugerido que debemos hacer algo acerca de ello. Él no puede, porque necesita estar a bien con todos los pieles rojas.

—Jefe, también nosotros tenemos esa idea, y hemos oído algo acerca de Ross Hite. Ya se lo diré cuando volvamos al campamento.

Reddie había puesto su negro a medio galope, y cubierto la mitad de la distancia hasta el campamento cuando Brite le dio alcance.

—No canses tu caballo, muchacha. ¿Por qué tanta prisa, querida?

—Papá, cuando veo esa expresión en los ojos de Texas Jack me enfermo por dentro —contestó ella.

—¿Qué expresión?

—No sé cómo llamarla. La he visto por primera vez aquel día antes de que disparara contra Wallen. Como aquel extraño relampagueo que hemos visto la otra noche durante la tormenta.

—Reddie, a estas alturas deberías estar acostumbrada a esas expresiones de los conductores de manadas. Es una vida muy dura.

—¡Pero yo no quiero que Texas Jack siga matando gente! —exclamó ella, con una pasión sorprendentemente aguda.

—¡Vaya! ¡Vaya! —exclamó Brite ¿Y por qué, chiquilla?

—Pronto será otro *gunman* como Pan Handle. ¡Y entonces, tarde o temprano, le matarán!

—Creo que tienes mucha razón —repuso Brite—. Cuando pienso en ello tengo la misma sensación. ¿Qué haremos para contenerle?

—¿Contener a Tex? No es posible, papá.

—Aquí en el sendero, puede que no. Pero algún día terminaremos este viaje... Entonces sí será posible. Tú podrías contener a Tex, chiquilla.

Reddie espoleó su caballo y partió veloz como el viento. Brite infirió que ella se había dado cuenta ahora de que podía poner fin a la fiereza de Joe Shipman.

El ganado estaba paciando y en buen orden. Al Oeste, a lo largo del río, se levantaban nubes de humo y a intervalos llegaba en el aire suave un sordo rumor de cascos. Los búfalos estaban cruzando el río Rojo. Brite y Reddie ocuparon los lugares de San Sabe y Rolly Little en la guardia, y los vaqueros eran como dos chiquillos acabados

de soltar de la escuela. Partieron a galope hacia el pueblo. Pasaron lentamente las horas. La manada no se movió media milla; la remuda, todavía menos. Brite no apartó la vista de un indio montado que, habiendo partido del puesto, vigilaba el campamento desde lejos.

Un poco después, cuando Brite se hallaba descansando, se sintió sobresaltado por unos disparos. Se levantó de un salto a tiempo para ver al espía indio galopando como un rayo a través del llano. Texas y Pan Handle, doscientos metros a la izquierda, hacían fuego a los *comanches* con la rapidez que permitían sus dedos. Su propósito era probablemente asustarlos —pensó Brite en cuyo caso habían conseguido plenamente su propósito. Ningún indio montaba tan bien como un comanche, y éste superaba todos los *records* a corta distancia. Ocurrió que se dirigía llanura abajo en una dirección que le conduciría a poca distancia del lejano extremo de la manada, donde había un vaquero de guardia. Este hombre, fuese Holden o Bender, vio al indio y disparó contra él con su fusil de búfalos. Desde ese instante hasta que se perdió de vista, el comanche se escondió contra el costado opuesto de su caballo.

Texas Joe venía hablando en el enérgico lenguaje de la llanura cuando entró en el campamento, y evidentemente había ocurrido algo que le irritaba.

—¿Qué te pasa, Texas? —preguntó Brite—. Yo me siento ahora contento.

—Usted está loco. ¿Sabe lo que hicimos? Pagamos a esos gañanes para que prendieran a los dos *comanches* y los retuvieran en casa de Doan un par de días. ¡Gran idea! Pero todo para nada. Ese indio al que nosotros disparábamos había contado nuestros vehículos, caballos, ganado y jinetes. Le tiramos a dar, pero iba demasiado lejos. ¿Qué demonios hacíais vosotros que no le visteis hace varias horas?

Brite mantuvo un discreto silencio.

—Jefe, las provisiones se acabarán pronto —continuó Texas conforme desmontaba—. Reddie, si tienes otro caballo a mano, yo iré a relevar a uno de los guardas.

—Lo mismo que yo —dijo Pan Handle.

—Echa un poco de comida pronto, Moze... Nuestro Ross Hice pasó por aquí anteayer por la mañana. Llevaba tres hombres consigo, uno de ellos herido de gravedad, pues tenía que ir amarrado a la sitia. Hite iba escupiendo fuego, y todos llevaban mal cariz.

—¿Se detuvieron en la tienda de Loan?

—Seguramente, según nos dijo Bud. Iban faltos de víveres y municiones. Llevaban solo dos caballos de carga. Probablemente no le veremos más el pelo hasta llegar a Dodge. Bud dice que pasa por Hays City y que viene a Dodge con frecuencia.

—Dejadle en paz, muchachos. No hay por qué andar buscando pelea —advirtió concisamente.

—Jefe, usted perdona fácilmente —dijo Texas con admiración—. Lo que ocurre es que yo no puedo ser así. En cuanto a Pan, recorrerá dos mil millas por toparse de

nuevo con Ross Hite. Y yo iré con él.

—Que no, tú no irás —intervino Reddie agriamente, con un punto rojo en cada mejilla.

—¡Vaya! Aquí tenemos a la chavala tan dominante como siempre. Brite, si me dan un mal balazo antes de llegar al final, deje que Reddie gobierne el equipo.

Texas Joe había descubierto un modo de hacer retroceder a Reddie, y lo ponía en práctica cada vez que tenía ocasión. Existía, ciertamente, la posibilidad de que el temerario vaquero perdiera la vida de un modo o de otro antes de terminar el viaje, y Reddie no podía soportar una alusión a esto sin descubrir su temor. A juzgar por sus ojos llameantes, probablemente le hubiera dado una fuerte réplica de no intervenir la llegada de Williams y Smiling Pete.

—Aquí estamos, para despachar la última comida a cuenta de Moze —dijo Williams jovialmente—. Siento verdaderamente tener que decir adiós a esta compañía. La gente adquiere una terrible intimidad durante un viaje como el nuestro.

—Reddie Bayne, ¿no quieres quedarte con nosotros? —preguntó Smiling Pete bromeando—. Nosotros no seremos tan dominantes para ti como ese Texas Joe.

—Gracias, Pete. Yo te guardo mucho afecto —repuso Reddie en el mismo tono—. Pero mi lugar está en Santone y el rancho de papá.

—¿Papá? —dijeron los cazadores al unísono.

—¡Claro! Mr. Brite me ha adoptado como hija.

—¡No! ¡No! ¡Qué suerte tiene el maldito! Y mira que todavía no es tan viejo. Puede que Hash y yo tengamos que enviar nuestras tarjetas a tu...

Pero Reddie corrió a ocultarse detrás de la galera.

—Vamos a ver, muchachos, guardad seriedad —dijo Brite—. Necesitamos que nos deis cuantas ideas se os ocurran para el resto del viaje.

El equipo de Brite partió del puesto de Doan antes de la salida del sol al día siguiente con cerca de seis mil cabezas de ganado. La manada de búfalos había seguido aparentemente a lo largo del río Rojo.

En la tarde de aquel día una banda de *comanches* salió de un desfiladero entre dos colinas y detuvo a la cabalgata. Brite galopó delante un tanto azorado, gritando por Reddie y diciéndole que dejara la remuda y le siguiera a él. Cuando llegó a la cabeza de la manada encontró a Texas Joe y Pan Handle con los demás jinetes, alineados ante unos treinta indios rechonchos, de pelo largo y rostro afilado.

—Jefe, le presento a Caballo Negro y su banda —dijo Texas, lacónico, en son de saludo.

—Salud, capitán —contestó Brite volviéndose hacia Caballo Negro. Este comanche no representaba su fama; parecía un piel roja ordinario, estólido e indiferente. No carecía enteramente de dignidad. Para Brite fue una sorpresa y un alivio. Pero sus ojos de basilisco podían tener mucho oculto. Brite lamentó que los

cazadores de búfalos no hubiesen ido con él.

—Salud —repuso Caballo Negro levantando lentamente la mano.

—¿Qué es lo que quieres?

—Carne.

Brite movió su mano, magnánima, sobre la manada.

—Toma la que quieras.

El comanche habló en gruñidos apagados a sus pieles rojas.

—Tabaco —continuó, fijando de nuevo sus inescrutables ojos oscuros en Brite.

—Mucho, en la galera —contestó Brite señalando a Moze que se acercaba al trote de su pareja de tiro. Caballo Negro miró hacia la galera, luego hacia la vasta manada y finalmente a los conductores, formidablemente armados y dispuestos en orden de batalla.

—Harina —resumió el jefe indio. Su inglés requería un oído bien acostumbrado, pero Brite comprendió y mostró su conformidad con un movimiento de cabeza.

—Café.

Brite levantó cinco dedos para designar el número de sacos que estaba dispuesto a donar.

—Habas.

—Montón saco grande —contestó Brite. Evidentemente, el indio no estaba acostumbrado a una tal generosidad por parte de un conductor de manadas.

—Jefe, este viejo diablo quiere que le neguemos algo —intervino Texas.

—Y seguirá pidiendo hasta que tenga que negárselo —añadió Pan Handle.

Moze llegó con la galera, que los indios montados rodearon en semicírculo, formando un guirigay, los ojos llenos de codicia. La cara negra de Moze no podía tornarse pálida, pero tenía una expresión bastante extraña.

—Apéate, Moze —ordenó Brite—. Abre tu caja y saca los artículos que hemos separado para este asunto.

—Sí, señor..., sí, señor —repuso el negro, presa de un miedo horroroso.

—Un saco de harina primero, Moze —dijo Brite—. Y échalo sobre su caballo. Haz como si pesara mucho.

Obviamente, esto último no era necesario. O el saco era pesado, o Moze había perdido fuerzas, pues lo cargó con gran traba jo y estuvo a punto de derribar a Caballo Negro de su mesteño. El indio dejó exclamar dos exclamaciones que sonaron como: «¡Ya! ¡Ya!». Pero no soltó la harina. Brite ordenó entonces a Moze que entregara a los otros *comanches* su generosa donación de tabaco, habas y café.

—Vaya, capitán, ya estás servido —dijo Brite haciendo una demostración de amistad.

—Harina —dijo Caballo Negro.

—Ya la tienes —repuso Brite señalando el gran saco. El indio movió enfáticamente la cabeza.

—¡Ladrón indecente! —exclamó Texas—. Quiere más. Jefe, éste es el momento

del aprieto. Si usted se deja, se lo llevará todo.

—Brite, no le dé nada más. Más vale pelear que morir de hambre —dijo Pan Handle.

Brite movió entonces la cabeza con el mismo énfasis y dijo:

—No más, capitán.

El comanche voceó en su lengua. Su talante no era tranquilizador.

—Montón pólvora. Balas —añadió Caballo Negro.

—No —declaró Brite.

El indio hizo su demanda con voz de trueno. Esto tuvo el efecto de despertar la ira de Brite, lo cual no era particularmente difícil. Brite movió la cabeza con un gesto lento y definitivo.

—¡Da todo a indio! —voceó el cabecilla.

—¡Da rayos a indio! —bramó Brite, súbitamente furioso.

—Así se habla, jefe —gritó Texas—. Usted le puede atemorizar.

—Brite, no ceda —prorrumpió la vibrante voz de Pan Handle—. Escuchad todos. Si llega el momento de pelear, Texas y yo daremos cuenta de Caballo Negro y de cuatro o cinco a cada lado de él. Los demás poned atención a los que van detrás.

—Reddie, tú escóndete detrás de la galera y tira desde allí —ordenó Texas.

Siguió entonces un alto. Era un momento crítico, con la vida y la muerte pendientes de un hilo. ¡Qué horrendas se tornaron las facciones de aquellos salvajes! El astuto y viejo comanche había hecho su alarde y se había topado con un límite. Probablemente comprendía más inglés de lo que fingía. No podía al menos dejar de comprender la actitud fría de aquellos ceñudos conductores de manadas.

—Muchachos, tenéis tiempo de apearos —dijo Texas, deslizándose de la silla y adelantándose frente a su caballo. En un momento, todos, excepto Brite, siguieron su ejemplo. Texas y Pan Handle sostenían un revólver en cada mano. A tan corta distancia podían hacer horrores antes de que los *comanches* tuvieran tiempo de apuntar con el rifle o requerir un arco. Caballo Negro comprendió sin duda que había hecho alarde ante el equipo que no debía. Con todo, no parecía abandonar su salvaje y dominante actitud.

Brite tuvo una inspiración.

—Capitán, nosotros ser buenos por ti. Nosotros dar montones. Pero no más. Si quieres pelear, nosotros peleamos... Dos manadas mañana.

Aquí, Brite levantó dos dedos y, señalando a su ganado, le dio a entender que venían más, sendero arriba.

—Mucho más. Tantos como búfalos. Hombres blancos con manadas vienen siempre. Dos lunas. —Y con las manos levantadas abrió los dedos repitiendo por señas lo que había dicho con palabras.

—¡Ohu! —exclamó Caballo Negro.

Comprendió. Aquella táctica persuasiva era el factor decisivo. El indio emitió sonidos agudos y guturales. Dos de sus secuaces se volvieron hacia la manada

colocando flechas en sus arcos. Cargado con el botín, del cual no cedería la más mínima parte por ningún sentimiento, Caballo Negro volvió entonces grupas y sin añadir palabra desapareció seguido de su banda.

—¡Escapamos por milagro! —dijo Brite respirando fuertemente, con un intenso alivio.

—En efecto. Pero por mayor milagro ha escapado ese comanche de cabeza redonda con su banda — declaró Texas—. Cometió un error, y se acercó demasiado. En diez minutos los hubiéramos barrido. ¿Eh, Pan?

—Yo quisiera haber abierto fuego —repuso Pan Handle con una voz extraña.

—Dejad las cosas como están, demonios —gritó Brite. —Jefe, seguiremos juntos hasta que pase la remuda —continuó Texas.

—¡Yuupi! No hay quien pueda con nosotros —voceó Deuce Ackerman, vigorosamente, echando la cabeza hacia atrás. Los demás mostraron su alivio con iguales o similares gritos salvajes.

—Yo no sé lo que esta cochina suerte nos tendrá guardado —observó Whittaker, suavemente, como para su capote. Era el más tranquilo de todos.

—El que se me adelantara a mí en atravesar a ese indecente piel roja, tendría que andar ligero —dijo Reddie fríamente.

—¡Santo Dios! ¡Esta chica está perdida! —exclamó Texas.

—¡Jo!, ¡jo!, ¡jo! —hizo el novato Bender.

Pero una segunda mirada al tosco joven de Pensilvania, con sus ojos de fiera y su rostro negro, convenció al ganadero de que los días de noviciado habían pasado para Bender. Él mismo sentía levantarse el espíritu frío, duro y salvaje del vaquero.

—Adelante, muchachos —ordenó—. Cuando hayamos pasado el Canadiense estaremos a más de la mitad del camino.

—Iremos de prisa, jefe —repuso Texas con ceño—. Tenemos que avivar la marcha de estos perezosos cuernos-musgosos, que no hacen más que holgar y criar grasa.

Hicieron diez millas antes de la noche, realizando así la jornada más larga desde que habían partido de San Antonio. La noche se presentó oscura, con rumor de truenos y relámpagos en la lejanía. El fatigado ganado se acostó temprano y se mantuvo tranquilo toda la noche. La mañana apareció encapotada y amenazante, con un viento fresco que soplaba del Norte por sobre la manada. Pronto empezó a disminuir la luz hasta que el día era casi tan oscuro como la noche. Una terrorífica tormenta de granizo se destapó sobre los infortunados conductores y su manada. Los pedriscos se hacían mayores conforme avanzaba la tormenta, hasta que los perdigones de hielo gris se hicieron tan grandes como nueces. De sufrir una severa pedrea, los conductores pasaron a un extremado peligro de muerte. Se habían visto forzados a proteger sus cabezas con cuanto hallaban a mano. Reddie Bayne fue derribada de su caballo y llevada sin conocimiento a la galera; San Sabe se balanceaba en la silla como un borracho; Texas Joe lió su chaqueta en torno a su

sombrero, y gritaba cuando los pedriscos rebotaban en su cabeza; magullados y sangrientos, los demás conductores parecían haber tomado parte en un feroz combate pugilístico.

Cuando este extraño fenómeno de la Naturaleza hubo pasado, el suelo estaba cubierto de una capa de pedrisco de medio pie de espesor. Antílopes y liebres muertos alfombraban el llano, y en todo lo que Brite podía alcanzar con la vista hacia atrás, no había sino reses aturdidas, echadas en el suelo o que se movían tambaleándose.

—¿No os he dicho yo que iban a ocurrir cosas? —dijo Texas a sus compañeros aquella noche en el campamento; todos estaban doloridos y magullados—. Pero menos mal, con tal de que los búfalos no se atraviesen en el camino.

Al otro día recibieron la visita de algunos miembros de una tribu de *kiowas* que se suponían en relaciones amistosas con los blancos. Habían cambiado «montón grande palabras de paz» con el Tío Sam. Brite no dio tanto como en el caso de los *comanches*, pero tampoco se mostró del todo mezquino.

Por la noche, estos salvajes atacaron el extremo sur de la manada. De qué modo había sido hecho no se supo hasta el día siguiente, cuando entre el ganado disperso se halló un cornilargo aquí y otro allá con una flecha enterrada en el cuerpo. Algunos tuvieron que ser rematados. La manada no fue puesta en movimiento hasta que todas las vacas y toros extraviados se recobraron. Fueron tres días de penoso galopar durante el día y de guardia rigurosa durante la noche. Texas Joe y sus conductores pasaron a lo que San Sabe calificó de una lucha de delirio y de locura.

Amargo como la hiel fue para ellos ver que les pasaban delante dos manadas y que avanzaban firmemente hacia el frente. ¡Después de siete semanas o más de ir a la cabeza! Pero Brite no lo tomó tan a pecho. Otras manadas (y las dos juntas no eran tan grandes como la suya) recibirían ahora el choque de lo que hubiese delante.

Aquel cuarto día, cuando se habían puesto de nuevo en marcha, los búfalos hicieron una vez más su aparición. Unos soldados de Fort Cobb, un puesto que se hallaba a cuarenta millas al este del sendero, informaron a Brite que habían tenido que retroceder ante la enorme e impenetrable masa de búfalos que había pocas millas al oeste. Habían ido siguiendo a una banda de apaches merodeadores desde el Llano Estacado.

Los jinetes de Brite siguieron adelante y sus dificultades se multiplicaron. Las desbandadas se hicieron frecuentes; las tormentas y las crecidas retardaron su avance; la galera, haciendo agua por su fondo en forma de bote, tuvo que ser pasada casi en el aire a través de la rama norte del Rojo. A veces se hizo necesario construir pontones, y los jinetes tenían que echar a nado sus caballos mientras ellos sostenían los pontones en su lugar. Pero siguieron tenazmente adelante, su mayoral frío y fuerte en recursos, todos empeñados en llevar a cabo este viaje aparentemente imposible.

El arroyo Pond, que nacía sesenta millas al noroeste de Fort Cobb, era un objetivo del cual Texas habló durante veinticuatro horas, y forzó la marcha durante un día entero para llegar a él.

Brite tuvo un mal presentimiento cuando, a la puesta del sol de aquel día, subió a la cima de un cerro y vio que la manada iba ganando impulso cuesta abajo, atraída por la vista y el olor del agua después de un seco y caluroso día de viaje.

Este arroyo, generalmente muy poco profundo, estaba lleno hasta los bordes, formando una corriente rápida y estrecha extremadamente peligrosa en aquel estado para hombres y bestias. No había llovido aquel día en ninguna de las regiones que atravesara la manada. Texas Joe tenía razón para suponer que el arroyo Pond estaría a su nivel normal, y había dejado ir a la manada cuesta abajo sin antes explorar el camino como solía hacer. Ahora era demasiado tarde, a no ser que pudieran detener la marcha.

Brite espolé a su caballo cuesta abajo, volviendo la cabeza para gritar a Reddie que se diese prisa. A cada lado, los jinetes avanzaban hacia el frente inspirados sin duda por Texas Joe, que se había lanzado a una carrera frenética. Era un descenso difícil, según Brite pudo descubrir por sí mismo cuando fue lanzado por sobre la cabeza de su caballo, al caer éste y causar a su amo una caída regular.

Reddie se apresuró a apearse y corrió a su lado.

—¡Oh, papá! ¡Qué caída! —exclamó—. Creí que se iba a romper la nuca... Levántese. ¿Está todo usted aquí? Déjeme palpar.

—Creo que... no ha saltado nada —gruñó el ganadero levantándose con trabajo—. Si el suelo no hubiera sido blando... Bueno, tú...

—¡Dios de Dios! ¡Papá, mira! —exclamó Reddie frenéticamente—. Huyen con pavor cuesta abajo.

Brite se levantó y un momento se quedó de pie contemplando la escena. Un tremendo fragor de pisadas y encontronazos penetrado por un desgarrado coro de berridos resonaba en sus orejas.

—Reddie, no es más que el extremo posterior el que se ha desmandado —dijo en voz alta.

—Sí. Pero empujan a los de delante.

—Corre. Podemos prestar ayuda. Pero no te expongamos.

Galoparon hacia abajo a lo largo del flanco del ganado hasta llegar a la punta de la manada, que iba escasamente a un cuarto de milla del río.

Los conductores se hallaban apiñados allí, gritando, galopando, disparando sus revólveres y lanzando sus caballos contra los viejos cuernos-musgosos que iban delante. Reddie y Brite se adelantaron a prestar ayuda, ciñéndose a la parte de fuera.

Siguió entonces una carga presionante, rápida y desesperada por parte de los conductores para mantener el frente de la manada. Era una ardua tarea. Texas Joe voceaba órdenes a través de sus labios pálidos, pero ninguno de los otros, de cerca ni de lejos, podía oírlos. Los toros y los novillos habían sido detenidos, pero como el resto ejercía presión detrás de ellos, comenzaron a agitar sus grandes y cornudas cabezas, a mugir y a doblar en sesgo cuesta arriba. La masa de ganado que venía por la parte más empinada del recuesto, enloquecida ahora por la sed, no podía ser

contenida por la línea delantera.

—¡¡Atrás!! —gritó Texas con voz estentórea agitando sus brazos hacia los jinetes. Todos, con excepción de San Sabe, oyeron el grito o vieron la señal y partieron al galope hacia ambos lados. Deuce, Texas, Reddie, Whittaker y Bender llegaron a campo libre detrás de Brite en el momento justo en que un terrible quejido pasó a través de la manada.

Los desesperados gritos y señales de Texas Joe activaron el esfuerzo de todos los demás por hacerse oír de San Sabe. Su posición era extremadamente peligrosa, por hallarse exactamente delante de la manada, que se extendía hacia él. Su caballo se encabritaba. San Sabe, con un revólver en cada mano, hacía fuego a quema ropa contra los delanteros. Pan Handle, Holden y Little, que pasaban veloces en sus aterrorizados caballos, fracasaron en su intento de hacerse ver y oír. ¡Qué fiera y apasionada su acción! Sin sombrero ni chaqueta, con el pelo suelto, este vaquero mestizo hacía frente a la enloquecida manada con un instinto de mil años de dominio sobre el ganado.

La línea de cabezas cornudas se curvó a cada extremo, como si se hubiera roto una represa por donde se juntaba a las orillas. De súbito, el centro empezó entonces a ceder con aquel peculiar fragor de cuernos, pezuñas y cuerpos. Como un torrente se desbordó hacia San Sabe. Su caballo dio un magnífico salto atrás y hacia un lado, escapando justamente al alud. El caballo comprendió, si no San Sabe, que era imposible escapar hacia ninguno de los lados. Empujado por los cuernos de los toros, partió en dirección al río.

Pero no adelantó un metro a los veloces cornilargos, impelidos por miles de cuerpos que se precipitaban sobre ellos. Para horror de los que lo veían, parecía que, de hecho, la flexible manada se adelantaba a San Sabe. Su caballo tropezó al borde de la orilla y se desplomó. El jinete fue lanzado hacia delante. Un instante después una viviente muralla de animales se desprendió sobre el borde con un sordo y hueco fragor y, como por arte de magia, quedó borrada la orilla.

## XV

Brite contemplaba, mudo, el temible y emocionante espectáculo. Una gigantesca oleada se hinchó y precipitó a través del río contra la orilla opuesta. Un momento después, la estrecha franja de agua turbia había desaparecido, y en su lugar se veía un río de astas erizadas, densamente apiñadas, que se retorcían, se sumergían, reaparecían de nuevo y se desprendían hacia abajo con la corriente. Si no hubiera sido por aquella corriente profunda, el lecho del arroyo se habría llenado de ganado de una a otra orilla y la masa de la manada se hubiera lanzado al través sobre cientos de reses muertas.

En un espacio increíblemente corto, la manada entera se había echado al río, ocupando sucesivamente cada fila el lugar de las reses que eran arrastradas por la corriente. De la zambullida a troche y moche, el ganado pasó a nadar a troche y moche. Y cuando la última fila se echó al agua, la línea delantera, a gran distancia río abajo, ganaba la orilla opuesta.

El paso de un estrepitoso fragor de cuernos y chapuzones a un extraño silencio parecía tan milagroso como el que la manada se hubiese salvado. El ímpetu y la corriente forzaron a los enloquecidos animales a través del río. Doscientos metros más abajo toda la inclinada orilla opuesta estaba cubierta de ganado, y a medida que centenares de reses salían del agua, otras tantas ocupaban su lugar, de modo que la avanzante marea de astas y cabezas no hallaba obstáculo a su paso. Era la vista más extraordinaria que Brite recordaba en relación con el ganado.

Texas Joe fue el primero en salir de su arrobamiento.

—¡El imbécil! —exclamó con voz de trueno, añadiendo una terrible blasfemia; su rostro estaba convulso; de sus ojos cerrados brotaban lágrimas y, con los labios apretados y las mejillas hundidas y rígidas, parecía mirar ciegamente al cielo, invocando auxilio cuando nada tenía remedio, rindiéndose en aquel momento trágico al inevitable y cruel destino del conductor de manadas.

Pan Handle partió a caballo hacia el lugar de la orilla por donde había desaparecido San Sabe. Su camarada Holden le siguió lentamente. Rolly Little permanecía como petrificado en su caballo.

Brite se acordó de Reddie y se apresuró a ir a su lado. Ella se inclinó temblando, la frente baja, sujetándose al pomo del arzón.

—Ten valor, Reddie —dijo Brite roncamente, aunque también profundamente conmovido—. Tenemos que seguir adelante.

—¡Oh, si habíamos llegado a ser... como de la misma familia! —exclamó la chica levantando la frente.

—Reddie, trae la remuda —gritó Texas con voz estridente—. Deuce, llama a Holden y seguid a la manada. Los demás ayudadme a pasar la galera.

La noche cayó de nuevo en silencio, salvo el rumor de la corriente y los extraños chasquidos del agua de resaca cargada de arena. Moze bullía silenciosamente en torno a la hoguera. Varios de los conductores se hallaban comiendo, como si esta tarea fuera una obligación igual que las otras. Texas, Pan Handle, Deuce y Rolly estaban de guardia, hambrientos, mojados y tristes. Reddie se había acostado sin cenar. Brite estaba sentado, secándose las piernas, en lucha con su conciencia. ¡Tres rostros jóvenes aparecían, espectrales, por las blancas pavesas del fuego!

Al otro día, los conductores, a punto de reventar poco antes, estaban como si nada hubiese ocurrido. Los obstáculos levantaban sus ánimos y ahogaban sus recuerdos. El arroyo Deer estaba seco del todo. El ganado pasó el día siguiente sin agua. Una tercera jornada sobre millas de terreno yermo y arena movediza condujo al ganado, así como a los caballos, a una precaria situación. Durante toda la noche, la manada se movió en círculos como el incesante remolino de un río, mugiendo y berreando. ¡Aquella noche, el equipo entero se la pasó en vela! Si a la mañana siguiente hallaban seca y llena de polvo una rama del Canadiense del sur, sería el fin.

Unos indios se detuvieron junto a Moze aquella noche.

—¡No agua! —dijeron. Los búfalos habían torcido hacia el Oeste.

Al amanecer, los conductores azuzaron a la manada, y la agujonearon sin compasión. El sol se levantó rojo en un círculo de cobre. Velos de calor se alzaban de la arena y flotaban en el aire. A varias millas del afluente del Canadiense, los cuernos-musgosos olfatearon el agua. Los jinetes no podían contenerlos. Nada podía detener a aquellos animales enloquecidos por la sed. Cuando los delanteros se lanzaron a la carrera, toda la manada se precipitó a la vez con el mismo furor. Los conductores galopaban frenéticamente, pero sin esperanza de contener el pánico. El ganado siguió avanzando con su fragor de trueno haciendo temblar la orilla y levantando una enorme polvareda gualda.

El río contuvo aquella carrera y salvó a Brite de una pérdida incalculable. Una vez pasado el afluente sur, ya en la llanura de pastos nuevamente, los conductores de manadas olvidaron el pasado y pensaron sólo en el porvenir. Los días fueron pasando. En el arroyo Wolf encontraron la manada de búfalos, por tanto tiempo buscada, cuyos estropeados flecos llegaban hasta el Este. Texas Joe dio un día de descanso a su equipo y a su manada en este agradable campamento.

Una noche bochornosa presagiaba tormenta. Pero las interminables horas se fueron deslizado hasta él amanecer, y el tórrido día pasó sin lluvia. Texas Joe, presintiendo otra tormenta, condujo la manada a la entrada de un estrecho valle de laderas escarpadas y fácil de guardar.

—No me gusta este tiempo —dijo Whittaker, rompiendo un sombrío silencio junto a la hoguera.

—¿A quién le ha de gustar? —intervino Texas Joe con cansancio—. Pero un buen

aguacero sería una ayuda.

—Seguramente, si lloviera agua.

—Todavía llevo chichones en la cabeza —dijo otro.

—Reddie, ¿cómo está la remuda?

—Muy extraña —respondió ella—. Venteando, dando patadas y llena de impaciencia.

Brite temía que la peculiar condición de la tierra, atmósfera y cielo presagiase una de aquellas raras, pavorosas y devastadoras tormentas eléctricas que habían dado fama a esta región. Recordó lo que los conductores de manadas habían dicho, que parecía demasiado fantástico para ser creído. Pero estaban presentes la extraña y rojiza puesta de sol, el crepúsculo, sofocante y absolutamente quieto, el cielo borroso, que no había ocultado aún totalmente a las pálidas estrellas; la tierra espectral.

—¡Se acerca el fin del mundo! —exclamó Texas Joe. Como todo hombre del campo, acostumbrado a los fenómenos atmosféricos, era supersticioso y reconocía una misteriosa omnisciencia de la Naturaleza.

—Bonita noche, querida, para estarse uno quieto en su casita —bromeó Rolly Little.

—Rolly, ni tú ni la pizpireta pelirroja veréis nunca más un hogar —dijo Ackerman fatídicamente.

—Todas las pelirrojas son pizpiretas y volubles —filosofó Texas.

Reddie oyó, pero esta vez le faltó el resorte de su audacia. Se hallaba embebida de gravedad.

—Tex... Papá... esto no es natural —dijo nerviosamente.

—Lo que quiera que sea, chiquilla, tiene que pasar, y puede que, Dios mediante, no nos haga daño a nosotros —repuso el ganadero.

—Jefe, ¿será una de esas tormentas en que la electricidad corre como el agua? —preguntó Texas.

—Yo no sé, Tex; pero he oído decir que cuando el cielo semeja un gran globo de cristal blanco con una luz encendida dentro, es que va a estallar dejando caer un millón de estrellas brincadoras, bolas, ristras y chispas.

Texas se puso en pie, rígido y de mal semblante.

—Cada uno a su caballo. Si nos vamos a ir al infierno, iremos todos juntos.

Partieron a caballo a reunirse con los cuatro que estaban de guardia.

—¿Qué va a salir de esto? —gritó Less Holden, conforme los otros llegaban al alcance de su voz.

—Estamos jugando con la muerte, vaquero —repuso Texas Joe.

Esto mismo le parecía a Brite. Las condiciones sobrenaturales aumentaban imperceptiblemente. Se hizo tan claro que los rostros de los jinetes brillaban como mármol a la luna. No había sombras. La oscuridad de la noche había sido eliminada y, sin embargo, no había luna y las estrellas se habían desvanecido en el globo celeste.

—Podemos contenerlos aquí, si es que no cogen pánico —dijo Texas—. ¿Qué hace el ganado, Less?

—Lo que puedo decir es que no pace, y la remuda parece que ha enloquecido.

Brite siguió a Reddie hasta el oscuro parche de mesteños, apiñados bajo el muro occidental. Este terraplén era lo bastante alto y escarpado para que los mesteños no pudieran trepar por él. Un cosquilleo inquietante pasaba a través de la masa. Al sentir llegar los jinetes se alejaron en tropel con un sordo rumor de cascos.

—¿No puedes cantarles para sosegarlos, Reddie? —preguntó Brite.

—Trataré de hacerlo, pero la verdad es que no me siento ruiseñor esta noche —repuso Reddie—. No he oído cantar a ninguno de los muchachos.

Reddie comenzó a cantar en tono bajo y trémulo «La Paloma», y conforme iban pasando las notas, su voz dulce y plañidera se hacía más fuerte. La extraña atmósfera parecía intensificarla, hasta que hacia el final se hallaba cantando con un vigor y una belleza que embelesaban al ganadero. Cuando ella hubo terminado, Texas Joe, que rara vez cantaba, rompió el silencio con su fiera y penetrante voz de tenor, y luego todos los demás empezaron a cantar enlazando sus voces en una maravillosa vibración a lo largo del valle solitario. La remuda se sosegó, y al fin la gran manada parecía encadenada a la música.

Los conductores de manadas cantaron a coro y en cuartetos, dúos y solos hasta que agotaron su limitado repertorio, y su potencia vocal.

Cuando ya no tenían más que dar, se había hecho tarde, y como en respuesta de la lejanía esteparia se fue acercando el sordo rumor de un trueno, mientras que pálidas llamaradas de relámpagos cruzaban el cielo.

Los jinetes aguardaron sentados en sus monturas. El que estuvieran impacientes, el que no fumasen ni permaneciesen tranquilos, demostraba lo anormal de la hora. Se mantuvieron juntos y hablaban con frecuencia. Brite observó que Reddie rara vez dejaba que su inquieto caballo negro se separara dos metros de los otros.

El resonar del trueno y los extraños relámpagos podían presagiar tormenta, pero, aparentemente, ésta no se acercaba más. Brite observó que el singular resplandor parecía más intenso. El aire bochornoso y soñoliento se hizo más denso. Tenía peso. Parecía formar sobre el ganado y los hombres como una capa transparente.

De pronto, el cielo fue rasgado por terroríficas lanzas de relámpagos que dieron salida a un sonido cortante y crujiente. La lluvia empezó a caer, pero no en cantidad. Brite esperó por el estallido del trueno, pero no tuvo lugar. Entonces reconoció con certeza los síntomas de una tormenta eléctrica conforme se la habían descrito.

—Muchachos, no queda sino dejarse galvanizar —dijo—. Estamos tan seguros aquí como en cualquier parte. No podemos hacer más que esperar y contener al ganado. Pero si lo que me han contado es verdad, todavía les entrará el pánico.

—Aquí estamos nosotros, jefe —gritó Texas, y otro grito tranquilizador brotó de Pan Handle.

—¡Oh papá! —exclamó Reddie—. ¡Pase la mano por la crin de su caballo!

Brite hizo lo que le decía, sobrecogiéndose al sentir el crujido y siseo de una corriente de chispas que se extendía hasta las orejas de su caballo. Brite saltó como si le hubieran dado un tiro. No volvió a intentar hacer aquello... Pero miró a Reddie. Un fluido eléctrico parecía jugar y arder con fuego verdense a través de la crin del negro, corriendo hasta las puntas de sus orejas, donde estallaba. Al obediente caballo no le gustaba esto, pero se mantenía firme, sin hacer más que algunas cabriolas.

—Niña, el aire está cargado —dijo Brite temerosamente.

—¡Sí, papá; y va a reventar! —chilló Reddie, mientras la llanura entera resplandecía bajo la blanca cúpula.

Los roncros gritos de los vaqueros sonaron como si se los arrancaran. Pero después de aquella explosión permanecieron mudos. Brite había cerrado involuntariamente los ojos al intenso resplandor. Pero aun con los párpados fuertemente apretados veía los destellos de los relámpagos. Los abrió para ver un asombroso alarde a través de los cielos. Los relámpagos se sucedían iluminando el firmamento y si les seguía algún trueno era débil y lejano. Los relámpagos brotaban de todos lados hacia el cenit, cruzándolo, y parecían prender fuego al techo de los cielos.

La remuda se contrajo, temblando, densamente apiñada, demasiado paralizada para huir. El ganado se heló en sus veredas, bajas las cabezas, mugiendo lastimosamente.

La tiniebla se había borrado de la tierra. ¡Ni una sombra bajo el muro! ¡Ni una sombra de caballo y jinete en el suelo! De pronto, el difuso relámpago se concretó en relámpagos de horquilla: magníficas ramas de fuego blanco que listaban el cielo. Éstos fueron sucedidos con la misma precipitación por largas cuerdas o ristas de relámpagos.

Gradualmente, los caballos se fueron arracimando, si no a instigación de sus jinetes, por propia voluntad. Se rozaban los costados; escondían las cabezas unos contra otros.

—¡Dios de Dios! ¡Esto es terrible! —exclamó Texas roncamente—. Hemos de salir del camino. Cuando este infierno haya pasado, la manada se desmandará enloquecida.

—Tex, han caído rayos sobre la manada —gritó Holden—. Veo ganado tendido.

—Aquí, hombres, fuera del desfiladero —voceó Brite.

Salieron a pleno valle, fuera de la estrecha garganta, y, caso extraño, la remuda siguió detrás de ellos, moviéndose en un solo cuerpo. Los animales se movían con las cabezas vueltas hacia el muro, de modo que, en realidad, marchaban hacia atrás.

Los relámpagos de trenza o cadena aumentaron en número, resplandor, longitud y anchura hasta que todos, en un instante maravilloso, se fundieron en un dosel que abrazaba toda la latitud de un cielo azulísimo, demasiado ardiente para la vista del hombre. Brite no podría decir cuánto duró aquel terrorífico fenómeno, pero cuando, a las roncros voces de sus jinetes, abrió de nuevo los ojos, el pavoroso resplandor azul

del cielo se había transformado en globos de relámpagos.

Éste fue el momento en que Brite creyó volverse loco. Y estos valerosos jinetes participaban de la emoción que le embargaba a él. Miraban, con la boca abierta y los ojos desorbitados, los globos amarillos que surgían como de la nada, rodaban por las laderas del cielo y saltaban estallando en resonantes destellos. Parecía que las bolas de fuego eran disparadas en toda dirección acompañadas de los largos alaridos de los animales aterrorizados.

Brite cogió a la casi desvanecida Reddie en sus brazos y la apretó fuertemente. Esperaba la muerte a cada instante. Bolas de fuego en zigzag aumentaban en número, tamaño y velocidad hasta que la tierra fue cruzada por ellas en todas direcciones. Corrían juntas para estallar en pedazos o fundirse en otras mayores. Entonces, para más horror, lo que a Brite le parecía alucinación de sus ojos, estas fantásticas bolas dieron en correr sobre el ala de su sombrero. Y sin embargo, no le hirieron de muerte, como parecía inevitable.

De pronto, Brite se percató del calor, el intenso y sulfuroso calor que le envolvía como una manta de llamas. Coincidiendo con esto, las rodantes y volátiles bolas, lo mismo que las cadenas de relámpagos que las habían precedido, se fundieron, con un extraño sonido crepitante, en una transparente niebla blanca.

El aire desprendía un humo de azufre quemado, y contenía escasamente el oxígeno necesario para mantener vivos a hombres y bestias. Gracias a su extremada fuerza de voluntad, no llegó a caer Brite de su caballo, con Reddie inconsciente en sus brazos. Los hombres tosían como si estuvieran medio estrangulados. Estaban desconcertados. La manada había desaparecido en esta extraña y descolorida atmósfera. Los estallidos y crepitaciones de las chispas habían cesado.

Lentamente, aquella niebla se fue levantando como una cortina para descubrir a los ojos de Brite las oscuras formas de caballos y jinetes. Un aire más fresco sucedió al calor. Un vasto estremecimiento de alivio pasó por la manada, y pareció vivificar igualmente a sus conductores.

—Compañeros, ¿estamos en el infierno? —gritó Texas Joe con voz ronca—. ¿O hemos salido de él?... Muchachos, todo ha pasado. Estamos vivos para contarlo... ¡Ho! ¡Ho el equipo de Brite en el Canadiense!... La manada se arremolina, muchachos. ¡Andando! Arread, vaqueros... ¡Dios mío! Nuestra suerte es grande. ¡No mala, sino grande!... Y ahora, adelante hasta Dodge... Arread, vaqueros. ¡A la carga y tirar a matar!... Ha pasado la noche y se ha abierto el día.

—¡Ji!, ¡ji!, ¡ji!, ¡ji! —hacían los conductores volviendo los delanteros hacia atrás.

A la luz gris del amanecer, Brite sostuvo a la vacilante Reddie en su silla, de vuelta al campamento.

—¡Papá, mi remuda!... ¿Dónde está? —sollozó ella.

—Dentro, muchacha; dentro de esa fila de valientes — repuso el viejo

ganadero—. ¡Sana y salva!

Sólo la realidad de la salida del sol, la mañana tranquila con su dulce aire clarificado, la tierra sólida bajo sus pies y el ganado paciendo podían haber disipado la sulfurosa pesadilla de aquellas horas.

Texas Joe entró en el campamento, se desprendió de la silla y marchó cojeando hacia la hoguera.

Estiró sus largos brazos, como para abarcar toda la fresca dulzura de la mañana.

—¡En camino, compañeros! Está hecha ya la punta de la manada —dijo con voz conmovida—. Dadme un cubo de café, si es que no hay ningún licor. —Se dejó caer sobre un fardo protegiendo su pierna coja—. Todos mis pecados han sido purgados. El infierno que merecía lo pasé anoche.

Al cabo de otros cinco días, que parecieron interminables, y a fuerza de tenacidad y vigilancia, el equipo de Brite atravesó el afluente norte del Canadiense y acampó junto al arroyo llamado Oreja de Conejo.

El día antes habían pasado por Camp Supply a media mañana. Texas Joe era demasiado cuerdo para hacer alto. Brite entró allí con la galera.

El campamento estaba lleno de soldados, indios, gañanes y hombres barbudos sin ocupación aparente. Hervía de rumores acerca de la matanza de la caravana a la cual Hardy había esperado incorporarse en Fort Still, de las manadas del sendero al norte y al sur, de las bandas de ladrones de ganado que operaban en Kansas y se daban cita en el Territorio Indio, de los veinte millones de búfalos que había entre los ríos Arkansas y Canadiense, y del infierno que se había destapado en Dodge y Abilene. Brite guardó estas informaciones para sí. Los vaqueros iban bastante tétricos, y de algún modo lograrían salir adelante.

—¿En qué tiempo estaremos? —preguntó Whittaker, soñoliento, sentado en compañía de otros en el campamento.

—La puesta del sol. ¿No ves, o es que estás tarumba? —replicó Ackerman.

—Desde luego. Pero he querido decir el mes y el día.

—Dios lo sabe... Para mí, da lo mismo.

—Apuesto mis espuelas a que Holden puede hacer el cálculo. Es un bicho raro. Pero yo le quiero mucho. ¿Tú no?

—No estoy muy seguro de eso —repuso Deuce con ceño.

Brite había notado más de una vez cuán fieles habían sido entre sí los vaqueros de Uvalde, y cómo Ackerson parecía velar con celo por su compañero Little, ahora que los otros habían desaparecido. La pérdida de San Sabe había sido un rudo golpe para Deuce.

—De todos modos, yo le preguntaré —continuó Whittaker—. Less —gritó —, ¿puedes calcular tú en qué día estamos?

—Seguramente. Soy un calendario andante —replicó Holden, con aire de

importancia, sacando una bolsa de tabaco de su bolsillo—. Pero no se lo digas a Tex. Él no quiere saber dónde ni en qué día se encuentra. Holden sacó un puñado de piedrecitas de la bolsa y empezó a contarlas cuidadosamente. Cuando hubo terminado, dijo:

—¡Rayos, cómo van sumando! Cincuenta y seis... Cincuenta y seis días fuera; cincuenta y siete con el de hoy. Compañeros, sólo faltan tres días para llevar dos meses en el sendero.

—¡Vaya una tirada! —exclamó Whittaker.

—¿Entonces, estamos cerca de agosto? —inquirió Ackerman, pensativo—. Debemos llegar a Dodge a fines de agosto... Me pregunto cómo le irá a esa caravana de Fort Still... Jefe, me he olvidado de preguntarle. ¿Ha oído usted algo acerca de aquella caravana que Doan esperaba en Fort Still?

Brite no pudo mirar a los ojos oscuros y anhelantes del vaquero ni decir la verdad.

Al otro día, a medio camino hacia el arroyo Sand, Texas Joe se levantó en los estribos y dio la noticia de que había búfalos a la vista. Esto había sido esperado día tras día. En alguna parte al norte del Canadiense la gran manada cruzaría el sendero de Chisholm.

Pronto percibió Brite las oscuras y desflecadas líneas de la manada de búfalos. Apenas parecían moverse. Sin embargo, después de un intervalo, cuando volvió a mirar, los extremos desparramados se hallaban más cerca. Texas Joe hizo alto en campo seco a una hora temprana del día. Todas las conversaciones habidas junto a la hoguera giraban en torno a los búfalos.

—No hay nada que temer, siguiendo a la par de ellos.

—Eso dices tú.

—Puede que por la mañana viren hacia el Oeste.

—Pero supongamos que continúen hacia el Este, a través del sendero. ¿En ese caso, qué?

—Los conductores de manadas jamás retroceden.

—¿Y pudiéramos ser aplanados por una inmensidad de búfalos, con ganado, galera, caballos y todo?

—Reconozco que sí... Jefe, ¿no ha oído usted hablar de eso?

—¿De qué? —preguntó Brite, aunque había oído bastante claramente.

—De un equipo cercado por los búfalos.

—¡Claro que sí! Ocurre con frecuencia. El ganado sigue paciendo con los búfalos.

—¡Ah, ya! ¿Y qué ocurriría si los búfalos empezaran a correr, espantados? Treinta millones de búfalos moviéndose todos a la vez.

—¡Dios mío! Vaquero, eso es inconcebible.

—Apostaría mi último cigarrillo a que ocurre.

Así continuaron hablando, algunos con optimismo, otros con lo contrario, todos despreocupados, atrevidos e invariables. La mañana reveló unas largas franjas de búfalos cruzando el sendero ante ellos.

Durante todo el día, la manada de Brite tuvo monstruos hirsutos por compañeros; filas cortas, largas y delgadas trenzas, racimos y grupos, dos, tres y cuatrocientos búfalos paciendо holgadamente a lo largo, contentos e indiferentes. El arroyo Sand ofrecía un agradable sitio para acampar y pastos para el ganado. Los cuernos-musgosos parecían tan satisfechos como sus lanudos hermanos. Se sosegaron temprano y no dieron trabajo. Los guardas durmieron en sus caballos.

Durante todo el otro día, el sendero siguió a lo largo del arroyo. Los conductores dirigieron su atención hacia las detonaciones de los fusiles de aguja que sonaban al sur y al este. ¡Cazadores en los arrabales de la gran manada de búfalos, o conductores de ganado que se aproximaban! Aquel día, una larga fila negra de búfalos cruzó por detrás de la manada de Brite y virando hacia el Norte siguió paralelamente a ella. Esta fila no tenía fin. Detrás, hacia el Oeste, la ola negra, como una marea de lava que se moviera imperceptiblemente, aumentaba con lentitud desbordándose sobre la manada de ganado. ¡Qué insignificante y diminuto aquel rebaño de seis mil cornilargos ahora! Era sólo una gota en el pozal de la Gran Llanura.

Pero el Oeste y el Norte continuaban abiertos, al menos en lo que alcanzaba la vista. Brite pensó que había cruzado directamente frente a la masa de búfalos. Podían marchar con aquella tranquilidad durante varios días; y entonces, el remolino de una tempestad de polvo u otra causa cualquiera, podía lanzarlos en una de aquellas estupendas y frenéticas carreras que haría de ellos un alud inmenso.

El arroyo Sand se fundía con el Búfalo, una corriente profunda, fresca y orillada de sauces donde florecía todo el frondoso follaje de la llanura. Texas hizo el campamento en el lugar donde se encontraban estos riachuelos.

—Descansaremos aquí un día o dos —dijo—. Un poco de lomo de búfalo no vendrá mal... Reddie, ¿quieres matar un búfalo?

—No. Soy demasiado tierna de corazón —repuso ella, pensativa—. He visto muchas lindas ternerillas de búfalos. Pudiera matar a la madre de una de ellas.

—¿Tierna de corazón? ¡Vaya una sorpresa! —dijo Texas suavemente. Se había moderado mucho durante los últimos días, y rara vez incurría en sus chocarrerías—. Todos habíamos creído que eras una matadora.

—¡Oh, los pieles rojas, los mejicanos, los ladrones de ganado y un vaquero de vez en cuando no entran en cuenta!

—Comprendo. Pero yo he querido decir matadora con tu revólver, no con tus rizos dorados, tus ojos chispeantes, ni con esas formas que ningún traje masculino puede ocultar.

Reddie se desvaneció rápida y silenciosamente en el aire. Aquélla fue la única broma que se gastó en el campamento durante la noche.

—Quisiera que Hash Williams hubiese venido con nosotros —dijo Texas,

pensativo.

—Pero, Texas, ¿qué demonios importa ahora?

—Mucho. Si supiéramos lo que estos molestos búfalos iban a hacer...

—Ya. Pero desde el momento en que tenemos que seguir adelante, no vale la pena pensar otra cosa.

—Pero acaso los búfalos deriven al margen.

—¿Qué? ¿La manada? Jamás este verano. Son tan numerosos como los copetes de grama.

—¿Qué piensa usted, jefe? —preguntó el mayoral, mostrando que necesitaba de la opinión ajena para sostener su juicio.

—Espera hasta la mañana —aconsejó el ganadero.

La mañana sacó a la luz menos búfalos y más espacio; sin embargo, al Este, Sur y Oeste las filas negras aparecían descollantes sobre la verde extensión. Sólo el Norte estaba claro.

—¡Aguzad la manada! —ordenó Brite, impulsado a la vez por temores y esperanzas.

—Ya lo iba yo a hacer —dijo Texas Joe—. Sólo podemos morir una vez. Si vamos a morir, que sea cuanto antes. Este morir por días y horas es como tratar de ganar el amor de una mujer.

Si Joe lo hubiera sabido —si hubiese visto la luz en los ojos de Reddie como la veía Brite —se habría dado cuenta de que eso se podía ganar por las mismas cosas en que tan poco pensaba él.

Así continuaron la marcha hacia el Norte, mientras los búfalos se iban cerrando como una marea negra en torno a ellos. La remuda y los jinetes ocupaban el centro de una verde isla rodeada de olas encrespadas, ininterrumpidas. La isla tenía un par de millas de largo, por otro tanto de ancho, formando casi un círculo. Así se mantuvo durante varias horas, que fueron de suspenso para los conductores.

Los cornilargos no tenían miedo a los búfalos. Brite recordó como los viejos toros de cuernos-musgosos mugían y agitaban sus poderosas astas al ver aproximarse a los búfalos. Pero para la vasta manada este ganado y los caballos eran granos de polvo bajo sus patas.

Hacia mediodía se operó un cambio. Algo aceleró a los búfalos. Brite lo vio, lo sintió, pero no podía dar ninguna solución. Los búfalos estaban más allá de la comprensión.

—¡Oh papá! Siento algo hacia el Sur —gritó Reddie, llena de temor.

—¿Qué?

—No lo sé. Es como un viento en los pinos.

Brite aguzó el oído. ¡En vano! El mediodía era silencioso, opresivo, cálido, con el aliento de pleno verano. Pero vio que Texas detenía su caballo, se volvía hacia el Sur

y se erguía en los estribos para mirar. También él había oído algo. Brite miró detrás de él. Los búfalos venían a una milla de distancia, a paso de andadura, sin pararse ya a triscar la hierba. La fila lanuda se movía a impulsos, casi imperceptiblemente.

—Papá, lo oigo de nuevo —gritó Reddie.

Pan Handle dio la vuelta al extremo posterior de su manada para seguir a galope, de frente, a reunirse con Texas. Se pusieron a mirar. Otros vaqueros volvieron la vista hacia atrás. Algo ocurría. El ganado se movía paciando como si los búfalos no les rodearan. Pero los pequeños mestehños españoles mostraban inquietud. Trotaban de un lado a otro, se detenían con las orejas levantadas y la cabeza vuelta hacia el Sur. Tenían la herencia de doscientos años de vida en las llanuras. Al verlos, Brite sintió que se le hundía el corazón.

—Ahí viene, cada vez más fuerte —declaró Reddie, que había trotado hacia Brite.

—¿Cómo es eso, muchacha?

—Como un trueno sordo, ahora... Tal vez una tormenta que se prepara.

Sin embargo, el cielo estaba sin nubes, formando un sereno dosel azul, solemne y austero que guardaba sus secretos. Varias millas hacia el Sur, sobre la negra y erizada línea del horizonte, se levantaba una peculiar y ondulada humareda amarilla. ¡Nubes de polvo! Brite hubiera preferido quedar ciego a tener que mirar aquello.

—¡Mire! ¡Se levanta el polvo! —gritó Reddie, sobresaltada, señalando con una mano temblorosa.

—Puede que no sea nada de cuidado —dijo Brite, apartando la mirada.

—Y aquí viene Tex. ¡Mire ese caballo!

El mayoral dobló por detrás de la manada para encontrarse con los tres jinetes que venían hacia él. Después de una breve consulta, uno de ellos galopó hacia el Este, a rodear la manada por aquel lado. Texas vino entonces a galope.

Frenó frente a Brite y Reddie, que se habían detenido involuntariamente. El rostro de Texas Joe era una máscara de bronce. Sus ojos de ámbar eran angostas ranuras de fuego.

—¿Oye usted algo, jefe? —preguntó secamente.

—Nada. Pero Reddie, sí. Yo veo una nube de polvo allá al sur.

—¡Estampida! —relampagueó el vaquero, confirmando las sospechas de Brite.

¡Oh Dios mío! —prorrumpió Reddie, dándose cuenta súbitamente—. Estamos atrapados en un círculo... Jack, ¿qué vamos a hacer?

—Nos ha seguido durante todo el viaje —repuso Texas—. Me figuro que ya la tenemos aquí. Si ese pánico que se ha destapado a lo lejos cunde por toda la manada, tenemos una probabilidad por mil de salvarnos. Y esa probabilidad es que nuestro ganado corra agrupado como está ahora, cuadrada y ancha la parte posterior. Siga detrás de la manada, Mr. Brite, y buena suerte... Reddie, si los búfalos se te echan encima acógete a la galera. Una galera grande, blanca y pesada pudiera dividir una manada, que arrollaría a los caballos.

—¡Oh Jack...! No te vayas hasta que yo... —dijo ella, enviando las palabras en

su dirección. Pero Texas sólo se volvió para decir adiós con la mano; luego marchó al encuentro de Moze. Este valiente venía a trote firme. Se encontraron, y Texas debía de haberle dado órdenes alarmantes, pues el negro puso su pareja a un galope que prometía dar pronto alcance a la remuda. Texas giró de nuevo hacia la izquierda.

Brite y Reddie llevaron la remuda hasta la parte posterior de la manada, justamente detrás de los jinetes. Pronto llegó Moze con sordo ruido. Entonces todos acomodaron sus pasos al movimiento del ganado y mantuvieron su posición. Los siete guardas iban ahora detrás de la manada.

Tan pronto como se estableció este cambio, Brite se puso a observar a los búfalos. Aparentemente, el inmenso óvalo verde dentro de la manada negra era tan grande como siempre. Pero ¿se había hecho más corto o más estrecho? No estaba seguro. Sin embargo, había una diferencia. Por todos los lados, la línea de búfalos se movía a paso lento. Con todo, no parecía haber novedad. Brite trató de recobrar el nervio. Pero había sido conmovido. Un terrible peligro se cernía sobre ellos. Al fin, no se preocupaba mucho por sí mismo, aun cuando la idea de ser derribado y atropellado por millones de pezuñas hasta convertirlo en una papilla sangrienta era horrible, pero sufría agudamente por Reddie y por su amador, y por aquellos hombres aguerridos y sufridos que tan lealmente habían luchado a su lado. Pero Dios disponía de todo. Brite dijo por ellos una oración y luego, como verdadero tejano, se preparó a luchar hasta que no le quedara una gota de aliento.

Esto le dio fuerzas para volver la vista hacia el Sur a fin de saber a qué atenerse y en qué tiempo. Ningún cambio en los búfalos. Pero aquella envolvente nube amarilla se había levantado más alta, y cubría el cielo hasta medio camino hacia el cenit.

De súbito, Brite se dio cuenta. Por un momento, o acaso más, sus oídos se habían llenado de un ruido lejano.

—¡Reddie! —gritó—. ¡Ahora lo oigo!

Para asombro suyo, la chica había gravitado hacia Texas Joe, que había dado la vuelta a la remuda para acercarse a ella. Se encontraron, y con un gesto enérgico Joe envió a Reddie Bayne hacia atrás, a lo largo de la galera.

No hacían falta más palabras. Brite se resistía aún con tesonería a admitir lo peor. ¿No habían sido salvados más de una vez durante este viaje fatal por un elemento imponderable?

—¡Quién sabe! —murmuró el ganadero, en español y entre dientes.

A cada flanco, los búfalos habían cambiado notablemente de aspecto. Donde antes se movían con suavidad, lo hacían ahora a sacudidas. La lejana masa delantera no había iniciado aún esta aceleración. El sordo rumor procedente del Sur aumentaba gradualmente. El mesteño de Brite resoplaba y se rebelaba. Había que espolearlo. Todos los caballos mostraban deseo de fugarse. La remuda trotaba, dando brincos, justamente detrás de la manada, contenida en cada flanco por los jinetes.

El estado del sonido y de la acción siguió por algunos momentos. Fue el extraño modo en que Texas levantó las manos lo que comunicó a Brite una transformación.

Los búfalos se habían lanzado a galope. Un instante después, aquel rumor sordo pareció en un dominante fragor que hubiera llevado el terror al corazón más entero. El espacio entre la parte posterior de la manada y la línea delantera de los búfalos empezó a disminuir rápidamente. El ruido se hizo mayor. A cada lado del ganado, lejos, hacia la cabeza, los búfalos se iban ciñendo, de modo que se mantenía la forma de un gran triángulo. Sería imposible que el ganado se mezclase con los búfalos. Una impenetrable y erizada muralla se movía por todos lados.

Antes de que la avanzante masa que venía detrás diera alcance a Brite, aquellos cornilargos de pies ligeros se desprendieron a galope. Esto parecía favorable. Nivelaba los asuntos. La remuda parecía menos inclinada a la fuga. Moze la seguía de cerca con su galera.

Sobre el persistente rumor de cascos en todo al derredor se hinchaba un sonido que lo ahogaba: el trueno ensordecedor de los búfalos espantados que venían detrás. Esto había puesto en acción a la manada. Pero ahora su impulso forzaba a los búfalos de nuevo hacia delante precipitando su paso. Como una ola que se arroja hacia la playa, ese impulso llegó hasta el ganado, pasó a través de los búfalos a cada flanco y cundió rápidamente hasta los delanteros.

Brite comprendió lo terrible del instante en que el espíritu de espanto cundió por toda la masa. Sintió que el suelo temblaba bajo su caballo, y sus oídos parecían estallar ante el pavoroso fragor. Éste cesó tan repentinamente como había comenzado. Brite no podía ya oír. Y, como de común acuerdo, los cornilargos y los caballos rompieron a galopar.

Brite miró hacia atrás. Un millar de bestias de cuernos espantosos y cabezas peludas formaban la apretada línea delantera a menos de cincuenta metros detrás de él. Ahora ganaban terreno muy gradualmente. Antes de este momento la masa de búfalos se había dividido para seguir a cada lado de la manada de ganado.

Durante varias millas, los ligeros cornilargos se movieron a la velocidad de los peludos monstruos de los llanos. Y en aquel corto espacio de tiempo el círculo se cerró. Los búfalos corrían detrás de las vacas; y no ganaban. Los traviesos toros cornilargos arremetían contra el muro de cueros lanudos, para ser derribados y pisoteados por ellos.

La conformación del suelo debía cambiar del plano a la pendiente. Los dilatados ojos de Brite vieron un mar de negrura hacia el Norte, una marea desprendida, como una riada de borra que cubría toda la llanura. Sin duda era lo mismo a cada uno de sus lados, y a lo largo de muchas millas hacia el Sur. Aun en este crítico momento se sintió conmovido por la grandiosidad del espectáculo. La Naturaleza había deparado a sus heroicos jinetes un fin digno de ellos. Texas Joe a un lado de la galera y Pan Handle al otro cabalgaban, con los revólveres escupiendo fuego a las caras de los toros que cargaban peligrosamente cerca. La pareja de Moze corría, la remuda corría, las seis mil reses corrían. Pero ¿hacia dónde? Estaban perdidos dentro de aquella horda de bestias. Eran como un puñado de granos de arena en la inmensidad de una

playa.

Cuando los búfalos llenaron todos los espacios libres, el polvo oscureció la vista de Brite. Sólo podía ver indistintamente y no lejos. Sin embargo, jamás perdió de vista a Reddie y la galera. Esperaba en todo momento que la galera se volcara o perdiera una rueda en sus golpazos y ver caer a Moze hacia la muerte. Pero éste sería el destino de todos.

Sólo la remuda se mantuvo agrupada. Excepto Pan Handle, Texas y Reddie, todos los jinetes estaban rodeados de búfalos. Los estribos de Brite pasaban rozando los corcovados monstruos; éstos chocaban con su mesteño de un lado y luego de otro.

Bender, en su caballo blanco, era una figura destacada. Brite le vio inclinarse hacia un lado, vio que su caballo blanco se hundía y que cuerpos negros cubrían su lugar. Brite no pudo resistir más. Cerró los ojos. No podía imaginar a Reddie sacrificada a tan espantoso destino, ni pensar en sufrirlo él mismo.

La infernal estampida continuó: catástrofe que acaso había iniciado un reptil. Un violento encontronazo estuvo a punto de lanzar a Brite de la silla. Al abrir los ojos vio pasar un toro gigantesco. Presa de un furioso temor, disparó contra el bruto. Éste se desplomó al suelo, y enormes bestias pasaron sobre él. A veces, Brite veía parches de tierra. Pero todo era una infernal niebla amarilla, sombras oscurecedoras, e incesante y aterrador movimiento. Tenía que tener un fin. El ganado podía correr todo el día, pero los aterrorizados caballos caerían como había hecho el de Bender.

Y, sin embargo, allá iban Reddie y Texas, marchando junto a la galera, con búfalos tan sólo del lado de fuera. Más adelante, a través del espacio amarillo, Brite vio cosas blancas y grises contra el fondo negro. Un sol purpúreo quemaba a través del polvo. Enfermo, aturdido y vacilante, Brite se agarró al pomo de su arzón seguro de que su fin estaba cercano. Había vivido mucho tiempo. El ganado había sido su Némesis. Si no fuera por Reddie...

De pronto sus oídos atiborrados parecieron abrirse, para llenarse nuevamente de sonido. Podía oír una vez más. Su mente ofuscada respondió a este estímulo vivificante. Si ya no estaba sordo, era que el fragor de la espantada masa de búfalos había disminuido. Los mesteños rompieron su paso para dejarse ir por un terreno inclinado. Trozos de cielo brillaban a través de la cortina amarilla. ¡Un destello del río! El sentido y el corazón dieron un salto. Habían llegado al Cimarrón. Todo se oscureció ante los ojos de Brite. Pero la conciencia se reanimaba. El terrible fragor de pies sonaba todavía en torno de él. Su caballo marchaba sobre arena. Un rudo brazo se ciñó a él, un hombre gritó a su oído.

Brite miró estúpidamente por sobre el ancho río, donde franjas de ganado salían a vado sobre una isla. A derecha e izquierda, negras bandas movientes cruzaban el agua. El espanto había terminado en el Cimarrón, donde los búfalos se habían dividido en torno a una isla.

—¿Cómo... está... Reddie? —susurró el ganadero conforme lo bajaban de la silla.

—Aquí estoy, papá, sana y salva. ¿No me siente? —fue, como de muy lejos, la respuesta.

—¿Y... todos los demás?

—Todos aquí, excepto Bender y Whittaker, éstos se perdieron.

—¡Oh...! Yo he visto... caer... a Bender.

—Jefe, pudiera haber sido peor —dijo Texas en tono de gratitud.

—¡Oh papá! ¿Me vio usted caer a mí? Fui lanzada por encima de la cabeza de mi caballo... Ese vaquero me recogió de un tirón, como si hubiera sido un pañuelo.

—¿Qué vaquero? —preguntó Brite.

—Texas... Jack. Ésta es la segunda vez.

—Jefe, estamos varados —informó el práctico Texas, empujando a Reddie hacia un lado—. Parte de nuestro ganado se fue con los búfalos. El resto está disperso. La mitad de la remuda ha desaparecido... ¡Pero nosotros, estamos aquí, en el Cimarrón! Cuando estos malditos búfalos hayan pasado, juntaremos nuestro ganado y seguiremos adelante.

Antes del anochecer los últimos flecos de la manada de búfalos los pasaron a galope. En el entretanto se había hecho campamento en terreno alto. Dos de los jinetes se hallaban reparando la galera. Moze guisaba carne de búfalo. Pan Handle se ocupaba celosamente en limpiar sus revólveres. Texas Joe se movía de un lado a otro buscando constantemente a Reddie con sus ojos inquietos, Reddie descansaba en la hierba junto a Brite. El equipo había pasado por otra de las vicisitudes del sendero.

Cuatro días tardaron los restantes jinetes de Brite en recoger cinco mil cabezas de ganado. El resto se había perdido, junto con cien caballos de la remuda. Y los invencibles vaqueros siguieron diciéndole a Brite que tenía aún quinientos cornilargos más del número con que había partido.

Manadas de ganado cruzaban el Cimarrón todos los días, nunca menos de dos por día, con frecuencia más, y cinco una vez. Era el momento de la rebatiña. La buena suerte había favorecido a la mayoría de los conductores. Un rozamiento con Caballo Negro, unas cuantas estampidas, una mala tormenta eléctrica que causaba retraso, descargas de pedriscos que mataban a las ternerillas: esto era lo que contaban al pasar los conductores de manadas.

Un enorme gañán, rojo de cara y astroso de porte, saludó a los miembros del equipo de Brite que se hallaban en el campamento.

—¡Ya falta poco para Dodge! Me emborracharé hasta reventar —gritó agitando la mano.

Brite se puso de nuevo en marcha el quinto día, con el ganado y la remuda descansados, pero con sus vaqueros rasgados como espantapájaros, flacos y

macilentos, azotados por todo menos en su indomable espíritu.

Tuvieron compañía en todos los campamentos, Arroyo Snake, Arroyo Salt, Arroyo Bear, Arroyo Bluff y, finalmente, Arroyo Mulberry, a pocas millas de Dodge.

Aquella tarde se puso el sol gloriosamente rojo sobre la vasta llanura plana. Los conductores de manadas recibían visitas de rancheros.

—Dodge es en estos días una colmena de abejas —dijo uno—. ¡Tiros, bebida, juego! Están esperando por vosotros unas mujeres pintadas y esos fulleros de americana negra.

—¡Yuupi! —gritaron los vaqueros con vigorosa pasión. Pero Deuce Ackerman estaba callado. Texas Joe miró de reojo a la abatida Reddie y, guiñando un ojo a Brite dijo despacio:

—¡Diablo! Me alegro de estar libre. ¡Un simple gañán fuera del sendero, con el infierno a la espalda! Jefe, quiero pronto mi paga. Voy a desquitarme. Permaneceré sobrio hasta volarle los sesos a ese ladrón de Hite. Entonces me buscaré una de esas chicas con ojos de halcón, rostro pálido, labios pintados, brazos desnudos y...

—Sí, tú eres un simple gañán —dijo Reddie, furiosa—. ¡Oh, estoy avergonzada de ti!... ¡Te detesto! Ir a darse a la bebida, y a una de esas mujeres infames cuando... cuando mientras tanto nuestros compañeros, nuestros camaradas quedan muertos allá en la llanura... ¿Cómo puedes hacer eso?

—Por eso mismo, Reddie —repuso Texas Joe, herido de pronto en lo vivo—. Hace falta mucho para que uno pueda olvidar a los compañeros que han muerto por él... Y yo no tengo otra cosa que bebida y una...

—¡Que no tienes otra cosa! —exclamó ella con vibrante pasión—. ¡Idiota! ¡Idiota!

## XVI

La ciudad de Dodge estaba verdaderamente en ebullición, Brite comparó el tráfico de la calle ancha, el polvo, el ruido y el tropel, con una estampida del ganado en el sendero.

Después de entrar en el terreno de pastos y contar el ganado, Brite dejó los vaqueros y la galera y entró en la ciudad con Reddie. La dejó dormida en su habitación del hotel, donde cayó tendida tan pronto vio la cama. Corrió él entonces al despacho de Hall y Stevens, con los cuales había tenido negocios antes. Fue bien recibido, con aquella avidez de hombres que olían un gran negocio o una ganancia igualmente grande.

—Brite, tú eres un granuja —declaró el miembro principal de la sociedad—. ¿Por qué no te has afeitado esa barba? ¡Y esos harapos del camino!

—Mañana estaré a tiempo para eso. Quiero vender e irme a dormir. ¿Cuánto pagáis este mes?

—Ofrecemos doce dólares —repuso el comprador de ganado cautamente.

—Es poco. Yo traigo cinco mil ochenta y ocho cabezas. Digamos ochenta y siete. Buen ganado y bastante gordo.

—¿Cuánto pides tú?

—Quince dólares.

—No podemos pagar tanto, Brite. Hay ochenta mil cabezas de ganado aquí.

—Nada me importa eso, Mr. Hall. Yo tengo el mejor ganado.

—Trece dólares.

—No. Iré a ver a Blackwell —repuso Brite, moviéndose hacia la puerta.

—Catorce. Es lo más que puedo ofrecer. ¿Acepta?

—Hecho. Mañana—vendré a buscar un cheque certificado. Entre tanto, envía tus vaqueros a que se hagan cargo de la manada.

—Gracias, Brite. Si tú estás satisfecho, yo también. El ganado está llegando rápidamente. ¿Cuántas reses harán el viaje antes de la caída de la nieve?

—Doscientas mil.

Hall se frotó las manos.

—Hacia fines de agosto no cabremos en Dodge.

—¿A cuántos estamos hoy? Tengo que marcharme en seguida.

—¿No necesitas algún efectivo para pagar?

—Seguramente. Ya me olvidaba. Unos dos mil quinientos. Buenos días.

Brite volvió corriendo al hotel; llegó a él sin aliento y pronto a dejarse caer. Pagó cinco dólares a un negro por prepararle un baño. Se bañó, afeitó y se fue a la cama, quedándose dormido antes que su cabeza tocara la almohada.

Llamaron a su puerta y se despertó; a Brite le parecía que sólo había pasado un momento.

—Papá, ¿está usted muerto? —dijo una voz que le hizo estremecer de gozo.

—Entra.

Entró Reddie, pálida, con los ojos hundidos y mejillas brillantes, pero dulce y agradable a la vista. Se sentó en la cama junto a él.

—¡Ay, qué hermoso! Limpio, afeitado y todo. ¿Compró usted ropa nueva?

—Todavía no. Lo he dejado para esta mañana.

—Son las diez. ¿A qué hora se ha acostado?

—A las cuatro. ¡Dieciocho horas! Oh, he estado muerto para el mundo.

—¿Dónde está..., dónde están los muchachos?

—Dormidos como troncos. No te preocupes. Esta tarde caerán por aquí buscando dinero.

—Papá, ¿quiere hacerme un favor?

—Desde luego. Todo lo que quieras.

—No les dé a los vaqueros, al menos a Texas Jack, ningún dinero en seguida.

—Pero, querida, no puedo negarme —protestó Brite, confundido—. Tan pronto como llegue aquí.

—Querrá emborracharse como dijo que haría, y... y... Dejó caer su cabeza contra la almohada junto a la de Brite.

—Claro. Todos se emborracharán.

—¿Podría impedir yo que Jack lo hiciera? —susurró ella.

—Me figuro que sí. Pero costará mucho trabajo. ¿Te, importa bastante él, chiquilla?

—¡Oh!... ¡Yo... yo le quiero!

—Entonces, será fácil, porque ese fierabrás ama hasta el suelo que tú pisas.

—¿Tengo el consentimiento de usted?

—¡Qué chiquilla eres!

—Pero usted es mi padre. Yo no me acuerdo del verdadero.

—Tienes mi bendición, querida. Y tengo la más alta opinión de Texas Joe. Es la flor y nata de la tierra.

—¿Podría hacer usted que dejara de conducir manadas? Porque si continúa, yo tendré que ir con él.

—Reddie, yo he sacado una fortuna de la manada. Lo cual me recuerda que tengo todavía noventa y dos caballos para vender.

—Pero no puede usted vender el mío.

—Se lo dejaremos a Selton para que lo envíe al Sur con el primer equipo.

Ella se levantó de un salto, sonrojada y feliz, con lágrimas como perlas en sus curtidas mejillas, y ojos de sombras dulces y pensativas.

—Dése prisa. Levántese y vístase. Lléveme a comprar cosas. ¡Un vestido de mujer! ¡Oh, no sabré cómo comprar! Es como un sueño. Pronto, papá. No me atrevería a ir sola.

Cuando ella hubo salido, Brite se puso rápidamente sus andrajos, manchados, del sendero.

A poco marchaban juntos por la calle principal de Dodge. Presentaba ésta un aspecto animado, pero no había ruido. ¡Era demasiado temprano! Reddie era toda ojos. Nada se le escapaba. Vaqueros, jugadores, yunteros, negros, mejicanos, indios, formaban filas en la calle esperando algo para empezar.

Brite llevó a Reddie a los grandes almacenes de Denman, donde la entregó a una dependienta diciendo que le diese lo mejor sin reparar en precios. Luego se apresuró a comprar un traje para sí. Esto no requirió mucho tiempo, pero Brite se encontró con un conductor de manadas llamado Lewis, y en contarse mutuamente sus experiencias se fue el tiempo. Volvió apresuradamente, y halló a Reddie, deslumbrada y feliz, sentada dentro de un círculo de paquetes. Fue una tarea trabajosa y alegre la de llevar sus compras hasta el hotel. Reddie se encerró con sus preciosas posesiones.

Algún tiempo después, un golpecito a la puerta de Brite interrumpió los toques finales de su acto de vestirse.

—Adelante —respondió él.

Entró Texas Joe. Su tersa cara brillaba, a pesar de su desastroso aspecto.

—Buen día, jefe —dijo despacio—. ¡Dios mío! Se ha puesto usted muy guapo.

—Sí. Y tú estarás pronto como yo. ¿Cómo están los muchachos?

—No sé. Supongo que dormidos. Han venido a dormir a la ciudad. Los encontraré en alguna parte.

—¿Dónde está Pan Handle?

—Durmiendo para sosegar sus nervios. Jefe, antes de que termine el día se pondrá a buscar a Hite.

—Tex, si yo te lo pidiera como un favor particular, ¿te abstendrías de irte de juerga y tomarías la primera diligencia conmigo y Reddie?

—Jefe, pide usted demasiado. Algo terrible, o acaso maravilloso, tiene que meterse entre yo y ese viaje infernal.

—Comprendo. Pero hazlo por mí. Ven conmigo al despacho de Hall, y luego al Banco. Y te llevaré a la tienda donde yo he comprado este traje.

—Eso es fácil. No me separaré de usted hasta recibir el dinero; puede estar seguro. Estoy sin un centavo. Y yo tenía algún dinero cuando salí de Santone. ¡Santo Dios! ¿Volveré a ver esa ciudad?

—Seguro que sí. Ven.

Salieron a la calle.

—Jefe, ¿quiere marchar a mi izquierda? Pudiera necesitar vía libre para entrar en acción, ¿sabe? Si nos encontramos con Hite... Bueno, tendremos que separarnos de nuestro compañero Pan.

Pero nada ocurrió mientras anduvieron de compras. Al volver al hotel, Texas tomó una habitación y procedió a desprenderse de las manchas y los harapos del sendero de Chisholm. Brite fue a Blackwell, donde vendió la remuda a veinte dólares por cabeza. Al volver al hotel, unos ganaderos conocidos suyos lo sometieron a un animado interrogatorio acerca de la capacidad de Texas. Hombres y mujeres, algunos

brillantemente vestidos, pasaban por el vestíbulo en dirección al comedor. Brite se fijó en una hermosa joven, atractivamente vestida, que pasaba de un lado a otro como si estuviera de centinela. Observó que había llamado la atención de un jugador vestido de levita. Y cuando éste la abordó, Brite pensó que haría mejor en asegurarse antes de si la joven quería esta especie de atención. Cuando se acercó, su sorpresa no tuvo límites al oír decir a la chica en una voz vibrante y familiar:

—Oiga usted, Mr. Chaleco Floreado, si yo tuviera aquí mi revólver le partiría una pierna.

—¡Reddie! —prorrumpió Brite fuera de sí.

—Hola, papá. ¡Y no me había conocido! Présteme su revólver.

El jugador desapareció en un vuelo. Brite contempló, mudo, a su hija adoptiva, incapaz de creer a sus propios ojos.

—Reddie, hija mía, ¿eres tú?

—¡Claro que soy yo! Esto es, creo y siento que soy yo, salvo cuando me miro al espejo... ¡Oh, papá! Me siento tan extraña... tan atormentada... tan feliz. Aquella mujer es muy inteligente. Eligió todas estas cosas para mí... ¿Estoy bonita?

—¿Bonita? Reddie, eres la cosa más preciosa que he visto en mi vida. Estoy pasmado. Me da tanta alegría que no sé qué decir. ¡Y pensar que eres mi chica!

—Quisiera estar en otro lugar para abrazarle... papaíto. ¿Le gustará a él de este modo?

—¡A él! ¿A quién?

—A Texas Jack, por supuesto.

—¿Gustarle? Se echará de rodillas delante de ti, si le das ocasión.

—¡Oh! —Y se estremeció abriendo mucho sus brillantes ojos castaños—. Ahí está Texas. Apenas le conocía... Papá, quédese conmigo. No diría que mi felicidad está en peligro, al menos toda ella, pero... mi amor sí lo está. Si al menos tuviera... el valor...

—Acuérdate de Wallen, querida, y de aquel día de la estampida —fue cuanto Brite tuvo tiempo de decir, pues en ese momento Texas Joe les envolvió a él y a Reddie en una ígnea mirada de sus ojos de halcón.

—¡Jefe! ¿Quién... quién...?

—Jack, ¿no me conoces? —preguntó Reddie con picardía. Brite se maravilló de cómo la mujer que había en ella se sobreponía rápidamente a su debilidad.

—¡Pero esto es un milagro! —dijo Texas, pasmado.

—Ven, Jack —dijo ella, tomando su mano y luego la de Brite, y tirando de ellos—. Vamos al cuarto de papá. Tengo algo que decirte.

Texas subió las escaleras y atravesó el vestíbulo como magnetizado. Pero Reddie habló de la ciudad, la gente, la alegría de sentirse libre del cautiverio del sendero. Luego se encontraron en la habitación de Brite, con la puerta cerrada.

Reddie cambiaba sutilmente. Arrojó su elegante sombrero sobre la cama como si estuviera acostumbrada a usar esta prenda durante toda su vida.

—Jack, ¿te gusto así? —preguntó ella dulcemente, mirándole con sus castaños ojos de fulgor; y giró en derredor para que él la viera por todos lados.

—Estás asombrosamente encantadora, Reddie —repuso él—. Jamás te hubiera conocido.

—¿Está mejor este vestido que aquellos pantalones apretados que solía llevar?

—¡Que si está mejor! Ya no eres un muchacho —dijo él reflexivamente—. Eres una chica, una señorita. Y nadie que te haya conocido antes querrá verte de nuevo de aquel modo.

—Tú no te atreverías jamás a zurrarme con este traje, ¿verdad?

Texas se puso rojo hasta el borde de su pelo leonado.

—¡Por nada del mundo! Y yo no te he zurrado nunca como a una muchacha.

—Sí lo has hecho. Tú sabías que lo era. Me viste bañándome en el arroyo aquel día... ¡Desnuda! No te atrevas a negarlo.

Era un momento torturante para Texas y no sabía cómo salir de él.

—No importa. Yo te perdono. ¿Quién sabe? Tal vez si no fuera por eso... Jack, he aquí lo que quiero decirte. ¿Te abstendrás de emborracharte?

—Lo siento, *miss* Bayne, pero no puedo. Es el privilegio del conductor de manadas. Y ningún ser humano le pediría que renunciase a ahogar sus penas.

—¿Ni aun por mí?

—Creo que no... ni aun por ti.

Ella se fue acercando lentamente a él, tan blanca como si el sol y el aire no hubieran tostado jamás su rostro, y sus oscuros ojos purpúreos brillaban pasmosamente.

—Si te doy un beso... ¿te abstendrás? Una vez me rogaste que te diera un beso.

Texas la miró melancólicamente.

—¡Vaya una idea! Dame tú un beso a mí.

—No te extrañe, Jack —dijo ella, y cogiéndole fuertemente por la americana, casi tuvo que dar un salto para llegar a sus labios. Luego se separó, se hundió momentáneamente contra él y volvió a separarse. Texas Joe, con los músculos de la cara contraídos, volvió sus ambarinos ojos de fuego hacia ella. Se habían olvidado de Brite o su presencia les era indiferente.

—Bueno, ya lo has hecho. Me has besado. Y yo estoy avergonzado de ti por eso... Reddie Bayne, tú no puedes comprar mi libertad con un beso.

—¡Oh Jack, no es tu libertad lo que quiero comprar! Es tu salvación.

—¡Bah! ¿Qué es la vida para mí? —replicó él con los labios rígidos y los ojos sombríos—. Quiero parrandear, pelear, matar, dormir borracho... borracho... borracho...

—Ya sé, Jack. ¡Oh sí, creo que comprendo! ¿No he sido también yo conductor de manadas? ¿Y acaso deseo yo esas cosas espantosas? ¡No! ¡No! Y quiero salvarte a ti de ellas... Me estás enloqueciendo con tu frío... Jack, no me atormentes más, y acaba de una vez, pronto...

—Trato de atormentarte menos de lo que tú supones, chiquilla —repuso él con un tono oscuramente pasional.

—Tiene que haber algo capaz de quitarte de la cabeza esa idea infernal. ¿Qué es ello? Yo haré cualquier cosa... lo que sea...

Él la cogió en sus brazos vigorosos y la levantó en peso contra su pecho.

—¿Te casarías conmigo?

—¡Oh, sí... sí... sí...!

—Pero ¿por qué, muchacha? ¿Por qué? —preguntó él en un ataque de duda.

Reddie le echó los brazos al cuello y se estiró para alcanzar con los labios su temblorosa mejilla.

—¡Porque te amo, Jack... con toda mi alma!

—¿Me amas, Reddie?

—Sí te amo, sí.

—¿Desde cuándo? —susurró él, jugando con su alegría.

—Desde aquel día... cuando vino Wallen... y tú me salvaste.

Texas besó su pelo, su frente, su mejilla escarlata, y al fin su boca, que ella le ofrecía.

—¡Oh Reddie! ¡Oh! Vale la pena haber pasado por aquel infierno para llegar a esto. Niña, tienes que matar al diablo que hay en mí... ¿Cuándo nos casaremos?

—Hoy, si tú lo deseas —susurró ella con voz desmayada—. Pero yo preferiría esperar... hasta que volvamos a casa de papá, a Santone, a mi casa...

—Entonces, esperaremos —dijo él con voz vibrante y apasionada—. Pero tenemos que partir hoy, querida. Esta ciudad de Dodge guarda hechos sangrientos para mí.

—Vamos a darnos prisa —exclamó ella, y soltándose de sus brazos se volvió, suplicante, hacia Brite—. Papá, todo está arreglado. Hemos decidido. ¿Cuándo puede partir con nosotros?

—¡Hoy mismo, y dentro de pocas horas, voto al trueno! —repuso Brite con intensidad—. Haced vuestras maletas y marchad hacia la oficina de la diligencia, al extremo oriental de la calle. Tenemos tiempo de sobra. Pero id pronto. Es el lugar más seguro para esperar. Yo haré los pagos y correré a reunirme con vosotros.

Brite pasó una hora buscando infructuosamente a los vaqueros. Al regresar al hotel con la intención de dejarles allí su salario, así como su participación en el dinero hallado en el bolsillo de Wallen, se encontró con Pan Handle, grandemente cambiado de rostro y de vestido, aunque no de actitud.

—Hola, Pan. Te andaba buscando. Aquí tienes tu paga como conductor de manada, y tu participación...

—Brite, usted no me debe nada —repuso el *gunman* sonriendo.

—¡Oye! Nada de eso, o dejaremos de ser amigos —replicó Brite, metiéndole el dinero en la mano—. Yo salgo dentro de una hora en la diligencia con Reddie y Tex. Ellos se han arreglado y todos somos felices.

—¡Magnífico! Me alegro en el alma. Yo iré a despedirlos.

—Pan, ¿no será mejor que vengas con nosotros hasta Abilene?

—Eso no, por más que me agradecería hacerlo. Todavía tengo que ver a alguien aquí.

—Lo siento. ¿Quieres encargarte de este rollo de billetes y pagar a esos valientes por mí?

—¡Claro que sí! Pero ellos están aquí, a la vuelta de la esquina, en el portal de al lado.

—Vamos a terminar pronto con esto —dijo Brite con fervor. Era extraño lo mucho que deseaba ver a los últimos de aquellos fieles muchachos.

Holden estaba sentado en la escalera del portal; Ackerman y Little se inclinaban, brazo con brazo, sobre la barandilla... Llevaban todavía sus trajes andrajosos, salvo las chaparreras, pero sus caras estaban limpias y relucientes por el reciente contacto de la navaja y el jabón.

—Hola, jefe. ¿Consiguió algún dinero? —preguntó Rolly perezosamente, con una risita.

—Seguro. Lo tengo aquí esperando por vosotros. Paga, bonos y todo. La participación en el dinero de Wallen suma más que toda vuestra paga.

—Jefe, voy a tomar diez para coger una curda, y quiero que usted me ponga el resto en manos de alguien que lo guarde para mí —dijo Ackerman agudamente—. Usted sabe que yo no pienso regresar a Texas.

—Te echaremos de menos, Deuce.

Less Holden se levantó, flexible y claro de línea, con una mirada amorosa hacia el dinero que iba a entregarle.

—¡El diablo te lleve! Rolly, dame acá ese látigo —dijo Deuce con benignidad.

—¡Y un jamón! —repuso Little escondiendo el látigo a la espalda.

—¡Pero si es mío, condenado! —Lucharon como niños que juegan, pero antes de que Deuce pudiera quitar el látigo de su amigo, Holden se lo arrebató.

—El que encuentra una cosa, se la guarda —dijo riendo.

Los dos se lanzaron, con un grito, sobre él. Brite se sentó a presenciar la broma. Los vaqueros estaban sobrios. No habían probado una gota. Estaban, simplemente, llenos de perezosa alegría. Sus rostros jóvenes y cálidos iban surgiendo a su vista, sucesivamente, conforme tiraban del látigo. Y seguían tirando, riendo y gruñendo.

—¡Oh, Less, que me haces daño! No seas tan bruto —se quejó Rolly, conforme Holden les arrancaba el látigo a los otros dos. Little miró de soslayo la sangre que se había hecho en una mano. Pero era demasiado bondadoso para ofenderse. Deuce, sin embargo, pasando súbitamente de bromas a veras, arrancó a su vez el látigo de manos de Holden.

—Toma, Rolly. Es tuyo. Dejémonos de bromas —dijo Deuce.

Pero Holden saltó a coger el látigo, y habiéndole echado mano tiró con fuerza. De una sacudida hizo perder a Rolly el equilibrio, pero este ágil vaquero volvió a quedar

en pie, como un gato. Este juego violento dio lugar a algo más. Holden, no logrando apoderarse del látigo, dejó ir su derecha y golpeó a Rolly en la cara.

—¡Rayos! —gritó Rolly, estupefacto. Luego, con el calor de aquel espíritu feroz y montaraz que se despertaba en ellos, cruzó el sombrío rostro de Holden con el látigo. Saltó la sangre.

—¡Ea, muchachos! ¡Alto con eso! —gritó Pan Handle.

Pero ya era tarde. Holden sacó su revólver y tiró. Rolly se dobló hacia arriba con el rostro convulso y lívido, y cayó. Holden y Ackerman saltaron entonces como tigres uno frente a otro, mientras sus revólveres escupían fuego. Holden se desplomó de bruces al tiempo que su revólver trazaba un tatuaje en el suelo endurecido. Brite se hallaba paralizado de horror, cuando Deuce se desplomó de espaldas contra el portal.

La expresión demoníaca se borró de su rostro oscuro. El revólver se desprendió de su mano para caer rebotando por los peldaños de la escalera, echando humo por el cañón. Su otra mano buscó el pecho y se apretó contra él, la sangre manando por entre sus dedos. No se ocupó de mirar hacia el postrado Holden, pero sobre su amado camarada Rolly dejó caer una compasiva y protectora mirada. Luego, su hermosa cabeza se descolgó hacia atrás.

Pan Handle se echó de rodillas a su lado. Y Brite, saliendo de su estupor, se inclinó sobre el cuerpo agonizante. Deuce sonrió amargamente:

—Jefe, a cada uno... le llega... su hora —murmuró débilmente—. ¡Creo que no podré... esperar... por la chiquilla de ojos grises..., Ann!

Su susurro falló; sus ojos se oscurecieron. Y abriendo la boca, se fue para siempre.

Una hora después, Brite se reunió con Pan Handle y salieron juntos del hotel.

—Pan, jamás volveré con manadas al sendero —dijo.

—No me extraña. Pero usted es un tejano, Brite, y ésta es la época de la frontera.

—¡Pobres muchachos, salvajes criaturas, corazones de fuego! —exclamó Brite, todavía conmovido hasta lo más profundo de su ser—. ¡Todo en menos de un minuto! ¡Dios mío! Tenemos que ocultarle eso a Reddie... Jamás olvidaré los ojos de Deuce, sus palabras: «Jefe, a cada uno le llega su hora». Dios y yo sabemos que a él le ha llegado la suya. ¡Oh Pan, qué dolor! ¡Pensar que el gran espíritu deportivo de estos vaqueros, el alma que les libró de la muerte en el sendero, fue la causa de esa tragedia!

Una muerte más o menos no tenía gran importancia en Dodge. Eran las cuatro de la tarde, y el zumbido de la metrópoli del ganado semejaba el de una colmena de abejas irritadas.

Filas de caballos de silla atestaban las barandillas de amarre hasta donde alcanzaba la vista de Brite. Carromatos con cubiertas de lona, galeras, carros de cuatro ruedas sin muelles, vehículos de todos los tipos del oeste se hallaban estacionados por la parte de fuera de los caballos. Y hacia abajo, por un lado, y hacia arriba, por el otro, discurría sobre el polvo una procesión. Por la ancha acera, un

gentío de hombres equipados de cintos, botas y espuelas pasaba arriba y abajo. Las tabernas bramaban. Hombres de sombrero negro, rostro pálido y labios afilados se hallaban en pie junto a los portales de las leoneras de juego. Hermosas ruinas de femineidad, chicas de rostros desencajados, la expresión del ave de presa en sus ojos, aguardaban, luciendo el esplendor de sus brazos desnudos, a que las abordaran. Risas sin alegría corrían calle abajo. Las tiendas estaban llenas. Grupos de dos, tres y seis vaqueros jóvenes, flexibles, de mirada penetrante, audaces de aspecto, alegres y despreocupados pasaban marcialmente. Cientos de vaqueros pasaron junto a Brite en aquella tirada de una manzana larga desde el hotel a la calle transversal. Y por cada uno que veía le daba un latido el corazón. Éstas eran las víctimas del sendero y de Dodge. Podía ser la marcha del imperio, la tragedia del progreso, pero era atroz para Brite. Él no mandaría jamás otro hombre a morir.

Cruzaron la calle transversal y siguieron adelante. Brite notó finalmente que Pan Handle marchaba por el lado de dentro y muy separado de él. Contestaba con brevedad cuando le dirigían la palabra. Brite le dejó hacer, frío y cansado de esos *gunman* con su eterna vigilancia, su constante gravitación hacia la violencia, de la que gustaban.

Dodge seguía rugiendo, aunque en menor volumen, hacia el final de la calle principal. Brite miraba con una extraña seriedad a los ojos de los que pasaban a su lado. ¡Cuántos ojos resueltos, tranquilos, de color gris o azul! Los indios pasaban silenciosamente, con un movimiento fluido, sin mirar a los lados, con sus ojos oscuros y aquel aire de lejanía todavía no maleado por los blancos. ¡Se habían acabado las llamativas mariposas de la calle! Sólo hombres viejos y jóvenes que tenían algo que ver con el ganado. Los parásitos quedaban allá, en aquella manzana de tabernas, salones de baile y garitos.

Pasaron frente a la tienda de Beatty y Kelly, bajo un toldo, y salieron a la luz. Un hombre vestido de negro salió de la barbería.

—¡Apártese! —silbó Pan Handle.

Al tiempo que Brite obedecía a esta palabra cortante, su mirada pasó sobre el hombre que surgiera frente a la puerta. Rostro descarnado, ojos funestos, agachado de forma: ¡Ross Hite echando mano a su revólver!

Luego, al moverse lo perdió de vista. Al tiempo que Brite se tiraba en la acera, sonaron, casi al mismo tiempo, dos disparos. Una pesada bala hizo saltar la grava en medio de la calle.

Brite se levantó de un impulso y saltó hacia delante. Luego vio a Pan Handle erguido, con su humeante revólver en alto, mientras Hite aparecía tendido a través del umbral de la barbería.

Un arrastrar de pasos, gritos excitados, una carcajada... Pan Handle se inclinó entonces un poco, arrancando la mirada de sobre su caído adversario. Enfundó de nuevo su revólver y siguió adelante para reunirse con Brite. Se abrieron paso a través del gentío que se iba aglomerando y se precipitaron calle abajo. Dodge seguía

rugiendo, pero con menos volumen.

Falto de aliento por la prisa y la conmoción, llegó Brite a la estación de la diligencia.

—Le estamos esperando, jefe —dijo Texas, despacio, desde el interior del coche diligencia—. ¡Ah, viene muy sofocado! No necesitaba correr tanto. Yo retendría a este conductor de diligencia.

—¡Oh papaíto, estaba preocupada! —exclamó Reddie, asomando a la ventanilla su hermoso rostro encendido.

—¡Rayos! Aquí está también Pan Handle —exclamó Texas—. Has tenido la amabilidad de bajar a despedirnos.

Pan Handle encendió fríamente un cigarrillo, con dedos tan firmes como si fueran de roca. Dirigió una sonrisa hacia Reddie.

—Chica, tenía que venir a decirte que te deseo toda la felicidad y toda la dicha que exista en este duro y viejo oeste.

—Gracias, Pan —repuso ella ruborosamente—. Yo te deseo...

—Todo el mundo al coche, que va a partir —gritó el conductor desde su asiento.

Brite echó su maleta dentro y siguió detrás del vehículo, tropezando al entrar. La fuerte mano que le prestó ayuda pertenecía a Pan Handle, que entró detrás de él. El coche dio entonces una sacudida y partió.

—Pan, ¿dónde está tu equipaje? —dijo Texas reduciendo sus ojos de halcón.

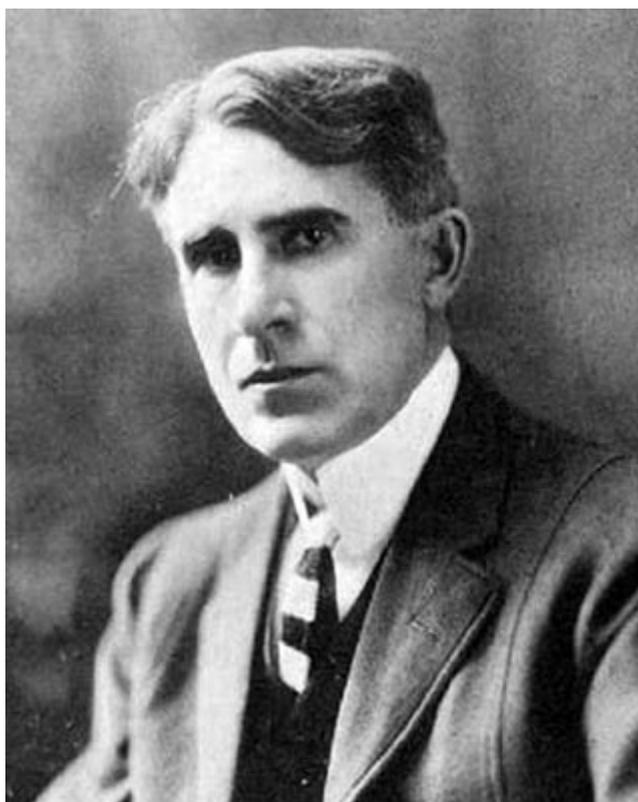
—Tex, creo que llevo cuanto poseo en la cintura —repuso Pan Handle, mientras su mirada salía al encuentro de la de Texas Joe.

—Ah, ya... Bueno, me alegro mucho de que vengas con nosotros.

—¡Oh papaíto! Espero que no te habrás olvidado de decir adiós por mí a los muchachos, especialmente a Deuce, que jamás regresará a Tejas.

—No, Reddie, no me he olvidado —repuso Brite.

—Espero que Ann logrará persuadir a Deuce para que no vuelva a conducir manadas —concluyó Reddie, feliz, sonriendo hacia Texas Joe—. Me gustaría poderle decir de qué modo.



ZANE GREY (Zanesville, Ohio, 31 de enero de 1872 - Altadena, California, 23 de octubre de 1939) fue un escritor estadounidense que convirtió las novelas del Oeste en un género muy popular.

Su nombre auténtico era Pearl Zane Gray. Más adelante prescindiría de su primer nombre, y su familia cambiaría el apellido de «Gray» a «Grey». Se educó en su localidad natal, Zanesville, una ciudad fundada por su antepasado materno Ebenezer Zane. En la infancia se interesó por el béisbol, la pesca y la escritura. Estudió en la Universidad de Pensilvania, gracias a una beca de béisbol. Se graduó en odontología en 1896. Llegó a jugar en una liga menor de béisbol en Virginia Occidental.

Mientras ejercía como dentista, conoció, en una de sus excursiones a Lackawaxen, en Pensilvania, donde acudía con frecuencia para pescar en el río Delaware, a su futura esposa, Lina Roth, más conocida como «Dolly». Con su ayuda, y los recursos económicos que le proporcionaba la herencia familiar, empezó a dedicarse plenamente a la escritura. Publicó su primer relato en 1902. En 1905 contrajo matrimonio con «Dolly», y la joven pareja estableció su residencia en una granja de Lackawaxen. En tanto que su esposa permanecía en el hogar, encargándose de la carrera literaria del autor y educando a sus hijos, Grey pasaba a menudo largas temporadas fuera de casa, pescando, escribiendo y pasando el tiempo con numerosas amantes. Aunque «Dolly» llegó a conocer sus aventuras, mostró una actitud tolerante.

En 1918 los Grey se mudaron a Altadena, en California, un lugar que habían conocido durante su luna de miel. Al año siguiente, el autor adquirió en Millionaire's

Row (Mariposa Street) una gran mansión que había sido construida para el millonario Arthur Woodward. La casa destacaba por ser la primera en Altadena construida a prueba de fuego, ya que Woodward, que había perdido a amigos y familiares en el incendio del teatro Iroquois de Chicago, ordenó que fuera construida con cemento. El amor de Grey por Altadena se resume en una frase que es citada a menudo en la ciudad: «En Altadena, he encontrado aquellas cualidades que hacen que la vida valga la pena».

El interés de Zane Grey por el Lejano Oeste se inició en 1907, cuando llevó a cabo con un amigo una expedición para cazar pumas en Arizona.

# Notas

[1] pacana: Árbol de la familia de las Yuglandáceas, propio de América del Norte, de unos 30 m de altura, con tronco grueso y copa magnífica, hojas compuestas de hojuelas ovales y dentadas, flores verdosas en amentos largos, y fruto seco del tamaño de una nuez, de cáscara lisa y forma de aceituna, con almendra comestible. La madera de este árbol, semejante al nogal, es muy apreciada. <<

[2] sinsontes. El cenzontle o sinsonte (*Mimus polyglottos*) es un ave paseriforme nativa de América del Norte, América Central y parte de América del Sur. Los ejemplares adultos son grises por la parte superior del cuerpo, con ojos de un amarillo pálido y pico negro mínimamente curvo. La cola es de color oscuro con los bordes blancos, y las patas largas y negras. Las alas muestran finas líneas blancas, y durante el vuelo dejan ver manchas, también blancas en las alas y dos franjas blancas longitudinales en la cola. Se caracterizan por imitar sonidos de otros animales. <<